
3 1761 09544764 5



LA MANCHA
DE SANGRE.

FERNANDO GASPAR, EDITOR.

LA MANCHA
DE SANGRE,

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ,

ILUSTRADA CON MAGNIFICAS LAMINAS SUELTAS.

SEGUNDA EDICION.



MADRID:
IMPRENTA DE D. FERNANDO GASPAR, EDITOR,
CALLE DEL AVE-MARÍA, 7.

1858.

A SU QUERIDA MADRE

LA SEÑORA

DOÑA RITA GONZALEZ DE FERNANDEZ,

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

PROLOGO.

Tendida en la vertiente de la colina donde asienta sus viejos cimientos Granada la árabe; sobre una pendiente cubierta de casas apiñadas en un oscuro laberinto de altas y estrechas callejas; en aquella parte que ahora lleva el nombre de Albaicin, hay una plaza sin nombre, cubierta de escombros, y limitada por la parte que mira al castillo de la Alhambra por solares arrasados y ruinosos paredones. En los tiempos en que se escribia esta leyenda, hace muchos años, un edificio mutilado, ennegrecido por la intemperie, se levantaba en ella; sus aleros un tiempo primorosamente tallados, habian sido rotos por el viento de la tormenta; sus paredes pintadas á la flamenca, manchadas por el aguacero y los balcones y maderage de aquella casa sin dueño y sin nombre, utilizados por la miseria pública. Solo podia sospecharse su orígen, merced á dos escudos de armas pintados sobre la puerta y enlazados bajo un yelmo de combate.

Fácil era conocer al que versado en el arte heráldico los comtemplase, que el de la izquierda pertenecia á la antigua nobleza veneciana, y el de la derecha á la no menos remota de los señores de *pendon y caldera* castellanos.

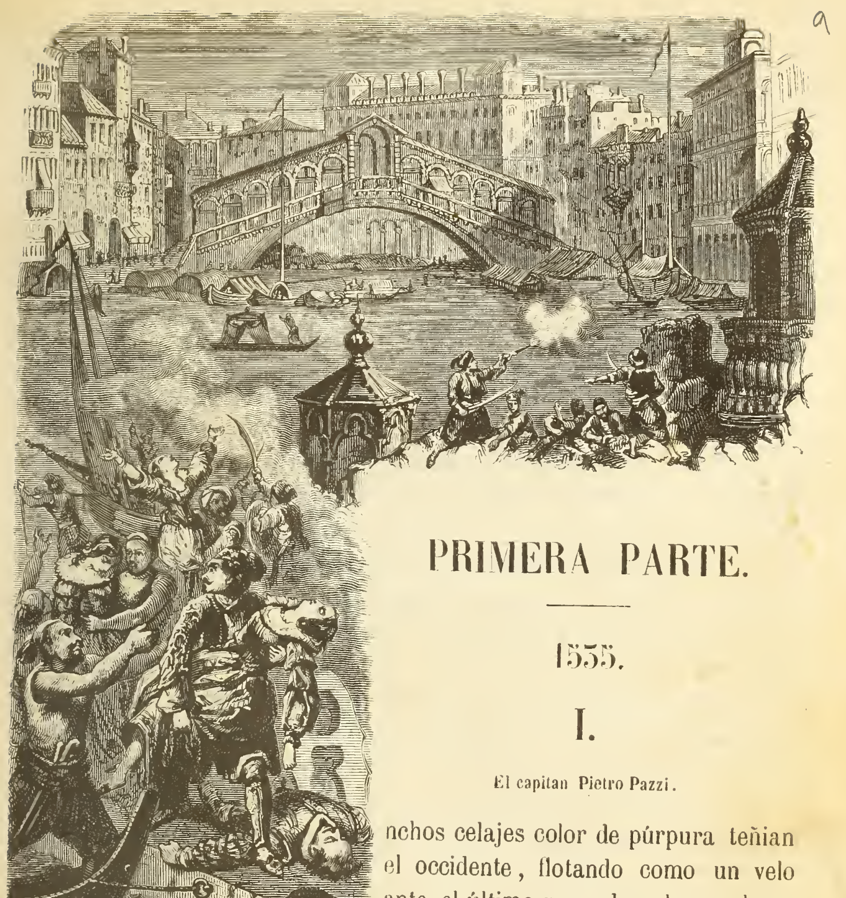
A pesar de su abandono, de su ancianidad, los restos de aquel edificio dejaban vislumbrar su pasado esplendor, como se concibe á un gigante por las dimensiones de un esqueleto.

El que curioso y observador, dirigia una mirada á las altas columnas árabes de su inmenso patio, y al ver la ancha escalera de piedra situada

en uno de sus oscuros ángulos, salvaba sus empolvados peldaños, á poco que discurriera por los vastos y sombríos salones del único piso del caseron, podia suceder se encontrase en un ancho retrete, cuyas ventanas recibian la luz de una calle estrechísima, y que mostraba aun en los restos del embaldosado de mármol, en el caprichoso dibujo del estuco afiligranado que se veia en algunas partes del muro y en la riqueza de las maderas de la ensambladura, la opulencia y el buen gusto de sus primeros señores.

Pero lo que en aquella estancia no podia pasar desapercibido, era una mancha roja impresa en la pared en torno de un agujero, que un inteligente hubiera creido causado por el choque de una bala disparada; de mí puedo decir, que á su vista creí ver trás ella los vestigios de un asesinato, mientras se deslizaban sobre el solitario muro, como al reflejo de una linterna mágica los personajes de un drama terrible de que aquella casa habia sido teatro, y del cual aun quedaba como recuerdo aquel sangriento rastro.

Desde entonces me dediqué á inquirir el orígen del solar abandonado, y ya que no existe, y pude al fin conocer los detalles de la leyenda tradicional que presento al juicio público.



PRIMERA PARTE.

1555.

I.

El capitan Pietro Pazzi.

Muchos celajes color de púrpura teñian el occidente, flotando como un velo ante el último rayo de sol que alumbró la fiesta veneciana de San Marcos; el Adriático estaba cubierto junto á la ribera de góndolas ocupadas por máscaras que se iban alejando lentamente por los canales de la ciudad.

Grandes hogueras se veian en todas las plazas y alrededor de estas se agitaba en bulliciosa danza una multitud ébria y delirante.

Al pié de la columna que sostiene el leon alado de la república, estaba un hombre apoyado en un pedestal y envuelto en una larga capa; de vez en cuando dirigia una ojeada á la embocadura de las calles circunvecinas y otra al mar que se plegaba en silenciosa calma sobre la arena de la orilla.

Anchas y pardas nubes interceptaban la luz de las estrellas y una densa niebla aislaba en un círculo glacial la luz de los reverberos; nada se veia á la distancia de algunos pasos y se hubiera creido estar en una region fantástica, á no ser por el bullicioso compás de la música de las danzas ó por el monótono ruido de los remos de alguna góndola que se alejaba.

Poco tiempo despues otro hombre tambien embozado, seguido de un marinero que conducia su equipaje, se detuvo delante del hombre de la columna.

—¿Capitan Pietro Pazzi? le dijo.

—Y bien, contestó el que esperaba, ¿habeis arreglado vuestros negocios?

El interrogado buscó en su bolsillo una cartera y sacó de ella un documento que el capitan examinó á la luz de una linterna de resorte que ocultaba debajo de la capa; el pergamino decia así:

«Pietro Pazzi, comandante de la galera de la república la *Anun-* »*ciatta*, admitirá á su bordo al español Mateo el Zenete, dejándole en »Alejandría, donde ha manifestado desea ir á comerciar en géneros de »seda.»

Y para autorizar aquel documento se veia el sello de la república pendiente de una cinta en el pergamino, que el capitan guardó mientras se dirigia al mar seguido de los dos hombres; cuando hubo llegado á la orilla tocó un silbato, y poco despues una larga y pesada lancha chocó de popa en la arena; el capitan saltó, Mateo echó en ella su equipaje y saltó tambien.

—A la galera y forzad los remos, gritó Pietro Pazzi á la chusma.

Y la lancha se dobló sobre las ondas adelantando velozmente, con la proa vuelta á los mares.

A medida que se alejaba, un ancho panorama se estendia y aumentaba á la vista de los navegantes y los millares de luces que iluminaban las cúpulas de las torres de Venecia, semejaban sobre la ciudad cortesana la corona de fiesta de una hermosa bailarina; á derecha é izquierda se estendian las aldeas de la campiña, de las que solo se distinguian los campanarios de las iglesias tambien iluminados y á lo largo de la ribera multitud de fogatas indicaban otras tantas chozas de pescadores que se adherian al regocijo general.

Bien pronto la niebla aisló las luces en un fondo oscuro, y los vaive-

nes de la lancha las hicieron aparecer flotantes á la vista de los bogadores, cual una cohorte de demonios marinos agitados en un baile de sábado.

La lancha siguió adelantando con una velocidad increible, y todo al fin desapareció quedando solo una sombra densa y pesada; los lejanos gritos de la fiesta se perdieron en lontananza y no se escuchó mas que el débil quejido del mar que se deslizaba en calma por los costados del batel.

Poco despues otro rumor de linaje opuesto al que se perdiera, se dejó oir acreciendo en razon de la rapidez de la lancha; allí alegres cantos, risas báquicas, músicas arrastrando en sus compases cien y cien jóvenes aun no cansados del festin; al lado opuesto sobre el mar, el áspero estridor de la cadena del forzado que dormitaba sobre las bandas de una galera bajo una temperatura glacial ó el grito de *alerta* de la guardia que velaba en crugía.

Entonces se dejó ver confusamente un cuerpo informe, largo y estrecho, tendido é inmóvil sobre el mar como una serpiente dormida, de cuyo lomo se levantaban dos masteleros larguísimos sobre los que caian tendidas dos agudas velas latinas; aquella masa era la galera de la república, la Anunciatta.

Pietro Pazzi tocó otra vez el silbato en un tono agudo y sostenido, al que contestó un grito en la galera:

—¡El comandante!

Siguió un confuso ruido de cadenas, los forzados levantaron los remos y una escala cayó sobre el costado á que atracaron la lancha.

—Aferráos bien, señor español, si no quereis sufrir las consecuencias de un baño, dijo el capitan trepando por la escala y saltando sobre el cómbes de la galera; Mateo saltó tambien y la chusma dejó caer de golpe los remos.

—¿Hay novedad?

—Ninguna, mi comandante.

—¿Están apagadas todas las luces?

—Si señor, mi comandante.

—Que se releve de cuarto en cuarto de hora el atalaya del castillo de popa, que esté pronta la chusma y silencio.

—Muy bien, mi comandante.

Estas preguntas y respuestas cambiadas entre el capitan Pietro Pazzi

y su segundo, resonaron cortas y rápidas en medio de un silencio y una oscuridad profundas.

—Asios de mi capa y seguidme, dijo el marino á Mateo, á quien condujo al través de la galera al alcázar de popa; abrió una pequeña puerta y entraron en un ancho camarote alumbrado por un farol encerrado en una red de alambre y clavado en el techo.

El aspecto del camarote era sencillo é imponente; la tablazon estaba pintada de blanco, y de trecho en trecho se veian espadas y arcabuces cruzados á manera de trofeos; la cama embutida en un costado, se veia frente á una mesa fija en el suelo, cubierta de mapas y libros de náutica; sobre ella un enorme crucifijo de bronce enmohecido por el ambiente marino, figuraba flaqueado por una armadura completa, una pesada hacha de armas y un largo y anchísimo montante, y en frente de sus portas perfectamente cerradas, se veian cuatro anchas lombardas, siempre prontas á entrar en batería.

Un paje de cámara salió al encuentro del comandante y tomó su capa y su sombrero: entonces á la luz del farol pudo Mateo examinar el rostro de su patron: al escuchar sus órdenes concisas y llenas de imperio, habíale creido un viejo marino avezado á la dureza del mando en el trascurso de una larga vida entre inferiores forzados á escuchar y obedecer; por otra parte su categoría de comandante de una galera de primer órden, contribuyó á que el tejedor hallase en cierto modo sorprendente la edad del capitan que apenas llegaria á los veinte y cinco años; era un tanto moreno; bajo unas cejas anchas y negras brillaban dos grandes ojos de mirada fija y rápida; su cuerpo de seis piés de altura, estaba armado de un camisote de mallas sobre cuya capucha caia en rizos una larga y espesa cabellera; sus manos, sin dejar de ser hermosas, eran membrudas, á propósito para blandir la ancha y larga espada que pendia de su costado. Pietro Pazzi era hermoso, y la severidad de su rostro que en otro hubiera inspirado terror, en él constituia una espresion de noble magestad, ante la cual no podia dispensarse el respeto.

El capitan á la vez examinó de una sola ojeada al mercader de sedas y una sonrisa de desdeñosa superioridad se dejó notar imperceptiblemente en el movimiento de su larguísimo bigote; Mateo era bello, delicado; sus ojos azules daban una dulce espresion á su semblante juvenil, cuya blancura estaba en perfecta armonía con el dorado color de su larga y ondulante cabellera; sus manos acostumbradas al contacto de la seda eran

tersas y pequeñas como las de una dama, y el ancho puñal que formaba parte de su atavío de plebeyo español, hubiera parecido en él tan estraño como el grado prematuro del comandante Pazzi, si no hubiera venido á destruir la prevencion cierto indefinible tinte de indómita valentía que no se ocultó al ojo escrutador del marino.

—Señor español, le dijo tendiéndole la mano, la república, sin duda, por motivos que respeto, os ha concedido la estraña merced de viajar á bordo de mi valiente Anunciatta, y tengo la satisfaccion de ofreceros mi incómodo lecho de marino por esta noche, ya que por lo inesperado de esta medida, me ha sido imposible prepararos un recibimiento digno de quien merece la proteccion de los hombres de gobierno de la república.

En el acento que dió Pietro á estas palabras, se traslucia el deseo de obtener una confianza, pero su orgullo no le permitió aventurarse en un interrogatorio tal vez indiscreto.

—Estraño os parecerá, contestó Mateo previniendo los deseos del marino, la concesion de un favor de este género, que comprenderiais si supiéseis he presentado letras de recomendacion de nobles señores para quienes he trabajado en mi país, á monseñor el senador Gieromi.

El capitan se inclinó al escuchar aquel nombre y esclamó:

—¡Monseñor Gieromi! ¡el valiente jóven que como yo sobre el mar se ha adquirido sobre el campo y al asalto la brillante posicion que ocupa! ¡Por San Pedro! ¡un protector del pueblo! ¡un tribuno de sus libertades, justiciero y rígido! ¡un hombre que manda de una vez y solo una vez! comandante Pietro Pazzi, las hijas de Venecia (maldiga Dios sus bailes que me atrasan la travesía distrayéndome en un crucero) quieren encender fogatas en la ribera la noche de San Marcos; valiente Pietro Pazzi, los berberiscos infestan el litoral, y la Anunciatta tiene aun aferradas sus lombardas en las bandas; cruzad á la altura del golfo, defended la libertad de los venecianos y... ¡rayos de Dios! gritó el comandante interrumpiendo su panegírico y abriendo de un puntapié la puerta del camarote, ¿por qué se impacienta esa chusma? ¡Silencio, canalla, ó arrojo al mar uno por cada diez con un remo á la espalda!

Un rumor sordo de voces y cadenas que iba en *crescendo* produjo la intimacion del comandante, á la que siguió el ruido de algunos revencazos y despues un profundo silencio.

El segundo se presentó á la puerta:

—Mi comandante, dijo, se han oido al lejos de la parte del mar dos disparos de arcabuz é instantáneamente han aparecido dos luces á una milla de altura sobre el cabo que se dirigen á un mismo punto con una velocidad increible.

—¡Una señal, uñas de Satanás! ¡una señal no mas, alférez Reggio! ¡Piratas de Belcebú! ¡y vos, y la chusma, y el equipaje, y el diablo á quien Dios confunda, habeis creido ver dos espectros y habeis gritado para dar el alerta á esos perros que tienen oidos de lagarto y olfato de serpiente! ¡Mi anteojo! ¡Apagad ese farol y abrid una porta en direccion á los fuegos!

El alférez obedeció.

—¡Piratas al poniente! gritó la sonora voz de un grumete desde el castillo de popa.

—¿Lo ois? ¡piratas! Alférez, tomad el nombre de ese muchacho y presentádmele mañana ¡es un valiente!

Y aquel elogio era una fria reconvencion para el alférez que salió.

El comandante sacó la mitad del cuerpo por el vano de la porta y graduó el anteojo; sus dos brazos estendidos quedaron inmóviles y detuvo el aliento devorando en una ojeada el espectáculo que presentó á su vista: la niebla, rota en algunos puntos, pasaba por delante del disco del anteojo impelida por un ligero vientecillo, que agitando apenas las velas de la galera la hacia deslizarse pesadamente sobre las ondas; al frente en último término se veian confusamente al resplandor de sus linternas dos buques que se abordaban; sobre el puente del de mayor porte pudo ver Pazzi, merced al gran alcance de su anteojo, un hombre con traje asiático rodeado de esclavos negros con linternas encendidas y en el del mas pequeño un griego que trasbordaba al primero.

La rabia del comandante estalló al ver el rostro del ismaelita y mas aun al distinguir el gallardete triangular en que se veian en campo rojo tres lunas de plata sobre tres cabezas de tigre.

—¡La galera del Pachá Rakji! gritó rechinando los dientes; ¡ira de Dios! ¡una ráfaga de sudoeste aunque haya de inundarse Venecia! Paolo, paje de Lucifer! ¡mi coselete! ¡mi hacha de abordaje! ¡alférez Reggio, á las armas la guardia! ¡contramaestre, á la maniobra!

Se oyeron pasos de muchos hombres sobre el puente y cada uno ocupó su lugar.

—¡Enfilad al poniente! dijo Pazzi al contramaestre: y un silbido agitó

simultáneamente los remos de doscientos forzados; la galera gimió al primer empuje; el cómitre recorrió las bandas azotando la chusma y la Anunciatta se deslizó sobre las ondas con la velocidad de una paviota.

—¿Conoceis este viento? dijo Pietro al contramaestre, es el precursor del vendabal; la Santa Madonna nos proteja; cargad las velas, canalla.

Muy pronto el viento hinchó las velas y los forzados recogieron los remos; la Anunciatta no corria, volaba; la oscuridad era cada vez mas densa y las galeras piratas iluminadas aun, se veian á la capa bordeando en la embocadura del golfo.

—¡Listos al abordaje! gritó el comandante á los soldados; ¡forzad los remos y embestid, canalla! añadió precipitándose á cintarazos sobre la chusma.

El espolon de la Anunciatta enfilaba la galera del Pachá á pocas brazas de distancia; el ruido de la marejada impulsada por el viento absorvia el chasquido de los remos y el rechinar de los mástiles; el comandante rodeado de su guardia y empuñando el hacha se veia en la proa, y tras él Mateo el Zenete esperaba la embestida con el puñal en la mano.

II.

Abul-Rakji el Pachá.

Se allegaron las galeras que el comandante Pazzi entraba en caza hasta unir sus costados y de la mas pequeña saltó en la opuesta un griego de formas pigmeas y ademan insolente, á cuyo encuentro salió Rakji el Pachá, interesante y jóven asiático, indolente y altanero, capitan de la galera que montaba, una de las mas importantes de la escuadra turca pirata que mas tarde debia ser el terror de los mares bajo el mando de Emir Kair-Eddin (Barba-roja).

Algunos esclavos negros cercaban al Pachá con las cimitarras desnudas, señal nada equívoca de la prevencion que le inspiraba el griego á pesar de no llevar mas armas que un pequeño puñal cuyo mango afiligranado se dejaba ver apenas entre los pliegues de la faja.

El griego inclinó desdeñosa é imperceptiblemente la cabeza al llegar junto á Abul-Rakji y le siguió á su cámara en la que quedaron solos.

Nada tan magnífico como el náutico retrete del pirata; á falta de mármoles, suntuosos tapices de la India de vivísimos colores ocultaban el techo y las paredes; el pavimento chapeado de bronce abrillantado dejaba ver en el centro una taza minuciosamente cincelada de la que brotaba un surtidor arrancado al mar por un hábil mecanismo; una lámpara de ala-

bastro incrustada en oro ardia sobre una mesa del mas caprichoso mosáico, y sobre una alfombra de pieles de tigre se veia un rico divan flanqueado por dos pebeteros de plata, en los que se quemaban esquisitos perfumes. El indolente Pachá se dejó caer sobre el divan, el griego permaneció de pié junto á él en una actitud insolente, y para completar el cuadro un pirata armado de una espingarda observaba paseando por la parte esterior de la cámara los movimientos del griego.

Abul-Rakji miró fijamente al heleno y una ojeada de cólera animó por un momento su pálido semblante; mordió impaciente su labio inferior, se puso lentamente en pié, adelantó un paso y asiéndole de la melena esclamó con voz que la cólera amortiguaba y con una espresion de indescribible imperio:

—¡En tierra delante de mí, esclavo!

La fria impasibilidad del hombre que se atrevia á permanecer en pié junto á él, del hombre que habia sido su esclavo y á quien debia mas de un insulto, hizo estallar su cólera.

—¡Pachá Abul-Rakji! gritó el griego retrocediendo un paso y oprimiendo hasta hacerla soltar la mano que le tenia asida, Manuel Asencio no es tu esclavo; has jurado por la cólera de tu Profeta con el rostro vuelto á la Meca no tocar ni aun sus vestidos y el griego ha llegado hasta tí fiado en tu juramento.

El Pachá retrocedió otro paso impelido por un fanatismo invencible; despues volvió á arrojarse en el divan, introdujo en su boca el aureo estremo de una enorme pipa de porcelana, cruzó los brazos y cerró los ojos, inclinando la cabeza sobre el pecho, resignado á la audacia del hombre ante quien le sujetaba un juramento.

Hubo un momento de silencio durante el cual el griego encendió á la vez su pipa y sentándose en frente del pirata sobre la alfombra, dijo al fin mezclando su razonamiento con densas evacuaciones de humo y recalcando cada una de sus palabras:

—Pachá: hace un año, poco mas ó menos, en un dia de fiesta semejante al que acaba de pasar en Venecia, danzaba yo bajo el cielo de la patria con una mujer jóven y hermosa; el mar estaba en calma y la brisa agitando los cabellos de Adija me hacia gozar las delicias del paraiso cuando á cada inflexion de su ligero talle los arrojaba perfumados sobre mi frente; me complazco al recordarlo como el ciego cuando se acuerda del último rayo del sol que reflejó en su vista.

Detúvose como saboreando aquel amargo placer, y luego añadió en acento profundo y sombrío:

—Sin tí seria feliz y virtuoso con el amor de Adija; pero vosotros los orientales necesitais las hijas del estranjero para poblar vuestros harenes de prostitutas; para vosotros, bestias sensuales, sin corazon y sin virtudes, nada suponen el dolor de un padre, de un hermano, de un amante, el pudor de una mujer; lascivos é indolentes salís de una caverna de Africa, os embarcais en una miserable almadía y robais sobre las costas indefensas, oro y mujeres para ir despues á Bagdag ó á Constantinopla á morír gastados por el ópio y por los placeres entre los despojos de la rapiña.

El Pachá mordió hasta abollarla la embocadura de oro de su pipa.

El griego continuó en acento mas sombrío:

—Tú eras uno de esos chacales sedientos de sangre á quienes la cólera de Dios permite el crímen para castigar el pecado de los hombres. Tus bandidos desembarcaron ¿y á qué recordarlo? Las heredades fueron incendiadas, los habitantes robados y cautivos, los niños y los viejos pasados á cuchillo, las jóvenes deshonradas y los hombres amarrados con un grillete en las bandas de tu galera junto á un remo. ¡Oh! tú me has avezado á la sangre y la que ha corrido está noche en los caseríos de Venecia, caerá gota á gota sobre tu cabeza que aparecerá enrojecida ante Dios el dia de la justicia. Cuando recuerdo los infelices que viejos é inútiles para la fatiga fueron arrojados al mar espalda junto á espalda y que yo ocupé el sitio de uno de aquellos desdichados, te maldigo, Pachá, en el fondo de mi alma.

Un dia Adija logró burlar tu vigilancia y vino á sentarse junto á mí en el banco de los forzados. Adija, la mujer que tú preferias: la mujer que te despreciaba; la mujer que en aquel supremo momento mezcló su llanto con el del esclavo; que cambió con él un beso desgarrador y tú lo veias desde esa misma puerta, tú la arrancaste de mis brazos y en el colmo de tu rabia, sin compasion á su juventud y á su hermosura, la mandaste ahorcar en una entena del árbol de proa.

Y el griego volvió lentamente la cabeza, estendió el brazo en direccion al mástil que se veia al través de la puerta rojizamente iluminado por la luz de las linternas, y cediendo al fin á lo amargo de sus recuerdos, se cubrió el rostro con las manos en un temblor convulsivo; el Pachá lanzó una rápida ojeada al funesto leño y no pudo reprimir un movimiento de

terror. El narrador continuó enjugándose los ojos con el dorso de la mano:

—Es un recuerdo terrible, Abul-Rakji; entonces todo lo olvidé, busqué el puñal en mi cintura como ahora Pachá; no, añadió reprimiéndose; no mires inquieto en tu rededor; no quiero perecer envuelto en mi venganza; quiero sobrevivirla, saborearme con ella, recordarla con placer como recuerdo ahora la ejecucion de tu padre.

—¡Manuel! gritó el Pachá torciéndose sobre el divan.

El griego continuó mostrando su feroz alegría en una sonrisa, espresion de un odio inestinguible.

—El esclavo levantó su remo y quiso arrojarse sobre tí, pero volvió á caer sujeto por el grillete: una rebeldía se castiga entre vosotros terriblemente; fui arrancado de mi banco, azotado en crugía y sentenciado á morir ahorcado en la misma cuerda que mi infortunada Adija; la mandaste arrojar al mar, y ya el lazo ceñia mi cuello cuando una bala cortó silvando la entena que la sostenia: tras aquella pasaron muchas y olvidásteis mi ejecucion para correr al combate: distraidos en vuestro horrible espectáculo, no habiais notado la aparicion de una galera de la república que oculta hasta entonces en las brumas de la mañana, cargaba á vela y remo y os disparaba bajo el fuego de sus lombardas. El combate fue horrible; superior tu galera á la veneciana, aunque sorprendida y desarbolada antes de que pudiera ponerse en defensa resistísteis el abordaje; pero tu padre fue hecho cautivo, juzgado verbalmente y ahorcado de una entena, mientras te mordias las manos desesperado, como yo momentos antes, mientras huias con toda la fuerza de los remos. Lentamente adelantamos; poco despues el fuego de la república era inútil, y todo al fin se acabó: vogábamos en plena mar. Un hombre olvidado de todos, yo, se acercó á tí y pronunció en tu oido la palabra venganza, porque meditaba la suya; entonces miraste la brújula, volviste el rostro á la Meca y juraste por Mahoma poniendo tu diestra sobre mi cabeza, no tocar un solo pelo de mi barba y hacerme libre si te vengaba del senador Gieromi, del hombre que mandaba la galera donde murió tu padre ahorcado: cambiamos juramento por juramento, concertamos la señal por la que podriamos reconocernos, y me diste el mando de esa pequeña almadía y diez mil piastras: hace seis meses que nos separamos, y he cumplido mi juramento.

—¿Y me traes al senador Gieromi? gritó el Pachá, saltando del divan como el tigre á la vista de la presa.

—Pirata del Adriático, contestó el griego sacando del seno un libro encuadernado en terciopelo carmesí, tú hablas el dialecto veneciano como una necesidad de tu oficio; tú sabrás leer un nombre en esta ejecutoria.

El asiático se acercó á la lámpara y de una ojeada devoró el escudo de armas de los Gieromi, despues miró fijamente al griego y esclamó en acento de amenaza:

—¿Y me traes aquí mi venganza?

—La prueba: aguarda un momento y la concebirás tan terrible como jamás la soñaste Abul-Rakji.

El griego salió y tras él el Pachá: le vió saltar en la almadía, hundirse por la estrecha escotilla y desaparecer: apoyado en las bandas permaneció silencioso, y aguardó su vuelta con una ansiedad indescribible.

III.

Las tres hermanas.

El griego descendió con lentitud por la escala que conducia de la cubierta al entrepuente; á pesar de su escasa estatura hubo de encorvarse para no tocar con la cabeza en la armadura del techo, y se deslizó en la oscuridad á un rincon de la parte de popa. Oíanse allí las respiraciones de hombres que dormian, y un álito pesado é incómodo emanaba de aquel asqueroso dormitorio. Despues buscó en una tabla del costado una linterna, oprimió su resorte, y una luz turbia debilitada por la interposicion de un cristal empañado, iluminó escasamente el camarote.

Sobre una mesa de pino se veian dos grandes frascos vacíos, y algunos fragmentos de otros rotos estaban esparcidos en el suelo manchado de vino vertido. Tres hombres dormian con los brazos apoyados en la mesa, y junto á ellos se veian otros tantos mosquetes con las mechas encendidas.

El griego los miró un momento con una espresion marcada de disgusto, los sacudió sucesivamente y pronunció esta sola palabra:

—Listos.

Los tres hombres se pusieron de pié; el griego estendió lentamente su brazo y señaló un rincon del camarote, en el que se veia una escotilla cerrada con un fuerte candado; luego se sentó desdeñosamente sobre un

banco entre los despojos de la orgía, mientras uno de los piratas abrió la compuerta y descendió con la linterna.

Un momento despues volvió á aparecer, y tras él se elevó del fondo de la sentina una mujer, luego otra, hasta tres; el marinero cerró la escotilla, dejó la linterna sobre la mesa y el griego arrojó una mirada sobre las mujeres.

A pesar de la notable diferencia del tipo de sus semblantes dejábase conocer eran hermanas en una espresion vaga que podia llamarse aire de familia. Las tres vestian trages de seda blancos y en el peinado deshecho de alguna de ellas, quedaba aun asida una flor de su corona de fiesta. Las tres eran hermosas, y en sus semblantes contraidos por la vergüenza y el dolor que les causaba su posicion, se traslucian bien á las claras sus opuestos caracteres. Eleonora, la menor de ellas, esbelta, de irresistibles ojos negros, los fijaba con una espresion de inconcebible orgullo en los del griego deslumbrado, por decirlo asi, ante aquella beldad de catorce años, que levantaba atrevida junto á él su ovalado semblante blanco y pálido como una azucena silvestre, y a! que prestaba un magnífico contraste su larga y sedosa cabellera color de ébano. Eleonora no lloraba ni sentia miedo; al contrario, sus manos fuertemente cerradas hasta imprimirse la señal de las uñas; su mirada fija é intensa; el sombrío frunce de su lindo entrecejo, y la impaciencia conque mordia su labio inferior, la hacian aparecer decidida á todo esperando el momento de ponerse en defensa. El griego la contemplaba estasiado; por esa versatilidad inherente al corazon humano, el recuerdo de Adija habia dejado su lugar á una impresion nueva, irresistible, que hacia bajar la vista al ademan amenazador de una niña, al hombre que no habia temblado ante el furor del pirata del Adriático.

Isabela era morena; el sol de Venecia habia teñido ligeramente sus mejillas, y sus grandes y melancólicos ojos pardos estaban llenos de lágrimas: sus manos asían con fuerza el vestido de Eleonora, y su bello semblante unido al de su hermana, estaba medio oculto por los pesados rizos de su cabello castaño oscuro: apenas podia sostenerse en pié, y un ligero estremecimiento de terror agitaba sus miembros cuando lanzaba una mirada medrosa al semblante fatídico y reflexivo del griego. Apenas contaba diez y seis años.

Inés, la mas hechicera, ni estaba irritada como Eleonora ni temblaba como Isabela: sus ojos azules y lánguidos no mostraban haber derramado

una lágrima sobre aquel rostro blanco mate en que se veia retratada una paz profunda que tenia muchos puntos de comparacion por su orígen con la atrevida espresion de Eleonora: su cabeza inclinada por un impulso de abatimiento, dejaba caer á plomo dos largas trenzas color de oro, y un suspiro, comprimido las mas veces, rebosaba de su alma. A pesar de su aparente calma, una chispa de furor se dejaba ver en su rápida mirada cada vez que la dirigia al griego, impulsada por los sollozos de Isabela, ó por un movimiento impaciente de Eleonora. Dotada de un sublime temple de espíritu, lastimada mas por el dolor de sus hermanas que por su propio sufrimiento, hubiera dado sus ilusiones, sus ensueños puros de felicidad y su vida de diez y ocho años, por resumir en ella sola todos los horrores de un porvenir oscuro y desesperador que se deslizaba con todo su terrible prestigio ante la ardiente imaginacion de las tres hermanas.

¿Por qué se veian en el fondo de una miserable almadía de piratas aquellas tres jóvenes que parecian pertenecer á la alta aristocracia de Venecia? ¿Por qué sus vestidos de baile estaban manchados de sangre y ennegrecidos á trechos por el humo del incendio?

Para responder á esta doble pregunta será precisa una digresion y retroceder al periodo de mi historia en que Manuel Asencio se encargó de la almadía que el pirata le confiara para llevar á cabo la venganza de su padre, sentenciado y ahorcado por el senador Salvator Gieromi.

El griego se dirigió á un punto desierto de la ribera, desembarcó en él, y se despidió de su gente despues de concertar la seña, á la cual debian caer en tierra para dejar en ella la huella del paso de los piratas.

Algunos dias despues apareció al amanecer junto á la puerta de la quinta del senador un mendigo griego cubierto de harapos, hambriento y miserable. Era Manuel Asencio.

La hidalguía de Salvator Gieromi no se desmintió en aquella ocasion; las puertas de su casa se abrieron para el hombre que debia cubrirla de luto, y el supuesto mendigo halló en ella todos los consuelos de la hospitalidad, administrados por tres hechiceras criaturas que se esforzaban por reponerle del estado de debilidad y miseria que él mismo habia contraido por cálculo: la jóven Eleonora habia pasado veladas enteras junto á su lecho, y cuando ya repuesto le encargó el senador, compadecido de su ficticio abandono, el cuidado de sus jardines, ella fué la que hizo repetir al esclavo las primeras palabras del dialecto de Venecia.

A medida que el tiempo trascurria, la memoria de Adija fue menos frecuente en el pensamiento del griego y un sentimiento vago, sin objeto, fue creciendo hasta revelarse inmenso é indomable; amaba á Eleonora. El desgraciado se estremeció á tal descubrimiento, porque conocia demasiado que la orgullosa niña jamás daria oidos á sus amores; porque la habia concebido entusiasta por lo bello. Entonces sufrió por la primera vez al conocer su deformidad; entonces sus ideas tomaron un giro siniestro, y él, que casi se habia arrepentido de sus proyectos de crímen, pensó adunar su venganza al logró de sus deseos; entonces recordó la vida de pirata del Pachá; entonces quiso tener como él esclavos, una galera con cámara de oro, y un baño árabe en Constantinopla. Acaso en sus delirios creyó que la opulencia podria embellecerle á los ojos de Eleonora, y su imaginacion creó una série de aventuras que debian terminar con el enlace del renegado griego y la esclava veneciana.

Manuel Asencio alentó aquellos sueños, y su egoismo se los hizo ver realizados; cubrióse con una máscara hipócrita, se adquirió la confianza del senador y esperó.

Habia lucido el dia de San Marcos; la quinta de los Gieromi se engalanó para la fiesta, y en todos los semblantes se veia la alegre impaciencia que precede al momento de empezar un festin. Un solo hombre faltó de entre el regocijo general; él, que se dirigia á las rocas de la playa á encender la hoguera que debia llamar á los piratas; él, cuya ausencia atribuyó el senador al deseo de apartarse de una escena de placer que debia recordarle el dia en que habia sido cautivo. El griego le habia contado su historia.

A la hora del crepúsculo la almadía llamada por el humo de la hoguera se acercó á la roca, Manuel señaló á los piratas las torrecillas de la quinta de los Gieromi que empezaban á iluminarse, y se dirigió á ella atravesando los campos en la oscuridad de la noche. Al llegar vió por las ventanas las luces del banquete; oyó la voz de Eleonora que cantaba, y la sangre refluyó ardiendo á su cerebro. Su vista de águila vió tambien sobre el mar confusamente las velas de la almadía que bordeaba y á la entrada del puerto la pesada masa de la galera de Pietro Pazzi.

Un momento de agonía pasó por él, con su inmenso sufrimiento, con el temor de ver frustrado el logro de su desvelo; despues entró en la quinta recatándose, y llegó con las precauciones de un bandido á la cámara del senador; estaba desierta; forzó con el puñal las puertas de una pa-

pelera y buscó la ejecutoria de los Gieromi que guardó en su seno; salió de la cámara y subió á una torrecilla dejando caer de ella un papel encendido, era la señal; luego se dirigió á la sala del festin y quedó inmóvil en su dintel contando con una horrible ansiedad los fuertes latidos de su corazon que parecia querer arrancársele.

Los cantos habian cesado sustituyéndolos la danza; á la luz de cien reverberos de acero se agitaban sin cuento parejas de jóvenes olvidados de todo lo que no era bailar ó decir amores; los hombres habian dejado sus armas, y el griego se colocó ante un ángulo de la sala donde se veian amontonadas; entonces en un rápido giro de la danza vió pasar como un meteoro á Eleonora recostada en el brazo de un mancebo; tras ella pasaron Inés é Isabela.

Una espresion horrible se marcó en su semblante á la que sucedió instantáneamente una sonrisa feroz. Un cañonazo se dejó oir muy cerca y una bala rasa penetró en la estancia, rompiendo las vidrieras de una ventana y rebotando con terrible estruendo en el muro opuesto, que cayó en gran parte produciendo una nube de polvo; la danza paró; las mujeres se aterraron; los nobles corrieron á sus espadas, y un tropel de piratas apareció ahullando como lobos hambrientos á las puertas de la estancia. Los espejos, los muebles, las tapicerías cayeron hechas pedazos; empezó á correr sangre, y el lugar de aquella terrible escena se vió iluminado por un color rojizo. Habian incendiado la quinta.

En medio del estrago apareció Manuel Asencio junto al grupo de las mujeres, que no encontrando salida se habian retirado al fondo de la escena; vió entre ellas á las tres hermanas, y gritó con una voz que dominaba el tumulto:

—Eleonora, Isabela, Inés, seguidme si quereis salvaros.

Al sonido de aquella voz que creian amiga, las tres jóvenes se lanzaron tras el griego creyendo encontrar un salvador, mas al salir al patio cuatro hombres asieron de ellas, las taparon las bocas con los pañuelos, y oyeron la voz de Manuel que gritaba:

—¡A la almadía!

Despues dió á correr por el campo gritando: ¡al arma! y dijo á un gondolero que huia hácia Venecia:

—Dí al senador Gieromi, que sus hermanas han sido robadas por el Pachá Abul-Rakji; que si quiere salvarlas caiga con las galeras de la república á dos millas de altura sobre el cabo, y le encontrará.

El gondolero partió; Manuel Asencio entró en la lancha y se dirigió á la almadía; entonces suspiró con libertad; tenia en su poder la mujer que amaba, y habia levantado sobre la cabeza del Pachá la venganza de un senador de la república.

He aquí por qué se hallaban en poder del griego aquellas tres mujeres.

. . . .

Satisfecha, pues, la curiosidad de mis lectores vuelvo á anudar el roto hilo de mi historia.

Un momento pasó antes de que volviese de su estupor; levantóse al fin y habló en secreto con uno de los piratas; despues á pesar de su resistencia, cogió en sus brazos á Eleonora; los otros dos hombres asieron á Inés é Isabela, y desaparecieron por la escalera que conducia al puente, mientras que el pirata á quien hablara asió el gobernalle y grito á la chusma:

—¡Virad!

La almadía describió un círculo sobre las aguas y se detuvo á poca distancia de la galera del Pachá á la parte de popa.

IV.

El abordaje.

En tanto tuvieron lugar las escenas anteriores, las nubes se habian condensado descendiendo hasta cubrir el mar de una pesada neblina; un viento pesado y débil se deslizaba silbando entre el cordaje de la galera pirata, y la luz del relámpago abrillantaba por largos intervalos la superficie del mar que empezaba á ondular, produciendo un ruido sordo que se estendia en todas direcciones hasta perderse en lontananza semejante al zumbido que nace entre una multitud que se impacienta.

Abul-Rakji permanecia aun sobre las bandas con la vista fija en el punto de la almadía en que desapareció el griego; sufria penosamente bajo un impulso de ansiedad que le hacia harto perceptible la lentitud del tiempo; al fin vió aparecer bultos sobre la cubierta, descender á una lancha y remar en direccion á su galera; entonces se dirigió lentamente á su cámara se arrojó en el divan y fijó la vista en la puerta.

El griego se presentó en ella y los piratas se adelantaron hasta la alfombra y dejaron en ella á las tres hermanas, retirándose al fondo de la cámara.

El Pachá las miró con sorpresa; en otra ocasion hubiera llenado de oro las manos del hombre que le vendiera tan bellas criaturas para aumentar los encantos de su harem; pero tenia entonces lleno el pensa-

miento de la agonía de su padre, y solo vió en las venecianas tres mujeres.

—¿Y esta es mi venganza? esclamó lentamente fijando su feroz mirada en el griego.

—¿Quieres aun mas, y te traigo las hermanas del senador?

—Quiero su vida, esclavo, ó la tuya ¿lo oyes? Necesito sangre, pero no sangre de mujeres.

A pesar de su serenidad, Manuel Asencio tembló al escuchar el siniestro acento del pirata; dominóse, empero, y contestó con indiferencia:

—Yo habia creido preferible la venganza que prolonga la agonía á toda la vida, á la que termina un momento despues de recibir una puñalada.

Abul-Rakji inclinó la cabeza sobre el pecho y meditó; una sonrisa asomó á sus trémulos labios al medir en un pensamiento la estension de su desagravio; tenia en su poder tres víctimas cuando solo esperaba una; podia hacer pedazos el corazon de su enemigo devolviéndole tres flores que estaban ante él con el perfume de su pureza deshojadas y marchitas; placer y venganza á la par; entonces las miró con atencion, las vió jóvenes y hermosas, y sus ojos brillaron con una espresion tan marcada, que la atrevida Eleonora, única que osaba contemplarle, bajó los ojos por un impulso de rubor; el asiático se ostentaba entonces como el verdadero pirata de Stambul, insaciable de oro y mujeres con su cínica sonrisa y su ademan altanero.

—Es verdad, Manuel, dijo levantándose y dirigiéndose á la mesa cuya tapa levantó, me has proporcionado una deliciosa venganza; serán esclavas de mis esclavas. Toma, añadió sacando de la mesa un bolson de cuero: ahí tienes casi un tesoro, y le arrojó á sus piés.

El griego le abrió; estaba lleno de piastras de oro; despues le entregó á sus piratas y les señaló la puerta; los tres hombres salieron.

—Me habias prometido hacerme libre, Pachá, dijo despues de un momento de silencio Manuel.

La contestacion de Abul-Rakji fue asir una mano del esclavo, y llevándole á la puerta de la cámara llamó al equipaje.

—¡Creyentes! les dijo, yo Abul-Rakji, Pachá en Stambul, declaro libre y hago donacion de una almadía armada con tripulacion y cautivos al griego Manuel Asencio que veis, antes mi esclavo; que caiga la cólera

del Profeta sobre el que me obedezca, si mando tocar á un solo pelo de su barba. A sus puestos.

La tripulacion se dispersó murmurando; el griego lanzó un rugido de alegría.

—Acércate, Pachá, le dijo arrastrándole á un estremo de la cámara, y abriendo una persiana, mira.

Abul-Rakji lanzó una mirada recelosa al mar; nada vió, nada oyó mas que el ruido de la marejada que crecia.

—Mira, le tornó á decir el griego.

El Pachá miró otra vez; varios puntos imperceptiblemente luminosos brillaron en el horizonte aumentándose visiblemente.

—¡Manuel! ¡Manuel! esclamó frenético de alegría ¿has incendiado á Venecia?

—No, miserable no; sediento de una venganza cruel, te he procurado un enemigo invencible y audaz; he llamado sobre tu cabeza, el odio del senador Salvator Gieromi, que te ejecutará como ejecutó á tu padre.

El Pachá le miraba absorto.

—Te has perdido renunciando tu poder sobre mí, porque tus gentes no te obedecerán: ¡mira seis galeras de la república bordeando el golfo con un fanal en cada mastil!

Abul-Rakji se precipitó á una persiana, y vió las galeras estendidas sobre el mar, en forma de media luna, con ostensible intencion de cortarle la huida; el pirata conoció lo inútil de la fuga, y sus ojos se tiñeron de sangre.

—¡Por el espíritu de Eblis! dijo dirigiéndose á Eleonora, que estaba próxima á él, con el puñal en la mano, no llegará á mi el nazareno sin pisar antes sus cadáveres.

—¡Esa mujer es mia! gritó el griego sacando una pistola de entre su faja y amenazando al pirata, ¡ay de tí, si adelantas un paso!

Las tres hermanas estaban aterradas; aquella era una terrible pesadilla que oprimia sus almas, y desconfiando ya de todo socorro volvieron en su pureza de niñas la vista á Dios murmurando una plegaria.

Entonces se estremeció la galera; un alarido general se levantó de la cubierta, la voz de Pietro Pazzi se dejó oir atronadora gritando: «¡San Marcos y Venecia!» y antes de que los piratas pudiesen ponerse en defensa, el comandante, Mateo y sus soldados inundaron la cámara; el griego aterrado quedó inmóvil un momento antes de reponerse de la sor-

presa de un ataque que no creia tan próximo; mas recobrando su serenidad, asió por la cintura á Eleonora, la arrastró á una ventana, suspendióla sobre el mar y se precipitó con ella; seis hombres se arrojaron tras él á una señal de Pietro Pazzi, trabándose despues una lucha sangrienta y encarnizada.

Abul-Rakji, sin mas armas que un puñal, se lanzó sobre las dos hermanas, pero antes de que llegase á ellas una mano asió su garganta, y vió brillar junto á sí la chispeante mirada de Mateo; al sentirse sujeto hizo un esfuerzo, saltó atras, desasióse y volviendo con la velocidad del tigre hincó su puñal en el pecho del tejedor; Mateo vaciló, sus piernas se doblaron y su mirada inerte, reflejó en la ansiosa mirada de Isabela, sobre cuyo seno cayó manchando de sangre su blanco traje de fiesta; el Pachá se adelantó, la jóven vió brillar sobre su cabeza la terrible arma, un grito de terror salió de sus labios y cayó desvanecida junto á Mateo; otro grito resonó tambien entre el estruendo del combate, los quejidos de los moribundos y el estampido de los arcabuces; un grito profundo de agonía semejante al rugido de un tigre espirante; Mateo se habia levantado sobre las rodillas, y el corazon de Abul-Rakji sintió la punta de su puñal.

Isabela é Inés se habian salvado.

Triste cuadro ofrecia poco despues la galera del Pachá; los piratas que no sucumbieron al filo de la espada de Pietro Pazzi, se habian arrojado al mar buscando en las olas una muerte á su parecer menos terrible; los forzados mostraban el terror en sus asombrados ojos, y un silencio fatídico reinó un momento; el comandante Pazzi buscó enemigos á quienes herir y no encontrándolos, gritó en un acento breve y enérgico:

—¡San Marcos y Venecia! ¡Viva la república!

—¡Viva! gritaron á una voz los soldados.

—¡Viva! resonó como un eco lejano sobre el mar á corta distancia.

Pietro Pazzi volvió la vista al punto de donde partieran aquellas voces, y vió cuatro galeras que entraban á vela y remo; en una de ellas reconoció á la capitana San Marcos, que poco despues clavó rechinando su espolon en el bajel pirata, sobre el que saltó un hombre armado de todas armas; por el costado opuesto, como espectros marinos arrojados por el mar, saltaron tambien seis hombres fatigados y cubiertos de agua; el capitan dirigió á ellos una ansiosa mirada.

Volvian solos; el griego habia desaparecido con su presa.

—¡Monseñor! dijo entonces al hombre armado, estoy sobre una galera pirata; he salvado dos de vuestras hermanas, pero la menor me ha sido arrebatada por un demonio; he faltado á mi deber, os entrego mi espada y me constituyo en arresto.

Las facciones del senador Gieromi se contrajeron al saber la pérdida de Eleonora, y un vértigo cruzó por sus ojos: despues cayó de rodillas, levantó los ojos al cielo, y dijo en la mas completa calma.

—¡Dios mio! ha huido junto á mí una almadía pirata; he dejado pasar á tus enemigos pensando en la salvacion de Eleonora y no me has inspirado que allí tal vez la arrastraban cautiva. ¡Señor, hágase tu voluntad!

Se levantó, y añadió rechazando la espada que el comandante le presentaba:

—Reservadla para servir á Dios en daño de los infieles. Sois un valiente; habeis cumplido con vuestro deber, comandante Pazzi, y me reservo dar cuenta de vuestro brillante comportamiento al Senado.

Despues volvió la vista á un punto del mar y sobre la fuerte marejada que por momentos crecia, arrojó una mirada indescribible y á la luz de un relámpago vió un punto negro que se deslizaba rápidamente sobre las ondas.

Pietro Pazzi lo vió tambien, y esclamó con estusiasmo:

—¡Pongámonos en caza, Monseñor! Canalla, añadió en árabe, señalando con su espada la parte por donde huia la almadía; ¡rumbo al sursud-oeste!

Los forzados acostumbrados á hallar un gefe en el último vencedor obedecieron, y la galera volvió la proa al punto indicado.

—Es inútil, comandante, les favorece el viento y están fuera de alcance. Despues gritó en voz fuerte y segura: Virad en redondo rumbo al puerto.

Dirigióse entonces á la cámara, y la midió de una ojeada. Abul-Rakji, muerto, estaba tendido sobre un lecho de sangre con un puñal clavado en el costado izquierdo; Mateo respiraba con dificultad, y sobre su cabeza reposaba el pálido y hechicero semblante de Isabela desmayada: mas allá Inés se entregaba á un dolor profundo derramando en silencio abundantes lágrimas.

—Que cuelguen esos dos cadáveres de una entena, dijo el senador á

Pietro Pazzi: que trasborden á la capitana mis hermanas y dejadme solo, comandante.

—Me atreveré á deciros, observó Pazzi señalando á Mateo, que este jóven es el español á quien me ordenó la república conducir á Alejandría; y mirad, prosiguió arrancando el puñal del pecho del pirata: es un valiente; esta era su arma y ha muerto con ella defendiendo á vuestras hermanas, al Pachá Abul-Rakji, terror del Adriático.

El senador arrojó una mirada al hombre que tan generosamente se habia sacrificado por su familia y al ver su jóven y descolorido semblante murmuró en acento conmovido:

—Que lo lleven á mi camarote; encargaos de él y de mis hermanas; en cuanto al Pachá, cumplid mis órdenes.

Besó á Inés y á Isabela, puso la mano sobre el corazon de Mateo y los vió conducir á la capitana con una frialdad admirable.

Luego cerró la puerta, cayó sobre las rodillas, unió su rostro al pavimento ensangrentado, y pronunciando el nombre de Eleonora dió salida á su dolor en un llanto silencioso.

Aquel mismo hombre saltaba en tierra al amanecer del siguiente dia y se abria paso entre el pueblo de Venecia que le victoreaba y al ver su continente sereno y magestuoso le creia feliz por haber presentado á su vista ahorcado, al Pachá Abul-Rakji, pirata el mas temido de la flota berberisca.

V.

El desagravio del senador.

Se ocultaba tras el horizonte el último rayo del sol de un dia de verano, tres meses despues de los acontecimientos anteriores iluminando debilmente altravés del tapiz de una ventana, un aposento de una gran casa con pretensiones de palacio, situada en una oscura calle en el centro de Venecia.

Nadie habia en él, y el vivo reflejo del cielo del Adriático amortiguado por la interposicion de cortinas de damasco rojo, le presentaba un tinte sombrío en perfecta armonía con su mueblaje de un gusto severo y sencillo, aunque bastante á revelar por la riqueza de las maderas y sus incrustaciones de bronce cincelado, la opulencia y elevada clase del dueño.

Las paredes eran de piedra blanca construidas con arreglo al órden compuesto; algunas estátuas de héroes romanos se veian colocadas con perfecta simetría; grandes cuadros que casi tocaban al techo de ensambladura, sujetos en marcos negros con filetes y follages dorados, representaban indistintamente santos ó retratos de familia, y una gran mesa de nogal con tapete de terciopelo carmesí en que figuraba un escudo de armas, cubierta de legajos y libros científicos ó religiosos ademas de un rosario y dos largas pistolas, se dejaba ver en el lado opuesto á la puerta

de entrada. Habia tambien en aquella estancia una pila de agua bendita y sobre un sitial una capa, un sombrero y una espada.

Nada turbaba el profundo silencio que la envolvia, ni su grave aspecto se veia desmentido por la presencia de una flor, de un pájaro, de nada, en fin, que revelase la existencia de una mujer, y hubiérala creido alguno un retrete encantado, á no aparecer á la puerta una figura humana.

A pesar de su palidez, no podia desconocerse á primera vista á Mateo el Zenete, que apoyado en un baston se adelantaba con paso algo débil y que hacía pocos dias abandonara el lecho sobre el que se disputaron largo tiempo una presa la vida y la muerte. Pero su estado de decaimiento no habia alterado en nada la morvidez de sus bellas formas, y si bien la sonrisa de paz juvenil que ostentaba antes de su marítima aventura habia desaparecido, reemplazábala con ventaja una espresion pensativa que hacia sospechar el desarrollo de las pasiones del hombre impulsado por el sentimiento mas seductor cuando no se concibe la triste y dolorosa verdad de la vida: el amor.

Mi mas cándida lectora lo hubiera comprendido en Mateo al sorprender la ingenua mirada con que midió el aposento, que tanto espresaba temor como deseo de encontrar algun objeto en su recinto; inconcebible discordancia entre los impulsos del corazon que nos impele contra nuestra voluntad á un centro fascinador, en torno del cual giramos gozando y sufriendo en un círculo mágico que empieza en la adolescencia y termina en la vejez, y á veces en la tumba; llave misteriosa del alma, manantial inagotable de penas que emanan de la mujer; ilusion que halaga y enloquece cuando se sueña, y mata al despertar ante el contacto del desengaño y la esperiencia, asi como la flor que abre su pétalo al blando beso de las brisas de la alborada y se descolora y marchita bajo el rayo abrasador del sol del mediodia.

Mateo adelantó lentamente hasta sentarse en el ancho sillon blasonado colocado junto á la mesa; apoyó el codo en uno de sus brazos y reclinó sobre la mano la cabeza. En el continuo frunce de su entrecejo, en la inmovilidad de su mirada distraida y en lo profundo de algun silencioso suspiro, se traslucia que aquella alma replegada en sí misma se agitaba en una de esas terribles luchas de la razon contra las pasiones cuando sus fuerzas están equilibradas y que no puede terminar sin la consumacion de un sacrificio siempre doloroso, cualquiera que sea el resultado; decidióse

al fin, á costa sin duda, de un penoso esfuerzo, puesto que al tomar una pluma y escribir un nombre sobre un papel, una gruesa lágrima cayó sobre aquella palabra que en la fantasía del jóven representaba un objeto; la primera lágrima que arrancó el dolor á su alma.

Otra figura apareció en la puerta en tanto Mateo escribia; su delicioso contorno se destacó sobre el fondo de la oscura antecámara, y al adelantar la aparicion, la suave luz que iluminaba la estancia, dejó ver en ella el encantador semblante de Isabela. Al reparar en el tejedor, su mirada, antes indifente, se animó como al impulso de una sorpresa semejante á la que causa un placer que no se espera; una mirada indefinible en que se veia retratada la felicidad de un alma entusiasta; entonces ligera y alegre como una mariposa, con la hechicera coquetería inherente á la mujer mas pura, se levantó sobre las puntas de los piés, acercóse á la mesa en un paso tan leve que no hubiera despertado á un pájaro, y adelantó su linda cabeza al mismo tiempo que Mateo escribia un nombre sobre un billete cerrado; una sonrisa de inmensa satisfaccion apareció en su pequeña boca; contuvo una esclamacion que se escapaba de su pecho, y la sangre tiñó con un vivo color sus mejillas; el nombre que Mateo habia escrito sobre el billete, era su nombre.

El tejedor se levantó y encontróse frente á frente de Isabela; á aquella vista inesperada una conmocion estraña agitó su cuerpo y hubo de sentarse otra vez; al rojo color que animó por un momento su semblante, sucedió una palidez mate y bajó la vista que habia fijado con una espresion singular en la jóven.

Isabela se acercó; apoyó su brazo en el respaldo del sillon, y dirigió con sin igual dulzura su armoniosa voz al jóven que se estremecia á su sonido:

—Os vais á ausentar Mateo, le dijo: aun no ha se cerrado bien la herida y os agitais mucho; sufrís demasiado.

El tejedor miró tímidamente á la jóven y balbuceó en acento casi imperceptible:

—¿Concebís mis sufrimientos, señora?

Al escuchar esta pregunta, Isabela que creyó traslucir en ella el preámbulo de una declaracion, se sonrojó de una manera inconcebible en nuestros tiempos, en la que la timidez de Mateo hubiera ocasionado una prevencion desfavorable en la mas pudorosa de mis lectoras; pero en aquella época tan opuesta en costumbres al ilustradísimo y brillante siglo en

que hemos tenido la fortuna de nacer, tachábase de desenvuelta á la mujer que escuchaba los mas castos amores sin el prévio conocimiento de padre, tutor ó hermano, autoridades que han menguado terriblemente ante el espíritu de amancipacion omnímoda del siglo de los reverberos.

Mateo calló tambien asustado de su imprudencia y apeló al disimulo dando un giro opuesto á su malhadada pregunta.

—Si, sufro mucho, dijo, porque concibo la ansiedad de mi anciano padre que no sé si me creerá muerto, atendido el tiempo que mi herida me ha hecho guardar silencio para con él; y como ya estoy enteramente restablecido, señora, parto mañana á España.

—¡Mañana! esclamó con un interés marcado Isabela: ¡sin prevenir á mi hermano! eso es casi una huida, un abandono. ¿Y os dirigiais á mí en este billete, añadió, tomándolo de sobre la mesa y disfrazando asi su curiosidad, para despediros sin esponeros á nuestras reconvenciones, como si no hubiese entre nosotros un vínculo recíproco, sagrado?

Mateo quiso impedir que Isabela le leyese, pero era tarde; habia roto el sobrescrito y leyó estas palabras:

«Isabela: os amo sin esperanza; vuestra vista me hace padecer mas que los dolores de la herida; perdonadme y sed feliz. Adios; cuando leais esto estaré lejos, muy lejos, en marcha para España.»

Antes de acabar de leer el billete las manos de Isabela temblaban, despues se sintió sin fuerzas y avergonzada, trémula se sentó en un sitial.

Mateo, aterrado por el compromiso en que habia puesto á su orgullo aquel lance imprevisto, se arrojó á sus piés y esclamó lleno de confusion:

Perdonad, señora, mi locura; yo huiré de vos, pero perdonadme.

Entonces tuvo lugar otra escena que puso el colmo á la confusion de los jóvenes; Salvator Gieromi lo habia presenciado todo desde la antecámara y en aquel momento tomaba el billete que Isabela habia dejado caer sobre la alfombra: su severo semblante no habia sufrido alteracion alguna á su lectura y volviéndose al fin á Mateo, dijo con acento grave y sereno:

—Lo que habeis escrito no me estraña, señor español; lo que has ocultado, Isabela, como cumplia á tu recato no ha sido para mí un secreto, sin él hubieras muerto, hermana; sin tus cuidados tal vez hubiera muerto él. Os perteneceis, y no seré yo quien rompa un vínculo que ha creado vuestra sangre, Mateo. Creisteis encontrar en la diferencia de nuestras fortunas un obstáculo insuperable y solo asi me habeis ofendido. Este es mi desagravio, añadió tomando de la mano á Isabela y acercán-

dose al tejedor, ¿aceptais por esposa á Isabela Gieromi, hija del patricio Rugiero Gieromi y mi hermana?

Isabela abrazó á su hermano y le besó en la boca: Mateo se acercó á él y le besó en la mano.

—Abrazadla Mateo, dijo el senador enjugándose una lágrima, os lo permito; dentro de tres dias será vuestra esposa.

Despues se dirigió al sitial donde estaban su capa, su espada y su sombrero, los tomó y salió de la estancia; en la antecámara encontró al comandante Pietro Pazzi que adelantó haciendo una profunda reverencia y dando vueltas á su sombrero, dijo con algun tanto de encogimiento:

—¿Qué habeis resuelto, Monseñor?

Salvator Gieromi le tendió la mano y pronunció alejándose estas solas palabras:

—Concedido. Dentro de tres dias.

El comandante se frotó las manos en una alegría infantil y bajó de tres en tres los peldaños de la escalera; al llegar á su pié sintió que ponian una mano en su hombro: era Mateo.

—Y bien le dijo: ¿os marchais á España?

—¿No; y vos os haceis monge?

—No; dadme un abrazo y seguidme á la cámara de mi Anunciatta; yo os volveré á tierra cuando hayamos consumido seis frascos de vuestro vino de España.

Los dos jóvenes llegaron al mar, entraron en una lancha, y se perdieron en lontananza entre las brumas de la tarde.

Tres dias despues un sacerdote daba la bendicion nupcial en la capilla de los Gieromi á Pietro Pazzi é Inés, á Mateo é Isabela; entre aquellos cuatro semblantes radiantes de felicidad se veia el de Salvator mas fruncido, mas sombrío que nunca: todos le comprendieron, todos murmuraron en silencío respetando el dolor de los otros.

—¡Qué habrá sido de Eleonora?

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

1540.

I.

La vida y la muerte.

¡Oh tú, cualquiera que seas que diriges la vista á esta página de mi libro! prepárate para un largo viaje : vamos á surcar los mares y á pisar las playas musulmanas; viaje, empero, que no te obligará á abandonar el sosiego de tu morada, porque ante la pluma del escritor ceden el tiempo y la distancia, y semejante á la vara del mágico los muertos á su contacto abandonan el frio reposo de sus tumbas, y las ruinas arrojando el verdinegro musgo, vuelven á ostentar sus altivas almenas ó sus empinados minaretes.

¡Despertad de vuestro sueño de muerte, vosotros los que vivísteis tres siglos antes! ¡Volved á vestir vuestras crugientes túnicas, vuestras férreas armaduras ó el velo trasparente de las Odaliscas!

Allí está Stambul, la dama de los musulmanes, la ciudad encantada de las huríes; la luna melancólica brilla sobre ella cual la antorcha de sus placeres, y solo se escucha el beso eterno del mar sobre la arena de su playa; todo es silencio en derredor y oscuridad tras los arabescos agimeses.

Si penetrarais, empero, en su recinto y llegarais á un callejon oscuro

y sombrío, veríais al fin de él una casa de pobre aspecto, sobre cuya mezquina puerta de herradura adornada de azulejos, se ve reflejar á través de la celosía de una estrecha ventana un resplandor agonizante; y si al cabo aquella puerta se abriera delante de vosotros, y subiérais una estrecha escalera de caracol, os encontraríais en un retrete, ni tan mezquino que retratase la indigencia, ni tan espléndido que revelase la morada de un magnate.

En un ángulo de la estancia, recostado sobre un almohadon carmesí estaba un anciano aspirante; cerca de su cabeza, sobre el mismo almohadon, se veia un jóven como hasta de diez y ocho años, profundamente dormido con el sueño que prestan una conciencia pura y una ambicion satisfecha.

Y era solemne el contraste que formaba el sueño tranquilo del jóven junto á la lenta agonía del viejo; sus imágenes llenas de vida y esperanza, y el terrible cuadro del no ser en la agonía de un moribundo; la vida junto á la muerte formando un anillo terrible y misterioso.

Al imperceptible ruido de la suave respiracion del niño que dormia, se unia en desapacible acorde el rumor acompasado y monotono que emanaba del pecho del anciano; sus facciones se contraian como al impulso de un padecimiento inmenso; tres veces suspendió penosamente su descarnada mano sobre la cabeza del jóven, y tres veces la dejó caer sin fuerza, cual sino se atreviese á turbar su sueño; levantóla, empero, otra vez y la apoyó al fin pesada, inerte sobre su negra cabellera.

—¡Abu-Kent! pronunció en una voz tan débil, que los párpados del niño se abrieran mas que á su sonido por el peso de su mano; saltó ligero de su lecho de reposo como avergonzado por la sorpresa de un descuido; inclinó su talle flexible como el de una palmera, sobre la frente cadavérica del anciano, y le preguntó con voz sonora:

—¿Qué me quereis, Ben-Hauz?

—Voy á morir, contestó trabajosamente el moribundo.

Abu-Kent abrió los ojos de una manera estraordinaria; quiso articular un sonido y quedó mudo.

—Allí, murmuró Ben-Hauz en acento casi imperceptible, señalando un rincon de la estancia cubierto por un perfumero: hizo un esfuerzo inútil, su mano volvió á caer yerta y sus ojos mates rodaron en sus órbitas; el muezin voceaba la oracion de la noche, y al anunciar la oracion de la mañana solo quedaba un cadaver de lo que fue Ben-Hauz.

—¡Solo! ¡solo! esclamó Abu-Kent cuando conoció lo eterno del sueño del anciano: y lloró con el corazon oprimido, la mirada fija.

La lámpara que alumbró la escena mortuoria fue estinguiéndose lentamente; su luz se redujo hasta quedar aislada en la oscuridad, se dilató al fin en una llamarada lívida y espiró.

Abu-Kent contempló la agonía de la luz tan semejante á la agonía de la vida, y creyó ver en la llamarada que se perdió en el inmenso de la oscuridad, el alma de Ben-Hauz que volaba al Edem; tuvo miedo y oró.

Pero la oracion no tranquilizó su espíritu; ansió un rayo de luz, y al abrir una ventana el pálido reflejo del astro de la noche iluminó con una misteriosa claridad el aposento, descansando en el blanco semblante del cadáver; la brisa del alba que se acercaba, agitó los cabellos sobre la frente calenturienta de Abu-Kent, moviendo débilmente las cortinas de gasa que se plegaban detras de la celosía.

¡Cuán imponente es la inmensidad del espacio en una noche serena cuando la blanca luna desciende al horizonte de un cielo despejado brillando tras nubecillas trasparentes como el velo de una vírgen! ¡Cuán consolador para el alma que sufre dolores su profundo silencio, que solo turba algun ruiseñor enamorado con su armonioso gorjeo! ¡Cuán dulces las lágrimas que entonces se derraman al aspecto de la sonrisa de Dios, que se concibe en la paz del firmamento, en el reverberar de los luceros, en la vaga luz que ilumina la tierra adormecida al murmullo de sus fuentes junto al perfume de sus flores, arrullada por el blando gemido de sus selvas, que mueven millares de hojas al soplo de las auras! ¡Oh! entonces es necesario creer en Dios, en la creacion, en la eternidad! ¡entonces se goza un placer indefinible que acaba al mostrarse en el oriente la estrella de la mañana!

El dia apareció, y con su luz se levantaron lentamente sobre la sombra, los vivos colores de los árboles, de las flores, de las fuentes, de un magnífico jardin que se tendia á los piés de la ventana.

Al frente se elevaba un magnífico templete bizantino, sostenido por altas y esbeltas columnas de pórfido, y ante sus aguneses flotaban impelidas por la brisa matutina anchas cortinas de seda de Damasco, de tejido trasparente y caprichosos colores; en él nacia una galería circular que se prolongaba cercando el jardin, y venia á apoyar sus estremos en el muro de la casa de Abu-Kent.

Cuando á las tinieblas de una noche afanosa el párpado cansado se

abre á la luz de la alborada, la imaginacion absorve con ansia el irresistible encanto que en todo se revela de una manera fantástica; nada se concibe y todo se siente; las lágrimas brotan sin amargura y ¡ay! consuelan el alma y la rejuvenecen como el rocío abre el tierno capullo del tulipan y le desarrolla; y si en medio de ese oasis encantado alcanzais á ver una forma ligera, esbelta, velada en blancos ropajes; si de entre un bosquecillo de mirtos aparece el semblante de una mujer jóven, pura como el rocío y bella como el tulipan, á tanta seduccion no es mucho ¡vive Dios! que quien solo y sin apoyo suspira al lado de la muerte, se adhiera á una vida rica de prestigio y de ilusiones, y deje salir del acuitado pecho el primer suspiro simpático cuyo orígen no se sospecha, y tras el cual crece insensible y misteriosamente esa pasion que decide del porvenir y llena la vida poderosa é incontrastable: el amor.

Una forma hechicera envuelta en una vestidura flotante, llena de vida y juventud, apareció en el peristilo del templete; su traje no ofrecia ningun punto de comparacion con el atavío oriental, semejándose solo á un ancho ropon de mangas perdidas, pudorosamente cerrado en el nacimiento del cuello y su larga y negra cabellera en vez del velo y la marlota turca, se ceñia bajo una guirnalda de siemprevivas acabadas de cortar; aquella mujer doblando su escaso talle para coger una flor, una piedrecilla del arroyuelo que se escapaba de la fuente, ó elevándose sobre la punta de sus pequeños piés, para tomar una amarilla manzana, poseía tanto hechizo, tanta seduccion, que Abu-Kent olvidó la escena de muerte de que habia sido testigo, y su imaginacion recorriendo en un momento la vasta estension del porvenir, se creó un cuento delicioso de las *mil y una noches*, una série de aventuras peregrinas, cuya fiel descripcion hubiera dado nombre á un novel poeta.

¡Cuán bellos son los momentos en que la imaginacion todo lo concede al deseo! ¡Cuál se goza en la dilatacion del espíritu en un campo vírgen (dispénseseme lo vago de esta frase) donde nuestra huella no encuentra una huella pasada, donde todo se ostenta radiante y lleno de goces puros é incomparables! ¡Qué dulce amar por primera vez á un ser misterioso y casi fantástico, que quizá nunca ha amado, que nos preocupa despiertos y nos hace soñar delirios dormidos! y cuantas veces ¡ay! la ilusion vuela con el misterio, y el alma desgarrada rechaza el recuerdo de una mujer que en vez de pureza os presenta una vida gastada, cuya agonía se oculta tras un semblante engañador que siempre sonrie al

mundo, á ese mundo miserable cuyo juicio no alcanza mas allá de las apariencias!

Sea esto real ó imaginario, no me creo en la obligacion de investigarlo, y solo me compete como simple narrador seguir el curso de los acontecimientos.

La vista de aquella mujer, afectó vivamente la predispuesta imaginacion de nuestro héroe que, dotado de un carácter atrevido, tomó por empresa ver de cerca la aparicion encantadora que sin cuidarse de sus proyectos, habia desaparecido entre las altas columnas de la galería.

En el corazon humano no hay mas que egoismo; amamos porque gozamos; el sentimiento mas puro dejaria de halagarnos cuando dejase de ofrecernos un placer cualquiera, y aun el amor que nos inspira un padre ó un hermano, no es mas que la representacion del amor propio; todo sin embargo mengua ante una impresion nueva, y no es estraño que al apartarse Abu-Kent de la ventana, se acusase á la vista del cadáver de Ben-Hauz, del olvido instantáneo de un hombre á quien debia su pasado, su porvenir y la posesion del mas rico y preferido bazar de joyería de Constantinopla; aquel olvido fue el primer remordimiento de Abu-Kent.

Para repararlo despojó el cadáver de sus vestiduras mortuorias, y le envolvió en otras nuevas; despues con los piés descalzos y la frente baja atravesó las calles de la ciudad y pagó en casa del cadí, algunos cequíes por el último lecho donde debia dormir hasta el dia del esterminio, el cadáver de Ben-Hauz; mediante aquella retribucion, los restos del árabe, se instalaron en una sepultura de seis piés de profundidad, con el rostro vuelto á la Meca.

Cuando un ser á quien se ama muere á nuestra vista; cuando su voz no responde á la voz desesperada que le evoca; cuando el corazon comprimido hace brotar el llanto á los ojos, no se concibe un dolor que pueda ser mas agudo: pues bien, si quereis sufrir mas, asistid á la inhumacion del cadáver, escuchad el seco y aterrador sonido de la tierra que la pala del sepulturero arroja sobre el ataud, y apurareis hasta las heces la amargura del dolor; aquellos seis piés de tierra, establecen entre el muerto y el vivo el espacio sin límites de la eternidad.

Abu-Kent volvió á su casa; al entrar sus pisadas resonaron huecas y fatídicas en el aposento abandonado y se arrojó llorando sobre un sofá; la puerta de la joyería permaneció un mes cerrada, y nadie vió durante

aquel tiempo el semblante del jóven, si se eceptua empero, una mujer que al amanecer de cada dia contemplaba desde un jardin una pálida faz eterna y silenciosa sobre la balaustrada de un agimez; algunas veces un hombre de escasa estatura, aparecia en el pórtico del templete, y tornaba á desaparecer. Al elevarse el sol sobre el horizonte, el jardin quedaba desierto y el agimez se cerraba para no volverse abrir hasta la alborada del otro dia.

II.

Un dia venturoso.

Cumplido el mes, Abu-Kent tomó un haz de llaves que habia permanecido desde la muerte de Ben-Hauz bajo su lecho de agonía y bajó por otra escalera diferente de la que nos introdujo en la casa del árabe á una magnífica tienda, rodeada por aparadores en que se guardaba todo un tesoro; armaduras de un valor inmenso, armas con empuñaduras de oro cincelado y jaeces de un gusto esquisito se veian colgadas sobre ellos. Cada puerta que se abria, presentaba objetos sorprendentes; perfumes, joyas, pedrerías... ¡oh! para templar el dolor de un heredero, nada mas á propósito que objetos semejantes á los que halagaban la vista del mancebo.

Y no provenia su gozo de una ambicion mezquina, era mas alto su orígen; amaba á una mujer y se creia bastante rico para ofrecer por ella tal precio que no le desdeñara un padre á trueque de dársela por esposa, ni un señor conservaria una esclava puesta en balanza con un tesoro; conseguida la posesion de aquella mujer, podia reducir á dinero su género aristocrático, comprar un jardin á la orilla del mar, rodearla de esclavos y vivir por ella y para ella bajo salones dorados, recostado sobre blandas alcatifas y adormecido por el rumor de una fuente de aguas olorosas. Saboreando tan delicioso porvenir, el jóven se sonreia; pensaba enagenarlo

todo por ella, y al par le parecian pocos los brillantes de su rico bazar para engalanarla. ¡Pobre niño! gozaba bajo la influencia de la primera ilusion.

Abrió la puerta esterior, colgó de ella un pergamino, sobre el cual estaban escritas estas palabras: «Abu-Kent, hijo de Ben-Hauz, quiere vender los efectos de su bazar, cuyo valor rebaja», y se sentó despues en un almohadon sobre la alfombra eligiendo una posicion en que lucieran mejor los minuciosos adornos de su magnífico trage turco.

Poco despues de abrir la tienda, un hombre se paró en su dintel desapareciendo al punto. El jóven reconoció en él uno de los dos habitantes del jardin; tras él vinieron multitud de compradores, y mas de una dama encubierta bajo un luengo velo, fijó en él una chispeante mirada, disculpable si se atiende á la juvenil y radiante hermosura del nuevo vendedor de joyas. Ninguna, empero, poseia unos ojos tan negros ni fascinadores como la incógnita del jardin.

A cada mujer que pasaba por delante de la tienda, á cada rumor semejante al crugido de un trage de seda, Abu-Kent se levantaba de la alcatifa, y volvia á sentarse abatido; no era ella. Y sin embargo, la esperaba con la misma fe que un reo sentenciado, el milagro que pudiera salvarle.

Pasaron, sin embargo, las altas horas del dia, el sol tocaba al ocaso y la impaciencia del jóven á la desesperacion. El marabut gritaba la oracion de la tarde, y el jóven murmuró una plegaria; y como si compadecido su buen espíritu la hubiera escuchado, apenas concluida, una litera conducida por dos etíopes paró á la puerta, y un hombre, el mismo hombre del jardin que habia desaparecido por la mañana, la abrió, y de su seno salió una mujer cubierta enteramente por un velo, y adelantó hácia Abu-Kent sentándose con sin igual dignidad sobre un almohadon; el hombre que la acompañaba dirigió la palabra al jóven, y le dijo en mal árabe con un acento estranjero señalando á la mujer.

—Creyente, el Lucero-de-la-noche desea ver tus perfumes y tus joyas.

Abu-Kent se frotó los ojos como para persuadirse de que no soñaba, porque habia conocido la soberbia apostura, el sin igual contorno de la incógnita; abrió sus armarios, arrojó los objetos mas preciosos á sus piés sobre la alfombra, y esclamó sentándose sobre las rodillas en acento balbuciente y apasionado:

—Sultana de los luceros, elige: ¿cómo podrá agradar el reptil que se arrastra al águila que vuela?

La dama no contestó; sus ojos brillaban tras el velo, fijos en Abu-Kent y su pecho se levantaba como al impulso de un corazon agitado; el jóven tenia el rostro tan hermoso como el de una escultura romana y sus rasgados y espresivos ojos negros brillaban como una espresion divina; el aire asiático habia dado á sus mejillas ese suave matiz moreno mate, como el oro vírgen, y lánguido, como la luna menguante; una toca de raso blanco con listas color violeta cubria su cabeza, y un albornoz de cachemira azul de cielo le envolvia dejando apenas ver el precioso jubon de damasco bordado de plata y sujeto por una ancha faja, en la que se perdia la hoja de un puñal damasquino con mango de oro.

La encubierta levantó en ademan imperioso un brazo blanco y terso como el nácar en direccion del hombre que la acompañaba y le indicó la puerta; el hombre hizo un ademan de inteligencia é interpuso soltándola de su pabellon una cortina del bazar que ocultó á las miradas de los esclavos á la dama y á Abu-Kent, despues se envolvió en el jaique, encendió su pipa, y se colocó junto á la litera con la mano en la empuñadura de la gumia.

Apenas cayó la cortina, la dama echó á la espalda su velo, y apareció el rostro de una mujer como de diez y nueve años, blanco y sonrosado, con una espresion de pudor que le prestaba un doble canto; sus ojos entonces se posaron en los del jóven que unió su rostro con los piés de la mujer y esclamo con delirio:

—Allah te bendiga hurí del paraiso, él te haga tan dichosa como haces á tu esclavo.

—Callad, callad, imprudente, dijo la jóven pronunciando trabajosamente el dialecto árabe, y poniendo su pequeña y tersa mano en la boca de Abu-Kent: si os oyesen me perderiais y os perderiais; luego añadió con encogimiento: os he visto en vuestra ventana muchas veces y he pensado en vos como en un salvador; sois rico y mis deudos os pagarian el precio que anticipaseis por mi rescate, con usura.

—¿La cristiana de los ojos negros quiere ser libre y sultana del esclavo ismaelita?

La jóven bajó los ojos.

—Respóndeme gacela del desierto, ¿querrias partir conmigo tus amores? ¡Oh! dime que sí, y yo daré todo el oro que nos rodea por tu

libertad; y cuando sea pobre si tú me miras con amor, cristiana, seré mas feliz que el creyente con quien danzan en el edem las vírgenes del Señor.

La incógnita permaneció silenciosa.

—¡Oh! si has de agostarte junto á mí como la palma arrojada por el semoun á la ardiente arena del desierto, dímelo. ¿Tienes amores en tu tierra? Te rescataré tambien, y cuando te entregue al hombre de tu pensamiento mi vida se apagará sin dolor si me prometes derramar una sola lágrima sobre la sepultura del pobre Abu-Kent.

La jóven levantó lentamente sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y los fijó en el ismaelita; despues dijo con encogimiento.

—Si el musulman se convierte y cree en Dios uno y trino será mi esposo.

—¡Renegar! observó Abu-Kent aterrado.

—¡Creer! repuso la mujer inspirada.

—¡No! ¡nó!

La jóven se levantó; dejó caer el velo sobre su semblante y se dirigió á la puerta.

—Aguarda, la dijo con ansiedad Abu-Kent asiéndola del velo, has venido á pedirme tu libertad y te la daré, aunque no me ames. ¿Cómo se llama tu señor?

La mujer procuró desasirse; el jóven la detuvo.

—Díme su nombre, repitió con ansiedad.

La esclava siguió su marcha desasiendo el velo de su cabeza y dejándolo en manos de Abu-Kent; ya levantaba la cortina cuando el jóven se arrojó á sus piés, y cogiendo un pliegue de su trage murmuró sollozando:

—¡Oh! ¡si! ¡si! ¡seré cristiano, pero díme su nombre!

La incógnita se detuvo y murmuró con voz conmovida.

—El cadi Asan Bul-bul.

Despues salió y entró en la litera; Abu-Kent la vió desaparecer y provisto de un valor inmenso en pedrería, se dirigió á la casa del cadi.

III.

El perfumero del oro.

Una hora despues, Abu-Kent entró en la estancia donde murió Ben-Hauz, y al reflejo de una lámpara que dejó sobre un mueble apareció su semblante sombrío y ceñudo en que tanto se pintaba el despecho como el furor. Andaba á largos pasos, se detenia, volvia á andar, y al llegar á la ventana bajo la cual se veia el jardin del cadí, miraba intensamente al pabellon, en uno de cuyos agimeces se veia una sombra al reflejo de una luz que ardia en el interior. El jóven reconoció en ella á la dama de la aventura anterior que al verle desapareció presentándose poco tiempo despues en el jardin, y adelantando hasta ponerse bajo la ventana de Abu-Kent, que á la luz de la luna la vió estender hácia él la mano como preguntándole el éxito de su empresa.

El jóven corrió á una mesa, tomó un pergamino y escribió en él con mano convulsiva:

«Sultana de la noche: he proguntado al cadí, á quien Allah confunda, si me vendia una de sus esclavas; le he ofrecido tantos diamantes como estrellas pudiera ver en una noche sin nubes; los ha desdeñado y me ha arrojado de su baño amenazando empalarme si volvia. Procura verme mañana. Allah te proteja.»

Dobló el pergamino, le llevó á sus labios, derramó sobre él un frasco de esencia de jazmines, y atándole á una sortija de oro en que se veia un brillante esmeralda, le arrojó al jardin; vió á la mujer inclinarse, tomarlo y entrar en una galería situada bajo la ventana.

Algunos momentos permaneció Abu-Kent en ella con los ojos fijos en la luna en ademan pensativo; su pensamiento agitaba mil proyectos descabellados para salvar á la mujer que le llenaba, y ninguno era realizable; los obstáculos habian llevado al colmo su amor, y una ardiente calentura hacia golpear la sangre en sus sienes. De repente sus ojos se animaron; una sonrisa de esperanza asomó á sus labios y corrió al perfumero que Ben-Hauz le habia señalado en su agonía; el recuerdo del acento solemne del anciano en aquella ocasion, le hizo concebir una esperanza vaga, y al levantar la tapa del aureo mueble, su corazon se agitaba al impulso de un feliz presentimiento; nada encontró, empero, mas que cenizas de perfumes consumidos; entonces probó á mudarlo de su puesto; el perfumero resistió; estaba clavado sobre una placa de bronce de forma octógona y como hasta de diez y ocho piés de circunferencia tendida sobre el pavimento.

Abu-Kent se irritaba á la presencia de los obstáculos, bajó al bazar, buscó entre las armas una maza de combate, subió y descargó en el borde de la placa un tremendo golpe que resonó bajo ella produciendo una vibracion metálica, mas no cedió; un segundo golpe mas fuerte que el primero produjo igual resultado; á los sucesivos gimió como torciéndose sobre un eje, y fuese cediendo á la fuerza, fuese que por acaso tocase Abu-Kent á un resorte oculto en la cinceladura, giró descubriendo la entrada de una estrechísima y oscura escalera.

Abu-Kent arrojó la maza, tomó la lámpara y se precipitó por aquella misteriosa entrada, en cuyo torcido y pendiente caracol resbaló con rapidez su atrevida planta; mas á las pocas vueltas, su cuerpo abandonado al descenso chocó en una puerta; una puerta baja y mezquina hundida en el muro, forrada á trechos por planchas de hierro cubiertas de orin y tan gastadas, que al primer empuje del jóven se abrió dando paso á una emanacion húmeda que hizo oscilar la luz de la lámpara, que reflejando en el interior, presentó á los ojos de Abu-Kent un aposento embovedado, en cuyo muro se dibujaba la sombra proyectada por algunos muebles antiguos.

La estancia en que penetramos tenia todo el aspecto de una de aque-

llas mazmorras árabes, húmedas y oscuras en que cuentan las antiguas leyendas acostumbraban encerrar los moros á sus cautivos; notábanse en esta, sin embargo, señales inequívocas de su anterior y verdadero uso; los agujeros de la bóveda, aunque cegados con estuco, dibujábanse sobre el fondo oscuro de la piedra de la fábrica con su forma estrellada, construidos de modo, que dando paso á la luz no pudiese atravesarlos el ardiente rayo del sol; el pavimento y las paredes de mármol pulimentado, la faja que se estendia al rededor de ellas á una misma altura, causada por un largo y contínuo contacto del agua y la gradería que terminaba en la embocadura de tres arcos afiligranados, bastaban á revelar uno de aquellos voluptuosos baños orientales en que los musulmanes pasan lánguidamente las altas horas del dia, adormidos ante las danzas de sus esclavas.

Pero era mas sorprendente que la trasformacion del baño los objetos que en él se veian: en un ángulo, un lecho á la europea mostraba aun revueltas las ropas cual si le acabase de abandonar el que le ocupara; sobre él colgadas en el muro se veian una espada de oja ancha y torcidos gabilanes, una cota de malla, un morrion de acero, dos guanteletes y una pesada adarga, en cuyo centro figuraba la roja cruz de Santiago; una mesa con tapete de seda dejaba ver una escribanía de plata y una pluma abandonada junto á un libro en que se veia una escritura no acabada; á los piés de la mesa habia algunas baldosas levantadas en un espacio de tierra de nueve piés de largo, marcado de occidente á oriente, en cuyo estremo en la primera direccion se veia casi perdido entre el polvo un pequeño crucifijo de oro; aunque sea anticipar los sucesos diré que aquel libro encerraba una historia, y aquellos nueve palmos de tierra dos cadáveres.

Abu-Kent examinó rápidamente todos aquellos objetos para él estraños, y desdeñándolos buscó una salida en las paredes de aquella singular estancia, y vió sobre la gradería bajo la área del arco del centro una puerta tan bien ajustada que era dificil encontrarla á primera vista; ademas sobre su fondo oscuro se dibujaban fantásticamente las orientales labores de un calado espeso que dejaban pasar como altravés de una celosía el resplandor de una luz situada en una cercana estancia; tras aquella especie de mira oyó Abu-Kent el casi imperceptible ruido de un paso ligero que se acercaba; una sombra se dibujó sobre el calado interpuesta entre él y la luz, la vió sentarse y escuchó un suspiro profundo y deses-

perado; se percibió despues el preludio de una guzla misterioso y perdido tras el muro; el jóven se acercó rápidamente al calado, miró y vió junto á sí sentada en un sofá una mujer.

A cada vibracion de las sonoras cuerdas suavemente heridas por la inteligente mano que las pulsaba, Abu-Kent contenia el aliento esperando escuchar la voz que debia acompañar aquella melodía lánguida y melancólica, vaporosa y tímida á veces como un suspiro, á veces desgarradora, inmensa, retumbando en las bóvedas como un gemido; al fin se unió á ella la voz de la mujer que entonándose encantadora, entregó al silencio los conceptos de una trova en que estaban descritas sus ilusiones y sus desengaños:

Canta el loco á quien sonrie
una esperanza lejana,
y la flor en la mañana,
torna su cáliz al sol;
llora el loco cuando mira
que la ilusion desparece;
cuando el astro se oscurece
se marchita el girasol.

Las últimas palabras del canto rodaron entre las postreras vibraciones de la guzla, y el interés del jóven quedó burlado ante lo incomprensible de un dialecto estranjero. Fijos los ojos en la mujer, impaciente, desesperado, aspiraba el aroma de sus cabellos; gozaba, y sufria á un tiempo al contemplar los descuidados encantos de aquella incógnita misteriosa; oia casi los latidos de su corazon, y no podia salvar la débil valla que los separaba.

De repente volvieron á escucharse los sonidos de la guzla, mas no cual antes dulces y melancólicos; sino elevados, terribles, con una armonía casi salvaje, acompañando un canto árabe y fantástico: Abu-Kent tendió una mirada por el estenso retrete, y vió adelantarse la alta y descarnada figura del cadí Asan-Bul-bul que se detuvo como sujeto por una fuerza invisible al escuchar la voz de la jóven que cantaba la siguiente estancia:

Yo soy Giazul el genio del desierto,
yo la que en álas de la densa bruma
flotó invisible sobre el mundo yerto

ó del rugiente mar entre la espuma.

Los labios del cadí se contrajeron bajo una imperceptible sonrisa, y adelantó hasta sentarse en el sofá junto á la jóven de cuyas manos arrancó la guzla que fue á caer á larga distancia resonando cual si exhalase un gemido, mientras la mujer elevó con magestad la cabeza en un rápido movimiento de orgullo y desprecio; Abu-Kent oprimió su rostro contra el calado, y llevó la mano á su puñal, escuchando ávidamente las palabras que salieron de la boca del cadí.

—¡Giazul! eres mi esclava.

La jóven se retiró.

—¡Giazul! la mano del tigre es suave cuando halaga, pero despedaza cuando se enfurece.

La mujer se puso de pié.

—¡Giazul! gritó el turco exasperado, hace cuatro años estoy sufriendo tu silencio, tu desprecio; hace cuatro años están tristes mis odaliscas porque no ven en mi rostro una sonrisa; no quiero sufrir mas, ó entras en mi baño ó en la tierra.

Hasam-Bul-bul puso la mano en su puñal como aclarando el sentido de su amenaza, y Abu-Kent desnudó el suyo exhalando un sordo rugido.

—¿Lo oyes, esclava? ser mi odalisca ó morir, añadió el cadí levantándose tambien. ¡Oh! ¡querian comprarte! ¡y yo he dejado escapar al miserable que te ama, que me arroja á la cara sus tesoros, y quiere sacar de mi harem una esclava! tú le conoces; tú eras su cómplice, infame.

El furor del ismaelita creció por momentos: lentamente se habia aproximado á la dama; la vista fija en ella con una espresion repugnante; la jóven tomó entonces una varita, describió con ella una línea en el pavimento, y esclamó:

—¡Hay de tí, impío, si pasas esa señal!

—No, no me engañas; si fueras perí brillaria en tu frente el carbunclo mágico; si fueras genio nacerian en tus espaldas alas del mariposa.

Soltó una carcajada hueca, fatídica; se acercó á la mujer y la arrastró cogiéndola una mano.

—¿Quieres mi amor, esclava? preguntó en el colmo de la cólera.

—No, no, no, contestó en un acento de profundo desprecio la mujer, que gritó instantáneamente ¡socorro!

El puñal del cadí brillaba fuera de la vaina; pero aun no se habia

perdido el eco de su grito, cuando Abu-Kent apareció ante él, y asiéndole de un brazo le arrastró á sus piés, mientras la mujer retrocedia sorprendida, y el turco aterrado, creyendo sobrenatural el ser que habia aparecido de tan estraña manera, murmuró prosternado con el rostro unido al pavimento:

—Perdon, genio perdon.

Abu-Kent se arrojó sobre el cadí, y deshaciéndole el turbante le envolvió con él la cabeza; luego asió á la jóven por la cintura, saltó sobre el sofá y entró por una pequeña puerta que tornó á cerrar; entonces dejó la preciosa carga sobre el lecho abandonado, volvió á la lumbrera y vió al cadí levantarse, arrancar de sus ojos el lienzo que le cegaba y mirar en torno suyo aterrado: despues se alejó lentamente y desapareció.



ABU-HENT SE ARROJÓ SOBRE EL CADÍ.



IV.

El puñal de Abu-Kent.

Pálida, desvanecida la hermosa jóven, dejaba ver á la luz de la lámpara su interesante rostro inmóvil y desmayado, sobre el que fijaba su intensa mirada Abu-Kent.

Y era aquel un cuadro hechicero, rico de encanto, rodeado de accesorios que le prestaban un tinte misterioso, copia difícil si trasladarse debiera la espresion profundamente afectada de aquellos dos semblantes: los ojos de la incógnita cerrados por el desmayo, dejaban ver apénas su negra pupila entre los largos y sedosos párpados que los sombreaban; su boca entreabierta dejaba salir de vez en cuando un hondo suspiro que antes de exhalarse habia agitado el seno que contenia los fuertes latidos del corazon lastimado por tantas encontradas sensaciones: sobre su blanca mejilla se habian destrenzado, cubriéndolas como un velo sus larguísimos y brillantes cabellos, y las lindas manos de que se habia apoderado Abu-Kent, le hacian percibir alternativamente el frio de la muerte ó el ardor de la fiebre: el jóven la contemplaba en silencio, y en su rostro se retrataban al par el temor, la alegría y la ansiedad; reia como un loco, lloraba como un desesperado, y cubria de besos aquellas manos abandonadas é inertes entre las suyas; y sea que aquel ardiente contacto reanimase

á la dama, sea que el desvanecimiento tocase á su término, abrió lentamente los ojos, alzó la cabeza, arrojó en torno suyo una mirada indagadora, y retirando las manos que sintió asidas, saltó del lecho y esclamó rechazando á Abu-Ken:

—Apartaos, no me toqueis, no os acerquis á mí; y luego reconociéndole añadió: ¡Ah! ¿sois vos, amigo mio? Perdonadme. ¡Oh! he sentido sobre mi frente una horrible pesadilla; he visto un hombre que me amenazaba y luego mi vista se ha oscurecido y he sufrido mucho, mucho. ¿Quién me ha traido aquí? Yo nunca he visto esta estancia. ¿Por qué estais á mi lado?

Abu-Kent la contó la aventura del perfumero, la llevó al calado y la hizo mirar; luego acercó la luz al muro y la mostró las junturas de una puerta oculta en los calados y la chapa de una cerradura violentada.

—Cuando ví, cristiana, prosiguió, que el cadí se acercaba á tí, que se atrevia á tocar con su mano la tuya, sentí agolparse mi sangre al corazon y golpee desesperado la pared que nos separaba; busqué un indicio que me señalase una puerta, la hallé, la abrí, y te salvé. ¡Oh! yo tambien he padecido mucho, cristiana; creí que tus ojos se cerraban para no volverse á abrir, y que iba á quedar otra vez solo ¡solo!

La jóven dirigió á Abu-Kent una mirada, que le hizo estremecerse bajo la sensacion de una felicidad inmensa; una de esas sensaciones que reaniman á un moribundo y hacen poner la mano sobre el corazon comprimido á un vivo; una de esas miradas simpáticas que envuelven cien mútuas promesas y que espresan mas que todos los febriles razonamientos de una imaginacion exaltada: empero la mujer de la sociedad, reemplazó á la mujer de la naturaleza, y su semblante volvió á mostrarse impasible si bien afectuoso, mientras le dijo tendiéndole la mano con un ademan lleno de gracia y dignidad.

—Abu-Kent, nunca olvidaré el generoso amparo que me habeis dispensado.

Pero el jóven no contestó; á su vez se habia sentado sobre el lecho y estaba absorto en una meditacion profunda. La incógnita contempló entonces aquel semblante tan jóven y tan bello, en que se retrataba un alma entusiasta y grande, y aquel amor inmenso, aquella idolatría sin reserva, la hacia sentir goces para ella nuevos, incomprensibles; miró á Abu-Kent, no ya como una mujer que agradece, sino como una mujer que ama por primera vez, arrastrada por todas las seducciones de lo be-

llo y de lo sublime; entonces desapareció la mujer de la sociedad, y su voz tímida en un acento dulcísimo se dejó oir junto al jóven.

—¿Sufris Abu-Kent? le dijo.

—¿Si sufro, cristiana? respondió Abu-Kent fijando sus grandes ojos llenos de pasion en la jóven, si, pero quiero estar sufriendo siempre asi, junto á tí escuchando tú voz, sultana mia! ¡oh! ¿Y es verdad que me amas?

La jóven se sonrojó y bajó la vista.

—Dímelo, y yo venderé mis joyas, fletaré con mi tesoro una galera y te llevaré á Damasco. Allí mandaré labrar un jardin, te rodearé de esclavos, de perfumes, de flores, y viviré para tí sola. Una palabra tuya y partamos de esta tierra maldita.

Una sospecha vaga nació en el pensamiento de la incógnita, frunció-se su bella frente, y dijo en acento severo:

—¡Quereis huir! ¿Qué habeis hecho de Hasam-Bul-bul?

Abu-Kent llevó la mano á su puñal, y sonrió desdeñosamente al notar el terror que se pintaba en el rostro de la jóven; despues lo sacó de la vaina y la luz de la lámpara reflejó cien destellos en su brillante hoja, mientras Abu-Kent respondió lacónicamente:

—No está empañado.

La frente de la dama se mostró otra vez radiante y serena al comprender la sentenciosa observacion del jóven: tomó el puñal, y examinando su hoja buida y cubierta de minuciosas cinceladuras, esclamó:

—No useis esta arma, Abu-Kent; me causa miedo.

El puñal quedó clavado instantáneamente en la puerta secreta, arrojado por el enamorado mancebo, cuyo amor rayaba en fanatismo.

—No olvideis vuestras promesas, añadió la mujer, si deseais el cumplimiento de las mias. ¡En Damasco no podeis ser cristiano!

Abu-Kent calló.

—Me engañábais, pues, continuó la dama.

—¿Y tú serás mia?

Tocóle á la dama la vez de callar.

—Tú tambien me engañabas, observó suspirando dolorosamente Abu-Kent; deseas huir de aquí, huirás.

—Los hijos de mi patria nunca mienten. El Dios de los cristianos castiga la mentira. Abu-Kent, inútil es disimular; me amas y yo... te amo... Si crees y te conviertes seré tuya... Si dudas seré de Dios.

Abu-Kent, cuya vista estaba fija en el suelo, en la parte donde la cruz de oro brillaba arrojada sobre la sepultura, la tomó, y arrodillándose en un ademan lleno de gracia á los piés de la dama, la dijo mirándola fijamente:

—Este es el símbolo de tú religion; Ben-Hauz me lo ha dicho muchas veces: tú quieres que yo crea en el hombre crucifijado; yo creo porque tú crees; porque tú eres una hurí y no puedes engañarte.

La mujer volvió la cabeza para que Abu-Kent no viese su conmocion; despues se levantó.

—Quiero estar sola, le dijo: vete; estoy cansada y deseo dormir.

Abu-Kent suspiró, besó sus piés inclinándose en tierra y subió la escalera: el ruido de sus pasos se perdió al fin al lejos, y todo lo envolvió el silencio.

La dama empero no se recostó en el lecho ni pensó en dormir; acercóse á las armas cristianas, y en vano fatigó su mente en conjeturas; fué á la mesa y arrojó una mirada sobre el libro: la última página estaba escrita en caracteres árabes inintelijibles para ella; volvió algunas hojas y lanzó un grito: habia leido el dialecto de su país; entonces acercó la lámpara y empezó la lectura del manuscrito.

A medida que adelantaba, el rostro de aquella mujer iba perdiendo su dulzura y tornándose tan sombrío, tan ceñudo como el de un hombre avezado á la sangre; y sin duda que aquella historia debia tocarla de cerca, puesto que al llegar á un período de ella se levantó, fué sin vacilar á la puerta donde clavó su puñal Abu-Kent y lo arrancó; tocó con el dedo la punta, y al hallarla aguda y afilada abrió la puerta del retrete de Hasam-Bul-bul; cerróla, ocultó el puñal entre las ropas del sofá, levantó la guzla arrojada en medio de la estancia y tañó un preludio; poco despues su voz dulce y segura, entonó en árabe una cancion de amores en que se escuchaba repetido el nombre del cadí.

Algunos momentos despues de estenderse en el silencio el eco de la cancion, Hasam-Bul-bul apareció á la puerta, y se detuvo en su dintel receloso; animóle empero una ligera inclinacion de la dama acompañada de una sonrisa, y adelantó al centro de la estancia.

Entrambos personajes se lanzaron una mirada enigmática antes de romper el silencio; mirada que en los dos, por distintas causas, espresaba inquietud y temor; Hasam-Bul-bul se cercioró con disimulo de que su faja encubria un puñal, y la mujer con la misma reserva llevó la ma-

no al sitio donde habia ocultado el suyo; eran, pues, dos enemigos que sonreian y se respetaban.

—Acércate cadí, dijo la jóven suavizando su voz y señalándole un sitio en el sofá; el genio ama al creyente.

Al escuchar aquellas palabras hechiceras, Hasam-Bul-bul olvidó sus recelos y con la confianza propia de todo amante, se sentó orgulloso y tranquilo junto á la mujer que se dejó rodear estremeciéndose su reducida cintura, y soportó la mirada repugnante y ridícula del amor del viejo; ruborizóse, sin embargo, pero en vez de retirarse abrazó sus hombros, lo sujetó con un atrevimiento incomparable, puso la mano en su cintura, le arrancó el puñal, le arrojó lejos y empujó al cadí contra los almohadones del sofá, haciendo lucir á su medrosa vista el puñal de Abu-Kent.

Los ojos de la mujer brillaban entonces con una espresion singularmente feroz; su semblante pálido y convulviso parecia no haber mostrado jamás una sonrisa ni haber sentido resbalar una lágrima; aquel rostro hubiera hecho temblar al hombre mas atrevido; el ángel de paz se habia tornado ángel esterminador; pero hermosísimo, mas deslumbrante que nunca, animado por la cólera.

—¿Conoces esta arma? preguntó al aterrado Hasam-Bul-bul, es la misericordia del marqués de Encinares; (el cadí se estremeció); es el instrumento de la muerte de María.

Un sordo gemido salió de los labios del miserable.

—¿Sabes quién soy yo? añadió la mujer, cuyo furor estallaba, soy hija del hermano de María.

El cadí cerró los ojos resignado á la muerte, porque aquella revelacion le arrancaba toda esperanza.

—Y yo infame soy su vengador. Vas á morir, cadí.

Un impulso de terror abrió los ojos del sentenciado, vió levantarse sobre su pecho el arma, y un esfuerzo desesperado le arrancó de las manos de su enemigo: entonces corrió hácia la puerta y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡soco...

No pudo acabar: la mujer se habia lanzado tras él; le alcanzó hiriéndole en el cuello; un ancho surtidor de sangre (1) manchó los vesti-

(1) Siento ensangrentar las páginas de mi libro mas ¿cómo alterar los acontecimientos de una historia?

dos de la jóven vengadora, y el cuerpo del viejo rodó sin vida sobre el pavimento.

El miserable habia espiado un crímen terrible, y su muerte fue un acto de justicia.

La mujer contempló un momento el cadáver y se estremeció; luego huyó á la puerta secreta, la abrió y desapareció tras ella.

Algun tiempo despues, el hombre pequeño y raquítico que he presentado en el bazar de Abu-Kent, y en el jardin del cadí, entró en la estancia; detúvose á mirar el cadáver con una complacencia cruel; arrancó el puñal de la herida, le guardó y se perdió en la oscuridad de una larga galería.

V.

Un conocido antiguo.

En tanto tenian lugar las escenas anteriores, Abu-Kent habia bajado al bazar; recontó sus fondos, inspeccionó sus joyas, y halló que aun rebajando su valor era poseedor de un capital inmenso : empaquetó lo mas precioso y se dispuso á salir para comprar una galera y fletarla en corso. Tan preocupada estaba su imaginacion que al abrir la puerta no reparó en un bulto que se acercaba, y tropezó con él en la oscuridad; desvióse, pero el hombre le asió del albornoz y le preguntó en buen árabe :

—¿Podreis decirme cuál es la casa de Abu-Kent?

—Yo soy Abu-Kent, respondió el jóven; y tú ¿quién eres?

El hombre apretó amistosamente las manos de Abu-Kent.

—Soy un conocido antiguo de tu padre; un hombre que cuando era tan jóven como tú, te ha tenido en sus rodillas, señor don Juan, ó como quieras Abu-Kent.

Y esto diciendo, entróse el hombre en el bazar seguido del admirado jóven.

A la luz de la lámpara pudo ver entonces su semblante, en el que cualquiera de mis lectores hubiera conocido á nuestro antiguo amigo el comandante Pietro Pazzi; vestia un traje igual al que llevaba la noche

de la aventura de los piratas, la misma cota de malla y la espada de combate. Abu-Kent contempló á Pietro Pazzi con estrañeza; el comandante miró al jóven con interés y se nubló su semblante.

—¡María! ¡la misma mirada de María! ¡Pobre niña! Y luego añadió conteniendo su emocion: quiero ver á Ben-Hauz.

—Ben-Hauz ha muerto, cristiano, contestó tristemente el jóven.

—¡Muerto tambien! ¿Con qué tú solo has resistido el influjo de muerte, que pesa sobre cuanto rodea tu familia?

Un momento de silencio trascurrió, en que ambos interlocutores se esforzaron en contener una dolorosa emocion: despues el comandante sacó una piel de gacela y la entregó á Abu-Kent.

Sobre la blanca superficie de ella se veian algunos caracteres árabes, en los cuales reconoció el jóven la mano de Ben-Hauz y leyó lo siguiente:

«Dios Todopoderoso y su profeta sean contigo, Salvator Gieromi, senador de la república de Venecia. Ben-Hauz, creyente de Dios, te escribe junto al ángel de las alas negras; ven antes de que remonte su vuelo arrebatando mi espíritu. Si he muerto cuando llegues, reconoce en el jóven que se llama Abu-Kent á don Juan, hijo del desgraciado marqués de los Encinares. En mi aposento hay un perfumero; busca en él un resorte y encontrarás la entrada de una escalera; ella te conducirá á otro aposento donde hallarás las armas del marqués y las pruebas de la identidad de Abu-Kent. Un mercader de perfumes que parte á Venecia me ha jurado poner estas letras en tus manos; que Allah le confunda si no cumple su juramento.»

Abu-Kent besó la gacela, se la devolvió al comandante y le dijo con enternecimiento:

—Abrázame cristiano, tú que habrás abrazado alguna vez á mi padre.

El comandante adelantó, miró con ternura á Abu-Kent, abrió los brazos y le estrechó en ellos esclamando:

—¡Vive Dios! que eres un soberbio mozo, don Juan, y harias con ese relumbrante traje un soberbio papel en una mascarada. Vamos, añadió separándose, es necesario reconocer esos papeles, embarcar tu equipaje y largar alas y arrastraderas para perder pronto de vista el maldito Cuerno de Oro; guiad señor marqués.

Abu-Kent nada comprendia; asió sin embargo la lámpara y empezó

á subir la escalera; cuando hubieron llegado al aposento donde murió Ben-Hauz, tocó el resorte del perfumero y la placa giró.

El comandante se hizo atrás un paso, y puso la mano en su espada; una forma blanca se habia levantado del fondo de la escalera con otra lámpara en la mano; era la dama incógnita; Pietro Pazzi arrojó sobre ella una mirada, y dió un grito de alegría; la mujer miró, arrojó la lámpara y se fue con los brazos abiertos á él que la estrechó esclamando:

—¡Eleonora! ¡mi perdida Eleonora!

—¡Ah! comandante ¿venís á buscarme, no es verdad? le preguntó la jóven. ¿Y mis hermanas y Salvator, dónde estan?

El semblante de Pietro Pazzi se contrajo al escuchar el nombre del senador, levantó lentamente su mano al cielo y dijo en tono solemne:

—Salvator está allí.

—¡Muerto! esclamó Eleonora cubriéndose el rostro con las manos.

El gesto de Abu-Kent en tanto estaba fruncido; nada comprendia esceptuando el abrazo de Eleonora que le pareció horrible por todos conceptos; adelantándose con un ademan tan marcado hácia Pietro Pazzi, que este no dudó un momento que amaba á la jóven.

—¡Ah! dijo golpeando ligeramente el hombro de Abu-Kent, ¿sentís celos, bello don Juan? ¿y qué decís á esto hermosa Eleonora?

—¡Oh! le contestó acercándose al comandante, perdonadle Pietro Pazzi; nada sabe y yo le he prometido amor.

Pietro Pazzi que abarcó en un pensamiento las ventajas de tal enlace, se atusó el vigote con espresion satisfecha, y se vió su rostro rebosando alegría.

—Pero es necesario, añadió la jóven acercándose á él y hablándole en voz baja, que alejeis á Abu-Kent con cualquier pretesto; tengo que revelaros cosas terribles.

—Don Juan, soy hermano de vuestra Eleonora, dijo Pietro Pazzi al jóven, al que no se acomodaba á llamar Abu-Kent; hace cuatro años que nos separamos, y entre parientes hay muchas cosas que decirse despues de tan larga ausencia. ¿Querriais hacerme la merced de evacuar un encargo mio?

El jóven inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues bien, escuchad, continuó Pietro Pazzi llevando un silbato á la boca, y dando un silbido particular; repetid esa seña.

El jóven tomó el silbato, y repitió tres veces exactamente el mismo tono.

—Comprendo que seríais un buen contramaestre, siguió el comandante, eso es. Id al Cuerno de oro y repetid junto al mar ese silbido tres veces consecutivas; vereis llegar una lancha y llamareis á Paolo, de órden del comandante Pietro Pazzi; haced que os siga con doce hombres y venid con ellos.

Abu-Kent saludó con gracia, tomó un sable estremadamente corvo y salió.

—¿A qué mentir? dijo entonces Eleonora á Pietro Pazzi, ¿á qué decirle sois mi hermano?

—¿Qué nombre quereis que adopte para vos el esposo de Inés?

—¡Ah Pietro! contestó la jóven con un acento hechicero dejándose dar un beso en la frente, ¿y se ha casado tambien mi hermana Isabela?

—¡Oh! Isabela es una respetable madre de familia, gozando un amor puro y el ruido de sus telares bajo el cielo de Granada.

—¡Se ha unido á un tejedor! observó con cierto desden aristocrático la orgullosa Eleonora.

—Cabalmente, á un tejedor de corazon de rey, valiente, bello y rico. ¿Y vuestro infiel vendedor de joyas?

Eleonora bajó la frente y calló.

—¡Oh Eleonora! sois muy afortunada, entregais vuestro corazon vírgen á otro corazon vírgen, os unís bella á un niño con todo el encanto de una hermosura casi ideal, enlazais vuestros blasones de patricia con los cuarteles heráldicos de la alta nobleza castellana; ¡oh! si deseais mas sois muy ambiciosa.

—Si, deseo mas; no os lo ocultaré Pietro, le adoro; ha sido tan sublime su abnegacion, que todo quiso sacrificarlo á una sola indicacion mia, me ha salvado de la deshonra, y por consiguiente de la muerte. Sin embargo, jamás, aun cuando fuese posible, uniré mi destino al de un idólatra.

—Tranquilizaos, mal que le pese le nombraron don Juan en la pila del bautismo; y cuando conozca la historia de su familia, cuando la hidalga sangre de los Encinares hierva en sus venas, entonces reputará los doce años que ha vivido lejos de su pais como un cautiverio mas suave que el que habeis llorado durante cuatro, hermosa Eleonora. ¡Cuánto habreis sufrido!

—¡Oh! no me lo recordeis. Cien veces he visto el rostro á la muerte, cien veces me ha salvado la mano de Dios.

—Os hemos llorado muerta; despues de vuestro rapto todos los dias recorria la ribera temiendo ver vuestro cadáver arrojado por las olas. Solo un demonio pudo haberos sacado á salvo del mar con el tempora que corria aquella maldita noche. Ya conoceis á mi Anunciatta, no es por el cariño que la tengo; pero aseguro que ni el rey de España posee un galeon tan valiente; á pesar de todo, casi estuvo para zozobrar á la entrada del puerto.

—Sí, fue una noche terrible; al caer al mar me sentí asir y levantarme sobre la espalda de un hombre que nadaba; las olas rodaban bajo él coronadas de espuma bramando como un toro salvaje; algunos momentos despues me desmayé; cuando recobré el sentido, abrí los ojos para presenciar otro espectáculo mas aterrador; estaba cubierta de agua y arrojada sobre una playa desconocida.

—¡Oh! era preciso un poder sobrehumano para abordar un buque con una mar tan alta.

—La isla donde nos arrojó la borrasca era Paros; junto á mí ví maniatado á Manuel Asensio.

—¡Por las uñas de Satanás, Eleonora! ved que Paros es una isla del archipiélago griego. ¡Soberbia apuesta de nado! solo un pez puede hacer doscientas cuarenta y cinco leguas marinas tomando por punto de partida el golfo de Venecia.

—Dejadme concluir; un buque hecho pedazos estaba encallado en las rocas, y el mar todavia inquieto arrojaba pedazos de madera, de cuerdas y lienzos; alrededor de una hoguera habia algunos hombres cuyo solo aspecto me hizo volver á cerrar los ojos; aquellos piratas habian apresado á los piratas que me cautivaron. Poco despues de haber despertado del letargo, me volvieron á embarcar en otro buque y se hicieron á la vela; algunas horas despues dejamos á la izquierda á Chio, al ponerse el sol estábamos á la altura de Metelin, dejamos atrás el monte Ida, y la luna nos hizo ver al fin los Dardanelos; pasamos el estrecho, entramos en el mar de Mármara, dimos vista á Constantinopla y desembarcamos en Scutari, un dia despues de la partida de Paros.

—Hicísteis, bella Eleonora, una travesía de ciento veinte leguas marinas en veinticuatro horas.

—En Scutari me juntaron con otras mujeres y me llevaron al bazar;

allí ajustaron mi precio rublo á rublo, y al fin me vendieron á un viejo feo y rico: el cadí Hasam-Bul-bul.

Prieto Pazzi escuchaba con la mayor atencion.

—Mi comprador me hizo entrar en una magnífica galera, cruzamos el canal de Constantinopla y desembarcamos en el Cuerno de oro. Os confieso que á pesar de los amargos pensamientos que me inspiraba la cautividad, no pude dejar de sorprenderme á la vista de la hermosa ciudad cuyas murallas la rodean como la cinta de un ramo de flores, en cuyo centro se elevan entre cedros, palmas y limoneros, sus innumerables minaretes, y la elevada y fantástica cúpula de la mezquita de Santa Sofía. El cadí entró conmigo en una litera y me condujo á su casa, en donde encontré á Manuel Asensio, á quien por un acaso habia comprado tambien Hasam-Bul-bul.

Cuatro años han pasado por mí llenos de sufrimientos y desesperacion; Manuel y el cadí me hacian sufrir alternativamente la odiosa queja de sus amores, y al fin me acostumbré á una vida de resistencia inerte, cuya monotonía no turbaba ningun incidente; sin Abu-Kent, aun seria cautiva, tal vez me esperaba la muerte ó la deshonra, pero la mano de Dios ha velado sobre mí y me ha salvado.

Despues Eleonora refirió á Pietro Pazzi los acontecimientos que he procurado describir, y el comandante la escuchó con una profunda ansiedad; mas cuando el relato llegó á los detalles de la muerte de Hasam-Bul-bul, el semblante del marino se contrajo, una espresion harto severa se mostró en él, y dijo al fin mirando fijamente á la jóven:

—Eleonora, ¿qué respondereis á Dios cuando os pida cuenta de la sangre vertida? ¿qué direis á los hombres cuando os acusen de un asesinato?

—Presentaré á Dios, contestó con dignidad la jóven, el testimonio de una conciencia tranquila, á los hombres la prueba que hará aparecer como un acto de justicia ese homicidio.

—¿Y dónde está esa prueba, desdichada?

Eleonora no contestó, tomó la lámpara, descendió por la escalera secreta, y volvió á aparecer despues de algun tiempo con un libro que entregó al comandante.

—Aquí teneis la prueba, dijo.

El comandante se acercó á la lámpara, abrió el manuscrito, y devoró mas bien que leyó la narracion siguiente, escrita en dialecto veneciano:

VI.

La última voluntad de un moribundo.

Cuando haya dejado de existir, mi cadáver será sepultado en tierra estraña, lejos, muy lejos de mi patria; tal vez mi hijo, para quien escribo estas líneas, sucumbirá bajo el destino cruel que persigue á mi familia, y entonces, nadie irá á llorar sobre mi tumba, ni á arrancar las malvas silvestres que cubran la sepultura donde quedará perdido el nombre del marqués de Encinares; si mi última voluntad es conocida al fin de mi hijo don Juan, espero que vengue á la muerte de sus padres cruelmente asesinados.

Un amigo, casi un hermano, le ha adoptado.

¡Oh! bien pudiera despertarle y hacerle conocer su orígen y mis desgracias; es muy niño aun, de todo mi relato no comprenderia otra cosa que la muerte de su padre.

Y yo no tengo valor para tanto; turbar su sueño de ángel para decirle: voy á morir... es horrible; me siento desfallecer y acaso no tendré fuerzas para acabar mi último trabajo. ¡Morir! ese pensamiento me aterra.

¡Oh! ¡aciago el dia en que me separé de las playas de España, y doblemente aciago el en que escuchastes mis amores, María! mis amores que han pesado sobre tí como un horóscopo sangriento.

¡Menguada la hora en que me concedistes la mano de tu hermana, Rugiero Gieromi!

Y estas tristes memorias acibaran mis últimos momentos llenándolos de amargura.

¡Morir, morir, Dios mio! ¡y no puedes detener los estragos de la herida que me mata, dejarme la vida para guiar por medio del laberinto del mundo á ese pobre niño, solo y huérfano, que sonrie dormido junto á

la agonía de su padre que no siente las lágrimas que un dolor desesperado me hace verter sobre su frente!

¡Lágrimas! hubo un tiempo en que hubiera tachado de cobarde al hombre que las derramara; no presentí entonces que hay dolores agudos, infinitos; dolores que desesperan, que enloquecen, que matan.

Si, que enloquecen; una trás otra vienen á mi imaginacion memorias tan horribles ora, como bellas en su tiempo; todas vienen en monton confuso, y se revuelven en mi cerebro que arde.

Recuerdo el dia en que nació don Juan; cuando le tuve entre mis brazos, tendí la vista al porvenir, y ví escrito en él sobre un campo dorado un destino brillante; no contento con besar á un hijo quise ya tener nietos, me fingí un nombre perpetuado por una descendencia de héroes, y mi corazon se henchió de orgullo. ¡Dios mio, soñar tanto para alcanzar tan poco! los hijos de mi hijo quizá ignoren siempre mi nombre.

Si alguna vez don Juan conoce la última voluntad de su padre que reciba su bendicion.

Le dejo por herencia un nombre ilustre; que lo conserve puro, y que jamás el dedo de los hombres pueda mostrar sobre la historia de su vida una mancha.

Hay un hombre á quien debe posponerlo todo; me ha jurado velar por él y lo cumplirá; que no olvide jamás el nombre de Ben-Hauz porque es el nombre de su segundo padre, del hombre por quien su muerte no me es de todo punto terrible.

¡Oh Dios mio! un dia mas, que pueda dejar á mi hijo la reclamacion de mi vida infortunada.

Eres inexorable, señor. Mi mano apenas puede hacer los caracteres inteligibles. Un momento no mas. ¡Desesperacion! mi vista se oscurece, mis ideas se confunden. ¡Don Juan! si el destino te permite leer estas líneas escritas por tu padre moribundo, cumple su última voluntad. Entre mis armas te dejo mi puñal de misericordia, (1) con él han sido muertos tus padres; con él quiero que muera su asesino Hasam-Bul-bul el cadí. . . . .

Seguian algunas líneas imposibles de leer. Pietro Pazzi se enjugó el sudor que cubria su frente, empezó la traduccion de la parte árabe del manuscrito.

(1) Especie de daga larga y aguda conque los antiguos caballeros acababan á sus antagonistas vencidos.

VII.

El manuscrito de Ben-Hauz.

Los dias del hombre estan escritos en el libro de Dios, la vida es un soplo lanzado al espacio que otro soplo mas fuerte disipa; la muerte espera su paso oculta tras una sombra invisible.

No quiero que sepas tu nombre ni tu historia, don Juan, hasta que la mano de Dios arranque mi espíritu de sobre la haz de la tierra; pobre viejo, he acostumbrado mis ojos á tu sonrisa infantil, mis oidos se deleitan cuando tu boca me llama padre. ¡Oh! si supieras tu nombre me abandonarias; los hombres son muy ingratos.

Abandonarme seria legar á mi muerte una agonía horrible; no, no; Abu-Kent serás mientras sea Ben-Hauz.

Pero cuando el ángel negro me cubra con sus alas, yo te diré: Abu-Kent, esa es la tumba de tus padres, este el libro de tu historia: en él hallarás todo lo que sé de ella.

Hace diez años, mi residencia era Damasco; habia invertido mi pequeño patrimonio en sedas y perfumes que llevaba á Jaffa para venderlas á los estranjeros que iban á aquel puerto.

Un dia que atravesaba el Lívano con algunos camellos que conducian mis mercaderías, al volver el recodo de una montaña, ví una horda árabe robando los cadáveres de seis estranjeros armados, que por las man-

chas de sangre que cubrian la tierra, y por los gemidos de alguno de los ladrones moribundos, mostraban haber sucumbido á la superioridad del número despues de un largo combate.

Algo apartados de aquel lugar se veian una mujer jóven y hermosa, y un niño como de ocho años llorando, que los árabes arrastraban á su aduar.

Al aparecer al lejos la caravana á que me habia reunido, resonó un grito de aviso, las tiendas de cuero se plegaron, los ladrones abandonaron los cadáveres y poco despues huia la tribu errante envuelta en una nube de polvo.

Cuando llegamos al lugar del robo, notamos que uno de aquellos seis estranjeros vivia aun; le quitamos el casco y rociamos con agua su frente; al volver en sí se pintó en su semblante una espresion de horror; levantó trabajosamente la cabeza y miró en torno suyo con ansiedad; cuando no vió mas que los mercaderes que habian bajado á socorrerlo de sus camellos, volvió á cerrar los ojos como si todo hubiese acabado para él en el mundo.

Poco despues sus facciones volvieron á reanimarse y desechando los socorros que yo le prestaba, me habló algunas palabras en un idioma que no entendí, y cuyo sentido me esplicó un mercader renegado.

—Dejadme morir y salvadlos, habia dicho.

Los que asi ocupaban el pensamiento del caballero, eran tu madre y tú, Abu-Kent. El dolor de tu padre me conmovió, hice que algunos genízaros que nos escoltaban siguiesen las huellas de la tribu hasta averiguar su paradero, mandé enterrar los cadáveres, puse al herido en un camello y la caravana siguió su marcha á Jerusalem.

Allí le llevé á la casa de un faquí á quien me unia una amistad antigua y fuí al bazar á vender mis sedas y mis perfumes.

Al entrar en él ví á los genízaros cerca de dos árabes que ajustaban el precio de una mujer con un turco de Stambul; la reconocí y quise pujar; pero el turco subió aun mas que yo cuando hube ofrecido el último rublo á que ascendian mis géneros; solo pude rescatarte, Abu-Kent, por valor de cien piastras.

Nunca olvidaré la dolorosa escena que precedió á la separacion de la madre del hijo; nunca el impasible y brutal ademan del turco que se hizo seguir de su esclava.

Pasaron algunos dias y tu padre se puso en estado de emprender

una marcha; me habia confiado su historia; era cristiano, poseedor de una fortuna inmensa en su país, y se habia unido en Venecia donde fué delegado por su rey para negociaciones de importancia con la hija de un senador de aquella república.

De este enlace naciste tú, y pasaron siete años sin que nada turbase los goces de una vida dichosa y tranquila; al cabo de aquel tiempo te acometió una enfermedad maligna, y tus padres temiendo perderte hicieron voto de visitar contigo los Santos Lugares, si Dios te devolvia la salud. Sanaste, y tus padres se aprestaron á cumplir su promesa; fletaron una galera, surcaron los mares y desembarcaron con una escasa comitiva en San Juan de Acre.

Allí se proveyeron de un guía que los estravió vendiéndolos á los árabes de las tribus del monte Lívano.

Esta fue la causa de que yo os conociese, y de aquí nacieron los acontecimientos que tan triste fin han tenido para tus padres.

El hombre que habia comprado á tu madre, fue seguido por mis esclavos y supimos al fin, que era cadí en Constantinopla, y se nombraba Hasam-Bul-bul.

Era imprudente y aun arriesgado entrar en negociaciones de rescate con el cadí, y concebí un proyecto; enagenáronse parte de los bienes de tu padre en su país, se hizo fletar el dinero por conducto seguro, y con él compré la casa en que ahora habita Hasam-Bul-bul de la que separé el pabellon que me sirve de bazar, y entre las cuales se estableció una comunicacion secreta, cuya puerta es el perfumero de oro de mi estancia, y que conduce á un baño donde se encuentra otra puerta oculta que facilita el paso al vecino edificio; alhajéla con profusion, y me presenté al cadí proponiéndole su venta por un precio ínfimo; el cadí aceptó y se trasladó á su nueva morada.

Tu padre entonces se instaló en el baño situado entre los dos edificios, y pasó dias y noches observando por un calado abierto en la puerta, la vecina estancia.

Pasaron sin embargo muchos dias esperando, y ninguno nos dejó ver á María; al fin una noche la vimos entrar y sentarse en un sofá orilla del calado.

Tu padre se aventuró á entrar sin prever que un grito de sorpresa podria frustrar un plan hábilmente combinado: tu madre se retiró al fondo de la estancia al ver aparecer tras ella un hombre, y tu padre la si-

guió; pero cuando llegaba á ella, cuando se habian reconocido, resonaron pasos fuera del aposento; María se desmayó á la vista del peligro, y el valiente don Tello (que asi se nombraba tu padre), huyó no sin dejar caer en su precipitacion el puñal que llevaba á la cintura.

Poco despues entró Hasam-Bul-bul, levantó á la mujer y la llevó al sofá, tras el cual observaba tu padre lleno de agonía; mas al dejarla en él, su mano tocó el puñal. Yo tambien estaba allí y no olvidaré nunca los horribles detalles de la escena que siguió.

El cadí examinó alternativamente el puñal y el rostro de María que tornaba de su desmayo; su semblante se tiñó de una palidez lívida y esclamó comprimiendo su cólera.

—María, este puñal pertenece á un cristiano.

María reconoció el puñal de su esposo y dió un grito; el cadí continuó:

—¿Dónde se oculta ese hombre, María?

Y como tu madre continuase callando, la asió una mano y la arrastró tras sí; fué á la puerta, llamó sus eunucos y á sus esclavos y les mandó que registrasen la casa.

Tu madre cayó de rodillas á sus piés; le pidió la vida de su esposo, de su hijo, lloró el llanto de la desesperacion que solo sirvió para acrecer el furor del turco.

—Se ocultan aquí vil cristiana ¡y dormia sin recelo junto á mis asesinos!...

Don Tello se retiraba de la puerta para tomar su espada preveyendo el fin de la escena, cuando oimos un grito agudo, desgarrador, seguido de dolorosos gemidos; entonces tu padre lo olvidó todo; frenético, desarmado, abrió la puerta, se puso de un salto junto al cadí y le acometió; otro grito resonó entonces; el turco le habia tendido á sus piés herido de muerte; no pude ver mas, mis ojos se nublaron y caí desmayado sobre el pavimento.

Cuando recobré el sentido, abrí la puerta resuelto á morir tambien, la estancia estaba abandonada, solo se veia á tu madre muerta y á tu padre arrastrándose con trabajo sobre el pavimento; junto á él estaba el puñal ensangrentado; le recogí, ayudé á tu padre, que aunque mal herido, podia andar con apoyo y le conduje á mi lecho. Despues bajé, cavé una sepultura para dos cadáveres en el pavimento del baño, puse á tu madre en un lado de ella envuelta en un paño de lino, deposité sobre la sepultura una

cruz de oro que se veia en su cuello, y volví al lado de tu padre á llenar mis últimos y dolorosos deberes.

Cuando subí le hallé escribiendo trabajosamente: su herida era de aquellas que matan con lentitud y no arrebatan, una vez restañada la sangre, la fuerza y el pensamiento. Junto á él dormias tú; no me atreví á interrumpirlo; por sus mejillas rodaban dos gruesas lágrimas, y estaba tan preocupado que no sintió mi aproximacion; al fin, despues de algun tiempo las fuerzas le abandonaron, la pluma cayó de sus manos y tuve que correr á él para que no rodase sobre el pavimento. Aquella noche todo se acabó y los restos de tu padre se unieron á los de María para toda una eternidad.

Luego he escrito al pié de la última voluntad de tu padre lo que debes leer, Abu-Kent, cuando yo muera; entonces venderás las joyas y la herencia que te dejo; tomarás las armas de tu padre y te dirijirás á España para ser don Juan Osorio, marqués de Encinares y digno hijo de María y de don Tello.

VIII.

El retorno á la patria.

Apenas hubo acabado de leer Pietro Pazzi la precedente tremebunda historia, cuando tomando la lámpara, se dirigió á la escalera, y seguido de Eleonora penetró en la estancia, panteon del último difunto marqués de Encinares.

Y él y ella como impulsados por un mismo pensamiento, doblaron las rodillas y oraron, él por su antiguo amigo, ella por los hermanos de su padre.

Despues Píetro Pazzi se levantó y dijo conmovido levantando á Eleonora.

—Dios ha guiado tu brazo pobre niña, y le ha dado fuerza como un tiempo á David y á Judit: eres dígna de un héroe Eleonora, pero oculta esa sangre, dijo reparando en las manchas que la jóven habia ocultado con un pliegue de sus ropas, que no la vea él.

—Si, si, contestó Eleonora, que nada sepa, esa terrible revelacion le mataria.

Los dos callaron; él descolgó las armas del marqués, y ella le siguió cuando salió de la estancia.

Al llegar al fin de la escalera se oyeron pasos de algunos hombres, y apenas se habia cerrado el perfumero, cuando se presentó Abu-Kent á la puerta seguido de un marino y doce hombres.

Todos los efectos del bazar fueron trasladados á la Anunciatta, donde se hallaban ya protegidos por la bandera y las lombardas venecianas Eleonora y don Juan; al fin al amanecer de un hermoso dia de verano, se vió á la galera levantar sus dos velas latinas blancas como las alas de un cisne, y balancearse sobre las ondas con la proa vuelta al occidente.

Un hombre se vió tambien junto á la ribera pálido, inmóvil, con la vista fija en el buque; era el otro esclavo del jardin; era el griego Manuel Asensio.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

79

TERCERA PARTE.

1550.

I.

Una apuesta de nobles.

La luna ha recorrido la mitad de su carrera, y empieza su descenso al occidente; la ciudad querida del Profeta aparece á su pálido reflejo muda y solitaria con sus trescientas torres, y sus casas apiñadas sobre tres montes; la campana de la Alcazaba, deja oir de vez en cuando su vibracion lenta y sonora, y las vírgenes del Señor se dirigen al sombrío santuario llamadas por el soñoliento toque de maitines. La noche ha concluido tambien la mitad de su carrera.

Ni se vé luz en las ventanas, ni ya el velador artesano acompaña su trabajo con la siempre mágica armonía de la balada de la infancia; el sueño ha enmudecido las lenguas de cien mil vivientes, y solo interrumpen el silencio el lejano canto del centinela que vela en la muralla, ó el hambriento ahullido de los errantes perros.

Hermosa estás en esta hora, Granada, adormida al murmullo de tus fuentes, velada por la bruma de la noche, halagada por la brisa que se embalsama al pasar por entre tus gigantes y verdes alamedas; ¡oh! cuando al pié de tu torre de Comares, á la orilla de tu humilde Darro, ha venido á reflejar sobre mi mustia frente el blanco rayo del astro de la

noche, los siglos han retrocedido delante de mi vista, he creido ver al través de los fantásticos ajimeces, las luces del festin y el canto solitario del melancólico ruiseñor, ha resonado en mi oido cual el eco lejano de la guzla de la sultana. . . . .

. . . .

En esa hora, en la parte mas alta del Albaicin, junto á la vieja iglesia de san Cristóbal, apareció un hombre que subia de la parte mas populosa de la ciudad; su estatura era elevada, su paso lento, é iba envuelto en una larga capa encarnada; una gorra de terciopelo negro adornada con una pluma blanca, cubria su frente y su apostura marcial, la ancha espada que se dejaba ver por bajo de la capa, y las botas de ante armadas de grandes espuelas, bastaban á revelar un oficial de los tercios reales.

El embozado se deslizó á lo largo del muro de la iglesia, atravesó una estrecha calle y desembocó en una pequeña plaza silenciosa y desierta; todas las ventanas estaban cerradas, si bien se percibia el reflejo de una luz tras los cristales de una de ellas.

La casa á que aquella ventana pertenecia, á pesar de sus recientes restauraciones, no dejaba duda acerca de su orígen árabe, atendida su mezquina puerta ojiva, sus labrados aleros y el caprichoso dibujo de los azulejos estendidos bajo ellos en forma de faja; nada se habia añadido ni robado á su semblanza árabe, salvo el revoque blanco de la fachada y una gigantesca reja que parecia servir de escala á la ventana iluminada.

Y aquella casa era sin duda el término de la nocturna escursion del embozado, puesto que detuvo su marcha y sonrió de una manera particular al ver el reflejo de la luz tras los cristales; despues bajó el embozo de su capa, sacó de ella una vihuela y empezó á templarla.

Su semblante pálido, mas pálido aun por el reflejo de la luna, se dejó ver entonces adornado de un largo bigote, y sus negros ojos rebosando vida y juventud, ostentaron una espresion de maligna complacencia al percibir en el oscuro fondo de la calleja, cuatro hombres envueltos como él en capas rojas, cuyo animado y chispante diálogo se percibia entre el silencio, perdido por la distancia.

Pero una espresion mas terrible aun á los ojos de un observador se pintó en ellos: los cristales habian rechinado al abrirse, y el contorno de la cabeza de una mujer, esbelto, puro, circundado de una luenga y flotante cabellera, se destacó sobre el fondo iluminado de la estancia; aquella cínica sonrisa, aquella mirada lasciva y repugnante, donde se tras-

parentaban villanos pensamientos, mostraron en el capitan uno de esos hombres de ideas inmorales para quienes la deshonra de una mujer es un juego de dados, y el porvenir de una familia cosa que no debe meditarse.

Un ligero preludio precedió á los compases de un romance cantado con un sentimiento, con una pasion que desmentia el significado de la sonrisa del noble; aun no se habian perdido sus vibraciones cuando el jóven llegó junto á la reja.

Entonces se descubrió con un movimiento lleno de galantería, y dirigió la palabra á la mujer que le contestó con una profunda inclinacion.

—Dios os haga dichosa, Juana, la dijo, como lo seria si me concedieseis el placer de una entrevista.

La mujer no contestó.

—Placer que colmariais hasta hacerme enloquecer bajando á esta reja.

Una carcajada infantil y sonora, fue la respuesta de Juana.

—Sois muy cruel niña, dijo el mortificado noble mordiéndose los labios, y mi amor...

—Será, don Antonio, amor de soldado, repuso la jóven pronunciando alegremente estas palabras en una entonacion hechicera, burla ó deseo hoy, desprecio ó abandono mañana; vuesamerced sin duda ha tomado mi puerta por la de la hermosa hija del veinticuatro; es un poco mas allá, pasad buena noche.

—¡Juana!

Y luego, tornó á decir ella en un acento mas sentido: yo nada puedo esperar de vos que sois conde, rico, y capitan, mas que el peligro de un amor sin esperanza.

—Pues bien, bajad; no me condeneis sin oirme; si despues insistís en desdeñarme no me volvereis á ver ¡oh! ¡no!

El capitan dió á esta última esclamacion un acento tan estraño, que hizo estremecer á la jóven y abandonar la ventana que dejó abierta. Palpitante de duda y de temor, salió de su estancia, se deslizó á lo largo de un corredor y bajó á la reja; la luna iluminó su rostro y la mirada de don Antonio se saboreó un momento en aquellas formas tan puras, tan llenas de encanto.

Juana contaba apenas quince años; ni era blanca ni morena su tez, dorada por el sol meridional de Andalucía, cuya influencia no podian desmentir sus grandes y hechiceros ojos negros que tanto ostentaban una

espresion de infantil y cándida alegría, como revelaban la indómita fuerza de carácter de la mujer del porvenir; su cabello negro y onduloso, flotaba en descuido sobre la casi desnuda espalda, y sus hermosas y pequeñas manos daban mas realce á su semblante, uniéndose á él para apartar de la serena frente alguno de sus pesados rizos; nada tan irresistible como su mirada cuando se fijaba distraida sobre los ojos de un hombre, oculta en la sombra de sus largas y sedosas pestañas; nada tan lindo ni arrobador como su pequeña boca, siempre acompañada de una sonrisa de inocente travesura; era un trasunto de las vírgenes de Alonso Cano, y su arrogante apostura, la mágia de sus maneras y su carácter de ángel habian hecho tan proverbial su hermosura, que los tejedores del Albaicin solo la conocian por el poético nombre de *Flor-de-oro.*

Menos lánguida, mas interesante que su madre, Juana habia puesto el colmo á los amores de Isabela Gieromi y de Mateo el Zenete; la muerte prematura de la patricia veneciana llenó de dolor el alma del tejedor, que reconcentró desde entonces toda su felicidad en su pequeña hija; querida hasta la idolatría creció caprichosa y mimada, hasta el estremo de ser leyes para el desdichado padre los menores deseos de la hechicera Flor-de-oro; y él, el hombre que merced al trabajo de toda su vida habia logrado adquirirse una posicion brillante entre sus iguales, el hombre que manejaba en su industria algunos millones adquiridos en cambio de afan y laboriosidad, no hubiera consentido á trueque de perderlo todo, que su pequeña soberana tocase con sus delicadas manos otras sedas que las que traidas á toda costa de Damasco y de Venecia servian para engalanarla.

Do quier habia un festin, allí estaba Juana; do quier se corrian cañas ó toros, el buen Mateo se afanaba con un ardor que tocaba en locura por colocar á su hija en el punto mas cómodo, y allí oprimido, satinado trás ella, oculto entre la multitud, sin atreverse á llamarla su hija, se henchia de orgullo cada vez que un rico hidalgo la arrojaba á la carrera una sortija con su divisa, ó cuando las altivas damas la miraban de soslayo con la vista llena de malignidad, porque una mirada de ódio es un homenaje de una mujer para otra, y el engreido tejedor traducia en aquellas miradas, es mas hermosa que nosotras; Mateo interrumpia su comida para mirar á su hija; su eterno ensueño era Flor-de-oro, y cuando la maliciosa niña sujetaba con sus tersas manos el rostro de su padre, y con sin igual coquetería unia en un beso de fue-

go su linda boca á la árida de Mateo, le hacia llorar de felicidad y de alegría en un momento de inefable delicia. ¡Oh! Mateo adoraba á su hija, pensaba en ella antes que en su salvacion, y si un hombre hubiera marchitado aquella flor tan fragante, tan pura, hubiera equivalido á romper en pedazos el corazon del padre.

A pesar de la opulencia de Mateo, de su delirio y de sus ensueños, á medida que Juana se iba acercando al desarrollo de las pasiones, eran mas inquietos los pensamientos del tejedor; su ademan tranquilo habia desaparecido y se le veia en las horas del trabajo detener su lanzadera para mirar á su hija, que en un ángulo del obrador estaba absorta en la lectura de los amores de la infanta Floripes con Roldan el francés, ó corriendo fantásticas regiones en pos de Bayaceto; entonces una lágrima ardiente, desesperada, brotaba de sus ojos, porque en la ingénua mirada de su hija habia sorprendido su perspicacia de padre, un esceso de pasion, de sentimiento, de voluntad invencible, que le hacia temblar por el porvenir de Juana.

Desde entonces se dedicó con la paciencia y la asiduidad de que solo es capaz un padre á estudiar el carácter y las inclinaciones de su hija, y se arrepintió muy tarde de su indiscreta condescendencia, al encontrar en ella una decidida aversion á todo lo que no era elevado y romancesco, una repugnancia marcada á los honrados artesanos, que como su padre se afanaban en adquirir una posicion independiente, entre los cuales solo podria encontrar un hombre que tuviese á gran dicha se le confiase aquella niña para hacer de ella una dichosa y respetada madre de familia. Mateo se estremecia al pensar en un nieto bastardo, porque conocia demasiado la licenciosa é inmoral nobleza del siglo XVI, para cuyos dorados trajes y arrogantes plumas era menos esquiva la mirada de la engreida Flor-de-oro.

Entonces quemó los libros de caballería que habian enloquecido con estupendas aventuras el cerebro lleno de poesía y de ilusiones de la muchacha, y si bien no creyó que fingiéndose una infanta Galiana, se lanzara á correr aventuras semejantes á las que mas tarde creó la rica imaginacion de nuestro desgraciado é inimitable Cervantes, temió y no sin fundamento, que las primeras palabras de un noble ocioso, sembrasen en su ya gastada vida una cosecha de amargos sinsabores, cuando no de escándalos deshonrosos.

Por eso buscó entre los jóvenes tejedores el que le pareció mas á

propósito para ocupar el pensamiento vírgen de su hija; por eso demasiado tarde la privó de los saraos y las fiestas á que nunca debiera asistir; pero ya en vano: un no, decidido, incontestable, lleno de voluntad, respondió á la primera propuesta de enlace, y á trueque de no verla llorar fue otra vez preciso mendigar un puesto en los saraos de la nobleza y proporcionarla un asiento en la sombra para las corridas de toros y cañas.

A pesar de los recelos de Mateo, Flor-de-oro, aunque fascinada por el esplendor de los jóvenes hidalgos que se apiñaban en su rededor, conocia que nacida en la clase llana no podia pensar sin sonrojarse en el amor de un noble, que creería honrarla haciéndola su manceba, y mas de un billete fue devuelto, y mas de un romance cantado bajo su ventana que permaneció silenciosa y oscura; no habia pensado en su porvenir, y confiada en sus propias fuerzas, se habia arrojado á la corriente del mundo, y aficionádose á los galanteos y á los suspiros que por do quier veia tributar á su belleza: el resultado de la debilidad del padre y del capricho de la hija fue atraer la atencion pública, y muchas damas anticiparon la calumnia á la deshonra, sin faltar mozalvetes que apostasen crecidas sumas á que obtendrian en ella una manceba.

Y trascurrieron dias y meses del mismo modo: la soberbia de Juana creció con la adulacion de los galanes hasta el punto de no encontrar difícil ser condesa; y en este abandono, en estas imaginaciones, llegó el dia en que parara la atencion en la muchacha el hombre que debia fijar su suerte.

Don Antonio de Leyva, conde de Montevalle y capitan de los tercios, que entonces volvian de Flandes, hombre atrevido é inmoral y eterno duelista y galanteador, oyó celebrarla y entró en deseo de conocer cosa tan maravillosamente ponderada. Y en mal hora tuvo para Juana tal pensamiento, puesto que hablarla y sentir ella lo que mas le valiera ignorar toda su vida, vino á ser obra de un momento. Llegaron entonces los billetes recibidos, si bien no contestados, y leidos, aunque de ello no se diese muestra; empezaron las serenatas y los suspiros y á desmoronarse aquel tan firme propósito de desoir galanteos de hombre que de hidalga cuna viniese; y porfiando él y desdeñando ella, y acometiendo el uno y cediendo el otro, vino por fin el momento en que olvidada la prudencia llegase el caso de hablarse en alta noche sin testigos, el uno lleno de perfidia, la otra enamorada sin atreverse á sospecharlo, sin mas consejo





¡OH! ¿POR QUÉ HABEIS VENIDO ESTA NOCHE?

que el de Dios, ni mas defensa que una reja colocada como una escala bajo una ventana abierta.

Y allí fueron las protestas y los juramentos del galan, y el dudar y al fin ceder de la desdichada, de tal modo que se la oyó contestar á su enamorado :

—Pues bien, don Antonio ; si verdaderamente son honrados vuestros pensamientos, pedidme á mi padre. ¡Oh! ¿por qué habeis venido esta noche? Antes de oiros, mi vida se deslizaba tranquila y descuidada.

—¿Y ahora?

—No me engañeis, don Antonio, porque yo... os amo.

Entonces el reloj de la iglesia cercana marcó la una.

—Adios, dijo la jóven retirándose de la reja, á la que volvió esclamando ruborizada : si vuestras palabras son un juego decídmelo por Dios, y no me hagais soñar delirios.

—No, no Juana mia, dijo el noble en acento apasionado ; mañana hablaré á vuestro padre, y muy pronto sereis mi esposa.

Flor-de-oro se retiró de la reja, y él murmuró en un acento de despreciante triunfo trepando por ella :

—Y esta noche cedo mi alma al diablo sino eres mi manceba.

Y asiéndose del dintel de la ventana, empujó los cristales, y se lanzó dentro del aposento.

Poco despues la ventana se abrió de nuevo y salió don Antonio ; la luz de la luna brilló un una lágrima de Flor-de-oro, que no se retiró hasta que vió desaparecer á su amante que se alejaba por el fondo de la oscura calleja.

¡Pobre Juana! El diablo no tenia derecho al alma del noble.

—Habeis cometido una infamia, capitan, observó un alférez antiguo enamorado de Flor-de-oro.

Don Antonio soltó una insultante carcajada.

—Ha hecho bien, observó otra voz.

—¡Me alegro!

—¡La orgullosa!

Esclamaron al mismo tiempo otros dos hidalgos.

—Caballero, dijo el capitan al apostrofante, pareceis ofendido y estoy pronto á daros una satisfaccion.

—¡A muerte!

—Hasta la embriaguez.

—Á espada y daga, repuso el otro sin comprender el sentido de la respuesta de don Antonio, aquí mismo.

—No, á vino y pastel en la hostería de la Cruz Verde.

Una carcajada universal sancionó la reconciliacion de los dignos amigos, que se dieron las manos mientras que todos por un movimiento espontáneo gritaron en coro.

—¡Á la hostería de la Cruz Verde!

. . . .

Al amanecer del dia siguiente, Juana salió de su aposento pálida y pensativa, y recibió ruborizándose, en un beso el saludo matutino de su padre.

En aquel momento cinco hidalgos ébrios, á cuya cabeza marchaba don Antonio, salian de la hostería de la Cruz Verde y se retiraban á dormir á sus posadas.

87

II.

Flor-de-oro y Montevalle.

Pasaron algunos dias, y al finar de todos se vió á don Antonio asido á la reja de Flor-de-oro. Habia sonado la oracion de uno de ellos; al ruido de los telares habia sucedido el puntear de las vihuelas; Juana escuchó al fin la hora que esperaba con impaciencia, y su linda cabeza se apoyaba en el hombro del capitan: hechicera estaba la muchacha en aquellos momentos en que el amor agitaba su seno descuidado, y el temor de un abandono alteraba su corazon; cuando hacia valer sus encantos para fijar al hombre que la prometió un tálamo y por quién consultaba con tanta frecuencia al espejo sus trajes, sus movimientos, sus miradas; y entonces, cuando al vislumbre de la luna dejaba flotar al aire su negro cabello, cuando su toca descuidada dejaba adivinar sus formas. No era estraño que el mancebo saboreando tanta belleza, olvidase sus ruines intentos y esclamase en un acento lleno de verdad:

—Juana mia, mañana serás condesa.

—¡Mañana! ¡siempre mañana! y sin embargo ya han pasado cuatro meses... ved don Antonio que puede llegar un dia de vergüenza y de muerte, porque mi padre no sufriría sobre su frente una mancha.

—Pues bien, mañana...

—¿Y por qué no esta noche? Escuchad; mi padre está en casa, en-

trad, habladle, decídle que el hijo que nacerá (la jóven pronunció trabajosamente esta palabra) necesita un nombre.

El noble callaba, pero un pequeño estremecimiento agitó la mano que asia una mano de Flor-de-oro; sus labios se contrajeron y su lengua murmuró balbuciente la palabra :

—¡Bastardo!

—Si, bastardo el hijo y prostituta la madre, repitió Flor-de-oro esforzando el acento en esta última frase; prostituta, porque fue bastante débil para creer á un noble que necesita para esposa una dama noble y rica.

—Te engañas, Juana.

—¿Miento acaso, don Antonio? ¿No es cierto que vos dijísteis; es una pobre muchacha á quién deslumbraré; una mujer que se tendrá por honrada con ser la manceba del conde de Montevalle? En todo caso creereis obrar como noble y caballero, indemnizándome con una renta de por vida sobre alguno de vuestros estados; habreis pensado asi, porque vosotros los hidalgos mirais con desprecio á nosotras... las hijas de los tejedores y de los menestrales.

La voz de Flor-de-oro hasta entonces dulce é insinuante, tomó un tinte de amargura.

—¡Juana mia!

—¡Juana mia! ¡Juana mia! Palabras... caricias mentidas; no seais falaz; un solo medio hay de tranquilizarme, pedidme á mi padre.

—¡Pero Juana!..

—Os he suplicado y lo he hecho porque soy madre; pero prometísteis como caballero y jurásteis como cristiano; hasta ahora vuestras palabras han sido farsa, y desde ahora, añadió retirando su mano de entre las del noble, es necesario que Juana asegure á su hijo el nombre de su padre.

Calló Flor-de-oro, y don Antonio callaba tambien: á pesar de su inmoralidad, de lo gastado de su corazon, Juana habia logrado fijar el pensamiento del conde que habia encontrado un antagonista digno á quien defendian su pureza, su amor y lo sublime de un alma mas bella, mas enérgica si cabe, que el hechicero rostro á quién daba vida; aquella mujer que se habia arrojado confiada á los brazos del noble; que le habia entregado su porvenir y su nombre; que habia delirado todos los ensueños de un pensamiento apasionado, habia dejado de ser la beldad sumisa que se dobla á los caprichos del amante, para tornarse en un ser lleno de

energía, que apoyado en sus derechos dictaba leyes, ante las cuales cedia la hasta entonces indomable voluntad del libertino.

Y no era solo la santidad de la obligacion que habia contraido lo que le contenia; amaba á Juana; conocia que burlarla seria perderla y hacer el sacrificio de sus pasiones; por otra parte, unirse á ella era someterse voluntariamente á los sarcasmos de sus iguales, sabedores del secreto de sus relaciones con Flor-de-oro, y unir su nombre lleno de esplendor al de la hija de un humilde menestral; en fin, habia deshonrado á la mujer á quién debia unirse, estableciendo él mismo el mayor obstáculo que debiera vencer.

Un hombre de alma generosa hubiera arrollado ante la fuerza de su deber, las rancias preocupaciones que le cerraban el paso; pero don Antonio era uno de esos nobles infatuados que manchan su nombre de mil maneras, y que solo retroceden ante una alianza desigual.

No pudiendo vencerse, dudaba, no atreviéndose á romper de una vez, callaba.

Flor-de-oro, orgullosa tambien, le contemplaba esperando, no con ansiedad, sino decidida á arrostrarlo todo; concibiendo el pensamiento de su amante no pudo contenerse mucho tiempo.

—¿Acaso me desdeñais? pronunció en un acento de amenaza dirigiéndose al noble; ¿acaso creeis vuestra cuna mas elevada que la mia? callar equivale á decir sí, y mentís, Montevalle; yo os lo digo, os lo repito, mentís. ¿Quién era vuestro abuelo cincuenta años atrás? Un aventurero, un mata-moros, un hombre de guerra á quien los Reyes Católicos dijeron: te hacemos noble porque eres fuerte; te hacemos señor porque hàs degollado sin compasion á los soldados, á los niños y á las mujeres de Alhama. ¡Vive Dios, don Antonio! ¿Y quién era el padre de vuestro abuelo? Un miserable que hablaba de haber pisado la tierra de Jerusalen, que vendia rosarios de palo santo y decia la buena-ventura. Ahora que os recuerdo eso ¿sabeis quién era mi madre? La nieta de generacion en generacion de los Césares de Roma; de los hombres que si fueron acaso soldados antes de vestir la púrpura, habian llegado por saber, por astucia ó por virtud á disponer del destino del mundo; soy biznieta de la hermana de un Dux; nieta de un patricio; sobrina de un senador de la república de Venecia, y en todo caso yo soy quien doblego mi nobleza, vos quien aventajais con mi enlace.

—Si no te amara, ciertamente me hubiera divertido tu cólera, ilus-

tre Juana, dijo el hidalgo que habia recibido sonriendo la descarga de dicterios de la irritada Flor-de-oro.

—¡Don Antonio!

—Basta ya; hablaré á tu padre.

La mujer es semejante al caballo, con perdon sea dicho (1), en ocasiones dadas, el noble bruto desea correr, le contiene la mano del ginete; se encabrita y arroja al fin al imprudente que le sujeta; mas si por el contrario le cede un tanto de rienda, se entregará con ardor á la carrera, se fatigará y despues hareis de él lo que os plazca. Una mujer se desborda, se la contesta; cada palabra que sucede adquiere por una y otra parte mas amargura, y es cierto un rompimiento ó una catástrofe sino os revestis de paciencia y esperais á que acabe de estallar la tormenta; entonces una esperanza, un halago, domestican su fiereza; el nublado se disipa y vuelve á parecer en el cielo de vuestro amor el astro que se eleva triunfante.

Lo mismo, pues, sucedió á Flor-de-oro; su frente dejó el ceño, sus ojos la fiereza, y en su boca apareció una indefinible sonrisa de amor y de esperanza que la hizo esclamar:

—No me engañeis, don Antonio.

—No, estoy decidido; vete.

—¡Ah, don Antonio!

—Vete y tranquilízate.

Cerró Juana la reja, y subió á la estancia donde su padre leia á la luz de un gran velon de cobre, el libro de Job; detúvose á la puerta contemplando el sencillo ademan, la faz indiferente del menestral que tanto distaba del arrogante mirar de Montevalle; entonces se arrepintió de haber blasonado de noble cuna, y si bien debo hacerla la justicia de decir que no se vergonzó de ser hija de Mateo, tambien es cierto que suspiró por un apellido ilustre que pudiese figurar con ventaja entre los primeros; ser Juana la Zenete la humillaba, la hacía desesperar; ser villana y nieta de patricios era una mezcla heterogénea, repugnante, solo comparable á sí misma. La sangre veneciana sobrepujaba en ella á la sangre española; mas bella que su madre era tambien mas orgullosa.

Adelantóse lentamente; inclinóse con un movimiento lleno de gracia junto á su padre, y estampó en su frente un beso en que iba envuelta una sonrisa purísima, encantadora; Mateo se estremeció como al impulso de

(1) Siento que mi imaginacion no me sugiera otra comparacion mas galante.

una sensacion galvánica; y tomando entre sus dos manos la cabeza de su hija, la besó en la boca, y sintió el puro roce de los húmedos labios de Flor-de-oro quemando sobre los suyos como un hierro candente.

—Dios te bendiga, hija mia; la dijo: ¿dónde has estado tanto tiempo, hermosa?

Juana no contestó; el confiado padre añadió.

—El viento del otoño es muy frio, Juana, muy perjudicial cuando se une al vapor húmedo de los jardines; no bajes de noche al jardin, hija mia; si te pones mala ¿quién cuidará á tu pobre padre?

La jóven bajó los ojos avergonzada ante la candidez del tejedor, y fué á sentarse junto á la chimenea. Mateo tomó de nuevo el libro y siguió leyendo por el paraje en que Dios arrebata á Job sus hijos.

Y asi pasó una hora y empezó á trascurrir otra, sin que viniese á turbar el silencio mas ruido, que el de las hojas que doblaba Mateo ó el crugir de algun sarmiento que Flor-de-oro arrojaba al fuego distraida en una meditacion profunda.

Franca, enérgica, sufria engañando á su padre; muchas veces sus labios se abrieron para revelarle su posicion y otras tantas cayó aterrada ante el miedo de doblegar su pudor; terrible lucha que exaltaba su imaginacion, que se agitaba oculta en el fondo de su alma y que se decidió al fin por un partido estremo; entonces se levantó, acercó su silla á la del tejedor, sentóse y murmuró un —¡padre mio!— tan tembloroso, tan tímido que Mateo cerró el libro y volvió el rostro lleno de ansiedad á mirar á su hija: Juana bajó los ojos y siguió con el mismo encogimiento:

—Os voy á hacer una confesion, padre mio, y quiero que me jureis por el descanso del alma de mi madre, que no maldecireis á vuestra hija.

—¡Juana!

—Si, porque os he engañado.

—¡Tú! ¿engañarme tú? Acaba pronto, por Dios, ¿en qué me has engañado?

El acento del tejedor revelaba cien presentimientos funestos; casi habia entrevisto parte de la verdad á través del velo de la duda, pero no habia sospechado aun la pérdida de la pureza de su hija; ella siguió:

—Amo á un hombre.

El rostro de Mateo se cubrió de una palidez mortal.

—Y ese hombre ¿quién es ese hombre? gritó.

—Un noble, contestó Flor-de-oro aturdida.

—¿Un noble amante de una villana? ¡Un noble!

Y como si aquella palabra hubiese arrastrado consigo todas las fuerzas del tejedor, se dejó caer sobre su silla y se apretó convulsivamente las sienes cubiertas de sudor; despues continuó dominándose.

—Es necesario olvidar esa locura, Juana.

—No puedo, contestó en acento casi perdido la jóven.

—¿No puedes? esclamó el padre exasperado por la resistencia de Flor-de-oro, ¿no puedes, pues, obedecerme?

—Porque no puedo, os lo digo.

—¡Juana! gritó el tejedor levantándose y haciendo por primera vez un ademan de amenaza.

—¡Padre! gritó la jóven levantándose y encarándose al tejedor en su primer movimiento de rebeldía.

Entrambos á dos se miraron de una sola ojeada chispeante, colérica; Mateo fue el primero que cedió; paseóse á largos pasos por la estancia y dijo al fin á Juana, haciendo por dominar el timbre tembloroso de su voz:

—Hija mia, es necesario que olvides á ese hombre; los pajarillos nunca deben seguir el vuelo del águila que puede destrozarlos.

—¡Padre mio! es tarde ya; os pido perdon de rodillas, esclamó la jóven arrojándose á los piés de su padre, porque os he deshonrado.

¡Oh! tú, lector si has tenido la dicha de ser padre, estremécete: pon tres cerrojos á la alcoba de tu hija, sino quieres que se desvanezcan los castillos que has formado en el aire; adhiérete á su basquiña; créate su sombra, y no la pierdas jamás de vista; dichoso si á pesar de todo no sientes la fria impresion que cayó como una maza sobre la frente del aturdido tejedor.

Porque la sociedad se rie del padre que llora; porque al pasar delante de sus vecinos le señalarán con el dedo; porque discutirán, criticarán, escarnecerán lo que llaman vuestro abandono; como si el ser padre nos constituyese en centinelas perpétuos, sin sueño, sin necesidades, sin mas ocupacion que ir pegados á nuestras hijas, como si fuera del padre solo la culpa: ¡oh desdichado el que tiene representado su honor en una hija! y ¡oh doblemente desdichado aquel que lo prolonga hasta una esposa!

Porque en el mundo en que vivimos todo está sujeto á la suerte; cuántas ¡ay! son honradas porque no han pasado junto á la deshonra.

Mateo vió con terror cumplidos sus funestos presentimientos: volvió la vista á Dios, y Dios le dijo en el fondo de su alma que si lo pasado no podia

dejar de ser, podia evitarse el escándolo del porvenir: su hija moriría, moriría su cómplice: pero la justicia de los hombres, al castigar al parricida y al asesino, dejaria sin mancha la frente de Juana.

¡Atroz influencia de las preocupaciones! La amaba tanto que prefirió verla muerta y sin mancha, á dejarla vivir para el escarnio y el desprecio.

Como si la muerte no fuera la última de todas las desdichas.

Pero la muerte de Flor-de-oro avanzaba algunas páginas mas en el libro de su destino; el furor de Mateo se indicó de una manera terrible, mas no estalló.

Juana estaba aun de rodillas doblegada bajo el peso de su vergüenza: su padre se paseaba precipitadamente de un lado á otro de la estancia.

Pasó otra media hora.

Mateo se detuvo junto á Juana que volvió á temblar. El carácter enérgico del tejedor habia logrado encerrar en el fondo de su corazon todos sus dolores, todas sus amarguras; por lo tanto su rostro estaba severo, pero no irritado.

—Levántate Juana, la dijo con voz afectuosa, te perdono; la suerte ha querido que mi pobre nombre acabe en tí y asi será. Mañana tomarás el velo de novicia en Santa Isabel la Real.

—Es imposible, murmuró Juana.

—Será, gritó el tejedor.

—Soy madre, repuso la jóven llorando.

Otro estremecimiento agitó desde el cabello á la planta, al pobre Mateo; y acordándose de Job, se cubrió el rostro con las manos y murmuró temblando:

—¡Señor, hágase tu voluntad!

Entonces un solo golpe fuerte y atronador se dejó oir en la puerta y retumbó en la casa; se oyó abrir, y un jóven aprendiz de tejedor se presentó en la estancia.

—Maestro, dijo dirigiéndose á Mateo, un señor quiere hablar á vuesamerced.

Al oir la palabra *señor*, la sangre se agolpó al rostro de Mateo, púsose de pié, y dijo con acento ávido:

—¡Que entre!

Pero sin duda el visitante creyóse con derecho á penetrar sin permiso hasta la alcoba si era necesario del plebeyo, y cuando el muchacho se

volvia para cumplir la órden de su maestro, encontróse rostro á cara con el hombre que le apartó, no con gran cortesía de su paso, y entró en escena.

—¿Sois Mateo el Zenete? preguntó con descaro sin despojarse del sombrero.

—Yo soy, contestó Mateo mirándole frente á frente, irritado por la burlona sonrisa que vagaba en el rostro del noble, que continuó dándole un billete.

—Su señoría el conde de Montevalle, os hace el honor de dirigiros este escrito.

Mateo tomó el billete y le abrió; su vista devoró los tres renglones que contenia, y le partió colérico en dos pedazos; echó mano á su puñal y miró adelante; solo vió á su hija sentada en un rincon; entonces oyó la puerta de la calle que se cerraba, y corrió á la ventana; unos hombres se veian alejándose, y el viento de la noche trajo hasta él el ruido de sus carcajadas; entonces olvidó á Job, al mundo entero, á su hija; corrió á una larga espada que se veia en un ángulo, tomó su capa y su sombrero y salió; volvió á sonar un terrible portazo; Flor-de-oro fué á la ventana y miró á la plaza; estaba desierta; tomó el papel que su padre habia rasgado y unióle; antes de acabarle de leer cayó al suelo desmayada.

III

Entreparéntesis.

Si subiendo la pendiente calle que lleva en Granada el nombre de Cuesta de San Gregorio, se deja á la derecha la antigua iglesia adelantando hácia el Albaicin, á poca distancia, al fin de la desembocadura de un recodo en que se estrecha la tortuosa calle, se ve una pequeña é irregular plazuela, ó por mejor decir, confluencia de las que se elevan desde allí hasta la cresta de la colina en opuestas direcciones; hay al frente una alta pared de ladrillo blanqueado, y junto á su esquina un nicho de medio punto, donde figura una cruz de pino que ostenta pintado un Cristo rojo sobre fondo verde.

Siguiendo la pared que forma esquina con la del Cristo, se halla un arco alto y estrecho, en cuyo fondo hay una pequeña cisterna árabe ó si quier algibe, y si se adelanta mas, preciso es doblar un ángulo y aventurarse en otra calle, de cuyo nombre no me acuerdo, ó entrar en una casa cuya ancha puerta conduce hoy al interior de una fábrica de almidon, y entonces dejaba ver encima un rótulo: *Hostería de la Cruz Verde.* Las enormes letras eran tambien verdes, y si hemos de dar crédito á una tradicion gastronómica, no era estraño hallar sobre una mal servida mesa un par de perdices de frescas, verdes. Queda, pues, demostrado que el figon-hostería sustentaba su mote de un modo satisfactorio.

Mas como no te llevo lector á tal casa para que veas elaborar almidon, ni para que remontándote al pasado te finjas las precitadas verdes singularidades que la hacian recomendable en la época de mi cuento, se hace preciso que por poco aficionado que seas al ambiente de los figones, arrostres por todo y te introduzcas conmigo en una ancha sala llena de mesas donde se vierte vino, y de bancos ocupados por hombres y mujeres que beben, gritan, cantan y juegan; que de nada se cuidan, mereciendo por tanto que de ellos no nos cuidemos nosotros; adelante, pues; por cima de las carcajadas de la plebe que se embriaga, resuenan otras carcajadas estrepitosas y lejanas; por cima de los alegres cantos de la *canalla*, resuenan otros cantos ruidosos, mas alegres aun, y aun si se quiere mas escandalosos; adelante; empujad esa puerta que nos estorba el paso; abridla, mirad: hidalgos que tambien se embriagan; una orgía noble dominando una orgía plebeya; allá se juegan maravedises, aquí escudos de oro; en una parte puñales y capas pardas, en otra espadas y ferreruelos de terciopelo, y entre las dos razas, una puerta como única valla; nadie antes de entrar en la segunda pieza hubiera sospechado en la nobleza que la ocupaba pulmones tan robustos, bocas tan maldicientes, pensamientos tan nauseabundos; á mas de la puerta debieran haber cerrado los oidos de todos ó respetar los límites del decoro: la hostería de la Cruz Verde encerraba la noche que penetramos en ella un cuadro tan exagerado que hubiera puesto rojo el semblante del mas cínico.

Observemos, pues; sobre una mesa cubierta de un tapete tambien *verde* hay dados, junto á los dados oro; junto al oro botellas; cuatro hombres juegan de dos á dos; mientras el dado se agita, no se oye otro ruido; cuando ha caido el que gana canta y apostrofa, el que pierde blasfema; las botellas se inclinan sobre los vasos, y vencedores y vencidos beben; despues vuelve á resonar entre el silencio el dado; es una operacion monotona que se repite acreciendo en ruido en razon de la influencia del vino; los sarcasmos van adquiriendo mas insolencia, las miradas mas audacia; otro partido mas, y al ruido del dado sustituirá el del acero, la sangre al vino; la puerta se abre: otro personaje en escena, el conde de Montevalle. Detúvose un momento, cerró, adelantóse, tiró el sombrero sobre la mesa que cayó arrastrando vasos y botellas, y promoviendo un incidente nuevo que distrajo el momentáneo y escepcional enojo de los mancebos; don Antonio asió una silla, echó adelante su espada y sentándose en sentido inverso, cruzó los brazos sobre el respaldo, apoyó

en ellos la barba y permaneció pensativo ante sus amigos; su entrecejo se dilataba y se contraria al impulso de un oculto pensamiento, sus negros ojos mostraban la irresolucion y la duda; su labio inferior no se veia, replegado dentro de la desdeñosa boca, los nobles se asombraron; era la primera vez que miraban á su amigo pensativo.

—¡Cuerpo de Judas, Montevalle! ¿Cuánto te ha costado esa cara de escriba? dijo uno de ellos.

—¿Te ha dado un rival Flor-de-oro? preguntó otro.

La mirada del conde se fijó serena, intensa, amenazadora en la mirada del interrogante.

—¡Ah! repuso este dirigiéndose á los otros sin cuidarse del furor del paciente; comprendo; ¡le ha despedido! y soltó una larga carcajada de sonido particular, voy á decir un disparate: aristocrático.

Riéronse, pues, todos; Montevalle se mordió con mas fuerza el labio.

—Me caso, señores, dijo al fin, dirigiéndose en ronco acento á los burlones hidalgos, que entonces no se rieron, mas se miraron con asombro.

—¡Bah! es imposible, es necesario que estés desesperado, observó uno.

—¡Abordar el abismo matrimonial! dijo otro.

—¡Oh! eso es una oracion por pasiva, atroz, de mal efecto; ¡desgraciado! quieres constituirte en la persona que padece, añadió en acento declamatorio un tercero.

—Es peor que eso, apoyó el último, arrostra la cólera de Dios... ¡se suicida!

—En todo caso suponemos que la futura será...

—Es, dijo el conde haciendo un esfuerzo, Juana la Zenete, hija de Mateo el Zenete, nieta de Jacobo el Zenete, es decir, señores, la morisca descendiente en línea recta del alcaide de Zujar, Aben-Ozmin el Zenete.

—No será.

—Será.

—Nos deshonrais...

—¡Caballeros!

—Se vende, señores, vende su posicion á un millon de ducados; una villana tan rica como el noble mas poderoso puede cubrir de oro vuestro blason, conde de Montevalle, pero nosotros podemos tambien enlodarlo.

Una sonrisa fria, irónica, que valia cien despreciadoras amenazas, aso-

mó al labio de Montevalle; aquella sonrisa fue mal interpretada, puesto que uno de ellos esclamó:

—¡Bah! ¡se chancea! ¡era imposible! ¡casarse con una mujer deshonrada, plebeya..!

Montevalle torció en un esfuerzo convulsivo la cruz de su espada en que su mano se apoyaba; no se atrevió á romper sus preocupaciones, acalló el grito de su amor y de su conciencia, y temiendo lo que él creia ridículo, y tomando una botella que su sombrero habia respetado, bebió en ella y la ofreció á sus amigos que bebieron tambien alegremente; nadie hubiera creido que el semblante del conde tuviese tal movilidad, tal fuerza que pudiese espresar sucesivamente dos espresiones opuestas.

—Perdonadme, amigos, dijo sonriendo de un modo muy natural; quise burlaros ¡casarme yo! ¡jamás! ¡venderme! ¿quién de vosotros quiere mi castillo de Pulpí? ¿quién mis tierras de Loja? ¿quién mis cotos de Alcaudete? ¡Bah! ¡Sois unos niños! ¡Qué credulidad tan... mujeril, señores!

—Eso es, si; casarse á los ochenta años, nosotros no viviremos ochenta años, ¿no es verdad amigos?

—¡Casarse, si, casarse!.. con los dados.

—Con el vino...

—A beber.—¡Roque!—á gozar... á propósito de matrimonio—¡Roque del diablo!— se me ocurre una idea— ¡ah! orejas de deudor, añadió el noble que habia tomado la palabra al ver un mozo que se presentó á su segundo llamamiento: tunante, somos cinco, trae diez botellas del de Baza... aguarda, un pastel tan grande como un timbal de la ciudad, y otrosi; papel y tintero ante todo.—El mozo salió.—Si, señores, continuó el hidalgo: una idea que nos producirá una bella diversion. No la digo aun; quiero sorprenderos.

El mozo entró con recado de escribir, del que se apoderó el inventor de diversiones; tomó la pluma, trazó algunas líneas y se levantó en ademan orgulloso como un poeta que ha acabado una magnífica estancia.

—Leed, leed, señores, dijo al fin.

Una mano tomó el papel, y se escuchó una voz que leia:

«A Mateo el Zenete.»

«Tu hija es la querida de un noble; los amores de las villanas tienen precio. ¿Cuántos escudos quieres por el amor de Flor-de-oro? Señala su valor y ven por él á la hostería de la Cruz Verde.

—Una demanda de matrimonio, digna de un Montevalle, esclamó el autor. Vamos; firmar conde: asi como asi, no temais comprometer vuestros estados: nos constituimos en peritos... la taso en medio escudo.

Don Antonio se estremeció.

—No tal, es muy cara.

—Firmad, firmad, Montevalle.

El conde tomó la pluma y firmó; los cuatro hidalgos salieron en tropel riendo y gritando. Don Antonio quiso levantarse de la silla y no pudo: un poder superior le retenia en aquella estancia.

Aquel billete era el mismo que habia rasgado Mateo, el mismo que habia hecho desmayar á Flor-de-oro.

Antes, pues, de seguir adelante, he creido oportuno consignar estos antecedentes.

IV.

La justicia del rey.

Media hora pasó desde la salida de los hidalgos; media hora que pesó sobre el alma de Montevalle como una eternidad de sufrimientos agudos, estraños; era la primera vez que se despreciaba al despreciar á una mujer; la primera vez que sentia remordimientos; entonces se arrepintió de haber pisado un terreno del cual segun sus preocupaciones y su corazon no podia salir sin lastimar su argullo ó su conciencia; á veces irresoluto se levantaba para correr á los piés del padre ofendido, presentar su mano á Juana é ir despues á batirse con los hombres que le hacian avergonzarse de sus amores; otras llamaba en su auxilio su antiguo egoismo, sus recuerdos de libertinaje y de la multitud de víctimas engañadas como Flor-de-oro. Despues creia oir entre los cantos y las risas de los villanos que bebian fuera, cien acentos lastimeros; veia pasar por el oscuro fondo de la estancia cien rostros marchitos humillados bajo el peso de la vergüenza; lastimaban su oido quejas perdidas, fantásticas, llenas de amargura, y oprimia su pecho para sujetar los violentos y dolorosos latidos de su corazon; un sordo gemido salió á su labio y su frente se abrasaba al pensamiento de perder á Juana; estaba desesperado, loco y la idea del suicidio vino á herir su mente.

Muy triste, muy amarga es la vida que solo encuentra por remedio la muerte. No es cobarde, no, el desgraciado que corre á buscar el amparo de la tumba, que prefiere dejar de sentir á sufrir dolores que no tienen igual; no es cobarde el que huye una fuerza que no puede contrastar, y quién tal dice, muestra claro que no ha llegado á sentir su pensamiento lleno de desesperacion.

¿Y qué derecho tiene ese mundo impuro, rico de falsos oropeles y de terribles desengaños á acusar á su víctima? ¿Acaso el hombre puede dejar de ser miserable? ¿Basta su poder á contrastar su debilidad? Si el hombre nace con el alma de un Dios ¿puede ese mundo decirle: yo he llenado tus deseos, tu inmensa ambicion, tus delirios, te he halagado haciéndote grata la vida? No; en el mundo no hay mas que esclusivismo, tiene tantas formas como pensamientos existen, y su injusticia, sus odiosas clasificaciones bastan á tornarle en una inmensa tumba para el pobre loco que ha soñado mucho y ha sentido al despertar un vacío incomensurable.

El alma del hombre es divina, inmensa; se llena de orgullo al concebirlo, se nombra el rey de la naturaleza y abarca en un pensamiento lo presente y lo pasado, lucha contra el insuperable misterio del porvenir y muere al fin, cansado, calenturiento, rompiendo en la dilatacion de su espíritu la miserable valla que le comprime. El suicidio, pues, será hijo de la locura, de la desesperacion, pero nunca de la cobardía.

Sin duda crees, lector, que cuando de tal modo abogo en favor de lo que la sociedad, siempre egoista, llama un crímen, lo hago por espíritu de opinion: y te engañas si tal piensas, como suele decirse, de alto á abajo. ¡Morir! maldiga Dios tal pensamiento; ¡vivir! ¡vivir! ser eterno, esa es mi ambicion; si algo me espanta en este mundo es la muerte.

Concibo tambien, paciente lector que tienes derecho á aburrirte con tamañas é importunas digresiones; perdóname pues, y sigue leyendo mi historia.

La puerta se abrió y aparecieron de nuevo los cuatro hidalgos; el conde los miró con ansiedad; sus semblantes mostraban una maligna satisfaccion; como sabe el lector, habian consumado su proyecto; por lo tanto abundaban los epígramas, las agudezas mas escandalosas, volvieron á resonar en aquel aposento, momentos antes tan sombrío, las risas, los juramentos, el ruido de los vasos y las botellas; apareció otra vez la orgía mas estrepitosa, mas alegre porque habia una nueva aventura lle-

na de pequeños detalles que se comentaban con toda la exageracion del ridículo. Y la aventura no habia terminado.

La puerta se abrió otra vez.

Un hombre apareció en ella y se detuvo arrojando una ojeada profunda al interior; luego cerró, corrió el cerrojo y adelantó un paso.

—¿Quién de vosotros es, dijo con acento trémulo por una emocion visible, el conde de Montevalle?

Los cinco amigos se miraron con asombro; el hombre que asi les interrogaba era un villano; el villano permanecia cubierto y embozado, y les miraba con un atrevimiento insoportable; inauditos los nobles se levantaron por un movimiento espontáneo y llevaron las manos á las empuñaduras de sus espadas; Montevalle se levantó tambien y se interpuso.

—Sentaos señores, les dijo, es un asunto mio y tengo un derecho á terminarlo; yo soy el conde de Montevalle, añadió dirigiéndose al plebeyo, que al escucharlo dejó caer al suelo su capa, retrocedió un paso, y dijo desenvainando una espada conteniendo mal su cólera.

—Y yo, que soy Mateo el Zenete, vengo á matarte, conde.

Montevalle contuvo con una mirada á sus amigos, cruzó los brazos y contestó:

—Si á eso vienes, hazlo.

El rostro del noble estaba sereno aunque muy pálido; Mateo se puso rojo de furor.

—¿Por quién me tienes, conde de Montevalle? He venido á matarte en duelo, con una espada y no con un puñal. A matarte porque Dios protejerá la justicia de mi causa. ¡En guardia!

Pero don Antonio en vez de poner mano á su espada, se retiró un tanto en la misma actitud impasible.

—¡En guardia! volvió á gritar el exasperado Mateo.

—No puedo, no debo batirme con vos, contestó trabajosamente el noble.

—¡No puedes! esclamó el tejedor mordiéndose los labios; ¡no debes! puedes, sí deshonrarme, robarme mi sosiego, envilecer á mi pobre hija. ¡Un noble no debe batirse con un tejedor, pero debe, sí introducirse en su casa como un ladron, llenar su vida de amargura, entregarlo á la burla y al desprecio públiço! ¡Debe, sí, cuando el padre ofendido viene á pedirle una satisfaccion de odio á odio, de vida á vida, despreciarle otra vez y decirle: ningun desagravio te doy, porque tú y tus hijos y tu ge-

neracion no valen mi orgullo! ¡vive Dios, Montevalle, que mentís como un cobarde!

La altivez de don Antonio reprimida hasta entonces se reveló; levantóse y con una lentitud y una sangre fria que hacian honor á su fama de duelista tomó la luz, la puso en el suelo, en el centro de la estancia, se colocó en frente del tejedor, desnudó la espada y tomó distancia. Los cuatro hidalgos se dividieron lanzándose una mirada burlona, dos junto á Mateo y dos junto al conde en guisa de padrinos.

Los aceros se chocaron; Mateo furioso se cerraba al centro en una lluvia de estocadas paradas con una admirable maestría; cien veces se hubiera atravesado el mismo adelantándose en la línea del conde si este cuidadoso de su vida no hubiese retrocedido; al fin atacando Mateo y cediendo don Antonio chocó este en la pared y el tejedor redobló su ataque; el conde adelantó, entonces y una fuerte espulsion arrancó la espada de las manos del pechero. Entonces desarmado, frenético, se lanzó sobre su enemigo, desenvainó el puñal y le hirió ligeramente en el hombro antes que los hidalgos pudiesen sujetarle.

La puerta se abrió por cuarta vez haciendo saltar su cerrojo á un violento empuje; un hombre con un farol de ronda, seguido de algunos alguaciles, se adelantó mostrando una vara y esclamó con acento enfático:

—¡Ténganse á la justicia del rey!

El ruido de las espadas habia alarmado á la hostería, las voces ¡que se matan! ¡favor al rey! habian llamado una ronda y la ronda habia forzado la puerta.

Mateo se descubrió por respeto; los hidalgos por cortesía y el alcalde por consideracion á la categoría de los nobles. Suavizóse su acento y dijo con voz melíflua:

—Dispénsenme sus señorías, pero... me veò oblgiado... á saber qué sus señorías...

Uno de los amigos del conde ahorró el trabajo de formular una disculpa al hombre de la ley, señalándole á Mateo.

—Prended bajo mi responsabilidad á este hombre.

—Amarrad á ese tuno, dijo á sus alguaciles el de la linterna.

—Esto es una infamia, señores, una cobardía. Escúcheme vuesa merced, señor alcalde...

—Llevadle á un calabozo.

—Han deshonrado á mi hija, gritó desesperado Mateo.

—Prended á su hija, repitió mas adusto el alcalde.

—¡Conde de Montevalle! dijo Mateo encarándose al noble que se habia retirado á un oscuro rincon de la estancia; yo, el padre deshonrado por tí, yo, el hombre escarnecido ¡protesto de la justicia del rey ante la justicia de Dios!

Despues se dejó atar como un criminal, y salió entre los corchetes. Montevalle salió tras ellos, se acercó al alcalde, le dió un bolsillo lleno de escudos y le dijo:

—Dejad en libertad á ese hombre y os daré doble oro que el que esta bolsa encierra.

Luego se perdió en el descenso de la cuesta de San Gregorio.

Un momento despues Mateo libre ya, cayó sin fuerzas bajo el Cristo de la Cruz Verde.

V.

La catedral.

Cuando acontecian los sucesos que refiero, cuando la religion era uno de los primeros deberes de los españoles, no como ahora, se cerraban las puertas de los santuarios al toque de oraciones para ser inaccesibles al pecador que lleno de fé corria á ampararse del ara sagrada á expiar en medio del solemne silencio de un templo, faltas á veces triviales, exageradas por una conciencia asustadiza; existia una costumbre que debia exasperar á los acólitos de entonces, puesto que segun ella estaban obligados á abrir un postigo sobre el cual se leia en grandes letras junto á la cadena de una campanilla: por aquí deben llamar los que tienen que cumplir votos á deshora. Costumbre, que como conoce el lector, ponia desagradablemente á los dichos acólitos en cierto paralelo con el soldado que lanza un ¿quien vá? soñoliento al que se acerca á su puesto en las horas de su nocturna centinela.

Cabalmente un ¿quién llama? pronunciado en acento acatarrado, resonó tras el postigo de la catedral de Granada, media hora despues de finar las escenas que he bosquejado en la hostería; acento clerical y gruñon arrancado por una violenta sacudida de la campanilla.

Nada tenia de estraña tal muestra de incomodidad, puesto que hacia largo rato que la campana mayor habia tocado á la oracion de las ánimas.

El postigo se abrió; un hombre con sotana raida, descarnado, de alta estatura, con un rostro elíptico y afilado por una desmesurada nariz acaballada y enjuta, en cuyo nacimiento empezaba un gorro negro, pariente segun la semejanza de color de la sotana, apareció tras él con una lamparilla en la mano, mientras por la parte de afuera se veia otro hombre pequeño, perdido bajo un largo sombrero de canal y envuelto en un manteo.

—Dios le guarde, hermano, dijo con un acento estranjero un tanto como suele decirse chapurrado, vengo á cumplir un voto.

—Dios le asista y le perdone, hermano, contestó el de la sotana franqueándole la puerta que tornó á cerrar: el de afuera se alejó por un oscuro callejon; el de casa se metió en un pequeño aposento; dejó la luz sobre un banco, se echó en una tarima cubierta por un jergon y se envolvió en una manta.

Mas ¡oh una y cien veces menguado sino! un segundo campanillazo alejó de nuevo el sueño de los ojos monagales y un segundo ¿quién llama? incomparablemente mas irritado que el primero resonó junto al postigo que se abrió.

Otro personaje de membrudo cuerpo, anchas espaldas, elevada estatura y semblante casi salvaje aguardaba en la calle; sus negros, ásperos y ensortijados cabellos estaban sujetos por un gorro de grasienta baqueta; un coleto del mismo género sujeto por un cinturon de ancha hevilla ceñia un reluciente puñal, y la parte superior de unos anchos calzones pardos atados á la rodilla sobre unas medias color de sangre; el portero sintió un escalofrío ante aquella semblanza de bandido y retrocedió como empujado por una fuerza de repulsion.

—¿Qué busca? dijo al hombre á quien no creyó propio llamar hermano.

—Vengo á cumplir un voto, respondió el otro en acento áspero.

—Dios le asista, dijo franqueándole tambien la puerta al pronunciar esta fórmula de costumbre.

El hombre del coleto se adelántó á largos pasos por el callejon, y tras él se deslizó el receloso monago; cerró un segundo postigo: corrió sus tres enormes cerrojos y solo entonces defendido por aquella entrepuerta se creyó en salvo; entró en su retrete y se volvió á acostar.

Pero estaba escrito que no debia gozar aun el sueño; un tercer campanillazo le hizo ponerse de pié y maldecir por primera vez la profesion

de toda su vida; volvió á rechinar el postigo y la luz reflejó en un objeto negro que le hizo saltar atrás y presentar en guardia su largo brazo haciendo la señal de la cruz; el desgraciado se creyó en poder del demonio.

Una voz suave, angustiada, llena de dolor se dejó oir temblorosa.

—Dejadme entrar á llorar, padre mio, dijo.

La medrosa imaginacion del de la sotana se tranquilizó; era una mujer cubierta con un largo manto que entró acompañada de él, que no se atrevió á perderla de vista temeroso de un sacrilegio.

Llegaron al segundo postigo que se abrió y desaparecieron tras él.

Ahora bien: quedarnos entre puertas seria poco divertido; salvemos tambien ese postigo.

Hay un patio irregular; adelante; hemos levantado una pesada mampara y atravesemos una ante-sacristía; levantemos otra y nos hallaremos en la nave derecha de la catedral.

Al entrar en ella la mujer se detuvo; sin duda sintió miedo al medir lo inmenso de aquella bóveda gigantesca perdida en la oscuridad, mal alumbrada por la escasa luz de las lámparas que proyectaban en las medrosas sombras de las estátuas, reflejos cortados por la masa de sus ocho columnas colosales y que no alcanzaban á iluminar los siete magníficos cuadros de Alonso Cano, colocados alrededor de la primera balaustrada de la capilla mayor, la aterró acaso aquel profundo silencio, aquella muda grandeza que sentia sin concebir porqué; la asustó quizá el ruido de sus pasos que resonaron sonoros en los ecos de los cornisamentos; la catedral de Granada es una creacion magnífica, imponente; es un testimonio del buen gusto y del saber de nuestros pasados artistas que dejaron en ella una muestra de lo que fueron la arquitectura, la pintura y la escultura en los tiempos que algunos llaman de abyecion é ignorancia para el pueblo.

La mujer se adelantó hácia el crucero y se arrodilló: el cuidadoso guardian recorrió las puertas, y halló en cada una un enorme alano atado á una larga cadena en posicion de defender la entrada ó la salida.

En un confesonario, junto al crucero, estaba el primer hombre que entró en el santuario, y un poco mas allá, tras la mujer el del coleto.

Pasaron algunos minutos y solo se escucharon los sollozos de la tapada; despues se unió á ella una salmodia incomprensible cantada monotonamente. La mujer se levantó al conocer que no estaba sola, y examinó

el lugar de la escena; cuando vió un hombre en el confesonario corrió á él y le preguntó con timidez.

—¿Sois sacerdote?

El interrogado hizo un ademan afirmativo; la mujer se arrodilló á sus piés.

—Escuchadme en confesion, padre mio, le dijo.

El hombre no contestó pero se dispuso á oir.

—Perdonadme en nombre de Dios; continuó la mujer llorando, porque he asesinado á mi padre.

El del confesonario escuchó aquella relacion con un movimiento marcado de impaciencia.

—Que Dios te perdone, dijo, si has manchado tus manos con la sangre del parricido.

—¡Oh! no, no, esclamó la mujer estremeciéndose; mis manos no se han manchado de sangre; pero...

El que escuchaba hizo otro movimiento de impaciencia; la encubierta continuó:

—Pero le he engañado, le he cubierto de vergüenza, le he hecho pensar en la venganza, y ha muerto á quién me sedujo: ¡oh el asesinato conduce el patíbulo! ¡perdon! ¡perdon!

El del manteo se levantó, y dijo alejándose de la mujer.

—No puedo; solo el vicario de Dios puede atar ó desatar, absolver ó condenar: ¡á Roma!

La incógnita se prosternó, oró un momento y salió de la catedral.

Entonces el hombre del coleto se levantó, acercóse al del manteo y le dirigió la palabra:

—Confúndame el Profeta, le dijo, si no eres el bribon mas atrevido que ha nacido de hembra, Sidí-Alamar.

—Veo que eras exacto, Farax, contestó Sidí, sin ofenderse por el apóztrofe, y que mucho pueden prometerse nuestros hermanos de un hombre como tú: ¿has venido solo?

—No; me esperan los demás en los portales de la plaza Nueva; Sidí-Alamar, si la Inquisicion nos coge, nos pondrá un sambenito.

—Nosotros la empalaremos antes; Cádiar, Caniles, los Bérchules, Orgiva y Lanjaron, nos prestarán sus castillos cuando aparezca la primera pavesa del incendio; levantaremos contra el rey todas las villas de la Alpujarra; nuestro grito de guerra resbalará sobre las ondas del Me-

diterráneo, é irá á resonar en los oidos de nuestros hermanos de Africa.

Farax movió la cabeza en ademan incrédulo.

—¿Y qué nos falta para levantar el grito?

—Armas y dinero. Felipe es poderoso, su ejército aguerrido, sus arcas llenas; la Inquisicion le favorece y la nobleza le apoya, Sidí-Alamar, la nobleza descendiente de esos miserables aventureros que titularon en la conquista sobre la sangre de nuestros padres cobardemente asesinados en una guerra en que eran lícitas todas las infamias. ¿Y cuáles son nuestros recursos? Una inestinguible sed de venganza, y nuestro humillado espíritu de independencia. ¡Oh! estamos á la merced de un rey sin corazon que tiene para domarnos horcas, hogueras y arcabuces.

—¿Y si yo trajese á nuestro bando parte de esa nobleza?

—Imposible.

—Si les hiciese partícipes de nuestro sufrimiento...

Farax miró con interés á Sidí-Alamar.

—Y lo haré. Suplantaré á la Inquisicion; con sus formas sacaré de entre las familias mas poderosas las hijas, las madres, las hermanas. ¡Oh! y tendremos una doble venganza, Farax; los aventureros que degollaron á nuestras madres nos darán la sangre de sus hijas; presentaremos á su ódio un objeto falso que echarán por tierra elevándonos al par sobre ellos; entonces este magnífico templo cuyo silencio nos protege, será una inmensa mezquita; y sobre el torreon de la Vela tremolará triunfante el real pendon de Granada.

Farax se dejó alucinar por tan seductora perspectiva.

—¿Y cuándo empezamos la obra?

—Esta noche, al momento. El marqués de Encinares acaba de llegar de Venecia; su esposa es jóven y hermosa; la prenderemos como familiares del Santo Oficio, y haremos que el marqués crea es víctima del amor de un inquisidor. En la torre tengo preparados los trajes. Vete, y espérame junto á los Siete suelos; yo saldré despues para no inspirar sospechas.

Farax se alejó; el hombre que habia conversado con él bajo el nombre de un morisco, levantó los ojos con insolencia á la cúpula de la capilla mayor y apostrofó á la catedral:

—Que me escuchen aquí bajo tus oscuras bóvedas los esbirros del rey, que quieren sorprender las conspiraciones en las esquinas de las ca-

lles. ¡Oh! He venido desde muy lejos á cumplir un voto, y lo cumpliré: un pueblo entero impulsará mi venganza, y el pueblo caerá, y yo sobrenadaré en su sangre asiendo mi víctima. ¡Oh Eleonora! te burlaste de mí porque me creias débil; no sabias que para ser fuerte podia engañar la debilidad de los otros.

Sus últimas palabras se perdieron al lejos; el ruido de sus pasos se estinguió al fin, y nada turbó ya el silencio del solitario templo.

He referido estos acontecimientos, porque aunque al parecer aislados se enlazan á otros de gran importancia en el porvenir de esta historia.

VI.

La agonia de un padre.

Cuando Mateo entró en su casa buscó en vano á su hija: queria llorar con ella, y el desgraciado se encontró solo. Quiso hacer á Dios una plegaria y halló su corazon vacío de fé; la desgracia es muy injusta; se encontró abandonado y se resignó á morir.

Los telares no volvieron á resonar en su casa abandonada y desierta: un pobre loco deliraba en un lecho entregado á cuidados mercenarios y el nombre de Juana era el eco eterno de los aposentos vacíos.

Y pasó un dia tras otro; vinieron meses tras meses, y un año finó desde aquella terrible noche.

Una lámpara colocada junto á una mesa refleja en un cortinaje de damasco rojo; tras aquel cortinaje hay un lecho, sobre aquel lecho un hombre espirante y junto á él una anciana que reza; nada interrumpe el silencio mas que la trabajosa respiracion del enfermo y el desagradable chascarrar de la luz; el reloj de San Cristóbal tocó lentamente las nueve de la noche, y resonaron en acompasada vibracion las ánimas.

El enfermo se incorporó trabajosamente; fijó sus desencajados ojos cual en un objeto fantástico y esclamó en un acento ronco y desesperado.

—¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija?

Nadie respondió.

—¡Un año! siguió Mateo; un año que no la veo... y voy á morir sin verla, sin bendecirla: ¡pobre alma mia! y luego añadió en voz muy baja: tambien es madre... ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué ha sido de ellos?

Un golpe resonó en la puerta por la primera vez despues de un año; los solitarios habitantes de la casa abandonada, esperaron dudando el segundo, que retumbó con mas fuerza; la mujer se levantó y bajó á abrir.

El anciano, porque los sufrimientos de aquel año terrible habian encanecido y gastado al infeliz padre que á los treinta y cinco años, presentaba un aspecto decrépito, aguardó estremeciéndose el sonido de sus pasos que se habian alejado; la mano que llamó á su puerta, no podia ser otra que la de su hija, porque nadie sino ella vendria á calmar la agonía de su padre.

Resonaron dobles pisadas, y entró la mujer que le asistia. Mateo fijó en ella sus hundidos ojos.

—¿Es ella? preguntó con una profunda ansiedad.

La interrogada formuló una respuesta evasiva.

—Si, si, no me engañeis, dijo el pobre padre queriendo arrancarse del lecho: es ella; he reconocido sus pisadas; que venga, que venga; ¡hace mucho tiempo que la he perdonado!

Sucedió un profundo silencio.

—¡Juana, hija mia! gritó Mateo con desesperacion; ven, ven á cerrar los ojos á tu padre moribundo.

Resonaron fuera unas rápidas pisadas, las cortinas se entreabrieron y entró una mujer que se arrojó sollozando en los abiertos brazos del tejedor.

Durante algunos instantes, no se vió mas que un grupo informe, no se oyó mas que gemidos ahogados; la mujer testigo de esta escena, no pudo contener su emocion y lloraba tambien.

Al fin las dos cabezas se separaron.

—¡Hija mia!

—¡Padre mio! esclamaron á un tiempo entrambos personajes.

Y volvieron otra vez los besos y los sollozos.

El gozo habia colorado con un matiz febril el rostro del enfermo que Juana comtemplaba con una emocion dolorosa; Mateo devoraba el sem-

blante ruborizado de su hija á quien oprimia por la cintura entre sus brazos cual si temiese perderla de nuevo.

—¿Dónde has estado tanto tiempo, Juana? la preguntó.

—En Roma, padre mio, contestó la jóven.

—¿En Roma?

—Sí; me dijeron que le habiais muerto, que estabais preso; entonces tuve miedo y huí; errando á la ventura llegué al postigo de la catedral y quise ampararme en el templo; llamé y me abrieron; ¡oh! yo habia pecado y confesé mi pecado, padre mio; era horrible y no quisieron absolverme me enviaron á Roma.

—¡Pecado, pecado tú, pobre Flor, tan hechicera, tan pura! ¡los hombres no quisieron perdonarte y tu padre te ha perdonado!

—¡Padre mio!

—Escucha, no hablemos mas de eso; yo pronto recobraré la salud porque tú has venido y tú eres mi vida, Juana, pobre hija mia, podremos ser muy felices, ¿no es verdad?

Al escuchar la palabra *felices* resbaló una lágrima por la mejilla de Flor-de-oro.

Mateo tambien sintió en sus ojos otra lágrima ardiente al impulso de un recuerdo.

—¿Y tu hijo, Juana, y tu hijo?

La jóven se levantó, desapareció tras el cortinaje y volvió con el inocente que antes de nacer ocupaba el pensamiento de su abuelo.

—¡Una luz, Margarita, una luz! dijo el tejedor con impaciencia; ¡quiero verle! la mujer entró con una bujía.—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó cubriéndose el rostro con las manos al ver al reflejo de la luz á Flor-de-oro que en pie junto á él tenia entre sus brazos á su hijo.

En el primer momento de la entrevista del padre y de la hija no habian atendido mas que á la espansion de sus almas; por otra parte la interposicion de las cortinas proyectaba en el dormitorio una sombra opaca que no permitia distinguir los objetos.

Mas á la aparicion de la luz pudo verse el atavío y el semblante de Flor-de-oro. Nada habia perdido en belleza; por el contrario la desgracia la habia prestado un tinte melancólico que daba á sus ojos una espresion irresistible cuando los fijaba reconcentrando en una mirada todo su amor á su hijo; pero él y ella estaban cubiertos de andrajos, hambrientos, temblando de frio; los delicados pies de la niña estaban descalzos y

asi habia andado centenares de leguas mendigando y sujeta á la humillacion y al desprecio; si la desgraciada habia cometido una falta, la espiacion fue terrible.

Margarita se estremeció tambien, la arrancó de junto al lecho de su padre, la llevó á su antiguo aposento, cuya vista le hizo llorar acibarándola recuerdos nunca olvidados; la llevó alimentos, ropas; la desgraciada pensó primero en su hijo, luego en ella.

Una hora despues volvió junto á su padre; si el infeliz hubiera podido verla de nuevo, con el sencillo traje con que otras veces la sentó sobre sus rodillas, hubiera tal vez burlado á la muerte; pero al ver la miseria conque sus ojos encontraron á Juana, los cerró abatido para no abrirlos mas.

Flor-de-oro, llena de agonía, presenció el delirio de la de su padre; engañada por una esperanza pasó toda la noche; al amanecer lloraba en silencio sobre la frente del pequeñuelo que dormia tranquilo: solo quedaba en la tierra el cadáver de Mateo el Zenete.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

CUARTA PARTE.

1552.

I.

Isaac Benjamin.

¡Venecia! ¡Otra vez Venecia! estamos sobre el puente Rialto á las once de la noche, si es que no miente un reloj que resuena al lejos; las nubes dejan caer una lluvia pesada y fría que resuena sobre las aguas verdosas del canal; no hay mas luz que la de algunos faroles, ni mas ruido que el de los remos de alguna lancha, que callada y oscura se desliza bajo la arcada del puente; corre un viento desagradable y se hace preciso, lector, que busquemos un techo que nos preserve de noche tan incómoda.

Veamos: en ninguna casa hay luz; todo indica que sus moradores están entregados al sueño; un hombre se acerca; se detiene en el estremo del puente y abre una puerta; bien, entremos.

Estamos á oscuras, pero el hombre ilumina la estancia con una linterna de resorte, semejante á la que llevaba el comandante Pazzi, diez y siete años antes, la noche de San Marcos; quizá sea la misma. Examinemos el lugar de la escena; una vasta tienda rodeada de armarios cubier-

tos por una red de alambre tras la cual se ven sedas y perfumes; en el suelo una alfombra, en el techo un lienzo pintado; al frente dividiendo en dos mitades los armarios, una puerta estrecha cubierta por un tapiz de lana que el hombre levanta y tras el cual se pierde.

Aquella entrada conduce á un pequeño retrete elíptico; en un estremo hay una puerta chapeada de hierro; en su centro junto á la pared una tarima cubierta con una estera de junco sobre la que está recostado otro hombre cubierto con un resto de alfombra vieja; los únicos muebles que se ofrecen á la vista son dos humildes taburetes de pino.

El traje de aquellos dos hombres es estraño; un negro ropon talar y una caperuza de bayeta amarilla; es el traje judío.

El que entró, á juzgar por el esterior ha llegado á los veinte años; es bastante moreno, pelo negro, ojos rasgados, facciones armónicas que se hacen interesantes; el otro es anciano, un retrato del primero, con poblada barba blanca y largos cabellos grises; es su padre; hay en su semblante tal espresion de honradez y de bondad que lastima por cierto verla unida á un sello de temor y servidumbre, que aunque muestra de la opresion á que estaban sujetos los infelices judíos, no se ostenta en el semblante varonil y resuelto de su hijo.

—¿Eres tú Isaac? preguntó al levantar el jóven el tapiz.

—¡Si, padre mio! contestó el interrogado con voz indisplicente sentándose en uno de los taburetes.

—Te esperaba con impaciencia, Benjamin.

El jóven metió la mano en su manga y dejó caer sobre el taburete vacío cuatro relucientes monedas; el anciano las puso lentamente en la punta de un dedo como para cerciorarse de su peso é hizo despues un gesto de aprobacion.

—Buen oro, Benjamin; pero no era por esto mi vigilia; toma, añadió dándole una llave; guárdalas y vuelve junto á mí.

Benjamin se levantó y abrió la puerta de hierro; dentro de un nicho habia un arcon de roble en el que se guardaban en pequeñas subdivisiones monedas de todos valores y de todos los paises desde la onza de oro española hasta el mugriento maravedí de suela: las cuatro coronas resonaron en la subdivision Lombardo Veneto.

El jóven cerró; y fué á colocarse junto á su padre que empezó lentamente el siguiente razonamiento.

—Has cumplido veinte años, Benjamin, y eres el mejor cincelador de

oro de Venecia; mi pariente Aman te paga una corona por cada dia de trabajo y puedes pensar en una esposa.

Benjamin fijó una mirada intensa en la indiferente mirada de su padre buscando en ella su pensamíento; el viejo continuó:

—Aman tiene dos hijas: Sara y Judit; las dos son hermosas, castas; jóvenes; cualquiera de las dos conque te unieses te daria una descendencia tan numerosa como la de Jacob. Las dos tienen impreso sobre su pura frente el signo venturoso de una vida bendecida por el Señor. ¿Me escuchas, Benjamin?

—Cualquiera de las dos unida conmigo seria desgraciada, porque no tengo amor para ellas.

El anciano se levantó lentamente.

—Escucha, Benjamin, le dijo: una noche, hace diez y seis años, llamaron á mi puerta y me llevaron al palacio de un senador; en el fondo del salon habia un lecho, y en aquel lecho una jóven próxima á dar á luz una criatura; la asistí y nació una niña. Aquella níña se llamó Angiolina.

Benjamin palideció.

—Sucedió una peligrosa enfermedad á la madre despues del alumbramiento, y Rut, que acababa de despecharte, se hizo cargo de criar á la niña que vino á mi casa. Cinco años despues murió su madre, y el senador Pazzi me encomendó su custodia; tú me has visto cumplir religiosamente los deberes que contraje; tú has oido en mi labio los preceptos de su religion de que la instruí, ¡haciendo el sacrificio de doblar un tanto mis creencias! tú me has visto guardarla de las miradas agenas con mas cuidado que el oro que se encierra tras esa puerta. No sabia entonces, desdichado, que entre el número de los extraños debia contar á mi hijo.

Benjamin fijó su mirada en el suelo.

—Hace un año, antes de partir á Damieta á recoger la herencia de tu madre, te dije: Benjamin: Angiolina cuenta ya quince años, es hermosa como los ángeles que guardan el arca de la Santa Alianza; su padre es monseñor Pietro Pazzi, senador de la república y ciñe sus cabellos con el birrete del consejo de los Diez; tu padre lleva como tú el gorro amarillo que distingue á la raza judía errante, proscripta y maldecida por el hombre crucificado desde Ashavero; si alguna vez el ángel rebelde te inspira su amor, húyelo, Benjamin, como una terrible desgracia; y partí

confiado en la honradez y el amor de mi hijo; al volver ayer supe estremeciéndome que me ha deshonrado, que me ha perdido.

—¡ Padre !

—Todo lo sé, todo me lo ha dicho Rut, cuando saliste hoy para ir á la joyeria de Aman ; es necesario olvidar esos amores que pueden llegar á un estremo deshonroso; es necesario que te unas á Sara ó á Judit.

Benjamin inclinó la cabeza meditabundo y guardó silencio un momento.

—A ninguna de las tres, padre, dijo al fin levantándose : ahora salgo de vuestra casa y mañana de Venecia ; una larga ausencia curará tal vez mis pobres amores.

Habia tal resignacion, tal humildad en el acento de Benjamin que su padre se conmovió al concebir su inmenso sacrificio.

Púsose de pié, fué á la puerta de hierro, abrióla y tomó del cofre una cartera y una bolsa de seda verde.

—Toma, le dijo, vete á Gibraltar ; este dinero para el camino ; estos billetes de cambio para que establezcas un obrador de joyería bajo la direccion de nuestro asociado Samuel Esau. Dios te bendiga, hijo mio, dijo poniendo sus trémulas manos sobre los negros cabellos de Isaac Benjamin.

Un momento despues la puerta esterior se abrió y el anciano contempló con el corazon oprimido al jóven que cruzaba lentamente el puente.

II.

Angiolina.

Detúvose Benjamin al estremo del puente, y esperó á que su padre cerrase la puerta; bajó la escalinata que conducia al borde del canal, situándose á la espalda de la casa.

Era esta una especie de jaula de madera, cuyos claros á escepcion de dos estrechas ventanas, estaban robustecidos con cal y ladrillo; una puntiaguda montera de pizarra la cubria, y largos y fuertes puntales apoyados en el muro del puente á poca elevacion sostenian su voladura sobre el canal. Una de las ventanas dejaba ver luz por las rendijas, perpendicular al sitio donde observaba Benjamin, y la otra mas separada, completamente oscura, avanzaba sobre la superficie del agua: en toda la estension del puente se veian otras muchas casas irregulares y de distintas construcciones que formaban un conjunto caprichoso y pintoresco, semejantes sobre la magnífica estructura del puente, á los nidos de las golondrinas en los capiteles de las columnas de un pórtico; muestra inequívoca de la afluencia de habitantes en aquella ciudad, acaso la mas populosa entonces de Europa.

Una escalera de madera apoyada en las losas de la acera, y adherida al muro conducia á una trampa cuidadosamente cerrada, exactamente debajo del aposento en que se veia la luz; junto al pié de aquella esca-

lera habia una estrecha abertura defendida por una fuerte puerta de roble que correspondia al aposento donde hemos hallado al padre de Benjamin.

La luna hasta entonces oculta entre densas nubes alumbró con una débil claridad; el jóven lanzó una mirada á las casas vecinas, y vió todas las ventanas cerradas; tendió la vista al canal y le encontró inmóvil y brillante por el pasajero reflejo que volvió á perderse en una masa del revuelto celaje; nada se oia; las góndolas de la república no dejaban escuchar el chasquido de sus remos, recorriendo su nocturna ronda.

Entonces se acercó á la escalera y salvó sus escalones en un paso tan furtivo, que apenas se oyó un débil rechinamiento; dió suavemente un golpe en la trampa, y unió á ella su oido; resonaron dentro leves pisadas y el imperceptible crugido de una tela de seda como si alguien se inclinase para escuchar mejor por la parte de adentro.

Benjamin arañó tres veces con la punta de su puñal en la compuerta, y un momento despues se escuchó el ruido de una llave que abria; franqueóse la misteriosa entrada, y Benjamin subió tornándola á cerrar.

Aunque pequeña la estancia en que penetró, estaba alhajada con un gusto esquisito en marcada desproporcion con su aspecto esterior, las paredes estaban revestidas de cortinas azules y blancas de un hermoso raso festonado y con grandes florones bordados de plata y oro; junto á la ventana cerrada con bellos cristales de colores, habiá una mesa de mármol cubierta de flores, perfumes y pomadas; un gran reloj de bronce marcaba sobre ella las doce de la noche, colocado bajo un magnífico espejo de acero mas brillante que la mejor luna fabricada en Venecia, y festonado de trofeos heráldicos enlazados en la parte superior por el blason conocido de los Pazzi; en la pared situada á la derecha habia dos puertas; una que conducia á un oratorio, y otra entre cuyas cortinas se veia un lecho; en la pared frontera á esta figuraban otras dos; una de entrada que comunicaba con la tienda, otra que correspondia al aposento de la segunda ventana que hemos observado desde afuera colocada sobre las aguas del canal; una alfombra de estambre y seda cubria el pavimento arrollada en la parte en que habia dejado en descubierto la trampa; y últimamente, un techo de nogal formado por maderos cruzados en el centro, mostraba en el fondo de sus cuadros, caprichosas guirnaldas hábilmente cinceladas.

Descrito el aposento, réstame ocuparme del personaje que en él se

halla; es una jóven blanca y pálida, de estraordinaria belleza; tiene su semblante tal languidez, tal hechizo, que parece formado para inspirar dulcísimas sensaciones; su cutis fresco, terso, su cuerpo de perfecto desarrollo establecen entre sí una armonía voluptuosa; su cabello es exactamente rubio y brillante; sus ojos negros; la Psichis griega animada seria menos hermosa; para dar realce á aquel privilegiado conjunto, todo en ella hace concebir una vida de opulencia en lo delicado de sus maneras, en lo arrogante de sus miradas, en aquella espresion indefinible que revela las altas posiciones sociales aun cuando estén ocultas bajo miserables apariencias.

La edad de la jóven podrá ser la de diez y siete años; el traje que la envuelve es una especie de bata forrada de pieles sobrepuesta á un precioso traje de seda color verde mar, pudorosamente cerrado en el nacimiento del cuello bajo una gola rizada de esquisito encaje de Flandes; es Angiolina, la hija de Píetro Pazzi, comandante de galera en 1535, senador en 1540, miembro algunos años adelante del terrible consejo de los Diez.

Siempre igual, siempre franco, si bien muy á propósito para inspirar á un hijo la aficion á la vida aventurera y arriesgada del marino, retrocedió ante la responsabilidad de la educacion de una niña; Inés le habia abandonado sobre la tierra para volar al cielo, y quedó solo, aislado con un dolor profundo que arrancó las primeras lágrimas á su corazon; entonces llamó á la buena nodriza Rut, al honrado hebreo Roboam, y les confió en depósito su única esperanza, su único tesoro; la casa del perfumista siempre cerrada, siempre misteriosa, fue el arca donde le depositó receloso de la corrupcion que envolvia como un contagio á Venecia.

Benjamin y Angiolina durmieron juntos sus sueños de ángeles en un mismo lecho; los que niños se llamaban hermanos, adultos debian ser amantes; cariño apoyado en la costumbre, invariable, que debia marchar á la altura del desarrollo del corazon hasta revelarse irresistible.

La presencia del anciano Roboam, su prevision, acortó las largas veladas de invierno en que los jóvenes sentados en un mismo escabel paseaban la distraida vista por un libro de fantásticas leyendas; Roboam quiso arrojar de sus hombros tan pesada carga, y en vano espuso al confiado Pazzi que debia hacer brillar á su lado á la altura de su posicion aquella flor criada en el misterio de un oculto asilo; nuestro buen coman-

dante se hallaba perfectamente con su vida descuidada y respondió al judío, dándole un bolson de coronas para atender á los gastos de Angiolina en el año venidero; le fue preciso resignarse. No olvidó, sin embargo, la inclinacion que habia presentido en los jóvenes, y sacrificando su amor de padre separó á Benjamin de su ladô y le envió á un barrio distante, al taller de un compatriota so pretesto de que aprendiese el arte de la cinceladura. Los jóvenes no se vieron durante un año.

Pero el amor contrariado se robustece, y cuando la herencia de Rut llevó á Roboam á Damieta, Benjamin corrió á abrazar á su madre y recabó de su debilidad, contra los preceptos de su esposo, pasar una pequeña parte de la noche al lado de Angiolina; la anciana se dormia, los jóvenes no satisfechos con aquella entrevista ansiaron mas libertad; no se atrevieron á demandarla y apelaron al engaño; Benjamin tomó en cera el molde de la cerradura de la compuerta que he descrito y la noche siguiente pudo entrar, merced á una llave fabricada por él mismo en aquel aposento en igual forma y en la alta hora en que hace poco tiempo le hemos visto llegar hasta él.

Pasaron noches tras noches solos, abandonados á sus ilusiones. ¿Y cómo decirlo, querido lector? aconteció al fin un lance de que están llenas todas las novelas románticas, y no pocas de las clásicas, lo que sucede por desgracia, y es peor, real y efectivamente en el mundo de hoy: Angiolina fue madre sin ser esposa.

Y llegó el momento de aterrarse ellos, y de que se aterrara la pobre Rut, alma de paloma, que no supo hacer otra cosa que llorar tamaña desgracia; hoy el fruto de aquella imprudencia hubiera sido sacrificado al egoismo ó al orgullo en la reja de una alcantarilla, en una plaza pública, ó cuando menos en el torno de la inclusa; pero mi héroe judío estaba lleno de virtudes y valentía, Angiolina tenia en su corazon un tesoro de amor de madre, y Rut se hubiera dejado sacar los ojos antes de permitir que su nieta se viese abandonada á la muerte ó á manos mercenarias. No pudiendo evitar lo sucedido, aquellos tres seres formaron uno solo unido por los lazos del amor y del terror.

Una hermosa niña fue, pues, bautizada sin otro nombre que el de Teresa, en una oscura capilla de la basílica de San Marcos.

La presencia de la hija en la casa, esponia á nuestros personajes á una sorpresa; fácil hubiera sido y aun prudente entregarla al cuidado de una nodriza; pero Angiolina se opuso bajo juramento, de que si se

la arrebataban se arrojaria al canal: fue preciso ceder; la imaginacion fecunda de Benjamin, halló un medio y lo puso en práctica.

El techo de la habitacion, como puede recordarse, estaba armado de vigas cruzadas; los ángulos formados por cuatro vigas dejaban un grande cuadro cubierto por una tabla adornada de una guirnalda de entalladura; aquel techo estaba defendido de la intemperie, por una empinada montera de pizarra; claro es, que entre su cúspide y la ensambladura existia un desvan.

Todas estas observaciones se agolparon al pensamiento de Benjamin, allí podia esconder su hija; añadió á la altura de la mesa de marmol, la altura de un sillon é hizo saltar los clavos que sujetaban la tabla; quedó pues, una abertura de tres palmos cuadrados, cuyo acceso facilitó una escala que replegaba en el interior, al ocupar la guirnalda su primitiva posicion.

He apuntado estos detalles, porque no se estrañe el que Benjamin se adelante, despoje la mesa de los objetos que la cubrian, abra aquella segunda compuerta y despliegue la escala.

Todo lo hizo en silencio, lanzando una mirada de ternura y desesperacion á Angiolina al pasar junto á ella; trepó al interior del desvan y sus pasos resonaron en la tablazon y se detuvieron: Angiolina se levantó cuando volvieron á resonar y estendió los brazos hácia la oscura trampa, como para recibir un objeto; poco despues, apareció una cesta de juncos, cóncava de forma elíptica, y descendió pendiente de una correa que la ceñia; cuando tocó la mesa la luz de la bujía que alumbraba la estancia, dejó ver en ella una cuna, donde dormia profundamente casi perdida entre sus blancas ropas una hermosa niña, que al parecer, apenas contaba dos meses de existencia.

El encantador semblante de Angiolina se conmovió; juntó sus frescos labios á la pura y entreabierta boca de su hija; quitó de sobre la mesa la cuna, sentóse y temerosa de despertarla, la puso con el mas esquisito cuidado sobre sus rodillas: Benjamin bajó, recogió la escalera, cerró, y vino á sentarse junto á ella.

Largo intérvalo pasó antes que ninguno rompiese el silencio, ella estasiada contemplando á la pequeñuela dormida, él meditabundo y ceñudo.

—Ten valor, Angiolina, dijo al fin con voz trémula, porque te traigo malas nuevas.

La jóven palideció.

—Tenlo tambien, Isaac mio, hermano mio, repuso enlazando sus brazos al cuello de su amante, quieren separarnos.

—¿Lo sabias ya, pobre niña? Si, nos separan por la misma razon, porque no debimos unirnos. Tú cristiana, noble, rica; yo judío, maldecido, proscripto. Hacen bien, si, en despertarnos, porque soñábamos delirios.

Los ojos de Angiolina se llenaron de lágrimas; Benjamin hasta entonces distraido, observó el esmerado atavío de la jóven.

—Angiolina, la dijo, cuando te veo de otro modo que con tu sencillo traje blanco, padezco horriblemente. Mientras los ojos de otros miran tus ojos, cuando en la soberbia góndola de recreo de tu padre, flotas sobre el Adriático rodeada de nobles señores que giran en torno tuyo como las abejas alrededor de las rosas, ¡oh! entonces hay sobre las mismas aguas otra miserable góndola conducida por un pescador, y oculto en su oscura popa un pobre judío que sufre: Angiolina, tú has salido hoy de casa, ¿dónde has estado?

—En la de mi padre, Isaac mio, respondió la jóven; me ha presentado á sus amigos, á sus parientes; me ha dicho, Angiolina tienes diez y siete años; tu padre está cansado de vivir solo y quiere rodearse de una familia; hija mia prepárate á ser esposa.

Una conmocion estraña agitó á Isaac; la jóven siguió:

—Tu buena nodriza Rut, vendrá contigo á habitar en mi palacio; es necesario que sus yermos salones se animen; que resuene en ellos alguna vez la armonía del festin que tú presidas; vé, despídete de tu sencillo asilo, del buen Roboan, del honrado Benjamin, esta noche es la última que duermes con ellos bajo un mismo techo. Isaac, añadió la jóven llorando, esta noche es la última que puedo besar á mi hija.

—La última, si, porque tambien yo he sido desterrado de esta casa; la última porque la llevo conmigo á España.

—No; es imposible; dijo Angiolina abrazando la cuna de su hija; mi Teresa, mi pobre Teresa no saldrá de Venecia; quiero verla alguna vez, saber al menos que vive; separarme de ella, es matarme, Isaac.

—Y sin embargo es preciso; una imprudencia podria comprometerte, no; vendrá conmigo.

La jóven inclinó la frente meditabunda; despues la levantó radiante de alegría.

—Y yo tambien iré, dijo, y nunca nos separaremos, ¿qué me importan todas las riquezas... el orgullo... son algo comparados á vosotros dos? Mira Isaac, vámonos, el mundo es inmenso; en cualquier país seremos felices.

—¿Y tu padre, Angiolina?

—¡Mi padre! mi padre nos perdonará al fin, porque es generoso, y si tú te convirtieses.... añadió la jóven con timidez.

—¡Jamás! esclamó el judío, fijando una miráda llena de orgullo y voluntad en su amante.

—¡Y nuestra hija llevará un nombre ilegítimo, nuestra hija se avergonzará en su pureza cuando sepa la debilidad de sus padres...! Pues bien, sino te sientes con fuerza para un sacrificio lo haré yo.... vestiré la toca judía, lo seré en la apariencia para poder ser tu esposa; cristiana en el fondo del alma, Dios perdonará á la madre que se atreve á arrostrar su cólera por el amor de su hija.

—¡Judia! ¡Judia! infeliz ¿quieres deshonrar á tu padre y á tu hija; venir á perderte en la degradacion de mi raza? ¡Nunca! escucha: no hay mas que un medio: sufrir; solo mi madre conoce lo desesperado de nuestra posicion; es necesario tener valor; yo compraré á nuestra hija un nombre; buscaré dos amantes que la pobreza impida unirse; llenaré sus manos de oro y les diré: cumplid vuestros deseos, pero dad vuestro nombre á esta pobre huérfana: ¡oh! ¡Angiolina! ¡Angiolina! El mundo no podrá señalar la frente de Teresa y decir: es hija de la locura.

—¡Y su boca se abrirá la primera vez para llamar madre á una mujer comprada! y yo su madre no podré decirla: ¡hija mia! No, y cien veces no; antes correré con ella á los piés de mi padre; antes me entregaré al desprecio del mundo que autorizar tan villana cobardía; porque es una cobardía, si, separarse de una hija; desposeerse de sus caricias por temor, por miedo de un desenlace funesto. ¡Hemos llamado á la fatalidad y á su vista te aterras! yo no; no me separo de mi hija. Yo no reniego de ella aunque me hubiese de costar la salvacion de mi alma.

El acento sublime, la generosa valentía que mostraba el semblante de la jóven, fascinaron á Benjamin que callaba absorto mientras la exaltacion crecia en el pensamiento de Angiolina.

—Que vengan, dijo, que vengan á robármela.

—¿Y mi padre? esclamó suplicante Benjamin, ¿y mi padre á quien

hemos engañado? ¿quieres que el pobre anciano perezca al fin en un patíbulo al embate de la ira del senador?

Angiolina se enterneció; Benjamin aprovechó aquel momento.

—Vamos, es necesario decidirse, hermana mia; besa á tu hija, pobre madre; el tiempo vuela y es preciso separarnos.

La joven fijó sus hermosos ojos llenos de lágrimas en Isaac.

—Es preciso, añadió este dolorosamente.

Angiolina desabrochó su vestido y quitó de su cuello una cadena de oro de la que pendia un relicario guarnecido de brillantes con una imágen de la Santa Madonna; fué á la mesa, tomó un papel y escribió sobre él estas palabras: *Proteged á Teresa inocente y huérfana*; luego se acercó á Benjamin cortó un rizo de su cabellera, encerró en el relicario la mitad envuelta en el papel, y guardó la otra mitad en el seno; despues puso entre las ropitas de la niña aquella señal previsora.

—¡Pobre hija mia! dijo llorando sobre su rosado semblante ¡tú no conocerás á tu madre! ¡tú no sabrás que hay una pobre mujer que llora por tí! Que Dios te bendiga, ángel mio, y te vuelva á tu madre pura como se la arrebata; ¡partid! ¡partid ya! continuó separándose de la cuna abatida.

Benjamin se adelantó, tomó la niña suavemente, la reclinó sobre el brazo izquierdo y se acercó á la trampa.

—Nada me dices, Angiolina, esclamó con acento ahogado, por una emocion que en vano queria dominar.

—¿Que he de decirte yo, infeliz mujer abandonada, respondió la jóven, sino que procures olvidarme, y ser dichoso, hermano mio?

—¡Dichoso! ¡sin tí! ¡alma mia! ¡Dichoso... lejos de lo que amo! ¡desterrado en una tierra estranjera! Escucha, pobre prenda mia: si quieres que mi suerte no sea enteramente desesperada; si quieres que no muera de dolor, prométeme, tú que nunca has mentido, no olvidar jamás que eres mi esposa ante Dios y tu conciencia, porque si lo olvidases, si vendieras á otro amor mis amores ¡oh! volveria para llamarte adúltera.

—¡Isaac, hermano mio! te juro por la sangre de Jesús crucificado ser tuya ó morir en el claustro.

—Y yo Angiolina, juro tambien por las tablas de la ley, ser tuyo ó de la muerte.

Y se dirigió de nuevo á la trampa; mas al abrirla un golpe resonó

en la estrecha puerta abierta en el muro bajo ella, y una voz harto conocida dijo :

—Abrid, Roboam.

Era la voz de Pietro Pazzi.

Benjamin corrió á la ventana ; dos hombres se veian en el borde del canal y una góndola de la república tripulada por cuatro soldados y seis remeros, á un débil destello de la luna columpiándose en las aguas.

—Es mi padre, Benjamin, ocúltate ahí, y le empujó hácia la puerta frontera al oratorio.

Benjamin entró ; Angiolina apagó la luz y se cubrió vestida con las ropas del lecho.

131

III.

Un matrimonio en proyecto.

Antes de pasar adelante creo conveniente referir el por qué el marino Pietro Pazzi llamaba en una hora tan intempestiva acompañado de otro hombre á la puerta del mercader Roboam el judío.

Es necesario retroceder á la tarde que precedió á aquella noche de aventuras, é introducirnos de nuevo en el palacio donde en la primera parte *de esta verídica historia,* concedió Salvator Gieromi la mano de dos de sus hermanas al comandante y á Mateo el Zenete; sabemos que el primero ha llegado (la historia no dice cómo) á formar parte del consejo de los Diez; no es estraño, pues, que en su morada tengan lugar festines diplomáticos á los que concurren hombres de estado de todas las naciones.

Asistimos, pues, á uno de esos convites.

La sala cuya descripcion abandono va llenándose de convidados desde las tres, hora de la cita. Aun no ha aparecido el dueño, el promovedor de aquella reunion escepcional; Pietro Pazzi se hacia esperar por primera vez con gran asombro de los que conocian la ruda franqueza de su carácter; estrañeza que desapareció al entrar en el salon llevando de la mano á su ruborizada Angiolina: todo hay que dispensarlo al tocador de una hermosa, que si bien se escede consultando á su espejo nos indemniza despues con cien hechizos debidos á los minuciosos pormenores de un prendido, de una flor, de un lazo escogido con un gusto esquisito.

Nunca despues de un combate se presentó tan ufano Pietro Pazzi; nunca sus ojos espresaron tanta satisfaccion ; adelantóse y lanzó á la concurrencia una mirada que valia esta pregunta : ¿no es verdad que es muy hermosa mi hija, señores? Orgullo disculpable en un padre y mucho mas cuando está sostenido por una criatura tan perfecta como Angiolina.

Despues de los saludos, la adulacion y la galantería de todo género, empezóse á servir la mesa : no seria importuna una descripcion gastronómica de los cien platos que se sirvieron, robustecida por un exámen báquico-topográfico-analítico del sabor, cualidades y procedencia de los vinos conocidos, inclusos el Chipre y el Jerez; detiéneme una consideracion humanitaria; ¡ oh ! seria dar un mal rato al hambriento que por acaso ojée las páginas de mi libro.

La presencia de Angiolina alejó las cuestiones políticas é hizo girar la conversacion en un terreno menos peligroso: esforzáronse todos en parecer galantes é hicieron de la pobre jóven un prado comparándola á todas las flores, y un cielo puesta en parangon con las estrellas : Angiolina entonces tenia su pensamiento en el desvan de la casa de Rialto, y su deseo en las doce de la noche.

Un jóven habia frente á ella distraido tambien en contemplarla hasta el punto de hacerse remarcable y de cometer torpezas; defendíanlo, empero, del ridículo su categoría de embajador del muy católico y poderoso rey de las Españas y el terrible prestigio de algunos desafíos llevados á cabo y terminados ventajosamente; desafíos ocasionados por una palabra indiscreta ó por una sonrisa atrevida.

Para escusarme de hacer la semblanza de este personaje, me basta revelar su nombre : era don Antonio de Leyva, conde de Montevalle.

¿Cómo se hallaba allí? Terrible es la posicion de un escritor á quien se exigen detalles tan prolijos, á quien se constituye en la obligacion de seguir los pasos de los héroes de su cuento; es cosa de perder la paciencia; está allí como embajador encargado de una mision cuyo objeto no ha llegado á mi noticia, debiendo tan alta merced á un claro renombre ganado á cuchilladas en Flandes á fuerza de valor y de locura.

Inútil es decir á quien haya concebido la inmoralidad y el egoismo de su alma, que el recuerdo de Flor-de-oro desapareció ante la cándida sonrisa del mofletudo semblante de una rubicunda hamburguesa, que fue sustituida por una inglesa á quien reemplazó la primera que tuvo la des-

gracia de agradarle; asi es que, gastado, fastidiado, habiendo vivido mucho en poco tiempo, retiróse al fin del galanteo y de la seduccion, y poniendo en otro afan el pensamiento, se dió á entender y tratar con hombres de estado cuyo trato le facilitaba su posicion; y con tal maña, que al fin se vió á los veintisiete años, edad aun verde y turbulenta, con la banda de mayor de tercio y representando á su rey en una república poderosa; honra la mayor á que entonces y aun ahora podia aspirar un vasallo.

Ocupado de su ambicion, entretenido en las cosas de gobierno, su corazon no se conmovió ante las voluptuosas beldades del Adriático; diríase que el conde habia renegado del amor, á no mostrarlo al fin, claro en sus ojos despues de un año de abandono, ante el encanto de Angiolina.

El alto linaje de la jóven, su hermosura, las riquezas de su padre, pasaron ante su imaginacion como cien fantasmas tentadoras; animóle la deferencia con que le trataba Pietro Pazzi, y resolvió pedirle la mano de su hija en la primera ocasion oportuna.

Y entre tanto que estas cosas se revolvian en su alma, las horas volavan; los padres y los hermanos que tenian hijas y hermanas salieron volviendo con ellas y rodearon á la hermosa del dia, de una córte de sílfides que bailaron, rieron, cantaron y estuvieron adorables; mas retumbaron las diez de la noche en un enorme reloj que ocupaba un rincon entero de la antecámara y la música cesó; empezaron á despedirse los concurrentes quedando solos Montevalle, retenido por su nuevo amor, y algunos viejos gotosos por la tardanza de sus literas.

Pietro Pazzi se levantó tambien é indicó á su hija era preciso retirarse de nuevo á la casita del puente Rialto; Angiolina no deseaba otra cosa; y se levantó siguiendo á su padre y aceptando por cortesía el brazo del conde que se ofreció á acompañarla.

En aqúel momento un hombre armado de piés á cabeza, apareció en la puerta de la estancia y detuvo á Montevalle que salia junto á la jóven.

—Acabo de desembarcar, le dijo, y tengo la honra de poner en manos de vuestra escelencia este pliego, que me han recomendado con urgencia.

Montevalle hubo de resignarse á aquel malhadado incidente, que le privaba del placer de prolongar algun tiempo la separacion de Angiolina; disculpóse y fué á uno de los infinitos candelabros que reflejando en gigantes espejos, habian alumbrado el sarao; rompió el sobrescrito y halló

otro en que se leia: Reservado; á nuestro embajador cerca de la República de Venecia, el rey. Las armas reales de España respondian de la autencidad de aquel escrito, que Montevalle se apresuró á abrir y que leido le arrancó una blasfemia: aquella misma noche, al momento, se le mandaba partir y presentarse ganando tiempo en Madrid.

Mas la frase al momento no fue puntualmente obedecia; nadie quedaba en el salon; Montevalle se sentó resuelto á esperar á Pietro Pazzi, que entró al fin, despues de trascurrida una hora.

—Dipensadme, le dijo don Antonio saliéndole al encuentro, si he permanecido en vuestra casa; asuntos del mas grave interés....

—¿Cómo dispensar, señor conde? contestó el buen marino estrechando afectuosamente la mano del noble; sois muy dueño de todo lo que me pertenece, de mis ócios de senador, de lo que valgo... me habeis indicado un negocio.

—Acabo de recibir un pliego, en que el rey mi dueño, me manda regresar al instante sin pérdida de tiempo á la córte; mas antes he de haceros una proposicion.

—Sois muy dueño; daré cuenta de ella mañana mismo al consejo.

Montevalle se sonrió con una finura esquisita.

—No creo, monseñor, le dijo, que lleveis este asunto á ese término. Escuchadme; soy conde de Montevalle, grande de España, mayor de los tercios del rey que me honra con su confianza hasta el punto de hacerme su enviado, y poseo diez mil ducados de renta; ahora bien; vos perteneceis á la alta nobleza veneciana, habeis pasado sucesivamente por el consejo de los quinientos al de los ciento, y sois un respetable miembro del de los diez; para llegar á la alta dignidad de Dux solo os falta un paso; somos, pues, iguales; en tal concepto ¿me concedeis la mano de vuestra hermosa hija?

Aquella proposicion hecha con todo el atrevimiento, con toda la sangre fría que caracterizaban á Montevalle, sorprendieron por un momento á Pietro Pazzi, que no dejó de meditar las ventajas de tal enlace.

—Os confieso, conde, le dijo, que no veo un motivo que me impida negaros demanda que tanto me honra; podeis contar con mi asentimiento mas no con mi palabra; si Angiolina dice no, lo sentiré; mas nunca forzaré su voluntad.

Montevalle no pudo hacer mas que darle las gracias.

—Partid, pues, añadió, descuidado, señor conde, en que interpondré en vuestro favor toda mi influencia.

—¡Partir! ¡oh! voy á padecer una eternidad de penas, hasta saber mi sentencia. ¿Y nada podré saber antes de partir?

La exigencia de Montevalle era intempestiva, de mal tono; antidiplomática en su género; por fortuna la habia con un hombre mas rudo que quisquilloso.

—¡Vive Dios, conde que nos parecemos en el genio! ¿Quereis hablarla? sea; lo escepcional de las circunstancias parece que lo autoriza, y en cierto modo teneis razon; nadie mejor que vos puede abogar por vuestra causa.

—¿Con qué es decir?

—Que hablareis á Agiolina.

Montevalle no atreviéndose á exigir mas, dió vueltas entre sus dedos al pliego, y dijo con una naturalidad inimitable:

—¡Confunda Dios la mano que ha escrito urgente!

—¡Ah señor conde, señor conde! dijo Pazzi sonriendo; no es vuestra mayor virtud la paciencia, vamos.

Tomó su capa y su espada, asióse del brazo de Montevalle y salió; un momento despues entrambos pisaban la cubierta de la góndola que vió Benjamin junto á la puerta de su padre.

IV.

La hidalguía castellana.

Deslizóse el bajel á través de los oscuros canales, y se detuvo junto á un muelle poco distante de la habitacion del mercader judío; Pietro Pazzi y el conde saltaron á la acera y llamaron como he dicho anteriormente á la estrecha puerta, mientras la góndola se adelantó hasta ocultarse bajo el puente.

Roboam despertó sobresaltado, encendió una luz y abrió una puerta perfectamente simulada en la pared, razon porque no pudimos notarla al examinar su dormitorio; tras ella se veian los dobles cerrojos de la esterior ya citada.

El hebreo abrió una rejilla y miró; entonces se escuchó la voz que alarmó á los jóvenes pronunciando en acento amistoso:

—Abrid, buen Roboam, soy yo.

Los cerrojos rechinaron, la puerta cedió y los nocturnos visitantes entraron.

—¡Tanta honra, monseñor! esclamó inclinándose el judío cuidadoso por el motivo de su venida.

—Honra que os turba el sueño; dispensadme, y anunciad á mi Angiolina que se ponga en estado de recibir una visita.

Subió Roboam y esperaron los recien llegados: diez minutos despues gritaba el judío desde arriba:

—Podeis subir, monseñores.

Angiolina en el mismo traje que la he descrito, adelantó hácia su padre y dijo con un acento lleno de cariño dominando su terror y abrazándole:

—¿Os ha sucedido alguna desgracia, padre mio?

—No; he venido á presentarte mi amigo el conde de Montevalle.....

Angiolina contestó á un respetuoso saludo del noble; Pazzi continuó:

—Grande de España y embajador de su rey cerca de nuestra república... es pues... que... vamos señor conde... ahorradme algun trabajo, no estoy versado en esta clase de negocios.....

—Señora; he tenido el placer de admiraros, dijo Montevalle con su eterna imperturbabilidad, y me he dejado arrastrar de tanto hechizo; soy lo que ha dicho vuestro respetable padre; aun mas que eso, os adoro y he tenido el honor de pedirle vuestra mano cuya concesion podeis sancionar, señora, ¡oh! no os estrañe lo inoportuno de la demanda: mi posicion me arranca esta misma noche de Venecia y no he querido sufrir el tormento de la duda.

Durante este razonamiento, que ciertamente nada tenia de difuso, Angiolina permaneció con la vista fija en la alfombra; Benjamin oculto tras la puerta del aposento que hemos indicado, fijaba su rabiosa mirada en los interlocutores de esta estraña escena; nada turbó el silencio.

—¿Me desdeñais? esclamó Montevalle con una espresion de mal reprimido orgullo, que despertó el de Angiolina.

—¡Desdeñaros, caballero! contestó, no; no desdeño ni acepto vuestra proposicion, por la que os doy las mas espresivas gracias; no puedo aceptarla.

—¿Amais, pues á otro? contestó olvidando la prudencia Montevalle con ridícula y jactanciosa grosería.

Aquella estraña pregunta que no debia esperarse, hizo vacilar á la jóven; mas acordándose de que la escuchaba Benjamin quiso darle, sin meditar las consecuencias, una inequívoca prueba de amor.

—Ya que os empeñais en saberlo, dijo, os lo confesaré; amo á un hombre.

Pietro Pazzi, personaje pasivo hasta entonces, tomó parte en el diálogo.

—¿Y quién es ese hombre, la preguntó en tono severo, á quién amais, señora, sin mi conocimiento?

—Es un secreto que á nadie revelaré, contestó la jóven estremeciéndose al conocer la posicion que se habia creado.

—Una hija, gritó Pietro exasperado, una jóven honrada no tiene secretos para su padre.

—Mi labio no pronunciará su nombre, padre mio.

La firmeza conque Angiolina pronunció estas palabras, acabó de irritar á Pietro Pazzi; se acercó á ella, la asió una mano, y la preguntó colérico.

—¿Su nombre?

—¡Nunca! respondió la jóven desasiéndose.

Entonces quedó descubierto un objeto olvidado que habia permanecido oculto tras Angiolina; la cuna de Teresa.

Terrible peripecia; la mirada de Pietro Pazzi se fijó en ella aterrada; Angiolina al repararla dió un grito y corrió á ampararse de Benjamin que en aquel momento abria para socorrerla, la puerta tras la cual se ocultaba, mientras en la de entrada apareció Roboam llamado por el agudo grito que retumbó en la casa; otro personaje se veia oculto en la sombra tras los jóvenes: Rut.

—¿De quién es esta cuna? gritó Pietro lanzando á los jóvenes una mirada amenazadora.

Nadie contestó; empero una mujer esclamó arrojándose á los piés del padre:

—Eso es que Dios ha olvidado á la pobre Rut.

En aquel momento se escuchó dentro de la estancia un débil lloro de niño; ¡ira de Dios! ¿quién podrá contar el furor con que Pietro Pazzi desnudó su espada? ¿Quién la presteza con que Benjamin arrebató la suya al noble? ¿Quién el terror de Angiolina que dió consigo en el suelo desmayada? ¿Quién, en fin, el ademan angustioso con que Roboam rasgó sus luengas vestiduras?

El conde de Montevalle un tanto sereno se interpuso entre los dos aceros.

—¡Oh! si sois caballero, le dijo Benjamin señalándole una puerta entreabierta, salvad á mi hija.

Todo fué obra de un momento; el noble se lanzó á la oscura estancia, tomó la niña en la oscuridad guiado por su lloro, y buscó una salida; un rayo de la luna penetraba por la ventana, debajo vió el canal, dejó su capa y su sombrero, subió al dintel y se arrojó al agua; la góndola

de la república siguió al de Montevalle que nadaba hácia el muelle, al que llegó antes y saltó en tierra dando á correr; dos disparos de arcabuz resonaron entre el silencio; don Antonio de Leyva habia sido una vez hidalgo y Teresa se habia salvado.

En tanto Roboam contenia al Senador, y Rut á Benjamin.

V.

Los dos padres.

Los ojos de Benjamin estaban fijos en los de Pietro Pazzi, serenos pero sin insolencia: su mano sostenia la espada del conde, mas al oir la detonacion de los disparos, desasióse con un esfuerzo desesperado de su madre, y corrió á la ventana de la que se habia arrojado Montevalle al canal; le vió salir de él, correr y perderse tras la esquina de una calle.

Entonces volvió al lugar de la escena, arrojó la espada, y prosternándose á los piés del ofendido padre, le dijo:

—Ahora que se ha salvado mi hija, podeis herirme, señor, pero compadeceos de Angiolina.

Roboam, trémulo, dejó libre á Pietro Pazzi y se apoyó vacilante en la pared, abatido, sin fuerzas; Rut dejó á su hijo y fué á reclinar en su seno la cabeza de Angiolina que yacia por tierra sin sentido.

El senador se lanzó á Benjamin, pero al verle desarmado arrojó su espada y se cubrió el rostro con las manos, ruborizado ante la idea de un asesinato: aterrado bajo el golpe que habia herido tan profundamente su alma; dos gruesas lágrimas surcaron sin embargo sus mejillas al ver la mirada de ansiedad de los infelices judíos suplicante y fija en la suya, como pidiéndole la vida de su hijo mientras sus labios callaban como concediendo la justicia del furor del patricio; mas cuando vieron que su escelente y generoso corazon se conmovia, Roboam se postró á sus piés,

Rut estendió hácia él los brazos, y ambos esclamaron como al impulso de un pensamiento simpático.

—¡Oh! perdon, monseñor, la fatalidad lo ha hecho.

—Monseñor, dijo al fin Benjamin, vos mismo habeis permitido que nos llamásemos hermanos.

—Basta, basta ya, contestó Pietro Pazzi queriendo en vano aparecer severo; es necesario adoptar un partido estremo y lo adoptaré.

—Padre mio, esclamó volviendo en sí Angiolina.

Lo incontrastable del carácter del veneciano, solo se mostraba sobre el puente de una galera, ó en el seno del consejo; fuera de allí, en el circulo doméstico, era un hombre harto subyugado por las afecciones del corazon para sacrificar enteramente á una hija á eso que se llama punto de honor, y que es tan cuestionable, tan dudoso; corrió á Angiolina, la levantó, la puso sobre sus rodillas, y la cubrió de besos y de consuelos en vez de injurias y de reproches; aquella conducta animó á Roboam que se atrevió á murmurar:

—Monseñor, si cuando os dije: el cuidado de vuestra hija es una carga demasiado pesada para mis hombros, me hubiéseis escuchado ¡oh! entonces no tendríais vos que llorar á vuestra hija seducida...

—¡Padre!...

—¡Seducida! Benjamin, gritó el hebreo menos debil que el senador: villanamente seducida, quizá asesinada; porque tú, tú á quien separé de mi lado, tú á quien dije: respeta á esa mujer porque para ella eres una maldicion que la hará desdichada; porque eres un judío que solo puedes ofrecerla deshonra, no me escuchaste y has cubierto de dolor mis canas.

Benjamin callaba aterrado al vibrante acento del anciano cuyo furor crecia per momentos.

—Sal, sal de la casa cuya paz has turbado, gritó asiéndole de un brazo, trémulo de ira; sal, huye de aquí y lleva contigo la maldicion de tu padre.

—¡Uñas de Satanás! gritó en voz profunda el senador; ¡maldito sea el que maldice á su hijo, Roboam!

Hubo un momento de terrible silencio.

—Y yo, yo, continuó el senador, que miro echado por tierra el castillo de mis sueños de padre, yo que consuelo á esta pobre niña que no ha cometido otro delito que amar demasiado, ¿no os doy una prueba de resignacion á los decretos de Dios que debemos respetar? ¡Roboam! ¡Ro-

boam ! si el corazon no encerrase pasiones, ¡cuán felices seríamos ! Y luego continuó, ¿no hemos autorizado ese amor que ha crecido con sus existencias? «Nos llamábamos hermanos,» ha sido tu palabra de disculpa, Benjamin; ¡oh! tienes razon, debimos haberlo presentido.—No me interrumpais Roboam, sé que toda la culpa es mia.

—¡Oh! daria mi vida, esclamó Benjamin, si con ella pudiera daros una reparacion, monseñor.

—¡Una reparacion! dijo el senador cuyos ojos se animaron un momento. ¡Una reparacion! pero no, habrias de renegar, y yo no daria mi hija á un renegado. Pero es necesario que salgas de Venecia y de sus estados; es necesario poner entre vuestro amor una distancia inmensa. En cuanto á vosotros, honrado Roboam, virtuosa Rut, id á ver alguna vez al viejo en su retiro. Tú, hija mia vivirás de hoy en adelante en la quinta de los Gieromi, donde quieras, si no. Sígueme, Benjamin, añadió levantándose y llevando de la mano á su hija.

El jóven les siguió, bajaron silenciosamente la escalera, y bien pronto se encontraron en el canal.

—¡Paolo! gritó el comandante dominando lo conmovido de su voz, atracad.

La góndola se acercó al muelle, nuestros tres héroes entraron en ella.

—Escucha Paolo, dijo el senador en voz baja á su antiguo paje. ¿Se ha salvado un hombre que se arrojó al canal?

El paje hizo una señal afirmativa.

—¿Conoces al embajador de España?

Contestó otra afirmacion.

—Búscalo, Paolo al momento, y si lo encuentras suplícale en mi nombre que te siga hasta mí.

Pietro Pazzi pensaba entonces en su nieta; Paolo saltó al muelle, se alejó rápidamente y los remeros hicieron correr la góndola sobre el canal.

Dos ancianos, Roboam y Rut, permanecieron en una ventana hasta que el batel se perdió en la sombra, y el ruido de los remos en el silencio.

Despues entraron en el aposento abandonado y lloraron, habian quedado solos, solos en el último paso de la vejez; respetemos su pena y dejémoslos tambien, apreciable lector.

VI.

La justicia de Dios.

A las diez de la misma noche, ó lo que es lo mismo, tres horas antes de que terminaran los acontecimientos que motivaron el capítulo anterior, paró delante de una gran casa situada junto al puerto, una litera conducida por dos hombres con libreas negras.

Una cabeza de mujer asomó á la portezuela y arrojó una mirada á su frontispicio iluminado por un gran farol de vidrios de colores; sobre cada vidrio se veia escrito en seis idiomas diferentes esta inscripcion: *Hospedería de caballeros.* Medio ingenioso que ninguna preferencia daba á las naciones cuyos dialectos figuraban sobre la área de la linterna girando indistintamente en todas direcciones.

Sin duda aquel edificio era el término de la escursion de la litera que se abrió arrojando de su seno una mujer cubierta con un manto, á cuyo encuentro salió un servicial portero.

—¿Se aloja aquí el señor conde de Montevalle, embajor de España?

—Si, señora, contestó el doméstico, mas aun no ha venido esta noche.

—Guiadme á su aposento.

El mozo apareció algun tanto cortado, recobrando su serenidad al contacto de una onza que cayó en su mano; aquella dorada intercesion le

puso en movimiento y la mujer siguiéndole se encontró al fin en una pequeña estancia donde quedó sola.

La mujer cuya entrada misteriosa habrá escitado tu curiosidad, lector, se despojó del manto, dejando ver al reflejo de una luz su semblante; era Juana la Zenete, ó si te agrada mas, Flor-de-oro.

Sentóse y esperó : en el tiempo que ha estado lejos de nosotros ha acabado de formarse ; es una hermosa señora, grave y meditabunda, envuelta en un ancho traje de terciopelo negro: sola con su pensamiento, entregada á la duda, su rostro se muestra á veces cubierto de una profunda tristeza, otras alegre y radiante al impulso de una bella esperanza; de vez en cuando el reloj marcaba una hora, y escuchaba con ansiedad; resonaban pasos fuera pero se perdian tras otra puerta que se cerraba; sonaron las doce y todo quedó sumido en profundo silencio; Juana empezaba á desesperar; otra hora : la una.

Resonaron pisadas en el corredor, pisadas, ¡ ay ! para ella harto conocidas ; la puerta se abrió y entró Montevalle, cuya primera palabra al dejarse caer sobre un sitial, fue una blasfemia.

Venia sin espada, sin capa, sin sombrero, en el mayor desórden; llevaba entre las manos un objeto que examinó con disgusto; Juana miró tambien y lanzó un grito de sorpresa y de celos ; era la hija de Angiolina, la pequeña Teresa.

Aquel grito llamó la atencion de Montevalle que reconoció á la jóven.

—¡ Juana ! esclamó terriblemente pálido.

—Yo soy, don Antonio, esclamó la mujer herida en su amor y en su orgullo.

—¿ Quién os ha traido aquí? la preguntó groseramente el noble.

—Mi amor, mi desesperacion, el porvenir de mi hijo.

—¡ Vuestro hijo, vuestro hijo ! ¿ y que tengo yo que ver con vuestro hijo?

—¡Miserable ! gritó Flor-de-oro levantándose, ¡ infame ! si, nada teneis que ver con mi hijo porque vuestro nombre acabaria de deshonrarlo.

—Juana; dijo el nombre conteniéndose, si á todas las mujeres á quienes he abandonado como á vos hubiese de hacer una reparacion, ya veis que seria imposible; vamos, serénate: todo puede aun arreglarse.

Juana escuchó con ansiedad ; Montevalle siguió.

—He resuelto hace poco no casarme jamás; abandonar los galan-

teos, vivir como un cenobita. ¿Quieres acompañarme en mi destierro? vive Dios, que eres muy hermosa y que siento nacer otra vez en mi alma el amor que te he tenido.

Flor-de-oro seguia escuchando con doble ansiedad.

—Escucha, alma mia, siguió el conde verdaderamente arrebatado ante la irresistible hermosura de la jóven; unirnos es imposible cuando ha mediado el escándalo en nuestros amores.

—¿Y vuestro hijo, Montevalle? mirad, no quiero avergonzaros con mi presencia, ni os hablaré de amor, porque en verdad, conde, tal ha sido vuestro comportamiento conmigo, os debo tantas amarguras que reputaria como un crímen tal afeccion respecto al hombre que ha causado la muerte de mi padre.

Montevalle hizo un movimiento de impaciencia.

—Pero existe un ser, continuó ella, inocente, débil, á quien es necesario legitimar. Mi padre me ha dejado por herencia un tesoro; yo os lo doy en cambio de un nombre para vuestro hijo.

—¿Otra vez mi hijo, señora? ¿Y quién me responde de que la que fue débil conmigo, no lo ha sido con otro?

—¿Os negais, pues?

—Me niego.

—Meditadlo bien, conde, dijo la jóven corriendo á la puerta y cerrándola por dentro, ¿os enlazais conmigo!

—No, no, no, gritó Montevalle exasperado.

—Pues bien: escuchadme; he venido resuelta á todo; vos os dijísteis la burlaré, la escarneceré impunemente; es una mujer. La mujer no se dejará escarnecer; me habeis presentado otra pobre víctima, dijo señalando el lecho donde el noble habia dejado á Teresa que mezclaba su llanto á esta escena, y habeis avivado mi ódio; por última vez, ¿os unís conmigo?

—No, respondió el noble, salid de aquí, señora.

—Pues bien, dijo Flor-de-oro en cuyos ojos se veia pintado el despecho, arrojándose á Montevalle y arrancándole la daga sin que hubiese podido preveerlo, pues bien, uníos á la muerte.

Y cerrando con él le dió dos terribles puñaladas.

El conde cayó; sus turbados ojos vieron tras un velo de sangre á Flor-de-oro que tomó del lecho á Teresa y salió precipitadamente de la estancia; entonces una idea confusa y lejana se revolvió en su cerebro;

acordóse de las últimas palabras del tejedor; habia protestado de la justicia del rey ante la justicia de Dios; y Dios le habia hecho justicia.

Un momento despues entró un paje y le encontró tendido, inmóvil, cadavérico; diéronse á buscar á la mujer de la litera, pero en vano; habia desaparecido.

FIN DE LA CUARTA PARTE.

QUINTA PARTE.

1568.

I.

Farax-Aben-Farax.

Venido hemos tras tantos viajes, á vuelta de tan variados incidentes, al último acto de nuestro drama; drama terrible que ensangrentó los profundos valles, las altas montañas de las pintorescas Alpujarras.

Yo he pasado de noche en mis largas jornadas de soldado, sus estrechos desfiladeros, al pié de los cuales se despeñan bramando los torrentes; yo en alta hora me he amparado de la lluvia y de la tormenta, y he quemado mas de una hoguera de cardos silvestres en la misma cueva donde fue villanamente asesinado por sus traidores parciales, el último que deliró con la corona árabe de Granada: el morisco Abenabó.

Y ¡vive Dios! que sabedor de su historia, tuve miedo, á pesar de mi mosquete, al reposar la cabeza sobre aquellas piedras que tal vez un tiempo se tiñeron con la sangre de aquel rey de bandidos.

¡Cuántos delirios entónces! ¡cuántos sueños! ¡Qué feliz aquella vida de ambulancia por un país lleno de recuerdos romancescos, de poéticas ruinas, de maravillosas tradiciones que vagando en la mente acalorada solo desaparecian ante el malhechor ó el contrabandista, para dar lugar á nuevas imágenes al son del estampido de los fusiles que repetia el eco,

arrojándolo de monte en monte perdido por la distancia! ¡Cuántas veces, pobre cabo de escuadra, al frente de algunos granaderos me fingí un don Juan de Austria al quemar un cartucho en el mismo sitio acaso donde se levantó el humo de la mosquetería del ejército de Felipe II!

Quiero olvidar aquellos tiempos, porque su recuerdo me aflije y porque debo lector, decirte, que estamos en la tarde á que sucedió la Noche-Buena de 1568, y al pié de la sierra de Cádiar, cubierta de nieve que aumenta la que se desprende de un oscuro celage tendido sobre ella hasta perderse en los linderos de la tierra, como una inmensa cortina.

Al pié está Cádiar y su castillo, en cuyas almenas hay algunos atalayas que no apartan la vista de un caserío que se eleva en lo áspero de un repecho, y cuya puerta está fuera del alcance de su vigilancia, abierta al lado opuesto, orilla de un camino que se pierde en el seno de un profundo barranco.

Son las cuatro de la tarde y ningun incidente anima la monotonía del árido paisaje; no se ve en la nieve huella alguna, y podria creerse aquella casa abandonada á no ser por una columna de negro humo que se eleva de su chimenea, encumbrada en lo mas alto de su techumbre de retamas.

En torno de aquel rústico edificio hay una cerca poco elevada, que contiene bajo endebles sotechados algunos cientos de ovejas, que no dejan escuchar su balido acobardadas por el frío y el viento que silva entre las ramas de algunas encinas centenarias.

En el centro de la única estancia del aprisco, hay un hogar formado de anchas pizarras sobre el que se quema una hoguera de ramas de olivo; junto á él, sentado sobre una piedra, hay un hombre atlético, haciendo en silencio una mecha para un pesado arcabuz tendido junto á él; mas allá cuidadosamente apartada del fuego, hay una abultada bolsa de piel de cabra donde se guardan pólvora y balas; últimamente, echado junto á la puerta, la vista fija en el barranco, observa un mastin en la aptitud de la mas esquisita atencion, cual si su dueño descansase en la vigilancia de su instintiva centinela.

Aquel hombre curtido por el sol y por las nieves, de rostro cobrizo y espresion salvaje, dirige tambien con frecuencia profundas é impacientes miradas en la misma direccion de la mirada del perro, y vuelve despues en silencio á su primitiva tarea: su organizacion membruda, su gorro y coleto de baqueta, sus calzones pardos, atados sobre unas descoloridas medias, que fueron de color de sangre, hacen recordar al morisco que diez y ocho años

antes, penetró en la catedral de Granada para tratar con un estrangero que le llamaba hermano, la emancipacion de su raza, que agoviada bajo la mano de hierro del conquistador, no ha podido aun lanzar su terrible grito de guerra, y ha visto morir desde entonces, millares de sus hijos que han bajado á la tumba predicando á los suyos ódio á muerte á los cristianos.

Y en efecto, es el mismo: Farax-Aben-Farax.

Diez y ocho años han pasado y su alma enérgica no ha olvidado un solo dia sus sueños de independencia; activo y emprendedor, alentando á los unos, exasperando á los otros, ha visto al fin organizarse una vasta cruzada, y sus ojos se han animado previendo una guerra sangrienta y cruel, que segun sus esperanzas debia poner sobre el trono abandonado por Boabdil á don Fernando de Valor, nuevo rey aceptado por ellos y ante quien, él se inclinó en el cerro de San Miguel, casa del Hardon, y besó la huella de su planta en nombre de los moriscos esclamando: *Dios ensalce á Mahomet-Aben-Humeya, rey de Granada y de Córdoba*, para levantarse investido con la dignidad de Justicia mayor de ambos reinos.

Y ¡por Dios! qué largo debia ser el catálogo de agravios recibidos de los castellanos, puesto que fueron bastantes para dar á su rostro aquella terrible espresion de insaciable ferocidad que se pintaba en su mirada, solo fija en la mecha próxima al fin de su construccion y en la desembocadura del solitario barranco.

Pasó algun tiempo y se dejó oir un ronco gruñido; el perro se habia puesto de pié, adelantando fuera de la casa y erizando su cerviz en ademan amenazador: Farax colocó la mecha encendida en el anillo del mosquete, le preparó y fué á la puerta á tiempo que un ronco ladrido se unió al casi insensible rumor que producian numerosas y cercanas pisadas de cabalgaduras en la nieve.

Eran como hasta una veintena de hombres armados con una pintoresca discordancia, y montados en otras tantas mulas, cuyo aspecto le tranquilizó puesto que dijo en acento áspero, dando un puntapié en el vientre al perro que volvió á echarse exhalando un lastimero ahullido:

—¡Silencio, Deblis! son amigos.

Los hombres desmontaron y entraron inclinándose profundamente al pasar ante Farax, y permanecieron de pié mientras el Justicia sentándose, les dirigió gravemente la palabra.

—¿Han llegado los de Valor?

—Seiscientos esperan con el Zaguer en Juviles, contestó el que al parecer los mandaba.

—¿Cuántos han venido de la Taha de Berchul?

—Mil.

—¿Han llegado los de Orgiba y Lanjaron? ¿Qué armas traen?

—¡Brazo de Dios! Todas las Tahas han venido con espadas, escopetas y mosquetes. Solo faltan los de Cádiar.

—Harto han echo los de Cádiar, dijo contestando con acritud Farax al acento punzante del observador, matando en sus alojamientos al capitan Herrera y sus cuarenta ginetes. ¡Pudiéramos hacer lo mismo con los cristianos que se embriagan esta noche para celebrar el nacimiento de su Cristo!

Todos callaron.

—¿Cuántos hay reunidos?

—Seis mil, pero yertos de frío, hambrientos.

Farax le asió por la mano, le sacó de la casa, entró en la cerca y le dijo, señalándole las ovejas casi perdidas entre la dudosa claridad del crepúsculo que por momentós se oscurecia.

—Hé allí carne. Mátalas todas y llévalas al puerto de Juviles. Yo voy á reunirme con ellos; id pronto, porque nieva mucho y se van á cubrir del todo los atajos.

Y sin decir mas silvó al mastin que se lanzó delante de él; tomó la bolsa de la pólvora, puso al hombro el mosquete y se perdió á paso largo entre el oscuro seno del barranco.

Pronto una densa oscuridad sucedió al crepúsculo; solo disminuida algun tanto por el blanco resplandor de la nieve que cubria la tierra, como una inmensa sábana; el hombre detrás del perro se deslizaba rápidamente como un fantasma, ora hundiéndose en el fondo de un profundo valle, ora trepando por la escarpada cresta de una montaña.

Al fin el triste silencio que todo lo envolvia se alteró prestando un eco al bramido de las aguas de un torrente que se dejó escuchar desde muy lejos; el hombre y el perro aumentaron la rapidez de su marcha cual si tocasen el fin de su espedicion y empezaron el descenso de una pendiente y tortuosa cuesta; pisaban el puerto de Jubiles y el río que ruidosamente se despeñaba, era el Guadalfeo, mas conocido con el nombre de Rio-grande.

Cuando el verano ha secado la nieve en las sierras corre claro y man-

so, aunque siempre ruidoso, y un niño puede vadearlo sin peligro; pero cuando las vertientes de la sierra han llevado á él las lluvias del otoño y las nieves derretidas del invierno, sale de madre, y estendiéndose de monte á monte rueda con una fuerza capaz de destrozar el dique mejor construido, adquiriendo á veces cien brazas de profundidad por doscientas de anchura.

Y asi rodaba entonces, turbio, furioso, arrastrando árboles, rocas, fragmentos de edificios y tal vez cadáveres. Si Aben-Farax hubiese adoptado el camino mas corto, al llegar á su márgen izquierda, le hubiera sido imposible pisar la derecha á través de aquella inundacion gigante que se mostraba con toda la pompa bravía de su grandeza; viose, pues, obligado á subir hasta su nacimiento, y al fin, despues de cuatro horas de marcha, avistó las primeras hogueras, del que podia llamarse campamento de los moriscos, situado junto á la márgen derecha.

Detúvose en la cumbre y lanzó una mirada á aquella multitud desnuda y mal armada que parodiaba un ejército. Terrible y penoso era el servicio que prestaban aquellos infelices lanzados á la rebeldía por la impolítica de un gobierno sin virtudes, despótico y egoista. Cuando Farax prosiguió su descenso, á los pocos pasos le detuvo una voz que esclamó muy cerca:

—¡Alto! ¿quién va?

—Granada y Túnez, contestó Farax-Aben-Farax siguiendo adelante.

Era horrible el timbre de la voz del escucha, tendido sobre el suelo y cubierto de nieve, voz temblorosa y débil en que se revelaban el hambre y el frío.

Poco tardó en llegar á la segunda línea, que salvó merced á la misma contraseña, y al fin pasó el recinto de los vigías y penetró en el campamento.

Dirigióse á una barraca de tierra y ramas que se elevaba en el centro y entró en ella; en la puerta habia una hoguera, y sentado junto á ella un hombre ya viejo cubierto de cómodos y holgados vestidos y ceñida la cabeza de un gorro de pieles; pálido, muy pálido su semblante tenia el sello inequívoco de la raza árabe; sus ojos mostraban una mirada indagadora é inteligente, y en sus maneras se descubrió un vestigio de la opulencia que siempre habia rodeado su vida; era don Fernando de Valor, tio de Aben Humeya, nombrado por él, capitan general de las fuerzas re-

beldes, entre las cuales se le conocía con el nombre de Aben-Xauhar el Zaguer.

Bajo el ancho jaique ó capa que le envolvia, brillaba el acero de un peto fuerte y bruñido; de su cintura pendian dos largas pistolas y de su costado un largo espadon de cruz.

Estaba sumido en la mas honda meditacion; Farax se detuvo junto á él, y esperó á que le mirase; al fin Aben-Xauhar levantó la cabeza, y al verle esclamó:

—Bien venido seas, Farax. Nuestro dueño Aben-Humeya, me manda decirte que caigas sobre Granada al amanecer.

—¿Con cuántos hombres?

—Pocos son los que hasta ahora se han reunido, pero al sonar el primer cañonazo de la Alcazaba te se unirán nuestros hermanos de la Vega. Entonces asalta la Alhambra y pasas á cuchillo desde Mondejar y Tendilla hasta el último ballestero; ¡no, por Alá! vale mas quemarlos á fuego lento como han quemado á nuestras mujeres y á nuestros hijos.

Entre tanto se habia levantado y montaba en un poderoso caballo que estaba enjaezado fuera de la choza.

—¿Has encontrado víveres? añadió despues de un momento.

—Como hasta trescientas ovejas, respondió Farax.

—Bien; reparte la carne entre esa pobre gente que no ha comido aun hoy, y despues ponte en marcha; en el puente de Tablate hay un tercio del rey Felipe (que Dios maldiga) no pases por Tablate; cuando llegues al Padul, toma en derechura por la falda de la sierra, hasta llegar á Dar-al-huet (1) y luego por el camino de Fargue entras al son de la zambra en el Albaicin por Fajalauza. Adios.

Y arrimó los acicates al caballo que atravesó el campamento y empezó á trepar por la áspera cuesta del puerto, tomando despues el camino de Cádiar.

Algun tiempo despues llegaron los veinte hombres de las mulas, con la carne que devoraron los hambrientos campeones de Aben Humeya, reuniéndose en seguida al son de la gaita y el tamboril y marchando en silencio tras Farax-Aben-Farax.

La luna alumbró entonces los nevados derrumbaderos y el ejército espedicionario apareció torciéndose sobre ellos como una serpiente en direccion á Granada.

(1) Casa-del-rio, hoy casa-gallinas.

II.

Antecedentes.

Llegados á este punto, creo oportuno esplicar por qué habian tomado las armas los moriscos presentándose en abierta rebelion contra el rey don Felipe el II, obligándole de este modo á llevar sus tercios al centro de las Alpujarras; para ello es necesario retroceder á la época de la conquista de Granada, y espero se me otorgue un tanto de indulgencia, si no salgo avante en el árduo empeño de esponer las verdaderas causas que exasperaron á aquellos hombres de suyo díscolos y turbulentos, acostumbrados de lejos á los motines que necesariamente debian producir las ambiciones de las razas que divididas por ódios inestinguibles, sostuvieron dos reyes á un tiempo dentro de unos mismos muros; revueltas terribles en que se ensangrentaron el padre y el hijo (Boabdil y Muley-Hasen) volviendo las armas en su daño y desatendiendo el paso lento y seguro con que se acercaba fija la vista en la presa que presentia el sagaz y emprendedor Fernando V.

Por otra parte, divididos los linajes, encarnizados en un largo duelo á muerte los Zegríes y los Abencerrages, habian unido de una y otra parte á sus ódios lo mas rico, lo mas pujante de la nobleza mora. Mañosos y arteros los Zegríes, lograron hacerse un lugar junto al débil Boabdil, y bajos y rastreros no pudiendo contrarestar con las armas la pujante

valentia de los hidalgos Abencerrages, apelaron á la traicion y á la impostura, acusando á Albin-Hamed de adulterio con la reina; exasperóse el rey; la infeliz sultana ofendida de la manera mas dolorosa para una mujer, fue encerrada en la torre de Comares, mientras en la sala de los Leones fue degollado su supuesto cómplice Albin-Hamed con otros treinta y seis Abencerrages. Aun existen las manchas rojas de la sangre que se vertió en el teatro de aquella terrible catástrofe, que desde entonces llama la tradicion sala de los Abencerrages.

Como era natural, sus deudos, sus hermanos, corrieron á las armas tras una venganza que la causa santificaba; proclamaron rey á Muley-Hasen en medio de una conmocion, en que segun dice Perez de Hita, estuvo á pique de perderse Granada, que vió dos reyes disputándose cuál era el verdadero trono, si el que habian levantado los Abencerrages en la casa del Gallo en el Albaicin, ó el que sostenian manchado de sangre en la Alhambra los Zegríes.

El pueblo entre tanto sin gobierno, habia visto encarecerse y faltar los víveres, y habia acabado por revelarse tambien; un nuevo delito manchó aun mas el trono de la Alhambra con la muerte de Moraima, y sus hijos asesinados por el irritado rey, hermano de la una y tio de los otros, á quienes habia antes sumergido en la viudez y la horfandad con la muerte de Aben-Hamed: Muley-Hasen no pudo resistir este último golpe; corrió seguido de los Abencerrages y el pueblo á la Alhambra; forzó las puertas, y llegó hasta las del alcázar: la carnicería fue terrible; Boabdil huyó del acero de su padre, y los Abencerrages tomaron una terrible venganza acuchillando por centenares á los Zegríes.

Entre tanto Santa Fé habia levantado sus muros á la vista de los de Granada; un ejército aguerrido, organizado, sujeto bajo la férrea disciplina de los reyes católicos, contando entre sus gefes á Hernando del Pulgar, Mondejar, Cabra, Tendilla, los Mendozas y otros cien nombres, en fin, orgullo de la historia española, ansiaba el momento de asaltar aquella ciudad, que sola, sin mas ayuda que su valor habia resistido diez años el pujante poder de Castilla; los Abencerrages, cansados, ardiendo en una sed de insaciable venganza, desertaron de entre sus hermanos y se hicieron cristianos, llevando de este modo una terrible ayuda al ejército sitiador; en fin, Granada destrozada, vencida por sí misma, obligó á Boabdil á pedir gracia á los reyes católicos, proponiéndoles sujetarse á feudo y tributo; mas era tarde, y al fin se firmaron las capitulaciones de

entrega, figurando entre otras condiciones, que á los moros se les permitiria seguir usando su traje, hablar su dialecto y observar su religion, ademas de conservárseles sus propiedades; bajo esta promesa, el dia 2 de enero de 1482 adelantaron los conquistadores hasta llegar cerca de la ciudad, junto al Genil, al mismo sitio donde hoy se eleva la que fue ermita de San Sebastian, y hoy (vergüenza causa el decirlo), con mengua de su sagrada institucion, de sus recuerdos históricos, se ve convertida en taberna.

Apenas se concibe cómo han podido permitir las autoridades, que allí donde se ofreció á Dios el primer holocausto de los cristianos en Granada, en aquel edificio en cuyos ángulos duermen aun los ecos de las salvas de artillería que estallaron al entregar Boabdil las llaves de Granada á Fernando el V é Isabel la Católica, tengan lugar de embriaguez y prostitucion, y vergüenza el pensar que ojos estrangeros pueden mirar tanto abandono.

Yo he visto muchas veces desde allí la torre de la Vela, y me he conmovido de entusiasmo al considerar sobre ella á don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, agitando el pendon castellano; he creido escuchar al lejos su voz que gritaba: ¡Granada! ¡Granada! ¡Granada! por los muy altos y poderosos señores don Fernando V de Aragon y doña Isabel primera de Castilla.

Solemne debió ser aquel dia; terrible para los que no pudiendo sufrir la vista de los conquistadores pasaron á acabar sus cansados años á las abrasadas playas africanas los sombrosos y perfumados cármenes del Dauro.

Los reyes católicos crearon en la ciudad una chancillería; nombraron capitan general de la costa y reino de Granada al conde de Tendilla, y la dieron un prelado en el confesor de la reina, fray Hernando de Talavera, religioso de San Gerónimo, y hombre lleno de virtudes, si bien exageradas por un ciego fanatismo; comisionaron al cardenal arzobispo de Toledo, fray Francisco Jimenez de Cisneros, para que los convirtiese, faltando de este modo de hecho á la promesa de dejarlos libremente observar sus ritos; mandóse á los renegados volver al seno de la iglesia siendo presos los que resistieron; «tampoco esto se observaba, *dice el »buen historiador don Diego Hurtado de Mendoza*, hasta que subió al »Albaicin un alguacil llamado Barrio-nuevo á prender dos hermanos re»negados en casa de la madre. Alborotóse el pueblo; tomaron las armas,

»mataron al alguacil, y barrearon las calles que bajan á la ciudad; eli»gieron cuarenta hombres autores del motin para que los gobernasen.... »Subió el conde de Tendilla al Albaicin, y despues de habérsele hecho »alguna resistencia apedreándole el adarga... pusiéronse en manos de los »reyes, con dejar sus haciendas á los que quisiesen quedar cristianos en »tierra, conservar su hábito y lengua, no entrar la Inquisicion hasta »ciertos años, pagar fardas y las guardas; dióles el conde por seguridad »sus hijos en rehenes. Hecho esto, salieron huyendo los cuarenta elec»tos, y levantaron á Guejar, Lanjaron, Andarax; y últimamente Sierra »Bermeja, nombrada por la muerte de don Alonso de Aguilar, uno de »los mas celebrados capitanes de España, grande en estado y linaje.»

He tomado estos apuntes de la historia que de esta guerra escribió Mendoza, porque en ellos se concibe por los resultados la consecuencia de gobernar con escesiva rigidez á gente recien conquistada, díscola y crecida en otras costumbres; la intolerancia, la humillacion y la injusticia ejercidas con ellos como una cosa que no se teme; la soberbia de los conquistadores, la ambicion y mil otras miserias que caen sobre el vencido, exageradas y llevadas á cabo de una manera aflictiva; en fin, el disgusto de verse desposeidos de lo suyo, mandados por estraños y obligados á doblar su tambien grande fanatismo adoptando otra religion y otros hábitos.

Asi fue que se rebelaron por primera vez en 1492.

Reducidos por fuerza de armas á la obediencia, se vieron deportados, presos, vigilados, juzgados al fin sin piedad, y ejecutados á veces sin mas fundamento que el capricho, por el tribunal de la Inquisicion, creacion celebrada por algunos como una sabia medida política, y que yo miraré siempre por mas de una razon como muestra de vergonzosa debilidad por parte del trono, que no atreviéndose á fiar su poder á un ejército, se unió aceptando todas las condiciones á los hombres ambiciosos, que nacidos en oscuro linaje buscaban en las gradas del altar, sacrílegamente profanado por sus miserables ambiciones, una posicion que no podian adquirir por otro medio mas honroso sin valerse de las armas del fanatismo y la mentira. Los hombres que hacian de la hipocresía una costumbre abusaban de su poder; los avaros encarcelaban á los moriscos ricos, para apoderarse bajo el fisco de sus bienes; los lascivos encarcelaban á las mujeres y las hijas de los desdichados para pedirles la prostitucion de su vida; últimamente, los que solo eran fanáticos quemaban por cientos á

los infelices sin temor de Dios, invocando al mismo tiempo junto á las hogueras la gloria de su nombre.

Por otra parte la justicia ordinaria, no cesaba en los desafueros; los cristianos viejos estaban autorizados para hacer sufrir á los moriscos toda clase de vejaciones. Se cruzaban las competencias entre el capitan general, la chancillería y la Inquisicion; elevábanse quejas al rey, y entre tanto los ofendidos no hallaban quien les hiciese justicia, ni los acusados quien los salvase; hacinábanse unos sobre otros elementos de disgusto, y la exasperacion creció no solo cuando les forzaron á abrir sus casas, obligando á las mujeres á llevar el rostro descubierto contra su costumbre, sino tambien á abstenerse del baño; cuando les hicieron vestir á la castellana y se vieron violentamente separados de sus hijos: prohibiéronse las reuniones que pasasen de tres y llevaron el rigor á tal estremo que al fin dejado el temor se aprestaron en silencio al combate.

Don Fernando de Valor, el Zaguer, conocido como ya he dicho entre ellos por Aben-Xahuar el Zaguer, supo incitarlos de tal modo á la rebelion poniéndoles delante su miseria y la opresion que sufrian, que los redujo á nombrar un rey, juntándolos para ello el dia 27 de setiembre de 1568 en el Albaicin, casa de un morisco llamado Zinzan.

Allí les habló con toda la elocuencia que le prestaban su ambicion y los agravios que habia recibido, esponiéndoles cuantos desafueros les acosaban; que «tenidos como moros entre los cristianos para ser menospre»ciados, eran creidos entre los moros como cristianos para no ser socorri»dos ni ayudados» retratóles con los mas vivos colores la vergüenza de sus mujeres y de sus hijas; la pobreza á que se veian reducidos por la rapiña de los conquistadores; la poca seguridad de sus vidas y haciendas; y tal maña se dió que aceptaron por rey á don Fernando de Valor, su sobrino; mozo apuesto y valiente, de gran hacienda, que habia dado buena muestra de sí, matando uno de los acusadores de su padre encarcelado por delitos; dábale aun mas prestigio ser descendiente de Aben-Humeya, nieto de Mahoma; linaje que un tiempo tuvo el trono de Córdoba y Andalucía.

Con este intento se juntaron pocos dias despues los gefes de la conjuracion en San Miguel, casa de uno llamado el Hardon. Leyó un alfaqui una profecía antigua por la cual un mozo de sangre real, bautizado y herege de su ley habia de conquistar su libertad; y como esto concurriese en don Fernando, vistiéronle de púrpura; tendieron cuatro banderas en el

suelo á las cuatro partes del mundo, y le juraron rey: escribieron los capitanes á la gente para que aprestasen armas y estuviesen prontos á echarse sobre Granada el 24 de diciembre; y nombró Aben-Humeya capitan general á su tio Aben-Xahuar que partió á Cádiar.

Solo faltaba una ocasion de rompimiento y no tardó en presentarse; pasaba un capitan llamado Herrera con cuarenta caballos de Granada para Adra, y vino á alojarse á Cádiar; el Zaguer aprovechó la oportunidad, cohechó á los vecinos, y el capitan y los soldados fueron pasados á cuchillo mientras dormian, y los perpetradores huyeron levantando á su paso los pueblos de la sierra.

Hé aquí el estado en que se hallaban las cosas en las Alpujarras la Noche-Buena de 1568, época en que principia y termina la quinta y última parte de mi historia.

16

III.

Don Luis Osorio.

Son las ánimas; el Albaicin á esta hora otras noches tan tranquilo, deja oir tras las ventanas de cada casa el ruido de la vihuela y la pandereta; algunas sin embargo, permanecen oscuras y silenciosas; están habitadas por moriscos.

Grupos de villanos recorren las calles llenando las panaderías en busca de las tortas de Belen; las tabernas muestran la mayor animacion y en las plazas ociosos sin cuento rodean los ciegos que cantan á grito herido, el sublime misterio del nacimiento del Hombre-Dios.

Y sin embargo, la nieve que se desprende en espesos copos, blanquea los sombreros y las capas de la multitud.

En una de estas plazas mas cercanas á la ciudad hay una casa que forma sola uno de sus lados; á la puerta hay pajes y escuderos ostentando rica librea, y las columnas árabes de su ancho patio están iluminadas por grandes faroles pendientes del centro de las galerías.

Subiendo la estensa escalera de mármol blanco cubierta en el centro en toda su longitud por una alfombra, se llega á un largo corredor y frente á una gran puerta que entreabierta deja ver una antecámara alhajada con toda la profusion de la opulencia y el buen gusto; siguiendo el corredor, se pasa junto á muchas puertas y al fin el curioso tiene que

detenerse ante una baja y estrecha ó seguir adelante á través de un largo y torcido pasadizo mal alumbrado por una lámpara ; al fin de él hay otra puerta y tras ella un aposento cuadrado.

Dentro ya, puede observarse su estructura y mueblaje; el pavimento es de mosáico árabe ; las paredes revestidas de estuco, y la ensambladura del techo pertenecen al mismo órden de ornamento ; una puerta en un ángulo da salida á otro corredor con quien comunican otras puertas y conduce á una escalera á cuyo pié hay un postigo que da á una calle oscura.

Tiene ademas la habitacion un espacioso dormitorio y dos ventanas cubiertas de espesas celosías que dominan la siempre solitaria calleja.

Sobre una mesa, en el centro, se ven dos bujías encendidas y junto á ellas esferas, mapas enrollados y libros en fólio ; vénse en torno sillones forrados de damasco negro, tachonados de macizos clavos de plata ; amen de esto, una gran copa de cobre junto á la mesa, guarda bastante fuego para dar á la estancia, á pesar del intenso frío que se siente fuera, una templada temperatura.

Sentado junto á la copa hay un jóven como hasta de veinte y cuatro años ; está cubierto de hierro y junto á él en un sillon, se observan una reluciente celada con penacho blanco, dos guanteletes y una enorme espada de combate : ademas una fuerte adarga se apoya descansando en el pavimento y muestra un blason coronado con una encina de oro en campo de gules cuyas ramas parecen agitadas por el viento con este mote en torno : *Aunque airado me combatan, siempre firme á buena ley por mi patria y por mi rey* : amen de esto, se ve tras el blason estendiendo los rojos brazos una cruz de Santiago.

El jóven está profundamente pensativo ; con las piernas cruzadas y estendidas, el brazo derecho apoyado en el sillon, la cabeza reclinada en la mano y los ojos casi cerrados ; pudiera creérsele dormido á no jugar en ademan distraido su mano izquierda, con el cordon de oro que sujeta á sus hombros una larga capa encarnada.

Su rostro, sin ser realmente hermoso, posee esa espresion indefinible que reemplaza con ventaja á la belleza y que se denomina, generalmente hablando, gracia; formas varoniles y enérgicas, una de esas semblanzas imponentes que nos hacen concebir á primera vista un corazon brioso y un alma impresionable y llena de franqueza ; dánle mas realce los pesados rizos de una brillante cabellera que caen en descuido hasta descan-

sar en los hombros, y un negro y finísimo bigote cortado á la flamenca, forma un peregrino contraste con las demás partes de su barba cuidadosamente afeitadas.

Un nuevo personaje aparece junto al jóven, es un hombre completamente vestido de negro, un bello jóven; cuando le conocimos, contaba veinte años, era judío y se llama Benjamin-Isaac; ahora cuenta treinta y seis, el dolor ha impreso su huella en su rostro y se llama don Gonzalo; y no es porque haya renegado, pero la Inquisicion quemaba á los judíos y Benjamin no aspiraba á la palma de San Lorenzo; su modo de vivir ha variado tambien; el cincelador de oro se habia trasformado en astrólogo, matemático y pintor. Alcanzaba ademas un tanto de destreza en la esgrima, y hé aquí como vino á morar en la casa del marqués de Encinares, pues necesario es decir, ya que llegamos á este caso, que el aposento en que ahora le vemos pertenece á la casa de don Juan Osorio, del cual y de Eleonora Gieromi es hijo don Luis, el bello jóven pensativo que he tenido el honor de presentar á mis lectores.

Vióse acometido un dia don Juan, tiempos atrás, por cuatro bandidos al entrar de noche en la ciudad; la superioridad del número le abrumaba, y hubiera sucumbido porque las habia con hombres diestros á no prestarle una eficaz ayuda Benjamin que volvia de uno de los solitarios paseos á que le llevaba lo amargo de sus pensamientos; los agresores huyeron y la casa del agradecido marqués de Encinares se abrió para dar un asilo al judío desterrado de Venecia por el padre de Angiolina.

La historia del malhadado Benjamin fue un secreto para su protector; pasaba dias y noches encerrado en su aposento, y si alguna vez lució en sus labios una sonrisa al hablar con don Juan ó al sentar sobre sus rodillas á don Luis ó á doña Irene, hijos de este, fue una sonrisa forzada, arrancada al dolor por el agradecimiento.

Al entrar esta noche en su aposento, se pintó en su semblante una doble espresion de alegría y de sobresalto al descubrir al jóven y su atavío de combate: don Luis le oyó acercarse, devolvióle un respetuoso saludo, é indicándole que se sentara, le dijo:

—Os esperaba, don Gonzalo.

—Y yo os buscaba, señor marqués, contestó Benjamin.

—Pues bien, ya está satisfecho nuestro comun deseo, ahora dispensadme el que haya entrado sin vuestra noticia en este aposento, porque vengo á confiaros un secreto.

—¿Secretos?

—Si, escuchad: hace mucho tiempo, antes de que viniéseis á nuestra compañía, el año 52, llamaron unos hombres á la puerta de nuestra casa; aunque entonces no contaba yo mas que ocho años y mi hermana diez, nos acordamos de los detalles de la escena que os voy á referir por la impresion que nos hizo; mi madre á quien vos no conocísteis estaba sentada cabalmente donde lo estais y nos leia la historia de Carlo-Magno; mi padre jugaba con Irene á quien habia sentado sobre las rodillas; nada tan bello como aquel cuadro en que una mujer jóven y hermosa nos trasmitia con su sonora voz las hazañas de tanto valiente caballero; que si interrumpia la lectura era para besar mi cabeza reclinada en su regazo ó para lanzar una mirada de maternal envidia á mi padre que acababa de besar á mi hermana. ¡Vive Dios! don Gonzalo, que á aquel cuadro le faltaba un segundo término sombrío, y no tardó en aparecer.

Cuatro hombres enmascarados abrieron la puerta y adelantaron; mi padre dejó á Irene y escitado sin duda por un vago presentimiento corrió á su espada y la desnudó acometiendo á los encubiertos, de los cuales tres se apoderaron de mi madre y el otro disparó un pistoletazo sobre mi padre que vaciló un instante y cayó al fin bañado de sangre. A la esplosion acudieron armados los pajes y los escuderos y cercaron á los bandidos. ¡Vergüenza causa decirlo! veian á su señor haciendo impotentes esfuerzos para levantarse; veian á mi madre luchando con la fuerza de la desesperacion entre los brazos que la aprisionaron, y sin embargo á la voz de ¡favor al Santo tribunal de la Inquisicion! la canalla se prosternó aterrada, y mi madre fue arrebatada de nuestra vista para no volverla á ver mas.

El jóven se enjugó una lágrima arrancada por aquel recuerdo y continuó:

—Mi padre luchó mucho tiempo con la herida que al fin se cerró; el dia que le salvásteis de la muerte volvió á abrirse y murió al fin; todo os lo reveló antes, lo sabeis: nos confió pobres huérfanos abandonados á vuestros cuidados y habeis cumplido hidalgamente vuestra mision, don Gonzalo; si os he dicho aquel triste acaecimiento ha sido para motivar una resolucion que he adoptado y que llevaré á cabo porque ella guarda mi venganza.

—Os comprendo, don Luis; quereis vengar á vuestra madre, nada mas justo: pero ¿á quién vais á herir?

—¿A quién? á la Inquisicion; nada me digais, don Gonzalo, mientras he sido niño he llorado; hombre ya, quiero sangre y la tendré, la tendré porque hay un pueblo entero á quién asociarse, la tendré porque mi causa es santa.

—¡Oh! sí, lo habia presentido y os buscaba por eso; lo habia presentido al ver los semblantes de los moriscos llenos de terrible calma; sus miradas mas humildes que nunca, sus casas cerradas ocultando tal vez dentro de cada una, una turba pronta á revelarse; os buscaba porque sabedor de vuestro ódio al rey y á la Inquisicion os he creido, y no me engaño, señor marqués, envuelto en esa trama tenebrosa, que producirá sangre inútil, sangre quizá inocente que se mezclará con la que destile de los cadalsos.

Y luego añadió en un tono mas bajo.

—Ninguno mas que yo ódia ese sistema de tiranía y de injusticia que se ha adoptado para con los moriscos; sé que la administracion de justicia es monstruosa, intolerable; sé que esa multitud de tribunales ocupados en competencias jurídicas se ensañan, se disputan la presa que padece largos años en un encierro, y que viene al fin á morir entre las manos del mas fuerte; ninguno mas que yo se estremece al solo nombre de la Inquisicion; y sin embargo, callo por prudencia y sufro por necesidad.

—¿Y quereis que yo tambien calle y sufra cuando me han arrojado á la horfandad, cuando me han insultado, cuando han salpicado mi blason de sangre?

—Sí, lo quiero porque debe ser, don Luis; porque un caballero debe sostener á todo trance el mote que ha unido á su nombre; porque, no os enojeis marqués, para servir á vuestra venganza habeis de ser traidor al rey, á vuestro país, á vos mismo; porque, al cubriros de infamia, cubrís tambien á vuestra hermana; porque entregais al martillo del verdugo las armas de vuestros abuelos que sostuvieron sin mancha su brillo durante tantos siglos. ¿Y á quién os asociais? á gente perdida que ni recuerdo tiene de los que fueron sus antepasados; á miserables, cuyo único objeto es la rapiña y el bandidaje. ¿Qué insultos han sufrido los Valor ennoblecidos por Fernando V, dejados por sus sucesores hasta Felipe II en quieta y pacífica posesion de una donacion inmensa? Quieren reinar, la ambicion los ha embriagado y han empezado á representar una farsa que empieza como comedia y cuyo desenlace, á no dudarlo, será terriblemente trágico. Y vos, vos rico-home cubierto ante el rey; vos uno de

los apoyos mas brillantes del trono habeis aceptado un papel sea el que quiera, en esa farsa y habreis jurado por rey en medio de un vergonzoso misterio ¿á quién, don Luis? A don Fernando de Valor, á un hombre de dudoso orígen, que sorprende á sus parciales con falsas profecías y se llama descendiente de Mahoma; ¡vive Dios, don Luis! ¡hubiera dado la mitad de mi eternidad por haber visto la sonrisa de desprecio que asomaria al labio del ambicioso rebelde, al ver ante sus piés... á un Encinares, á un noble castellano, á un hombre que puede sembrar con oro las tierras patrimoniales de su vergonzosamente aceptado rey!

Don Luis habia escuchado con un visible disgusto el razonamiento de Benjamin; pero cuando sintió herido su orgullo, su semblante se enrojeció, sus ojos naturalmente lánguidos se animaron con una espresion de furor inconcebible y esclamó en acento reconcentrado:

—Nunca creí abusárais de tal modo de vuestra posicion, don Gonzalo.

—Escuchad, señor marqués, cuando vuestro padre murió me dijo: espero que velareis por ellos como un padre, que si alguna vez pisan la senda del mal, les apartareis de ella con todas vuestras fuerzas; ¿os acordais de lo que añadió, vos que estábais presente, don Luis?

El jóven bajó aterrado la frente en que antes se pintaba la amenaza al recuerdo que evocaba Benjamin; su padre habia dicho, poniendo su mano cadavérica sobre la cabeza del niño que lloraba de rodillas: hijo mio, te dejo mi nombre; si lo conservas con honra, Dios te bendiga; si lo manchas, desoyendo los consejos de mi único amigo á quien lego mis derechos de padre, mi maldicion caiga sobre tí. Y don Luis se estremeció al murmurar aquellas palabras que su memoria habia acogido en un momento solemne.

Benjamin aprovechó aquella situacion, y asiendo las manos del jóven, dijo con una voz tiernamente afectuosa:

—¿No es verdad, hijo mio, que escuchareis mis ruegos y que os retirareis de esa descabellada rebelion?

—He empeñado mi palabra de caballero, padre mio, contestó el jóven sin levantar los ojos del suelo, pero, añadió fijándolos con una generosa valentía en los de Benjamin, la retiraré, les retaré á muerte y me batiré con ellos... porque... ¡me llamarán traidor!

Benjamin se dejó caer sobre un sillon.

—No hay otro medio, observó el jóven.

—Si, sí, id y Dios os proteja, don Luis.

—Escuchad ahora el fin de mi secreto. Amo á una mujer.

—Y bien...

—Esa mujer pertenece al pueblo.

—¿Y es honrada?

—Sino lo fuera no la amaria, don Gonzalo.

—¿Os ama ella?

—Nunca me lo ha dicho, me ha esquivado por orgullo, porque soy noble y poderoso.

—Ha hecho bien, repuso Benjamin suspirando al recordar sus amores con Angiolina.

—Y sin embargo me ama. Empeñado en una empresa dudosa, todo lo habia previsto para mi fuga, y no queria huir solo.

—¿Eso mas, don Luis?

—¡Oh! de esto no me aparteis, dijo el jóven asiendo una mano de Benjamin; sé que podrá haber escándalo, pero todo lo justifica el matrimonio. Ahora bien, tiene un hermano valiente, atrevido; ese hombre es mi espadero y para apartarle de María le he mandado llamar en nombre vuestro. Tened compasion de mí, don Gonzalo, y entretenedle con cualquier pretesto. Todo lo que me digais es inútil. Voy á haceros mi último encargo: voy á arrostrar la muerte; si á las doce no he venido, rogad á Dios por mí; entonces ireis á la Alhambra, este papel os guiará y recogereis mi cadáver para darle sepultura.

—Pero, don Luis...

—Os dije ya que no cedo. Dadme la llave del postigo.

Benjamin se resignó á tanta exigencia porque conoció lo inútil de los ruegos y de los consejos; fué á la mesa, abandonó en ella distraido, el papel y tomó una llave que dió á don Luis.

—Id con Dios, marqués, le dijo, yo rogaré á él por vos.

El jóven cubrió sus cabellos con el casco, se puso los guantes y se ciñó la espada abrazando á Benjamin, que por un movimiento espontáneo le abrazó tambien; parecia una despedida aquel abrazo que unia á dos hombres temerosos tal vez de volverse á hablar sobre la tierra.

Don Luis salió, tomando su adarga, por la puerta que conducia al pasadizo, á cuyo fin estaba el postigo; Benjamin fué cuidadoso á la ventana cual una madre que quiere ver alejarse á su hijo, le vió montar en un caballo que le esperaba y alejarse al galope.

La puerta de entrada se abrió, y un paje pronunció en ella estas palabras que helaron su sangre :

—Señor, un hombre que dice llamarse Pietro Pazzi, os pide le concedais una entrevista.

—Que entre, respondió Benjamin en voz casi ininteligible.

Un momento despues entró en el aposento el senador veneciano, despojóse del sombrero y adelantó hácia el amante de Angiolina.

IV.

La rueda de la fortuna.

Aquella visita inesperada aturdió á Benjamin, que ignorando su objeto, tembló de piés á cabeza á pesar de la benevolencia que se pintaba en el rostro del senador, que se acercó tendiéndole la mano.

—Al fin os encuentro, Benjamin, despues de haber corrido en vuestra busca la mitad de España.

—¡ Monseñor !

—Me admira vuestra estrañeza, ¡ qué ! ¿ tan olvidados teneis los acaecimientos de vuestra vida, que os parece increible el que yo, que os desterré de Venecia, os busque para deciros : Benjamin, volved á cerrar los ojos á vuestros ancianos padres?

—¡ Viven !

—Si, viven y quieren abrazaros antes de morir ; ademas... Pietro Pazzi se detuvo.

—Seguid, monseñor.

— Yo no puedo olvidar que soy padre, que tengo una hija que sufre y que vos..... que vos en fin sois el padre de mi nieta.

—¡ Teresa ! ¡ mi Teresa ! esclamó el judío asiendo los vestidos del senador y arrojándose á sus piés, ¡ oh ! ¡ dejádmela ver, monseñor, á mi hija, á mi pobre hija, de quien estoy separado hace diez y seis años !

—Pues qué, ¿ no la trajísteis con vos, Benjamin?

—¡Qué! ¿no está en Venecia? ¿he perdido mi hija?

—¡Perdida!...

—Si, monseñor, perdida, sino sabeis el paradero y el nombre del que la salvó de vuestro poder aquella terrible noche.

—¡El nombre! ¡oh! ¡si eso solo fuera!... aquella misma noche, Benjamin, le asesinaron en su posada.

—¿Y los asesinos? la república de Venecia que todo lo sabe, que penetra hasta los pensamientos de los que gobierna ¿no ha podido encontrarlos y descubrir el paradero de Teresa por los rastros?

—Benjamin, aquella noche envié un paje mio en su busca; la hospedería estaba consternada, su aposento manchado de sangre; pero él y su servidumbre habian desaparecido.

El dolor de Benjamin estalló de una manera horrorosa; maldijo su existencia, y maldijo al marqués de Encinares que le habia protejido.

Al escuchar Pietro Pazzi el nombre del marqués se dilataron sus ojos, una espresion de marcado interés se dejó ver en ellos y preguntó al judío:

—¿Conoceis á don Juan de Osorio, marqués de Encinares? y como Benjamin absorto en su dolor no le contestase; le asió de un brazo y tornó á decirle: ¿conoceis al marqués de Encinares?

Benjamin miró fijamente al senador y le dijo con acento sombrío:

—¡Ha muerto!

—¡Muerto! ¿y su esposa Eleonora Gieromi?

—Muerta tambien.

—Mintió quien tal os dijo, yo sé que vive, Benjamin.

—¡Vive! esclamó saliendo de su abatimiento el judío.

—Si, escuchad: hace seis meses recibí esta carta de un religioso de la órden de la Redencion de esclavos en Argel, en que me incluia estas otras dos. El senador mostró sucesivamente las cartas á Benjamin; esta es, dijo, de un pirata á quien conoceria entre ciento, y que en 1535 me arrebató á Eleonora á la vista de mis soldados; leed:

La carta decia asi:

«Cristiano: si por la mujer de ojos negros que apresé en Venecia la noche de San Marcos, y que volví á apresar en Granada en 1550 me das diez mil doblones, la pondré en salvo en tu poder cuando entregues esta cantidad al ermitaño del cerro de los Mártires de aquella ciudad. Para el capitan Pietro Pazzi Manuel Asencio, capitan renegado.

—¿Y estais seguro monseñor de que no es un pretesto esta carta?

—Mirad esta y os convencereis; es de mano de Eleonora, cuya escritura he visto demasiado para poder engañarme; si, si, es de ella vive, Benjamin.

Benjamin tomó la segunda carta y la leyó: en ella suplicaba Eleonora al senador la rescatase y le llamaba con urgencia.

—Y he aquí, continuó Pietro Pazzi, tomando las cartas que le devolvia Benjamin, cómo por una casualidad al venir á libertar á mi cuñada, ós he encontrado. Si mal no recuerdo, pasábais harto de prisa al oscurecer por junto á la cruz del Campillo.

—Es verdad, monseñor, buscaba á don Luis, ahora marqués de Encinares, porque su ausencia me tenia inquieto.

—Y yo os seguí hasta la entrada de esta casa, despues volví á dejar mi cabalgadura en una posada, y héme al fin junto á vos.

—¡Y mi hija! volvió á decir el judío.

—¡Vuestra hija! ¡vuestra hija! la buscaremos, Benjamin, la encontraremos tal vez, como hemos encontrado á Eleonora. Podeis volver á Venecia, y si consentís en cubrir las apariencias, siendo cristiano sereis mi hijo.

Una lágrima de agradecimiento rodó por el rostro del proscripto; habia sufrido mucho y no se atrevió á hacer el sacrificio de su amor á Angiolina y á Teresa ante el arca de la Santa Alianza; al fin era hombre y esta debilidad por lo tanto disculpable.

—¡Oh! ¿quién sabe monseñor? contestó.

El senador le abrazó.

—Ahora, Benjamin, guiadme á la ermita de los Mártires.

El judío tomó su capa y su sombrero, y ciñéndose una espada, llamó á un paje.

—Guzman, le dijo, si viene preguntando por mí el espadero del señor marqués hazle esperar.

El pagecillo alumbró hasta el corredor al senador y á Benjamin que salieron; despues se sentó en un sillon y se quedó dormido.

Sonaban entonces en la iglesia del Salvador las diez de la noche.

V.

Irene.

Ahora, lector, sígueme por la pequeña puerta que dió salida á don Luis al segundo pasadizo; luego abramos otra puerta y entremos.

¡Qué magnífica estancia! es un pepueño gabinete, cuyas dos ventanas defendidas por cristales cuidadosamente cerrados, dan á la misma calleja que las del aposento de Benjamin; entre ellas hay un grande espejo objeto en aquella época de gran lujo; debajo de él una mesa tocador; en frente un estradillo con un mueble semejante á un sofá de alto respaldo y forrado de raso azul turquí; sobre el sofá un retrato de mujer entero de asombrosa belleza: es el retrato de Eleonora Gieromi; últimamente un juego de sillones hermanos del sofá, una alfombra, azul tambien, y un candelero de plata con dos bugías encendidas, completan la descripcion.

Recostada en el sofá hay una mujer como de veinte y seis años, de formas desarrolladas y voluptuosas, viste con elegancia y su cabellera recogida hácia dentro en forma de melena, mas semeja á la de un hombre esquisitamente cuidada que el voluminoso peinado de una mujer; es semejante en fin en un todo al que adoptan nuestras elegantes al salir del baño.

Su semblante no puede llamarse lindo, pero sí hermoso; posee un maravilloso atractivo, debido sin duda á la seductora coquetería de sus negros ojos; su corte particular, su tez ligeramente morena le separan

de los tipos europeos, asiáticos, griegos ó egipcios; es un verdadero tipo andaluz-africano lleno de languidez y de seduccion.

Aquella mujer debe haber sufrido mucho: su mirada revela un pensamiento entusiasta y delirante; todo en ella deja conocer al observador un alma impresionable, mostrando á veces la espresion de un poeta inspirado, que solo puede comprender otro poeta.

Junto á ella, como abandonado en un momento de desden, hay un libro con rica encuadernacion: es la última edicion de las poesías de Juan de Mena.

Aquella mujer sola, dentro de aquel elegante retrete, se ocupa en fastidiarse. Inmóvil, con la vista fija, su vida está replegada á su pensamiento; por la gravedad y el disgusto de su mirada es difícil conocer si aquella mujer sufre porque no ama ó porque ha amado; yo, escritor concienzudo la encuentro impenetrable, y no me atrevo á aventurar mi opinion.

Pasaron algunos minutos despues que he puesto en escena este nuevo personaje. Reinaba el mas profundo silencio, solo interrumpido por los gritos lejanos del pueblo que cantaba villancicos en las plazas y en las tabernas; mezclábase á esto el ruido acompasado de la lluvia por fuera y algun lejano trueno que arrastraba rodando la tormenta; y la mujer permanecia inmóvil.

De improviso del fondo de la calleja salieron unas débiles vibraciones, que al fin se escucharon distintamente, y una voz acompañada del sonido de una vihuela se alzó rompiendo el silencio; la mujer, que no era otra que Irene, hermana del marqués de Encinares, hizo un movimiento y escuchó las siguientes estancias, cantadas con tanta armonía, con tanta claridad y tan cerca que no se perdia una sola frase.

¡Ay del hombre que nace desdichado!
¡ay del que busca flores
en un valle de lágrimas regado!
¡ay del que ve llagado
el jóven corazon lleno de amores!

¡Ay del triste que adora
y un imposible á combatir se lanza!
¿no concebis, señora,

la pena torcedora
que acompaña á un amor sin esperanza?

. . . .

Tú, celestial hermosa,
quizá comprendes el febril sonido
de cítara enojosa,
que en vibracion medrosa
el ancho espacio atravesó perdido.

¡Mujer! ¡mujer! de mi laud sonoro
solo puedo ofrecerte los cantares;
no puedo darte oro,
mas puedo, sí, decirte: yo te adoro,
tuyos son mi despecho y mis pesares.

Puedo seguir tu huella,
cual sigue en raudo vuelo de contino
al rojo sol la vespertina estrella;
de tu mirada bella
mi mirada poner en el camino.

¡Oh! no puedes del alma que te adora
llegar al hondo seno,
y robarla, señora,
tu faz encantadora,
ni tu recuerdo de deleites lleno.

¡Por Dios, dulce hermosura!
olvida mi cantar si dióte enojos;
déjame la amargura
y que solo ventura
muestre el mirar el sereno de tus ojos.

Calló la voz; Irene se levantó con intencion de dirigirse á la ventana, pero la detuvo el temor de que la luz reflejase su sombra en las cortinas de séda de los cristales y volvió á arrojarse en el sofá.

Bien considerado, las estancias, aunque no de un gran mérito en poesía, eran tímidas, sentidas; la voz que las cantó, temblorosa, estaba llena de dulzura y de amor; era casi una adoracion aquel homenaje, rendido fantásticamente en medio del misterio: Irene halagada algun tanto como toda mujer que se oye llamar hermosa, celestial, hechicera, sintió una viva curiosidad de conocer el músico de las dulces trovas, y sin meditar que llevando á cabo una entrevista, autorizaba á quien quiera fuese á decirla amores, decidióse y salió resuelta á valerse de Benjamin.

La habitacion de este, estaba como he dicho, muy próxima á la suya; Irene llegó en silencio hasta ella, empujó la puerta, y entró despertando de su ligero sueño al paje, que al verla se puso respetuosamente de pié, haciendo una profunda reverencia.

La dama se sentó en un sillon y dijo al niño.

—Dí á tu señor que necesito verle.

—Ha salido, señora, mas debe volver pronto, porque tengo órden de hacer esperar, si viene, á maese Pablo el espadero de su escelencia.

Una rápida espresion, difícil de percibirse, se mostró en el semblante de Irene que hizo salir al paje, y empezó á pasear lentamente por la estancia.

Su semblante retrataba encontradas afecciones; el orgullo, el abatimiento, la resolucion; aquella mujer luchaba sin duda con un pensamiento que tanto la halagaba como la desplacía; parecia decidirse, iba á la puerta por donde entró, y al abrirla retrocedia y volvia á su solitario paseo, como si un oculto poder la retuviese en aquella estancia.

Pasó algun tiempo y entre el silencio se oyeron dos voces que hablaban á la parte esterior de la otra puerta del aposento; eran la voz del paje y otra para nosotros descononida; Irene al escucharla huyó hácia la puerta á que habia llegado en vano, la abrió y permaneció oculta tras ella en tanto que por otra entraban el paje y un jóven como de diez y ocho años de edad, del cual procede á hacer el retrato, segun indispensable costumbre.

Era un gallardo mancebo, ni alto ni bajo; blondos cabellos, ojos pardos y muy dulces, megillas blancas, levemente coloradas, y boca espresiva, cuyo labio superior estaba cubierto de un fino y delicado bozo negro; su talle, sujeto por un justillo de paño carmesí cerrado con agujetas de plata, era esbelto como el de una dama, aunque bastaba á sostener pendiente de un charolado cinturon de cuero, una enorme espada de gigan-

tesca empuñadura y larga cruz sobre la cual casi incitaba á risa su siniestra mano blanca y pequeña cuyos dedos sonrosados en sus delicados estremos, parecian no haber tenido jamás otra penosa ocupacion que apartar de la frente los rizos de la suave cabellera, ó pulsar el blando cordaje de la vihuela que ostentaba asida por el mástil la derecha. Un sombrero gris de anchas alas rodeadas de una pluma encarnada, unos calzones azules que caian en pliegues atados bajo la rodilla con un vistoso lazo, unas medias de estambre tambien encarnada y unos zapatos de ante con hebillas de acero, completaban su traje, sobre el cual sujeta en el hombro izquierdo y arrastrando sobre la alfombra su estremo derecho, figuraba una capa parda con divisa militar en el cuello.

—Teneis que pagarme la enhorabuena, le decia contemplándole con envidiosa admiracion el paje, por vuestro empleo de sargento de cuadrilleros de la Santa Hermandad, señor Pablo.

El jóven cuadrillero se sonrió, dió una palmadita en la cara al rapaz, y abandonando la empuñadura de la formidable tizona, buscó en su bolsillo un real de á ocho y se le mostró.

—¿Quién os pide dinero? contestó con un acento casi desdeñoso el pajecillo.

—Veamos, pues, ¿qué quieres? contestó guardando su real el de la vihuela.

—Quiero... ¿me prometeis hacer lo que os diga?

—Conforme sea.

—Quiero que me enseñeis una de las bellas canciones que cantais tan amartelado todas las noches en esa calleja.

Pablo se retiró dos pasos, y puso un gesto como si le hubiese picado una vívora.

—¿Quién, yo? ¿que canciones ni qué...?

—A otro con esa que á mí no, seor sargento; ¡vaya en gracia! pregúnteselo á Hipólita, la doncella de los rojos cabellos, á quien poneis de sol, de estrella y de luna y que mas sé yo, que no hay quien la aguante,

—¿Con qué es decir que cree esa ninfa que yo me desvelo por ella?

—Cierto que sí.

—Pues miente y se engaña si ha creido que mis cancio...

—Os pillé; vos sois, sí, vos sois el músico, dijo el muchacho riendo estrepitosamente.

—¡Calla! diablillo ¡calla!

—¿Y quereis que os diga el nombre de la dama que os trae sin seso, y la ventana de donde ha caido algun misterioso ramillete mientras cantábais, seor Juan-niega? ¡no, que me mamo yo el dedo! y acompañaba la accion á la palabra.

Pablo se mordió los labios de impaciencia y de rabia, y contestó asiendo al pajecillo de un brazo.

—Si, si, si, te enseñaré una, dos, tres, trescientas; pero calla y llévate esa vihuela donde no la vea don Gonzalo.

—Bueno, y yo quiero enseñaros otra copla que compuse anoche á estas horas; vos la hareis el acompañamiento; escuchad; os cuadra como para vos solo:

Y el muchacho empezó á cantar arañando la vihuela:

Arroja flores la infanta,
detras de sus miradores,
al que diciéndola amores
junto al muro, dulce canta.
—¡Pobres flores,
que en el mirador crecísteis!
¿dónde fuísteis?
—Somos de amor portadores.
¡Ay si duran los favores,
lo que vosotras vivísteis!

Y huyó riéndose de Pablo, que exasperado con el doble sentido de la cancion, alzaba sobre él su blanca mano cerrada y desapareció, en tanto se escuchaba al través del corredor su alegre voz que repetia los dos últimos versos:

¡Ay sí duran los favores
lo que vosotras vivísteis!

—Todos lo saben, murmuró el jóven sentándose, todos menos ella, acaso; ¡flores! ¡flores! y yo las he besado, miserable, loco, cuando tal vez eran una burla de ese desvergonzado pajecillo. ¡Vive Dios! haria un pacto con el diablo, por ver aquí, junto á mí á la ingrata Irene.

Apenas dijo estas palabras, que pronunció en voz alta, se abrió la puerta, tras la cual escuchaba la hermana del marqués, que entró en la

estancia, y dejó oir al ver á Pablo una ligera esclamacion de sorpresa que nadie hubiera creido fingida.

El reciente cuadrillero volvió la cabeza y se estremeció á la presencia de la que habia evocado, arrepintiéndose de su sacrílego juramento; palideció y se puso maquinalmente de pié, despojándose respetuosamente de su enorme sombrero y permaneciendo en una actitud tímida.

—Dios bendiga á vuestra escelencia, señora, dijo al fin á duras penas en voz entrecortada, perdonad... yo creia...

—¡Ah! ¿sois vos, Pablo? contestó Irene acercándose, con ese acento de fría superioridad que aunque familiar establece una verdadera distancia entre el que lo escucha y el que lo pronuncia; ¿como os va?

—Siempre bien para serviros, señora, contestó Pablo aterrado ante aquella mujer á quien adoraba y que no habia podido comprender.

—Os sienta bien el uniforme de cuadrillero, ¿estais contento con él?

—Le he adoptado por necesidad, señora, y sin embargo agradeceré siempre al señor marqués el favor que me ha dispensado para conseguirlo.

—No os comprendo.

—Me comprendereis, señora, cuando os diga que solo por amor á mi madre he consentido en ser cuadrillero, porque moriria de ansiedad si me viese partir á guerrear con los moriscos. Y yo maldigo esta profesion que en vez de lanzarme á las Alpujarras, me lanzaria cuando mas hácia Alcaudete ó Loja, donde no se encuentra la muerte, donde huyen los malhechores al solo nombre de la Santa Hermandad, sino tuviese, debida tambien al poder del señor marqués, la plaza de armero de los cuadrilleros.

—Y sin embargo, podreis crecer en empleo á la sombra de mi hermano, á quien no pesaria ser vuestro padrino si eligieses una esposa honrada...

Pablo fijó una mirada intensa, apasionada, en la mirada de Irene, que permaneció impasible.

—¡No lo será, señora!

Hubo un momento de silencio.

—Dispensadme, si pobre, miserable, me atrevo á abrir mi corazon á una dama noble y poderosa—Irene prestó á las palabras del jóven una desdeñosa atencion—sois tan indulgente, tan compasiva, que no os desdeñais de hablar algunas veces con vuestros criados.

—Sentaos, Pablo, sentaos.

—Ademas, señora, no es un crímen amar. Y yo... yo... amo á una mujer que no puede ser mi esposa.

Irene escuchaba distraida.

—No puede serlo, porque es noble, rica y orgullosa; porque si yo la dijera señora: os amo, me despreciaria. ¿No es verdad?

—¿Qué deciais?

—Digo, señora, contestó Pablo exasperado por la orgullosa indiferencia de Irene, que he dicho bastante para que comprendais que os amo. Digo que sufro demasiado, que quiero escuchar de vuestro labio una sola palabra, que me consuele, que aleje de mi pensamiento las horribles tentaciones que me acosan, digo...

—Que sois un loco, Pablo; un loco que no conoce el mundo en que vivimos. Si el hombre y la mujer son naturalmente iguales, tambien es cierto que el mismo hombre ha creado gerarquías separadas de hecho por las gradaciones de la escala social, y aisladas en su círculo particular por un abismo que separa á las unas de las otras. Este abismo, en los hombres que piensan, Pablo, son el orgullo si pertenecen á las clases inferiores, el temor del ridículo cuando se hallan comprendidos en la alta esfera social. Necedad, es verdad, pero necedad que han deificado los que vinieron antes que nosotros, y que debemos respetar para que no nos calumnien y nos insulten á mansalva.

—¿Es decir, señora, que habré de sufrir esa injusta ley sin revelarme? ¿es decir que no puedo emanciparme de ella, y que habré de veros sin poderos dirigir una mirada, sin matar al hombre que sonria á vuestro lado y goce en vuestra sonrisa? ¿que nada os podré exigir, porque á nada os obligan mis amores, mas que á una humillante compasion? Y sin embargo, señora, ¿quién os pide un amor público que haya de acabar en un enlace? ¿creeis que no soy demasiado orgulloso para esponerme á que dijeran: ha abusado de la debilidad de una gran señora (porque debilidad llamarian cuando menos vuestro amor hácia mí) para salir de la oscuridad de su vida sin nombre; la ha enamorado porque es opulenta? No, señora, no; lo que quiero de vos es un amor misterioso, infinito; es lo que podria exigir de una reina, un afecto puro, desinteresado, como el que profesa una hermana á su hermano, una madre á su hijo. Os sonreís con desden, porque acaso no concebís ese amor gigante que se alimenta en sí mismo, porque no creeis que exista un ser capaz de un sentimien-

to sublime. Y lo creereis, señora; va á empezarse una guerra terrible; Flandes y Francia ostentan á los españoles, ademas, dos brillantes campos de batalla; decidme que me amais y partiré; decídmelo, é iré á buscar un nombre y un título al pié de las murallas de París ó de Gante, y si vuelvo lleno de gloria y de riqueza, prometedme acoger mis amores cuando el mundo no os pueda decir: ha manchado su nombre uniéndolo al de un hombre oscuro.

—Habeis hecho un razonamiento, hermano de las bellas canciones conque comprometeis hace tanto tiempo mis ventanas, alguna de las cuales os ha valido una flor que ya estará marchita; las esperanzas en amor, Pablo, son como las flores: halagan un momento y se marchitan despues.

—Pues bien; dadme una esperanza y yo la conservaré dentro de mi corazon aunque se marchite, como guardo sobre él la flor conque habeis premiado mis cantares.

—Tenedla, pues; pero escuchad lo que voy á deciros: á nada me comprometo; partid, partid á buscar ese nombre que delirais cual si viviéseis los tiempos de Bayardo; mas si al volver me encontrais casada no acuseis mas que á vuestro destino que os ha inspirado amor hácia una mujer, al par que noble, esclava á esa ley implacable que se llama razon de estado.

Pablo habia escuchado profundamente distraido el discurso de Irene; asi es que cuando levantó la vista para contestar se encontró solo; la jóven aprovechando su abismamiento habia desaparecido, acortando una entrevista que se habia hecho peligrosa.

El primer impulso del jóven fue seguirla, obligarla á una contestacion decisiva, y acabar de una vez sus dudas y sus temores; despues la reflexion triunfó de la locura y se sentó en el sillon colocado delante de la mesa.

Entonces se acordó que estaba allí llamado por el marqués como el menestral á quien se paga y sobre quien por lo tanto se tiene un derecho de hacerle esperar, y su orgullo se rebeló; buscó un papel para escribir una disculpa que le permitiera retirarse y tomó maquinalmente el que entregado por el marqués á Benjamin habia este dejado abandonado sobre la mesa.

Fuese por curiosidad ó impulsado por un presentimiento, Pablo le leyó, sus ojos se animaron, levantóse, guardóle, tomó el sombrero abandonado sobre un sillon y salió.

Lo que habia leido era lo siguiente:

«En el nombre de Dios, salud, hermano. Ven á la torre de los Siete Suelos; allí te espera la venganza; esta noche será un recuerdo sangriento para el porvenir. Podrás llegar hasta nosotros, solo con pronunciar estas palabras:

—«¡Dios es vengador!»

VI.

El ermitaño.

Volvamos á la oracion de esta misma noche, y traslademonos al lugar donde ahora se alza aislado el hermoso teatro de Granada. Entonces en aquel mismo terreno habia una cruz cercada de árboles y jardines, como la que se ve aun en el campo del Príncipe, y por delante se estendia una muralla árabe que se apoyaba del un lado en el castillo de Bib-Ataubin y del otro en la puerta Real; en medio figuraba la que llevaba el nombre de puerta del Campillo, á los costados de la cual se veian tras unas rejas en sus respectivos nichos, un Ecce-Homo y una vírgen de los Dolores alumbrados por dos pequeños faroles.

Ningun lugar mas á propósito para adquirir noticias de Flandes de la bulliciosa soldadesca, que iba allí atraida por la fama de los figones que entonces existian, ó para cumplir la cita de alguna recelosa tapada, que se deslizaba como una fantasma bajo la oscura sombra de los álamos del jardin; veíanse tambien nobles, villanos, mendigos que pasaban cruzándose en todas direcciones junto á los centinelas avanzados del castillo, que merced á las turbulencias de la época estaba lleno de soldados y preparado en pié de guerra; era ni mas ni menos un fac-simile de la puerta del Sol de la imperial y coronada villa de Madrid.

Apoyado en el cancel de la puerta del Campillo, habia un hombre en-

vuelto en un hábito de sayal, cubierta la cabeza con una enorme capucha que ocultaba enteramente su rostro; se sostenia en un báculo y cantaba á media voz un rezo ininteligible, que interrumpia de vez en cuando para esclamar en acento plañidero:

—¡Una limosna por Dios al pobre ermitaño de los santos Mártires!

Y el noble y el plebeyo, y el soldado y la tapada, que por acaso pasaban junto á él, dejaban caer algun maravedí en su mano derecha estendida é inmóvil, esceptuando los momentos en que la limosma se trasladaba de su mano á la manga.

A cada hombre que pasaba, el mendigo levantaba imperceptiblemente la cabeza como para mirarle; sin duda esperaba á alguno; al fin llegó á él un villano, y al darle una limosna, le dijo en voz tan baja, que nada percibió el soldado que apoyado en su partesana guardaba la puerta:

—¡Granada!

—¡Tunez! contestó en el mismo tono el mendigo.

—En la ermita de San Sebastian, dijo el otro y desapareció.

El hombre del hábito empezó á andar agoviado y cojeando alejándose de la ciudad mientras pudo ser visto, pero despues irguióse su cuerpo, desapareció la cojera y siguió con una estrema rapidez; atravesó el puente de Genil y llegó á la ermita.

Junto á un ángulo de ella habia otro hombre; el mendigo se agovió de nuevo y cojeó; acercóse lentamente y dijo:

—¡Granada!

—¡Tunez! contestó el otro, y empezó á andar por el camino de Armilla seguido del ermitaño. Pronto pasaron la silenciosa calle que forma la aldea que acabo de citar, los llanos que llevan su nombre y la villa de Alhendin; dejaron atrás el suspiro del Moro, doblaron la falda del Veleta y entraron en el Padúl; tal era la rapidez de su marcha, que en dos horas anduvieron las tres leguas de su nocturna correría.

El Padúl estaba sumido en el mas absoluto silencio; los dos hombres pasaron la tortuosa calle real y penetrando en los olivares llegaron al castillo.

El castillo del Padúl es un cuadro murado, en cada uno de cuyos ángulos se alza una torre cubierta de un techo de pizarra; su construccion es árabe y la puerta á que llamaron los dos viajeros estaba chapeada de hierro.

Abrióse una pequeña regilla y una voz pronunció entre la oscuridad

la misma contraseña que he repetido dos veces y por la cual se abrió la puerta, tornándose á cerrar cuando entraron los recien llegados; atravesaron la plaza de armas, las oscuras galerías, subieron torcidas escaleras y penetraron al fin en un gran salon apenas iluminado por una lámpara de hierro.

Entonces difícilmente pudo verse la persona que los introdujera; era un viejecillo de semblante maligno, ridículamente vestido y de cuya cintura pendia un haz de llaves; acercóse á una chimenea, avivó el fuego de algunos tizones, puso un taburete cerca de ellos á cada uno de los hombres, y se sentó sobre sus piernas con la espalda vuelta al hogar.

El ermitaño caló aun mas su capucha, y permaneció impasible como sino reparase las contínuas y recelosas miradas del viejo; el otro que le acompañó desde la ermita de San Sebastian, era un jóven cuyo rostro estaba cubierto con un antifaz negro; su vestido era igual al de los villanos de entonces é iba armado de una pica corta, que le servia para defenderse en un lance y para apoyarse en una marcha; cuando las miradas del viejo se fijaban en la suya tenian una espresion que hubiera podido traducirse:

—¿Quién es este hombre?

El ermitaño ó no lo notaba ó aparentaba no notarlo.

—Veamos á lo que venís, dijo el hombrecillo; hace dos años estoy encargado de cierto depósito, sabe Dios con cuanto peligro de mi alma y de mi cuerpo, y segun se van presentando las cosas, me parece acertado el que me libreis de esta carga para poder dedicarme...

El viejo se detuvo fijando una mirada recelosa en sus huéspedes.

—A la empresa que con tanto valor hemos comenzado, Abenut ¿no es verdad?

—Vamos claros, contestó el del castillo, yo no puedo responder nada sino me decís quien sois.

—Hermanos de nuestros hermanos, dijo el ermitaño dando una intencion al sonido de su voz.

—Si, y enemigos á muerte de sus enemigos; no tengais miedo; estamos solos si se esceptuan cien buenos archeros que esperan una órden en las cuadras de abajo.

—Pues ha llegado el momento, dijo el jóven, es necesario que veamos á esos hombres y que vengan con nosotros; y acompañando la accion á la palabra púsose de pié y empezó á andar hácia la puerta.

El ermitaño se levantó tambien, fué á otra perdida en el oscuro fondo del salon, sacó de su manga una llave, abrió, desapareció y se escuchó el ruido de la cerradura que se cerraba otra vez.

El viejo mostró pintada en su semblante una espresion de asombro; miró otra vez al jóven y le dijo:

—¿Quién es ese hombre?

—El ermitaño de los Mártires, contestó el jóven.

—Pero su nombre, su nombre...

—No lo sé, repuso el otro.

—¡Hum!.. y tú ¿quién eres? añadió el hombrecillo, haciéndose atrás.

—Granada y Túñez, contestó flemáticamente el interrogado.

—No basta eso, no basta eso, una seña puede sorprenderse, robarse; esclamó el habitante del castillo.

—Mira, pues, Abenut, dijo el jóven sacando de su seno un papel, ¿conoces esta firma?

El viejo examinó el papel que el otro le mostraba: era la órden siguiente:

«En nombre del grande, del magnífico Alá, salud á tí, nuestro hijo Abenut. La noche del 24 de diciembre de 1568 de los infieles y primero de la restauracion de los hijos de Granada, seguirás á dos hombres portadores de esta órden. El querido de Dios, rey de los creyentes: Aben-Humeya».

Entonces detrás de la puerta que habia dado paso al ermitaño se oyeron gemidos semejantes al lloro de una mujer y violentas imprecaciones con el acento de un hombre irritado; Abenut y el jóven desconocido fueron á la puerta, pero antes de llegar se abrió y apareció el mismo hombre que entrara, á juzgar por la estatura, cubierto de un arnés completo de brillante hierro, y armado de una espada corta y anchísima, y de una pesada maza de combate; tras él venia una mujer envuelta enteramente en un manto negro á quien asia con la mano izquierda, casi obligándola á seguirle; por lo demás, la visera calada hasta el encaje ocultaba el rostro del ermitaño del mismo modo que antes la capucha del hábito que mostraba terciado sobre el hombro derecho.

El semblante de Abenut se inmutó al ver su trasformacion, y se adelantó fijando en él una chispeante mirada.

—¡Santo Alá! ¡el arnés mas rico de la armería, el arnés milanés con talladuras de oro! ¡ladrones! ¡venis á robarme! ¡ladrones!

Y gritaba desesperado procurando abrir una de las ventanas que daban á la plaza de armas.

—Oye, Agar, dijo el de la armadura al del antifaz, tapa la boca á ese viejo loco; entra, ármate y vamos.

La órden fue ejecutada en un momento; Abenut quedó amarrado al cerrojo de una puerta, y Agar le quitó las llaves y eligió entre las armaduras la que mejor le convino: los dos hombres y la mujer alumbrados por la lámpara salieron del salon, bajaron una pendiente escalera de ojo, atravesaron la plaza de armas cubierta de nieve, fría y silenciosa, y entraron en las caballerizas.

—Agar, ve á ver si se han dormido los soldados; ¿echaste los polvos que te dí, en el vino?

—Si, deben estar mas inmóviles que los siete durmientes.

—Ve, quítales las espadas y los arcabuces, y vuelve.

Agar salió, el que tales órdenes le diera eligió los mejores caballos de los doce que habia en la caballeriza pertenecientes á los hombres de armas del castillo, y empezó á enjaezarlos mientras decia á la mujer que sollozaba bajo el manto.

—Hé aquí, bella paloma, las consecuencias de seducir á las pobres gentes; ¡con qué placer me hubieras visto ahorcar! ¡Oh! ¡ajusticiar á un diablo vestido de ermitaño, despues de haberlo engañado, era cosa solo y posible á Satanás! cuando esto decia dejaba escuchar su risa ahuecada por la visera, verdaderamente diabólica, horrible.

—Cierto que ha sido lástima que se truequen las posiciones. Y todo ¿por qué? Porque hay hombres que nada saben callar cuando han bebido vino. ¡Pobre Abenut, que al vender mi cabeza no sabia que iba á morir asado!

La mujer se estremeció.

—Llora, si, llora, prosiguió el hombre enjaezando el segundo caballo, porque esta noche tus hijos serán contigo en la eternidad; noche de venganza; noche terrible que he esperado mucho tiempo; vamos, mujer, añadió, asiéndola otra vez la mano, mientras sacaba los caballos asidos del diestro; alégrate, vas á ver á tu hijo. Y la arrastró á la plaza.

—Agar, continuó mientras montaba en uno de los caballos, dirigiéndose al jóven que salia de una galería cargado de armas, ayuda á esa dama á subir á la grupa: eso es; abre la puerta—el jóven abrió la gran puerta del castillo—ahora toma esa lámpara; pon fuego á la leñera;

carga las armas en ese caballo y sígueme al galope por la falda de la sierra á Monachil.

Dicho esto hizo sentir los acicates al corcel, que partió dejando en un momento atrás el castillo, los olivares y el pueblo del Padúl: detúvose entonces y esperó á Agar que no tardó en aparecer á toda la carrera de su caballo.

—¡Vamos, al escape! el incendio no tardará en aparecer, y tocarán á rebato.

—No, quiero verlo... quiero ver como arden esos perros, aguarda.

Y detuvo el aliento, fijando su ansiosa mirada en el centro de los olivares.

No tardó en verse á la momentánea aparicion de la luna un torbellino de negro humo que se dibujó sobre el blanco fondo del nevado campo, sobre el lejano horizonte, y sobre los informes grupos de las nubes; poco despues una cinta de fuego se levantó desapareciendo instantáneamente repetidas veces, hasta que la llama, envolviendo un ala del castillo, se dejó ver pujante iluminando la vega, las faldas de las sierras, y las armaduras de los incendiarios, reflejando en ellas su resplandor imponente.

—¡Ahora, ahora sí, á escape! ¡ahora que ha brotado la segunda señal de la guerra á muerte de los moriscos!

Las herraduras de los caballos resonaron sobre las escuetas rocas; el incendio crecia, y los dos hombres huyendo á su luz parecian dos fantasmas de fuego, merced á los destellos de las brillantes armas, deslizándose entre la niebla.

Antes de que hubiesen corrido media legua, los habitantes del Padúl corrian al castillo, mientras resonaba entre el silencio el toque de rebato.

189

VII.

La torre de los Siete Suelos.

Son las diez de la noche; ha dejado de nevar, y una lluvia menuda y fría se desprende de las nubes. Estamos al pié de las murallas de la Alhambra.

¡La Alhambra! ¡ese castillo viejo hoy y mutilado, que guarda dentro de sus muros un alcázar que parece creado por las hadas! ¡que ostenta el poder y la riqueza de un emperador, en el magnífico palacio, obra del orgullo, que muestra en los basamentos de sus pórticos las representaciones del inmarchitable laurel de las glorias españolas!

¡La Alhambra! ¡ese jigante tendido á los piés del Generalife, dominando á su vez una gran ciudad! ¡roto blason de los árabes, monumento grandioso cuyas desiertas galerías guardan aun el eco de cien cantares de amores, los gemidos de cien dias de combate!

¡La Alhambra, durmiendo el sueño del abandono con sus rotas almenas, sus jigantes torreones y sus tradiciones de fantasmas y encantados! ¡la vieja ruina cuya fama hace arrostrar largos viajes al entusiasta estranjero!

Y sin embargo, esa obra maestra del arte, desaparecerá un dia por la incuria y el olvido á que está entregada; irá desmoronándose poco á poco sin que piensen siquiera en la conservacion de sus tesoros artísticos; los franceses volaron la torre del Agua, envidiosos de que poseyésemos tanta belleza; su artillería situada en la Silla del Moro, cuarteó las torres de los Picos, de la Cautiva y de las Infantas; el río Darro parece que ayuda á su destruccion socavando el derretidero de San Pedro y San Pa-

blo, que al trascurso de algunos años arrastrará consigo, sino se le contiene, la sin igual torre de Comares, admiracion de naturales y estraños; y últimamente, la mano de un ingeniero echó por tierra los muros de la torre de los Siete Suelos para fundar sobre ellos una miserable aspillera de tierra, y cegó sus galerías subterráneas sin mas causa que un capricho á que tiene que ceder la curiosidad del que escitado por las tradiciones que de ella se cuentan quiera sondear su pretendida profundidad.

Segun he podido saber por hombres que la conocieron íntegra antes de que volasen parte de ella los franceses despues de su invasion, la torre de los Siete Suelos contenia la puerta principal del castillo; atendidas sus ruinas era una doble muralla flanqueada por dos fuertes torreones cuadrangulares, en cuya parte superior corria una galería á que daban luz multitud de caprichosos agimeces; á su pié se ve aun hoy un gran cubo de poca elevacion á que da entrada una puerta que no debió existir en su primitiva construccion, puesto que se conoce estar abierta á pico.

Entrando por aquella abertura se encuentra una galería en forma de herradura que acaba en sus estremos en una estrecha escalera, que desciende de la plataforma desde una entrada cuadrada abierta al aire, y continúa conduciendo á otro segundo piso exactamente igual al primero, y asi sucesivamente hasta el sétimo.

La bóveda de estos pisos termina en la clave de un arco de medio punto, que arranca en el pavimento, y se apoya en un segundo muro paralelo al esterior y distante de él como cuarenta piés; además, en la galería superior hay nichos terminados en una piedra abierta por un círculo coronado de una cruz calada que algunos creen troneras destinadas á la artillería, y que no son mas que el lugar prefijado para el servicio de escucha.

No hace muchos años era una prueba de valor pasar de noche junto á la torre, que el vulgo creia encantada, y de la que se contaban cosas terribles; tal era la idea de un moro que salia al ponerse el sol, montado en un caballo sin cabeza, y de un enorme perro blanco que guardaba el tesoro del rey Chico (1); y tan gran crédito prestaban nuestros abuelos á tales cuentos, que á pesar de no cedernos en deseos de enriquecimiento, no hubo segun se dice, uno, por esforzado que fuese, que osara arrostrar los mil espantosos peligros interpuestos entre la ambicion y el tesoro.

(1) Boabdil.

Conociendo yo que como descriptor debia investigar la verdad de estas cosas, he consultado sin descanso cuantos viejos me he echado á la cara, y he aquí que despues de haber escuchado cien cuentos ingeniosos de amores y encantamentos, de que pienso formar una coleccion de leyendas fantásticas, dí al fin con uno cuyo relato apoyado en protestas indubitables (si se ha de creer en la buena fé y la veracidad que deben suponerse á las canas), resolvió mis dudas diciéndome: que al fin del sétimo piso se penetraba á un grande y elevado salon lóbrego y silencioso, en el fondo del cual se perdian los gemidos, y donde encerraban los reyes moros los reos de estado ó de gran consideracion: añadióme que habia entrado en él cuando era muchacho, y concluyó con la orgullosa frase española: se debe creer porque yo lo digo.

Asi, pues, lectores, creedlo, porque yo os lo trasmito; y sin entrar en disputas vamos á ver quien son los atrevidos que á las diez de la noche osaban arrostrar en 1568 la presencia del moro ginete del caballo sin cabeza, ó del blanco y espantoso cancerbero del tesoro del rey Chico.

Eran tambien dos ginetes cubiertos de armaduras, uno de los cuales llevaba á la grupa una mujer; nuestros héroes del Padúl.

Desmontaron; ataron en un árbol sus caballos, y adelantaron hácia la oscura puerta; al llegar junto á ella una voz que salia de la mira de una escucha, esclamó en tono mesurado:

—¡Alto! ¿Quién vá?

—Amigos, contestó uno de los de afuera acercándose, y pronunciando en acento recatado: ¡Dios es vengador!

—Abrid á tres hermanos, sonó dentro la voz.

Abrióse la puerta, entraron los dos hombres y la mujer, y se cerró.

Una hora despues oyóse el galope de un caballo, y apareció saliendo del bosque que rodeaba la torre otro ginete que desmontó, ató en otro árbol su cabalgadura, y se acercó á la puerta haciendo resonar las piezas de un arnés; prévias las mismas precauciones por la parte de adentro y la misma seña de la de afuera, tornóse á abrir la puerta tras la cual se perdió el armado.

Casi al mismo tiempo una larga hilera de hombres marchando en silencio penetraron en el bosque: todos llevaban arcabuces, escepto como hasta veinte, que solo mostraban bajo las capas las conteras de las espadas.

Dentro aun del recinto del bosque, los de los arcabuces formaron un

ancho círculo cuyos estremos se apoyaban en los muros del castillo circunvalando la torre, y si entonces se hubiera podido saltar la muralla, hubiérase visto al marqués de Tendilla distribuyendo ballesteros en las almenas.

Los veinte hombres de las espadas llegaron cerca del escucha, y al ¿quién va? contestaron: ¡Dios es vengador! Abrióse la puerta y dijo una voz:

—Entrad uno por uno.

Los veinte hombres entraron y se vieron envueltos en una densa oscuridad que pronto desapareció ante el resplandor de las linternas sordas de los cuadrilleros, pues no eran otros los que mandados por Pablo acababan de penetrar en la torre.

Los moriscos que guardaban el primer paso quisieron en vano resistir; cada cuadrillero mostraba dos largas pistolas amartilladas, y creyeron prudente entregarse á discrecion; el segundo puesto fue forzado del mismo modo, y Pablo llegó al fin al último peldaño de la escalera del sétimo piso.

Tras ella se estendia un oscuro recinto embovedado, sombrío y silencioso; el viento se revolvia allí pesado, incómodo, silbando entre anchos pilares, y agitando largas telas de araña que pendian como sendos cortinajes; multitud de murciélagos y reptiles asomaron los dormidos ojos á sus grietas al resplandor de las linternas, cuyas luces se apagaron sofocadas por el denso y húmedo vapor del subterráneo.

Los cuadrilleros sintieron faltarles valor para adelantar y para retroceder; envueltos en la sombra se apiñaron temerosos de hundirse en alguna sima desconocida.

En vano Pablo les alentó; en vano avanzó él solo á través de aquel dédalo; aterrados permanecieron algunos minutos, hasta que un incidente iluminó de pronto la galería con un débil resplandor al abrirse una puerta en el fondo.

Oyéronse entonces al lejos voces y gritos; poco despues el ruido creció y dejóse percibir al fin el estridente choque de muchas espadas, el martilleo de furibundos golpes descargados al parecer sobre arneses; los cuadrilleros cerraron á la carrera, penetraron por la puerta y desaparecieron; siguió á esto el fuerte estallido de algunos pistoletazos y profundos gemidos. Despues el mas terrible silencio envolvia el fondo de la torre.

193

VIII.

Un sueño desvanecido.

Es necesario ahora retroceder al momento en que los dos hombres y la mujer penetraron en los Siete Suelos, si he de referir el por qué del combate que acaba de tener lugar, y describir el sitio en que aconteciera.

Es un salon octógono de asombrosa elevacion, circuido de una galería sostenida por columnas de mármol blanco; las paredes aunque manchadas por la humedad pertenecen á la siempre minuciosa y delicada construccion árabe; el artesonado es de maderas preciosas cuyos adornos y colores no pueden percibirse perdidos en la oscuridad, que apenas rompe la luz colocada en el centro del pavimento sobre una piedra negra en forma de ara, en torno de la cual hay multitud de otras menos elevadas cual si fueran asientos. El todo de aquella decoracion es imponente, sombrío, druídico, lleno de un prestigio pavoroso; está desierta si se esceptúa un hombre que recostado sobre el ara, y mas que ser viviente parece el mal genio que vela en lo profundo de un alcázar encantado.

Aquel hombre se levantó al fin en la actitud de la mas esquisita atencion; resonaron fuera férreas pisadas, se abrió la puerta y aparecieron el ermitaño, Agar y la incógnita.

—Dios es vengador, dijo el primero.

—¡Ah! eres tu Sidí-Alhamar, bien venido, te esperaba impaciente, han sonado las diez, no debia estar tan solitario este sitio.

—Aun no tardan Monfarrix; contestó el que este llamaba Sidí-Alhamar. ¿Se han llevado las escalas á San Miguel?

—Sí.

—¿Y quién?

—El Tagarí.

—¿Sabeis la seña?

—Sí.

—¿Han reforzado las guardias de la ciudad?

—No.

—¿Y el tercio de Mondejar?

—Durmiendo en Bib-Ataubin.

—Es que en Bib-Ataubin hay atalayas avanzados.

—A las doce cuando se acabe la misa del gallo, y se retiren las turbas, se retirarán tambien. ¿Y Aben-Farax?

—Debe llegar despues de media noche con la gente, entrar en el Albaicin, correr la ciudad y asaltar la Alhambra.

—¿Has recibido aviso de la Vega?

—Al primer cañonazo de la alcazaba correrán á nuestro socorro y tomarán á Bib-Ataubin y la puerta Real. ¿Ha venido nuestro hombre?

—¿El marqués? no.

—Bien. Tú Monfarrix y tú Agar, dejadme solo con esta mujer; cuando os necesite os llamaré; entre tanto que nadie entre.

Los dos hombres salieron quedando solos el armado ermitaño y la mujer encubierta, el primero paseándose en ademan meditabundo, la segunda sentada en ademan impasible.

—En fin, dijo la mujer levantándose y dirigiéndose al hombre con un acento lleno de dignidad, ¿quién sois? ¿á que me habeis traido aquí?

El interrogado se volvió lentamente, acercóse al ara y se despojó del yelmo, dejándole caer sobre la piedra y presentando al reflejo de la luz un semblante estraordinariamente envejecido; á pesar de no contar mas de cincuenta y cuatro á cincuenta y seis años, cualquiera hubiera hallado en él la huella de los setenta. Aunque enérgico, sufrimientos contínuos le habian alterado dándole una espresion feroz, al mismo tiempo que profundas arrugas. Sus ojos hundidos en las órbitas, pequeños y centellantes hacian sospechar un corazon árido á todas las afecciones dulces, predispuesto al mal, decidido á todo; su frente se habia ensanchado desmesuradamente con la caida de los cabellos, y solo quedaban sobre sus

sienes dos revueltos y ásperos mechones enteramente blancos; su boca siempre fruncida hacia mucho tiempo no habia mostrado una sonrisa, y sus manos, únicas partes, que esceptuando el rostro no cubria la armadura estaban descarnadas, secas como las de un esqueleto.

—¿Me conoces? dijo á la mujer que se habia hecho un paso atrás al ver su semblante, yo soy el que amándote te arrebaté á tu hermano en 1535; yo fuí el que creyéndote, favorcí tus amores con Abu-Kent en 1540, yo, el que aborreciéndote, te arranqué en 1850, tomando el nombre de la Inquisicion de entre tu familia, yo el que he esperado diez y ocho años mi venganza porque la anhelaba terrible.

—¡Manuel Asensio! esclamó Eleonora, pues ya la habrán conocido por el anterior relato mis lectores, dejando caer su manto en un involuntario movimiento de terror.

A pesar de contar ya cuarenta y siete años, sino podia llamársela aun la brillante hermosura del pasado, merced á la morvidez de sus formas, á su fuerte constitucion, estaba tan bien conservada, que por el contrario que Manuel Asensio nadie la hubiera creido de tal edad. Y habia sufrido, separada largo tiempo de cuanto le era amado, habia llorado mucho, pero su conciencia no guardaba un remordimiento y nada es tan terrible, nada destruye tanto como el recuerdo de un crímen.

—¿Con qué eres tú, siempre tú, esclamó Eleonora, el demonio de mi familia, el hombre siempre interpuesto á mi paso, el miserable que pagas con tamañas persecuciones los beneficios?

—¡Beneficios! ¡beneficios! es verdad; cuando eras niña estuvíste junto á mi lecho consolando mis largas veladas de dolor. Me amaste como se ama á un perro, á un esclavo, á una cosa cualquiera; mas no como se ama á un hombre; ¡rabia de Satanás! beneficios que humillan, son insultos Eleonora, y los insultos engendran el odio.

Calló un momento y luego siguió:

—¡Beneficios! si, cuando éramos esclavos de Asam-Bul-bul me dijístes que me amabas, que querias huir conmigo, que iriamos á vivir á mi isla de Chío, que ya no volveré á ver. Me hicístes delirar, y me engañáste como un imbécil. Y en tanto tú, mujer sin pudor, amabas á un hombre y engañabas á tres; si, repitió el griego escitado por un ademan de desprecio de Eleonora, á Asam-Bul-bul, á mí, á él, porque te creia pura y no lo eras; no lo eras, no; porque la pureza está en el alma y tú la habias manchado con la mentira y la hipocresía.

Cuando yo te decia, ¿Eleonora, por qué miras tanto á ese agimez? ¿por qué paseas en el jardin cuando ese niño no aparta de tí los anhelantes ojos?

Tú me decias: ese niño, creerá mi amor y favorecerá el nuestro; Asam-Bul-bul me dejará ir á respirar el aire de la playa y yo iré á su tienda y le deslumbraré; es rico y me rescatará; y yo te creí, y yo imbécil guardé vuestra primer entrevista de amores. ¡Oh! maldita seas tú y Abu-Kent que te amó y Pietro Pazzi que te arrancó de las playas musulmanas.

Eleonora superior á tanto ultraje solo le oponia el silencio del desprecio.

—¡Callas! ¡callas! gritó exasperado el griego; nunca te he visto llorar y quiero que llores; ¡llorarás mujer! he consagrado tanto tiempo á mi venganza que ya toco el desenlace.

—¿Quién implora tu piedad, miserable? ¿Quieres que la víctima se arrastre á los piés del asesino, que le pida merced? No; y cien veces no: ¿se puede morir acaso mas de una vez?

—¡Oh! qué consolador es, Eleonora, ir cobrando el precio de nuestros padecimientos con los padecimientos del que los ha causado. Al abandonar á Constantinopla te dirias: ahí queda con su esclavitud que nadie rescatará; con su rabia, con su desesperacion: tal vez la sangre del Cadí que ha manchado mis manos, caerá sobre su cabeza y le empalarán: ¡qué placer! en tanto mi musulman convertido, mi Abu-Kent, será marqués de Encinares, y sus caricias y su opulencia ahogarán la voz de mis remordimientos. ¡Oh! ¡y cómo te engañáste, mujer! El mal espíritu habia estendido sobre mí sus alas protectoras; porque yo, hijo del crímen, hermano del crímen, debia personificar el crímen. Tú matáste á Asam-Bulbul y yo le robé.—El griego lanzó una carcajada hueca, espantosa.—Le robé y armé una galera en corso. ¡Ah! ¡demonios del mar! ningun pirata ha dado á vuestras hambrientas fáuces tanta sangre humana. ¡Sangre! ¡sangre! añadió fijando una terrible mirada en el pálido semblante de Eleonora; si, mi rostro se ha arrugado y mis cabellos se han caido al bañarse cada dia en sangre humeante de cien mutilados cadáveres. ¡Y tú en tanto gozabas! ¡miserable! me habias olvidado; pero cansado ya de matar me acordé de ti, busqué tu huella, la encontré, y yo fui, yo fui el mentido familiar del Santo Oficio que te arrebató á tu noble esposo seguido de sus piratas y te traje á esta misma torre,

á este mismo sitio para guardarte á mi rabia. Yo fuí el que maté á Abu-Kent aquella misma noche, y su sangre fue la última que manchó mis manos.

Un ¡ ay ! mal reprimido salió de los labios de Eleonora; Manuel continuó.

—Bien pude haber muerto á tus hijos; pero mi ódio ha sido mas cruel; es necesario que el orgullo de los Encinares caiga hasta mancharse en el lodo de la ignominia; es necesario que el cadáver de tú hijo cuelgue de una horca despues que el verdugo haya declarado infame su raza y roto á martillazos su orgulloso blason.

—Mientes, mientes, infame, gritó Eleonora, no pudiendo callar á tanto insulto; bien podrás asesinarme, matar á mis pobres hijos como has muerto á su padre; pero deshonrar su linaje... ¡nunca !

—Lee, contestó Manuel sacando de entre las armas un papel.

Eleonora leyó; dió un grito desesperado, dejó caer el papel, y se sentó desvanecida ; lo que habia leido era el acta de la proclamacion de Aben-Humeya, al pié de la cual despues de la de Farax-Aben-Farax se leia la firma de don Luis Osorio, marqués de Encinares, robustecida por el sello de sus armas que tanto conocia Eleonora.

—Ya lo ves; tu hijo creyéndote víctima de la Inquisicion, ha unido su ódio al ódio de los moriscos acometiendo con ellos una empresa descabellada que terminará en las hogueras y en el patíbulo; ademas he llevado mis proyectos mas adelante : Pietro Pazzi, segun avisa al ermitaño de los Mártires en esta carta, debe llegar esta noche ; y mostró á Eleonora la carta; á rescatarte; y ¡caerá en mis manos ! morirá tambien. ¡Oh ! que acabe entonces en buen hora mi existencia; no me quejaré aunque la Inquisicion haya de reducirme á cenizas. ¿Y á la vista de tanta destruccion no tienes gracia que pedirme mujer?

—¡ Gracia á tí, asesino avezado al crímen ! ¡á tí, que gozas en lo que otros sufren ! ¡ á tí, que te burlas hasta de la justicia de Dios ! No, no quiero humillarme en vano.

—Y si yo te dijese: perdóname, Eleonora, olvida lo pasado y te sacaré de este encierro ; salvaré á tus hijos con el honor de tu casa, ¿qué responderias?

—¿ Y cuáles son las condiciones?

—Que me sigas á las playas de mi patria, que me perdones, que vivas junto á mí, y que sino me amas que al menos no me maldigas.

—¡Nunca!

—¡Medítalo bien, Eleonora!

—Vivir contigo, ¡oh! preferiria la perdicion de mi alma.

—Por última vez, gritó furioso Manuel.

—No, no y cien veces no.

—Monfarrix, Agar, entrad, entrad todos, ahulló terriblemente el griego.

La puerta se abrió y aparecieron como hasta diez moriscos.

—Sentaos, hermanos, les dijo Manuel cuando hubieron entrado: antes de proclamar nuestra independencia debemos juzgar un delito y castigar al criminal.

—¿Atañe ese delito á los intereses de nuestra causa? dijo uno de ellos.

—Es un crímen de traicion, hermano.

—¿Quién es el acusado?

—Esta mujer. ¿Quieres oirme tú, alguacil mayor de los reinos de Granada y Córdoba por ausencia del gran Justicia, el querido de Dios, Farax-Aben-Farax? preguntó Manuel á un anciano de blancos cabellos.

—¿Y jurais por Dios estais libre de traicion y de crímen, tú, que acusas de crímen y traicion á esta mujer?

—Lo juro.

—Empieza, pues, y vosotros escuchad en justicia, hermanos.

Entonces Manuel, fingiendo una historia, se hizo descendiente de los Zegríes, les mintió un largo catálogo de agravios en aquella mujer, que hizo creer una esposa adúltera; les refirió la escena que habia tenido lugar en la catedral de Granada en 1550 entre Aben-Farax y él disfrazado de clérigo, á la que siguió el rapto de Eleonora y el asesinato del marqués; les dijo que despues de la muerte del cómplice de la perjura, la habia encerrado en el fondo de los Siete Suelos, y que despues de diez y seis años, no pudiendo olvidarse de que la habia amado, la sacó para cuidar de su salud que decaia y la trasladó al castillo del Padúl entregándola á su pariente Abenut, que se habia encargado de su custodia.

Hasta aquí su relato habia sido enteramente falso, solo dirigido á ponerse en la posicion de una víctima; pero lo que añadió era exacto.

—Todo se lo hubiera perdonado, dijo, menos el soborno del desgraciado Abenut que iniciado en mal hora en nuestros secretos, débil y avaro, la vendió no solo mi vida sino tambien el éxito de nuestra empresa. Vigi-

lante, atento siempre al logro de nuestros justos afanes, le hice espiar, y ayer en un momento de embriaguez (porque el miserable habia olvidado su ley) se lo confió todo á Agar que está presente y que puede afirmar la verdad de mi acusacion.

—¿Qué te reveló Abenut, Agar? preguntó al jóven morisco el anciano.

—Ayer, contestó el preguntado, pasé por el Padúl para tomar órdenes de nuestro rey Mahomet Aben-Humeya, á quién Dios ensalce, y encontré á Abenut en la plaza: ¿quieres ser rico? me dijo; sígueme: entonces me llevó á la taberna y me propuso que le ayudase á libertar una mujer que estaba cautiva en el castillo, matando á Sidí-Alamar y descubriendo la rebelion para quedar impunes, al marqués de Mondejar; yo se lo prometí para ganar tiempo, le persuadí á que esperase y vine á contarlo todo á Sidí-Alamar.

Un murmullo de indignacion circuló entre los miembros de aquel estraño tribunal.

—Y ¿dónde está Abenut? preguntó el anciano.

—Muerto entre el incendio del castillo del Padúl, contestó Manuel Asensio.

—¿Y de qué consta que esta mujer sea cómplice de Abenut?

—De su misma boca, contestó Agar.

—¿Qué respondes á esto, mujer?

—Nada.

—¿Lo confiesas?

—No reconozco por jueces á bandidos.

Otro murmullo amenazador, que apaciguó el anciano, salió de las bocas de aquellos hombres.

—Sin embargo, dijo el alguacil mayor, hay una justicia eterna, cuya ejecucion compete á todos los hombres honrados.

—¡Justicia! ¡honradez! y ¿os atreveis á invocarlas, vosotros los que estais prontos á desobedecer las leyes, vosotros los que encendeis entre un vergonzoso misterio, la tea maldita que debe incendiar vuestro país; vosotros los que reteneis á una madre lejos de sus hijos y escuchais acusaciones, mejor dicho, calumnias, cuyo recuerdo hace ruborizarme? ¡Yo! ¡yo, esposa del renegado, del esclavo, del asesino, del pirata...! ¡no! podeis asesinarme, sí, pero no juzgarme; un tribunal permite á los acusados defenderse, justificarse.

—Sino eres la esposa adúltera de Sidí-Alamar ¿quién eres? mujer.

—Ese hombre no se llama Sidí-Alamar, os engaña ese hombre; se llama Manuel Asensio, es un miserable que os pierde á todos, que os arrastra á un abismo por el logro de su venganza.

Manuel esperaba esta salida y la sostuvo con una asombrosa serenidad.

—Esa mujer está loca, hermanos.

—¿Quién eres, cómo te llamas? la tornó á preguntar el anciano.

—Pues bien, sí, sabedlo, para que tembleis: soy la marquesa viuda de Encinares.

Apenas se dejó oir aquel nombre, escuchóse tras la puerta un grito semejante á un rugido; abrióse de golpe y un hombre armado de piés á cabeza se precipitó en el salon.

—A mí, madre mia, á mí.

Los moriscos se levantaron atropelladamente y desnudaron sus espadas; Agar asió á Eleonora y Manuel se lanzó á don Luis, que no era otro el que habiendo penetrado como he dicho antes en la torre llego á tiempo de oir el final de la escena que acababa de tener lugar; pero antes de que Agar hubiese tenido tiempo de huir en direccion de un estrecho pasadizo que le señalaba el griego le alcanzó una torrible cuchillada del marqués, hiriéndole en la cabeza y tendiéndole muerto mientras el que se titulaba alguacil mayor cayó desplomado bajo el peso de la adarga de combate del noble, que á no dudarlo protegido por el arnés, furioso, por el peligro que corria su madre, hubiera acabado con todos sin necesitar la ayuda de los cuadrilleros que vimos entrar en escena y cuyos pistoletazos escuchamos al final anterior.

El griego lanzó un grito de rabia al ver desvanecido su sueño de venganza, y siempre sereno, siempre audaz, huyó aprovechándose de la confusion hácia el pasadizo opuesto á la puerta de entrada que no pudo ganar Agar y desapareció.

Los rebeldes que quedaron vivos se entregaron; Eleonora no pudiendo sufrir tantos horrores estaba desmayada, y don Luis olvidándose de su propio peligro cubria su cabeza de besos y lágrimas. Cuando Pablo vió maniatados los moriscos se dirigió al marqués.

—¿Y vos quién sois? le dijo.

Don Luis levantó la cabeza; miró al que le preguntaba y los dos jóvenes se reconocieron.

—¡ Señor !

—¡Pablo ! esclamaron á un tiempo.

—Escucha, le dijo el marqués, tú debes saber la seña ; dámela para que pueda salir de esta maldita torre y huir porque si me encuentran en ella soy perdido.

—¡ Huir ! es imposible, porque la seña que sé solo os servirá para llegar á la ciudad en que os pedirán una contraseña que ignoro : pero tomad, añadió el jóven desabrochándose el justillo ; esta es la llave de mi casa ; ya sabeis dónde ; en los Mártires, á doscientos pasos de la ermita, ocultaos en ella ; la seña para salir de aquí es : San Andrés y Mondejar; salid, salid.

—Gracias, Pablo, gracias, dijo el noble tomando la llave, esa mujer es mi madre ; encárgate de llevarla á mi casa. Adios.

Y se dirigió á la puerta de salida mientras Pablo decia al cuadrillero que la guardaba.

—Dejad pasar á su escelencia el señor marqués de Encinares.

IX.

La espiacion.

Por ventura ¿habeis visto la vega y la ciudad de Granada desde el cerro de los Mártires á la luz del relámpago en una noche oscurísima de tormenta? ¿habeis alcanzado á distinguir en el perdido horizonte la cadena de montañas que forman una azulada barrera, ciñendo la llanura desde la árida sierra de Elvira hasta la siempre blanca frente del Veleta? Si lo habeis visto habreis delirado, habreis esperado con impaciencia un nuevo relámpago, para gozar otra vez del momentáneo y casi fantástico espectáculo de aquel brillante panorama saliendo del fondo de la densa niebla, cual un paisaje contemplando en sueños, errante, informe, pálido como la luz que lo arranca al caos, y en que adivinais mil perdidos colores, cien pintorescas aldeas, murmuradoras fuentes escondidas en el verde seno de oscuras alamedas y el largo curso del Genil atravesando la vega, hasta ocultarse entre las gargantas de los lejanos montes, cual una serpiente de cristal cuya cabeza se pierde en su asilo subterráneo. Y si entonces volveis la vista á vuestras espaldas, vereis como gigantes sombras las torres Bermejas, cuyo orígen está perdido en lo remoto de los tiempos, y tras la informe silueta de la Alhambra, las cimas de Santa Elena, del Generalife y de la Silla del Moro, cuyo perfil se confunde en la sombra de la inmensa Sierra-nevada.

Todo este conjunto sin igual, á la luz fosfórica de la exalacion, es

imponente, terrible, lleno de medroso prestigio; yo lo he concebido y ansioso de contemplarlo he esperado una noche de tempestad y corrido, magüer la lluvia y el viento azotaban mi rostro, al cerro de los Mártires desde cuya cumbre he oido lleno de entusiasmo la vibracion sonora del reloj de la catedral, aumentada y disminuida por el bramar del viento, mezclar su zumbido metálico al sordo rugido del río que, despeñado de la sierra, atronaba la campiña arrastrando sobre el revuelto lecho las turbias olas de su avenida.

Mas cuando rompe el denso velo del oscuro celaje el húmedo vapor de la mañana, cuando van naciendo lentamente los colores entre la niebla y el sol aparece al fin tras la cumbre de Muley-Hacen; entonces Granada con su vega, sus sierras, sus torreones, sus jardines, es una vírgen risueña, alegre, coqueta, que despierta sobre su lecho de flores ornadas con el rocío que la aurora ha dejado en sus pétalos como trasparentes diamantes, y en que reflejan los últimos rayos del lucero matutino que parece se aleja pesaroso de tan puro, tan encantador paisaje.

Sin embargo, dos hombres que en la noche que he fijado por época á esta última parte de mi novela subieron á los Mártires, nada vieron de cuanto acabo de describir, porque ademas de ser oscurísima, iban empeñados en un diálogo cuya importancia absorvia de tal modo su atencion que estoy seguro hubiera pasado junto á ellos sin ser notado, el caballo sin cabeza de los Siete Suelos.

—¿Sabeis Benjamin, que creí no poder llegar hasta aquí segun las dificultades que nos esperaban en cada puerta de la ciudad?

—Y á no ser con el pretesto de ir á ver á Mondejar en la Alhambra, estad seguro de que no veiais esta noche el pobre asilo del ermitaño.

—Y sin embargo, me hubiera pesado, porque aunque no creo en presentimientos, siento un mal estar, un afan que no puedo esplicarme y que siempre recuerdo haber notado antes de algun grande acontecimiento de mi vida; por ejemplo aquella noche.....

—Olvidemos eso, monseñor.

—Y sin ir muy lejos, esta tarde cuando pasé la puerta de Elvira, aunque os confieso que ocupado de Eleonora estábais distante de mi memoria, me sentí preocupado y me dije: algo va á suceder estraodinario. Y, con efecto, os he encontrado á vos por quien tantos paises he recorrido. Pues bien acordaos de lo que os digo; vamos á pasar por alguna gran aventura.

—Podrá ser muy bien, pero he aquí, hemos llegado sin sentir á la ermita.

Un eco vino entonces hasta los dos antiguos personajes de nuestra historia, remoto y grave : el reloj de la catedral marcaba las once de la noche.

Pietro Pazzi estendió la vista en torno suyo y nada halló; buscaba un edificio y solo pudo ver á duras penas entre la oscuridad delante de sus piés una oscura sima, hácia cuya entrada descendia Benjamin, y al cual siguió.

Bajaron una estrecha y pendiente rampa y al volver uno de sus senos, se dejó ver el opaco reflejo de una luz que brillaba tras una pequeña reja y apenas la vislumbraron, se abrió la puerta á que pertenecia y salió corriendo una sombra informe que pasó junto á nuestros nocturnos aventureros, salvó la rampa y desapareció.

—¿Qué decís á esto, Monseñor? esclamó con acento un tanto inquieto Benjamin.

—Que ya podemos contar una aventura, respondió Pietro Pazzi desenvainando su daga; adelante.

—Adelante, pues, contestó desnudando tambien la suya Benjamin.

Y los dos hombres empujaron la puerta y entraron en una especie de gruta ancha y baja, en cuyo fondo habia un altar de cal y ladrillo con un crucifijo de madera y una luz delante de él; el pavimento era natural á escepcion de algunos lugares en que quedaban restos de un embaldosado de arcilla; no habia muros ni bóvedas; era una escavacion abierta á pico, que aun puede verse hoy casi cegada por los escombros de los cercanos restos del convento de los Mártires.

A la izquierda del altar, habia una prolongacion subterránea, y no viendo á nadie en la cueva, Pietro Pazzi, que habia envainado la daga y despojado su cabeza del sombrero como Benjamin, por respeto á la santidad del sitio, se acercó á la tenebrosa boca y gritó con el lleno de su voz.

—¡Ah del ermitaño!

—¡Ah del ermitaño!!! retumbó un eco sonoro desde las profundidades de un abismo.

La soledad del sitio, el silencio de la noche, lo solemne de la situacion, influyeron de una manera estraña en el valiente marino, que tembló

por la primera vez y retrocedió despavorido como Benjamin, por cuya frente corria un frío sudor.

Miráronse uno á otro irresolutos, temerosos; pero pronto los dos se sonrojaron mútuamente de haber aparecido cobardes y el orgullo venció al terror.

—Perdona, señor, esclamó Pietro Pazzi dirigiéndose al Cristo de cuyo pié tomaba la luz, porque aquí hay algo de estraordinario.

Y se volvió dirigiéndose á la mina á tiempo que apareció en ella una forma alta y negra que adelantaba lentamente; y como si fuese necesario un accesorio para dar un tinte mas sombrío á aquella escena casi sobrenatural, una ráfaga de viento apagó la luz.

—¿Quién vá? gritó con energía Pietro Pazzi desnudando su espada.

Una esclamacion, que tanto mostraba sorpresa como alegría, se dejó oir cerca de él.

—¿Quién vá? repitió con mas fuerza el senador.

—Tranquilizaos, hermano, contestó una humilde voz, soy un pobre penitente, que ha oido vuestro llamamiento y acude á él: aguardad un momento y traeré luz.

La voz calló; oyéronse lentas pisadas que se perdieron alejándose: poco despues volvieron á resonar y apareció un hombre vestido con un hábito de sayal y con una linterna con luz que reflejó en el semblante de nuestros héroes.

Al verlos, el del hábito se detuvo, los examinó un tanto y luego dejando sobre el altar la linterna, abrazó al senador admirado, diciendo al mismo tiempo.

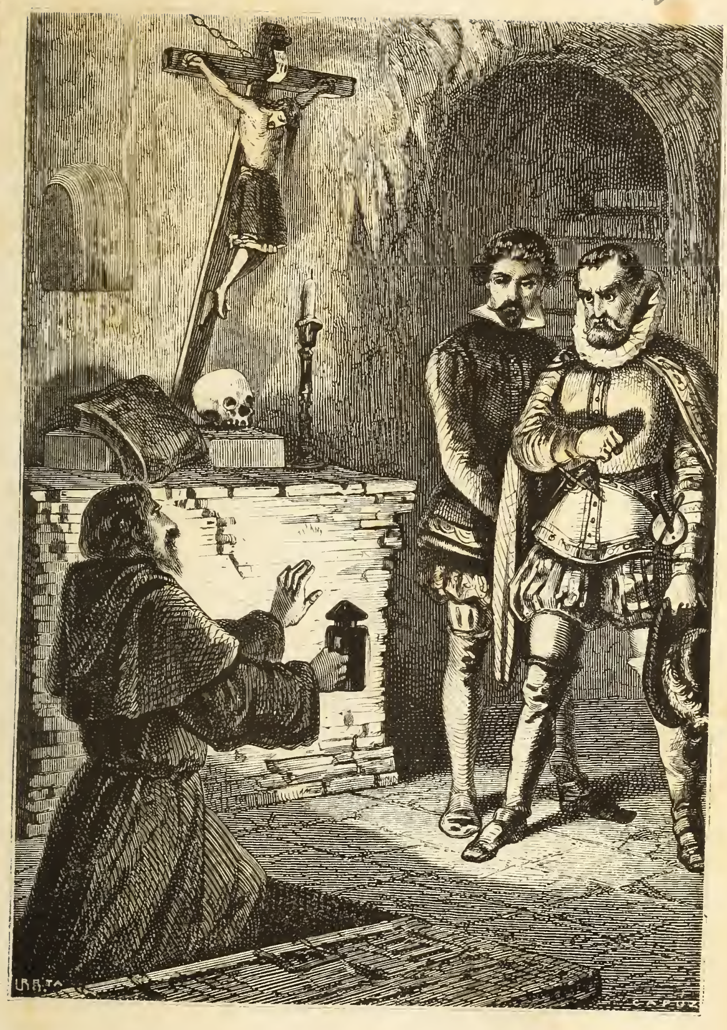
—¡Ah Pietro Pazzi!

La admiracion del anciano creció, apartó con sus dos manos al improvisado amigo y le examinó á su vez; pintóse en su semblante una espresion de duda como si repugnase un encuentro imposible y al fin abrió los brazos tambien y gritó conmovido abrazándole:

—¡Señor conde de Montevalle!

Nada tenia de estraña esta efusion por ambas partes, si se atiende á que en ocasiones dadas el encuentro de un hombre á quien casi no se ha tratado, es un gran acontecimiento, y mucho mas entre Pietro Pazzi y don Antonio que se habian separado como puede recordar el lector de una manera tan particular.

En cuanto á Benjamin habia escuchado en una ocasion tan terrible el



APARECIÓ UN HOMBRE VESTIDO CON UN HÁBITO DE SAYAL.

nombre del español á quien habia entregado su hija, que nadie hallará inverosímil el que su primera palabra despues de esta escena fuese :

—¿Y Teresa? ¿dónde está Teresa?

El penitente hidalgo miró con estrañeza á Benjamin y se encogió de hombros, como sino reconociese el nombre que acababa de pronunciar el judío.

—Si, mi hija que os entregué una noche de 1552.

Montevalle tendió una mano á Benjamin y le respondió humildemente señalando al Cristo:

—El lo sabe.

La frente del pobre padre, radiante de esperanza, volvió á su eterna espresion de tristeza.

—¿Y cómo os encuentro aquí? le preguntó á su vez Pietro Pazzi.

—Venid, venid y os lo contaré todo, contestó el conde dirigiéndose á una pequeña puerta y entrando en un aposento embovedado, al que le siguieron el senador y Benjamin.

El ajuar de este aposento era sencillo, eremítico; una tarima á un lado, una mesa con un cráneo, un crucifijo y algunos libros religiosos y junto á ella un cántaro; ni un taburete, ni una silla se veia y hubieron de sentarse los tres en la tarima.

Pietro Pazzi miró con admiracion tanta pobreza y no pudo contener un movimiento de compasion al ver el semblante del antiguo libertino; don Antonio, mas que hombre, parecia un cadáver animado, flaco, hundido de ojos, retratando sufrimientos y privaciones infinitas, y lo mas reparable aun el esterior de profunda humildad y abnegacion que hacia parecer un santo al que habia sido un demonio.

¡Inconsecuencia de ciertas organizaciones que solo tocan los estremos! El conde de Montevalle habia cambiado en un solo paso el placer, la opulencia y el orgullo, por los padecimientos materiales, por el dolor, la pobreza y la humildad.

Y asi creia acallar su conciencia que le recordaba cien víctimas, y la conciencia inexorable se las presentaba en cada sueño mas terribles, mas amenzadoras, mas fantásticas, á medida que el tiempo dejaba mas y mas atrás el dia del crímen.

¡Miserable debilidad humana! arrostra el hombre sereno la presencia del crímen, y retrocede, se desespera y muere á la vez asesinado sin compasion por su recuerdo.

¡Contraste terrible! Manuel Asensio, impasible al remordimiento, solo anhelaba sangre; el conde aterrándose á cada leve rumor que llegaba hasta él en el delirio de su insomnio en la oscuridad de la noche, se creia imperdonable.

Y sin embargo, los dos vestian hábito penitente, dormian juntos en una misma tarima y deliraban al mismo tiempo y de distinto modo la memoria de dos mujeres.

Si se analizan en general todos los actos de la vida del hombre, si por acaso estas ideas asaltan al pensador dentro de un hospital de locos, ¡cuántos parecidos le harán encontrar en ella un fac-símile del mundo!

Parte de estos pensamientos se reprodujeron en la imaginacion del senador y su gran corazon se comprimió al aspecto de la miseria del conde cuya frente abatida, ruborosa, mostraba claro no haberse apagado enteramente en su alma el orgullo que le hacia penoso le encontrasen en aquel estado los que le habian visto en otro brillante y casi envidiable.

—He aquí, dijo empezando en un tono digno de un predicador de cuaresma, á lo que conducen el olvido de los deberes y los escesos de la juventud; senador, cuanto nos rodea es humo, polvo, ¡nada!

—¡Oh! si os referís á esta mazmorra, os confieso que en parte teneis razon, dijo el comandante aludiendo á las paredes ennegrecidas, á la suciedad del pavimento y á la absoluta carencia de todo lo indispensable para llenar las necesidades de la vida.

—¡Solo es Dios! dijo en tono inspirado Montevalle.

—Lo concedo; pero tambien debeis conceder que es una blasfemia llamar nada á sus obras ¡qué! ¿la luz, la vida, el pensamiento que os permite decir tales dislates, os parecen cosas despreciables? Vamos, Montevalle, tirad esa capucha para la que no habeis nacido, ni es bastante á cubrir con su sombra una espresion de orgullo en vuestra frente; volved á la vida, á esa vida que despreciais, porque se os ha mostrado azarosa, y pensad en ser útil para algo, en vez de llamar aquí una muerte lenta y penosa, sin fruto, cometiendo tal vez vuestro último crímen; porque vuestro semblante cadavérico, dice claro que os suicidais. Ademas, os necesita la sociedad, os necesito yo para que me ayudeis á buscar una niña que se os confió cierta noche, y que vos mejor que nadie teneis posibilidad de encontrar.

—Sin salir de aquí podré deciros el nombre de la mujer con quien debe vivir. En cuanto á vos, dijo volviéndose á Benjamin que le escuchaba

con ánsia, nada temais; la niña habrá encontrado una madre en Juana la Zenete, que fue la mujer que me la arrebató celosa al herirme la noche que desaparecí de Venecia.

Montevalle se detuvo un momento sufriendo bajo aquel recuerdo, despues continuó:

—Yo debia á aquella mujer una reparacion y se la negué; me pedia un nombre para su hijo y la escarnecí; desesperada, loca, me hirió; entonces la ví confusamente tomar á la niña de mi lecho donde yo la habia dejado y salir; quise gritar, pero me faltó la voz y me desmayé.

—¿Y luego? esclamaron con ansiedad el padre y el abuelo.

—Luego, luego, cuando recobré el sentido me acordé de vosotros, de que vendríais á pedirme vuestra hija, y no tuve valor para desesperaros, para deciros: la he perdido; entonces moribundo, con peligro de mi vida me hice trasladar á otro domicilio y me rodeé de misterio. ¡Oh! el recuerdo de vuestra hija es otro de mis remordimientos.

—Vamos, don Antonio, replicó Pietro Pazzi, es necesario salir de aquí, de esta sepultura que solo os inspira tristes pensamientos, es necesario que me sigais cuando haya evacuado el asunto que me ha traido y á que debo la grata casualidad de encontraros. ¿Cuánto tiempo hace que habeis venido de Argel?

—¡De Argel! repuso admirado el conde.

—Sí, de Argel, adonde sin duda habeis ido á redimir esclavos.

—Os aseguro que no; cuando me restablecí por un milagro en Venecia, corrí á Granada donde esperaba encontrar la mujer á quien debia una reparacion; pero en vano; la casa de su padre habia pasado á nuevo dueño y nadie me dió noticia de ella; un año pasé practicando las diligencias mas esquisitas y al fin desesperado, cansado de la vida, me acogí al seno de Dios y hace catorce años vivo aquí de la caridad de los fieles espiando los escesos de una juventud borrascosa.

—¿Y nadie ha venido á deciros, en tal época un hombre se os presentará para entregaros diez mil ducados, precio del rescate de una mujer cautiva? ¿No conoceis al que ha escrito estas cartas?

Y Pietro Pazzi mostró á Montevalle las mismas que antes habia visto Benjamin.

El conde las examinó y dijo mostrando la del ermitaño al senador.

—Esta sí, os aseguro que aunque desfigurada la escritura pertenece

al hermano Pedro, á otro penitente que vino á habitar conmigo hace dos años.

—¿Y dónde está ese penitente?

—No lo sé; se ausenta á veces uno, dos ó tres dias, y á veces semanas enteras; no le he visto desde ayer.

—Y decidme, preguntó con interés el senador: ¿Os acompañaba alguien antes de llegar nosotros?

—Estaba solo.

—Benjamin, dijo Pietro Pazzi pensativo, aquí se encierra un misterio; ¿os acordais del eco que nos contestó á la entrada de esa sima? ¿Sabeis, Montevalle, adonde guía esa mina?

—A la Alhambra; es un antiguo conducto subterráneo que desemboca en la torre de los Siete Suelos.

—¡En la torre de los Siete Suelos! ¡oh! me habia olvidado; ¡y van á sonar las doce de la noche!

—¿Qué decís?

—Que en esa torre se conspira contra Dios, contra el rey, contra España; que tal vez ahora asesinan en ella al jóven marqués de Encinares.

El senador y Montevalle se levantaron impulsados por distintos pensamientos.

—¡Asesinado! y ¿por quién? gritó el senador encarándose á Benjamin.

—¡El rey y la patria amenazados! esclamó Montevalle mostrando á pesar de su hábito la generosa valentía y la lealtad sin igual que le habian dado un claro renombre.

—Por los moriscos, y tal vez ahora, muy pronto, oiremos retumbar el toque de rebato.

—Pronto, pronto, gritó el conde con entusiasmo, señores; cuando el rey y la patria se ven atacados, todo español, todo hombre debe correr á las armas; id, id, decidlo todo al capitan general y al correjidor; yo iré tambien, no como noble y soldado sino como religioso y leal.

—Y seria mejor, observó el senador, penetrar en la torre y...

—En la torre tendrán una seña que no sabemos y...

—Sí, conde, sí, yo la sé, contestó Benjamin.

—Es aventurado esponerse en ese laberinto sin guía, dijo Montevalle despojándose del hábito; espero que Dios me perdonará el abandonar la penitencia por un corto tiempo en gracia á lo sagrado de la causa.

Despues levantó la tarima, y de un cajon colocado bajo ella, sacó un vestido completo de caballero, una espada, una daga y una buena cota de malla.

—Estrañareis el que conserve, observó, este resto de mundana grandeza. Sin embargo, nunca me ha dejado la esperanza. Si hubiese estado seguro de la muerte de esa mujer y de mi hijo, hubiera sido trapense. Dios es incomprensible, senador.

Acabó de vestirse, se dirigió á la puerta y le siguieron Benjamin y Pietro Pazzi; pero apenas habia desembocado al recinto de la ermita, se detuvo fijando la vista en una mujer arrodillada ante el Cristo, la observó un momento: un grito indefinible salió á sus labios y corrió á ella con los brazos abiertos esclamando:

—¡Juana!

La mujer observó su semblante sorprendida y le reconoció.

—¡Don Antonio! esclamó, y cayó en sus brazos desmayada.

X.

Intrigas.

Abandono á mis cuatro personajes en su dramática situacion, para ocuparme del que salió como una exhalacion de la ermita, segun recordarán nuestros lectores, cuando entraron en ella el senador y Benjamin.

Aquel hombre se detuvo á poca distancia, cerca de una espesa maleza y se despojó apresuradamente de todas las piezas de una armadura, calándose en su lugar un hábito.

Luego se dirigió á una casa aislada en el mismo cerro de los Mártires, y rodeó su recinto con el silencio y la astucia de un raposo.

—¡Oh, señor cuadrillero! ¡señor cuadrillero! ¡os habeis interpuesto á mi paso, al paso de Satanás! ¡bien! un cadáver mas, una venganza mas segura. Vendreis aquí ¿no es verdad? á dejar vuestro depósito; ¿á entregármele? bien, bien.

Y el miserable rodeaba la casa con el paso lento y seguro del tigre.

De repente se paró delante de una ventana, tras cuyos vidrios reflejaba una luz y palpó la áspera pared cuyos ladrillos descarnados ofrecian un fácil acceso; trepó por ella con la agilidad de un gato, llegó á la altura de la ventana y miró al interior.

Nadie habia ni se sentia ruido alguno; rompió el plomo que sujetaba un cristal, le quitó, abrió el pestillo y penetró en la estancia.

Esta era modesta y sencilla; una estera blanca de esparto, una mesa

con algunos libros y varios grabados representando asuntos místicos con marcos negros; una puerta de entrada y otra con cortinas que conducia á una alcoba.

Manuel Asencio se dirigió á la primera y escuchó; nada oyó, todo callaba; fué á la segunda y abrió las cortinas: un lecho blanco, intacto y vacío fue lo único que vió.

Nada revelaba que aquel aposento perteneciese á un hombre; conocíase en todo la mano de una mujer; además, un espejo sobre la mesa, y un jarro con flores arrancadas al invierno por un esquisito cuidado, confirmaban este pensamiento; el griego creyó haber errado el golpe, é iba á salir á la ventura por la primera puerta, cuando escuchó el rumor de unas ligeras pisadas que se encaminaban á aquel aposento.

Ocultóse rápidamente entre las cortinas de la alcoba y observó.

Un momento despues entró una jóven como hasta de diez y seis años, y se sentó delante de la mesa empezando á destrenzar sus largos y brillantes cabellos rubios, como para prepararse al sueño; era lindísima, fresca y pura como toda niña hermosa que empieza á ser mujer sin haber perdido ni uno solo de sus ensueños infantiles; pudorosa y tímida, con un semblante lleno de encanto y de candor; sus ojos pardos eran radiantes y serenos; su boca deliciosa siempre mostrando el vestigio de una sonrisa; y sus pequeñas y bellísimas manos hubieran podido poner una ofrenda sin contaminarla, en el antiguo tabernáculo de Israel.

La jóven destrenzaba lentamente su cabellera sin cuidarse de nada, mientras sus labios se movian tal vez murmurando alguna cándida oracion para que su ángel bueno la diese bellos ensueños.

Era una escena silenciosa, hechicera; el espíritu del mal hubiera respetado tanta felicidad, la envidiable y profunda paz de su corazon.

Y sin embargo, aquella mujer amaba, pero como aman los niños, sin ambicion; amaba la gentileza, la galantería y la bravura de don Luis, pero aquel amor dormia, aquel amor necesitaba una prueba para darse á conocer ó un deseo para perder su pureza; era un amor de hermana hácia el marqués que todos los dias iba al taller de Pablo como por una costumbre, y pasaba en él un periodo fijo.

Al principio solo la simpatía hácia el jóven espadero, arrastró á la humilde casa de los Mártires al opulento hidalgo; luego el hábito de estar al lado de Maria vino á ser una necesidad, y al fin el amor gritó en su alma cuando no era tiempo de retroceder.

Don Luis se aterró al reconocerla; seducir á un ángel, arrojarle del cielo de sus ensueños al infierno de la vergüenza y el desengaño, fue cosa que rechazó indignado contra sí mismo á la primera tentacion; el pensamiento de unirse á ella le hacia estremecer por una doble causa: adivinando el amor de Pablo á Irene, conocia que elevándolo hasta emparentar con él, era autorizarlo á unirse con su hermana, que si bien sentia en silencio por Pablo el mismo amor, aunque reservado y misterioso que don Luis guardaba á María, nunca habia aguardado el fallo del mundo tan exigente, tan injusto en general; quise dominar aquel sentimiento y fue en vano; dejóse al fin arrastrar de él, vencido sin atreverse á contrastar su fuerza, y se dirigió solemnemente en una entrevista á la madre de los jóvenes.

Entonces encontró otro obstáculo que vencer: encontró un orgullo invencible, y en vano apuró los recursos de su imaginacion para hacer revocar esta sentencia.

«Si María fuere noble, vuestra peticion colmaria todos mis deseos, porque sois digno de una reina, don Luis; pero en la posicion en que se encuentra, no quiero esponerla á que algun dia en las disputas domésticas que tienen lugar en todo matrimonio, la echeis en cara haberla honrado con vuestra mano.»

El jóven hubo de resignarse y aguardar la realizacion de la rosada esperanza, sin la cual serian mas frecuentes los suicidios por amor.

Pero á la altura á que habian llegado las cosas, don Luis se decidió á jugarlo todo por todo; la suerte habia protegido ademas sus proyectos, entregándole por una rara combinacion la llave de aquella casa, merced á la cual, podia obtener muy fácilmente su tentativa un éxito completo.

Aun no habia acabado María de componer su cabellera para el sueño, cuando resonó en el interior el leve murmullo de unas espuelas, que resonaban á pesar del furtivo paso del que las llevaba, y poco despues dieron un golpecito á la puerta. María se levantó y abrió creyendo fuese Pablo, que como otras mil veces venia á traerla un regalillo ó un juguete á su vuelta de la ciudad; ademas era una noche solemne, una noche en que le habia oido llamar de parte del marqués y creyó, y quizá lo esperaba á su vuelta, que vendria á traerla su regalo de navidad.

Mas en vez de Pablo vió entrar á don Luis, pálido y jadeando, María era tan inocente que no se intimidó á la presencia del marqués; ni una

sospecha pasó por su imaginacion; sin embargo, la sombría espresion del semblante del noble la asustó porque preveia una desgracia.

—¡Dios mio! ¿qué ha sucedido que estais tan pálido, don Luis? le preguntó con ansiedad.

—¡Callad, callad! dijo con misterio el marqués adelantándose, vuestro hermano...

—Una palidez mortal cubrió el rostro de la niña.

—¿Le han muerto? esclamó con angustia.

—No; está herido.

—¡Dios mio!

—No os asusteis; ha recibido una pequeña herida en la cabeza y aun ni remotamente puede temerse por su vida; la fiebre le hace delirar, os llama, llama á su madre, y para calmarle es preciso que vengais conmigo.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¡y como ocullarlo á mi pobre madre!

—Escuchad, no debe saberlo, porque su amor le dará una importancia terrible; venid, que os vea un momento y luego volvereis: mirad, añadió mostrándole la llave que Pablo le habia dado en la torre, cuando me dió esta llave me dijo: entrad, traedla, y que nada sepa mi madre.

Aunque María hubiera abrigado una sospecha, la hubiera rechazado ante aquella prueba que atestiguaba la verdad de la voluntad de su hermano; tomó su manto, y sin otra sensacion que la ansiedad de ver á Pablo, salió por la puerta de entrada delante de don Luis que la seguia; pero antes de que llegase á la puerta, el griego que se ocultaba tras las cortinas, saltó á él con la ligereza de un leopardo, y le descargó una terrible puñalada en las espaldas; el acero rechazó en las armas y saltó por la violencia del empuje de las manos de Manuel, que al ver volverse al conde y requerir su espada, se lanzó á la ventana, saltó por ella y desapareció.

María apareció á la puerta, y aunque rápido este incidente, habian llegado hasta ella algunos detalles confusos, y la espresion de su semblante equivalia á una pregunta.

—Salid, María, dijo el marqués dominando las terribles y encontradas afecciones que sentia; he resbalado y ha crujido mi arnés. Vamos.

Los dos jóvenes salieron; dos Luis puso á María sobre el corcél y cabalgó oprimiéndola por primera vez entre sus brazos; despues temeroso de un nuevo incidente, tomó del arzon disimuladamente una pistola, la amartilló y se dirigió al paso á la cercana puerta de los Gomeles.

La casa del armero quedó abandonada y en la estancia de María brillaba con el reflejo de la luz espirante el puñal del griego que esperaba fuera oculto en las tinieblas.

Mientras tanto, la ermita que abandoné para presentarte, lector, á la linda María y en la que dejamos á Juana desmayada en los brazos de don Antonio, presentaba un cuadro tiernísimo.

Mas antes de diseñarlo, quiero, para escusar una esposicion al diálogo, decir cómo y por qué se encontraba nuestra perdida Flor-de-oro en aquel lugar penitente y en hora tan avanzada; la hemos visto diez y seis años antes llena de amor y valentía llegar á la estancia del libertino, pedirle un nombre para su hijo, cobrar al fin en sangre insultos, que siempre son terribles para una mujer, y tanto mas cuanto son sagrados los derechos que escarnecen; la vimos al par compasiva y grande, adoptar la niña que creia abandonada por la muerte de don Antonio, y sacrificar á la humanidad sus zelos y su orgullo.

Porque ¿era otra cosa que un testimonio de desprecio aquella niña que el noble amparaba con preferencia á su hijo? ¿era mas que una muestra de amor á otra mujer con escarnio del suyo? Porque Juana, zelosa, irritada, la habia creido hija de don Antonio.

Mas despues que la adoptó, cuando su cólera se deshizo en lágrimas, estremecióse ante el recuerdo del conde cayendo bañado en sangre, y creyó aplacar su sombra, siendo madre para la huérfana abandonada, que al fin tuvo en su corazon un lugar sagrado.

Volvió á Granada, entró de noche en su casa, arregló sus negocios y desapareció, vendiendo el solar de su padre, á un oculto asilo que fue un misterio para sus parientes y sus amigos; asi fueron inútiles las pesquisas de Montevalle, que desesperado, fastidiado del mundo, dolorido, creyó encontrar un calmante á sus penas en la contemplacion y la soledad de la vida cenobítica.

¡Cuán menguado es el poder humano! desde su vuelta á Granada, Juana iba una vez todos los meses á orar en la hora de su nocturna venganza por el descanso del que creia asesinado, á la puerta de la capilla de los Mártires, mientras en su interior rogando por ella y por su esperanza, yacia don Antonio de hinojos en el empolvado pavimento de su oscura celdilla; y nunca la casualidad habia estrechado la insignificante distancia que los separaba, y valia en el pensamiento de entrambos tanto como la eternidad.

Pero aquella noche, fecunda de lances imprevistos, la mujer que oraba, vió aparecer ante ella al hombre que tal vez evocó en su delirio; le vió aparecer pálido y estenuado por las privaciones de su austera vida y le reconoció, porque asi con aquel traje negro, con aquel rostro tétrico y lívido, le veia aparecer todas las noches en sus sueños; le creyó un espectro evocado de la tumba, y se desmayó.

Don Antonio, por su parte, cuando la estrechó en sus brazos, cuando sintió latir su corazon, cuando se convenció que no era una aparicion ni un fantasma, se desvaneció tambien, y el senador y Benjamin hubieron de apelar al cántaro del penitente y rociar con agua aquellos dos rostros en cuyos párpados asomaba el llanto de la conmocion.

Pero las grandes sensaciones pasan y los dos se recobraron al mismo tiempo; los dos se miraron, y en sus bocas aparecieron al mismo tiempo dos sonrisas en que estaba retratado un amor gigante que en vez de desvanecerse habia crecido y divinizádose en el trascurso de diez y seis años de delirio y de lágrimas; los dos tendieron sus brazos el uno hácia el otro, se estrecharon en ellos, y olvidaron como por ensalmo, ella sus remordimientos, él sus votos penitentes.

El corazon es muy egoista; durante algun tiempo olvidaron todo lo que los unia al mundo y solo pensaron en ellos; estrechamente abrazados lloraban, reian, estaban locos, Pietro Pazzi y Benjamin miraban preocupados aquel cuadro, replegados en sí mismos, el uno pensando en su nieta, el otro sufriendo terriblemente ante el recuerdo de Teresa y Angiolina.

Al fin los amantes se separaron; tenian tanto que preguntarse, que sus pensamientos se confundian en tropel y sus lenguas no podian articular una frase; el primero que rompió el silencio fue el conde.

—Juana, mucho te he ofendido, mucho te he hecho padecer, la dijo, pero he sufrido mucho tambien. Perdóname y todo lo olvidaré, todo, menos á tí y á mi hijo.

—A vuestros hijos, querreis decir, repuso Juana, temblando á su pesar bajo el imperio de unos zelos que no se habian desvanecido; mucho me debeis don Antonio, porque os he conservado pura, hermosa, inocente, una prenda de amor.

—¡Vive! ¡vive! esclamó el conde pensando en Benjamin que se habia apoyado en el altar sujetando los latidos de su corazon.

—¡Vive, sí, vive! ¡venid, venid á verla porque estareis impaciente, caballero! ¡Oh! ¡su madre debe ser muy hermosa!

Nadie que conozca algo á la mujer estrañará la amargura de las palabras de Juana, porque nada grita en su corazon tan alto, nada supone tanto en ellas como los zelos.

—Impaciente, sí, impaciente, contestó resignadamente Montevalle, porque mirad: y le señalaba á Benjamin, vos que sois madre comprendereis el dolor y la ansiedad del que ha perdido á una hija sin haber escuchado sus primeras palabras infantiles; porque este hombre, y cogió de la mano al judío, me confió la hija, que vos, Juana, habeis conservado á vuestra orilla, porque sois buena y generosa, que habeis educado, segun decís, venciendo vuestros zelos. Gracias, Juana, gracias en mi nombre y en el suyo.

—¡Mi hija! ¡mi hija! murmuró Benjamin sollozando á los piés de Juana y asiéndola del vestido.

—¡Su hija!

—¡Sí, su hija y mi nieta! señora, esclamó conmovido el senador; ¿dónde está?

—¡Venid! ¡venid! esclamó delirante de alegría Juana; ¡Oh hijos mios! mañana os podreis presentar al mundo con el nombre de vuestros padres. ¡Oh! ¡venid!

—¡Y mi hijo! preguntó el conde.

—¡Oh! nuestro Pablo dejará de ser cuadrillero, y sus manos no fabricarán mas espadas, porque vos le entregareis la vuestra de caballero, ¿no es verdad?

Benjamin no dejó contestar al noble cruzando delante de su respuesta una ansiosa pregunta.

—¿Sois la madre de Pablo, el espadero del marqués de Encinares?

Era tan estraño el acento del judío, que Juana se estremeció.

—Sí, sí, ¿qué ha sucedido á mi Pablo?

—¿Y no llama hermana á esa niña que vos habeis traido de Venecia?

—Sí, sí, acabad.

—¡Oh! desdichado, esclamó el judío; mi hija, mi Teresa deshonrada, tal vez perdida de nuevo.

Y salió corriendo, loco, frenético.

—Aguardad, aguardad, Benjamin, gritó siguiéndole Pietro Pazzi, pero en vano; el judío habia desaparecido entre las sombras de la noche.

—¡Oh! ¡mi Pablo, mi Pablo! gritó tambien Juana, á quien habian

asustado las oscuras palabras de Benjamin: y salió tambien precipitadamente, y salvó en un momento la distancia que separaba su casa de la ermita, seguida de Montevalle y el senador.

—Abrid, abrid, gritó golpeando la puerta.

Nadie contestó.

—¡Pablo! ¡María! gritó la madre fuera de sí.

Sucedió el mismo silencio; la casa estaba abandonada; aquellos tres seres se estremecieron á impulsos de un presentimiento terrible.

—Apartad, dijo Pietro Pazzi amartillando un pistolete; despues buscó la cerradura, apuntó á ella, disparó y la hizo saltar hecha pedazos.

Juana se lanzó dentro, y recorrió en un momento la casa buscando á Pablo y á María, como la leona que teme le hayan robado sus cachorros; nadie encontró; fué á la estancia donde Manuel Asencio habia dejado su puñal y le vió.

—¡Los han muerto! dijo mirándolo con la espresion de la locura, ¡hijos mios! ¡hijos mios!

Los dos únicos testigos de aquel dolor de madre estaban aterrados, y los gritos de Juana resonaban terribles mientras se retorcia las manos desesperada.

—¿Qué sucede aquí? dijo una voz conocida á la puerta de la estancia.

—¡Ah Pablo! ¡mi Pablo! esclamó Juana corriendo á abrazar á su hijo que venia acompañado de una mujer, y mi Maria, añadió abrazándola tambien;—¡ah! ¡no es! gritó al ver el semblante de la tapada, cuyo manto se desprendió al hacerse atrás.—¡María! ¡dónde está María!

Quisiera poder abarcar á la vez la doble escena que siguió á la aparicion de los nuevos personajes. Pablo se inmutó; Juana volvió á su desesperacion; la mujer del manto se acercó al senador cuyo rostro habia visto al reflejo de la luz, y el senador al reconocerla dió un grito: era Eleonora: el conde callaba, sufria y se admiraba al prestigio de tanto incidente.

—¡Ah villano! ¡mal caballero! dijo al fin Pablo rugiendo de furor; ¡le doy la llave de mi casa para que se oculte, y me roba á mi hermana!

Pietro Pazzi tomó el puñal de sobre la mesa y le examinó; la brillante hoja tenia esculpidas unas armas heráldicas.

—¡El puñal del marqués de Encinares!

—¡Oh! ¡el puñal de Manuel Asencio! gritó Eleonora examinando el arma que tanto conocia.

—Sí, sí, es indudable; aquí ha estado el marqués, dijo Pablo: ¡oh! yo le encontraré, y le daré deshonra por deshonra.

—Y aquí ha estado él tambien, hermano, esclamó Eleonora dirigiéndose á Pietro Pazzi el demonio de nuestra familia, el griego renegado, el pirata.

—Don Antonio, observó á su vez el senador guardando el puñal, llevad al Albaicin á la casa del marqués estas señoras, porque allí estarán todos, me atrevo á afirmarlo. Yo en tanto voy á ver á Mondejar.

—¿Y á qué? ¿no es mejor que los busquemos por distintas direcciones?

—No, no; creedme y haced lo que os digo: ¡oh! de esta vez no se me escapará ese perro. Adios, pronto nos veremos.

Salió tambien; las dos mujeres y don Antonio llegaban á la puerta de los Gomeles cuando el senador pasaba la puerta del juicio del Alhambra.

X.

Los dos hermanos.

El aposento de Irene estaba melancólicamente alumbrado por una lámpara; al través de las cortinas del lecho se veia á la jóven que vestida esperando á su hermano para asistir á la *misa del gallo* dormia profundamente.

A pesar de lo silencioso de su sueño, por la sonrisa que vagaba en su boca entreabierta podian presumirse bellos delirios en aquel corazon vírgen: á pesar de su disimulo, habíala interesado sobremanera el amor romancesco de Pablo y hallábase entregada á una de las lindas quimeras que ven en sueños las almas de los jóvenes, de los niños y de las mujeres, prerogativa de su pureza y de su idealismo, que les hace amar la noche con su misterio, su silencio y sus hermosas y errantes apariciones.

Entonces no la aprisionaba dentro de su duro círculo la sociedad; vagaba por campos quiméricos de esplendentes matices, atmósfera de rosa y auras balsámicas; vagaba sostenida por alas invisibles en un espacio radiante y sereno, sobre un mundo en que todo se la presentaba encantador con sus sombrosos bosquecillos de laureles entrelazados de jazmines; con mansos ríos de aguas clarísimas, con pintadas y parleras avecillas. Y en medio de aquel jardin de Hiram veia á Pablo hermoseado por su fantasía; y aquella mujer, que despierta le recataba su amor por respeto á su po-

sicion, dormida le entregaba su pasion sin reserva, inmensa, única, sin que viniese á empañarla el recuerdo de otros amores. Por eso su labio sonreia y su seno se elevaba suavemente, gozando una sensacion gigante que hacia correr por sus venas una nueva vida, comparable solo á la gloria, si es que algo puede compararse á lo que presentimos grande, supremo, mas allá de la vida.

Cuando uno de esos ensueños divinos halaga al corazon, satisfaciendo su sed de gozar, no debia despertarse, porque despertar es caer; porque al abrir los ojos á la luz del mundo los goces de la fantasía se amargan con un suspiro de dolor y desengaño.

Un reloj marcó lentamente en la antecámara tres cuartos; y cual si Irene hubiese escuchado al través de su sueño aquella señal que solo retardaba en un cuarto de hora la llegada de la media noche, abrió los ojos y se levantó sonriendo, como si se despidiese de sus seductores fantasmas.

El trage de la jóven era soberbio; su negro terciopelo hacia resaltar el encanto de su brillante hermosura, y su peinado, ligeramente alterado por su sueño, hacia caer en anchos bucles su larguísimo cabello que sujeto en la blanca gola de encaje, se agrupaba en torno de su voluptuosa garganta, ceñida por un collar de brillantes; sus megillas estaban sonrosadas por el placer, sus ojos cargados aun, miraban tímidamente la luz que los lastimaba, y tenian un encanto irrestible; miróse á un espejo; estaba sola, y no contuvo una orgullosa sonrisa, espresion de su amor propio satisfecho.

Abrióse entonces la puerta y apareció don Luis armado aun, como le hemos visto en el trascurso de esta noche; acercóse lentamente á Irene y poniéndola familiarmente la mano sobre un hombro, la dijo:

—Tengo que hablaros, hermana.

—¿Hablarme, don Luis? ¿y de qué? comprendo: necesitais estar libre y yo me he atrevido á contar con vos. Vendreis, sin duda, á decirme que os llama el capitan general, para que no pueda acusaros de descortés por vuestra negativa á acompañar una dama, y habeis tenido la feliz ocurrencia de cargaros de hierro como para dar batalla. Estais dispensado, caballero, aunque lo sienta, porque son tan pocas las veces que puedo llenarme de satisfaccion con la compañía de tan gallardo caballero...

Irene se detuvo; su hermano profundamente distraido no la escucha-

ba, se habia levantado y vuéltose á sentar inquieto, lanzando confusamente una maldicion.

—¡Dios mio! ¿qué tienes Luis? le preguntó acercándose con ansiedad Irene ¿algun duelo?

—¡Un duelo! ¡no! un duelo no me haria desesperar, estar inquieto, con el alma aterrada. Lo que tengo hermana es que van á prenderme.

—¡A prenderte..!

—Sí, porque he sido traidor al rey; porque mi nombre figura al pié de un acta de rebelion; porque estamos deshonrados, perdidos.

—¡Don Luis!

—Calla hermana, calla, yo creia muerta á nuestra madre y queria vengarla; me habiais incitado á ello llorando todos los dias delante de su retrato.

—Y...

—Me uní á los moriscos, á los moriscos que han sido descubiertos, presos, y que me pueden arrastrar con ellos al cadalso.

—¡Oh! ¡huye! ¡huye Luis! ¡eso seria horroroso!

—Sí, pero antes de huir es preciso que sepas que esta noche verás á nuestra madre.

—¡A nuestra madre! esclamó Irene sentándose desvanecida.

—Sí, no debe tardar; dila que marcho á Francia; que reuna nuestro dinero; que lo oculte: que me siga y me perdone; porque mañana no tendremos nombre, ni solar, ni estados. ¡Oh! ¡yo lo habia arrostrado todo por vengarla!

Irene callaba aterrada.

—Ademas, es necesario que vayas al aposento de don Gonzalo, y digas á María, la hermana de Pablo (Irene se ruborizó ligeramente), que me perdone tambien por haberla arrancado con una mentira de su casa, porque la adoro.

—¡Aun eso mas, hermano!

—¿Y qué hacer ya?

—¡Deshonrar á una jóven pura, virtuosa! Porque mañana todos dirán: ha pasado una noche en casa de su amante; es una perdida.

—No; dirán: es la prometida de don Luis Osorio.

—¡La prometida! ¿luego te vas á casar con ella?

—Si no muero.

—¡Oh! ¿por qué has amado á esa mujer?

—¿Y por qué amas tú á su hermano?

—¡Yo! ¿quién te ha dicho...?

—Tus ojos; tus imprudencias, Irene. Y á pesar de todo ¿te he humillado jamás? No; porque comprendo que todo cede ante el amor; porque sé que es en vano oponerse á la suerte.

Los dos jóvenes callaron porque se habian comprendido.

—¡Adios hermana! Espero que nos volvamos á ver: no llores... Adios.

Y salió dejando á Irene aterrada, á pesar de la seguridad que habia dado á su esperanza don Luis, que apenas salió del aposento de su hermana, se detuvo irresoluto en el primer peldaño de la escalera.

Parecíale una infamia huir y dejar abandonadas en una posicion azarosa á su familia, á la mujer de su amor; habia tenido toda la sangre fria, todo el valor necesario para llevar las cosas á aquel estremo, y aterrábase ahora cuando solo debia pensar en huir; parecióle que iba á ser conocido y arrestado; parecióle que oia decir á la plebe: el marqués de Encinares, el traidor ha tenido miedo y huia: resolvia quedarse, pero le aterraba la perspectiva de un oscuro calabozo, de un infame patíbulo; y el amor á la vida le impelia á la fuga; mas con huir no libraba su nombre de la infamia; la sobrevivia, la aceptaba, y no tuvo valor para arrostrar una existencia tan horrible.

—¡Oh! murmuró, ¡un noble debe morir cuando muere su fama! Y se dirigió lentamente á su cámara; entró, arrojóse en su sillon, y fijó la vista en la puerta esperando á cada momento ver entrar á la justicia.

Y así pasó media hora en medio de un silencio terrible; algun tiempo despues sonaron en la casa agudos gritos de mujer, y don Luis corrió al aposento de su hermana de donde al parecer salian; mas antes de referir la causa de aquellos gritos vamos á presenciar otra escena en el retrete de Benjamin.

XI.

Un padre.

Don Luis habia llegado á la puerta de los Gomeles y penetró sin dificultad en la ciudad, merced á la contraseña que le habia dado Pablo; descendió por la calle del mismo nombre, atravesó la plaza Nueva, subió al Albaicin, y entró en su casa con María á quién condujo á la estancia de Benjamin, donde la dejó para entrar en el aposento de Irene.

María esperó con impaciencia á que volviese y en vano; el jóven no se habia atrevido á llegar de nuevo hasta ella porque le asustaba la escena que debia seguirse al descubrimiento de su ardid, y estaba ya arrepentida de un paso tan avanzado; asi es que como hemos visto se encerró en su cuarto.

María era demasiado cándida para pensar si habia sido engañada; su impaciencia era hija del deseo de ver á su hermano, á quien se fingia entregado á crueles padecimientos.

Pasó algun tiempo y don Luis no volvió. Sonaron pasos en el esterior; abrióse la puerta, y apareció bostezando de sueño Guzman, nuestro olvidado paje.

Al ver una mujer jóven y hermosa cuya entrada se le ocultó, en razon á haber penetrado don Luis por el postigo que daba á la calleja, abrió los ojos estraordinariamente y la preguntó:

—¿A quién buscais, señora...?

—¡Oh! vos me lo direis...

—¿Yo? ¿y qué...?

—Mi hermano...

—¿Y bien...?

—Mi Pablo...

—¡Ah! ¿vuestro hermano es Pablo? ¿el que asi da serenatas como bruñe espadas?

—¡Sí ¡sí! llevadme donde está.

—Vamos, estais equivocada, señora, no está aquí, ni yo se dónde esté, si se ha perdido.

—Qué, ¿no está en esta casa?

—Cierto que no.

Por primera vez una sospecha vaga pasó por la imaginacion de la niña.

—Y el marqués, ¿donde está el marqués?

—¡El marqués! ¡hé! tampoco está. Salió armado esta noche, y cuando sale asi no vuélve en mucho tiempo.

El paje tampoco habia visto entrar al marqués.

—¡Dios mio! ¿dónde estoy? gritó asustada María.

—¿Quién os ha traido aquí señora? la preguntó el malicioso paje que sospechó aunque sin objeto.

—Don Luis, el marqués. Me dijo que mi hermano estaba herido, que me llamaba y vine.

Guzman conoció que no debia ser imprudente y repuso:

—En ese caso, bien podrá ser, y que yo lo ignore; porque ya veis, dormia, y entre tanto puede muy bien haber sucedido todo eso.

Saludó profundamente y salió.

Aunque cándida María, la total ignorancia del paje de cosas que no pueden pasar en una casa sin ser algun tanto notadas, la asustó; entonces trajo á la memoria las contínuas visitas del marqués, su galantería hácia ella; entonces comprendió el amor misterioso que habia crecido silenciosamente en su alma; recordó los antiguos romances que habia leido, en que figuraban tantas damas robadas por enamorados caballeros, conducidas á tierras distantes, arrebatadas á sus familias y envueltas en aventuras de trágicos desenlaces; se dirigió á la puerta queriendo huir, pero se detuvo irresoluta, medrosa, sin osar aventurarse en aquellos sombríos y silencio-

sos salones, que no conocia, y se aterró; llena de fé, de pureza, su alma pensó en Dios y se prosternó.

En tanto se abrió la puerta del fondo y apareció Benjamin, pálido y demudado; abarcó de una mirada ansiosa la estancia, y al ver á la jóven se precipitó lleno de ansiedad hácia ella. María se levantó, le miró y respiró con mas libertad, porque le inspiró una de esas misteriosas y simpáticas confianzas que no se conciben, el semblante franco y lleno de honradez del judío.

—¡Ah, caballero! esclamó, ¡salvadme!

—¿Salvaros? ¿y de qué? contestó profundamente afectado Benjamin, ¿quién os ha ultrajado, señora?

—¡Ultrajarme! nadie... pero me han traido aquí engañada, sin duda diciéndome que mi hermano herido me llamaba, y mi hermano no está aquí: ¡salvadme!

Benjamin no la pudo contestar, sufria y gozaba de un modo cruel; tenia delante de sí la hija que tanto habia llorado, la tenia hermosa, inocente, pura como un ángel, con los ojos llenos de lágrimas, suplicante.

—¿Y quién sois? ¿quién os ha traido aquí?

—¿Yo? ¿quién soy yo? ¿y qué importa? soy una mujer que necesita que se la proteja, que se la ampare; y vos me ampararéis, ¿no es verdad?

—¿Pero no teneis nombre, ni padres, ni...?

—Nombre... sí... contestó María con timidez; padres... padres... no tengo mas que una madre que me ha adoptado; que no sabe la mujer á quien he debido el ser.

—¿Luego no conoceis á vuestros padres...? la preguntó penosamente Benjamin.

—No, contestó la jóven bajando los ojos.

—¿Y quién os ha arrebatado de vuestra casa?

—¿Quién? vos le debeis conocer, porque ha entrado aquí como dueño dando órdenes.

—¡El marqués!

—¿Si lo sabeis, por qué me lo preguntais?

—¿Y amais á ese hombre?

María se ruborizó y calló.

—¿Le amais?

—Sí señor; le amo, contestó con trabajo la niña.

—¿Y no sabeis, desdichada, que una mujer pobre, sin nombre, no puede ser jamás la esposa de un noble poderoso?

María levantó la frente con desden y fijó una orgullosa mirada en Benjamin.

—El nada me ha prometido, esclamó: nada me ha dicho, y en todo caso yo no hubiera aceptado su amor por orgullo.

—Bien, bien, pensó Benjamin halagado por la fuerza de dignidad de la jóven; y luego añadió alto: ¿y no os ha hecho ninguna declaracion, señora?

María le miró sorprendida, cual si no concibiese el interés que podia tener en descubrir sus secretos aquel hombre; el judío la comprendió y repuso:

—Si supiérais, señora, el interés que me inspirais, no estrañaríais mis preguntas; ¿no habeis pensado nunca en vuestro padre? ¿no habeis orado por su descanso, si habia muerto, ó por su paz en el mundo, si vivia?

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! cuando veia pasar á otras delante de sus padres, mi corazon se comprimia y las envidiaba, porque no tenia un nombre que presentar al mundo. ¡María! ¡no mas que María!

—¿Y no teneis alguna señal que os pueda hacer presumir que vuestros padres deseaban encontraros? ¿una joya, un relicario por ejemplo?

La niña miró otra vez fijamente al judío con los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Sabeis que tengo un relicario! esclamó acercándose á él; tambien debeis conocer á mis padres, ¡oh! ¡decídmelo, caballero, decídmelo! El relicario está aquí, mirad.

Y sacó una joya del pecho que Benjamin la arrebató con avidez arrojando á ella una hambrienta mirada: un grito terrible incapaz de describirse salió de su garganta, y se dejó caer sin poder resistir tanta emocion sobre un sitial; el relicario era de oro guarnecido de brillantes; por una cara tenia la imágen de la Santa Madona, y por la otra un rizo rubio encerrado tras un cristal.

—Este relicario, dijo al fin penosamente el judío, debe tener dentro un papel escrito; abridlo porque yo no puedo...

María quiso abrirlo; el encaje estaba oculto en la cinceladura, y solo á costa de un esfuerzo logró casi rompiéndolo sacar un papel enrollado

en que se leian estas palabras: *Protejed á Teresa, inocente y huérfana.*

Ciertamente lector, valiéndome de recursos viejos por lo usados, pudiera haberte sorprendido con una brillante peripecia, mas prefiero se presienta un incidente á valerme de misterios de mal afecto.

La verdad del caso es que Benjamin hizo tales estremos sobre aquel rizo que pertenecia á Angiolina y aquel papel, que para que María saliese de su admiracion, fue preciso que se admirase mas al recibir con un abrazo de efusion, el nombre de ¡hija mia! que ha acompañado y acompañañará á todos los reconocimientos creados y por crear, desde que se escriben novelas.

Bien mirado, cosas son que acontecen á cada paso; pero lo que yo encuentro impropio, abusivo en sumo grado en literatura, es el ¡padre mio! que pone todo dramaturgo en su heroina por respuesta, al asendereado padre que estrecha al fin tras un catálogo de largas aventuras á la perdida prenda de sus amores.

Por fortuna mia, María no hizo mas que admirarse, dejarse besar y abrazar por Benjamin á quien parecia mentira tanta dicha.

Empeñados estaban en un largo diálogo de preguntas y respuestas naturales en semejante lance, cuando se abrió la puerta y se precipitó en la estancia Irene; tras ella entró Pablo que se detuvo admirado delante de su hermana y cual si faltase un personaje á aquel cuadro, apareció al mismo tiempo el marqués de Encinares, que se adelantó examinando con interés aquella muda escena.

XII.

Honra por honra.

Los gritos que resonaron en la estancia de Irene eran motivados por el incidente que voy á referir.

Poco despues de la salida de su hermano sintió pasos en el corredor, y al fin vió abrirse la puerta que dió paso á un hombre; la jóven se conmovió al reconocerle: era Pablo, que adelantó, corrió el cerrojo á la puerta, y pálido, haciendo un penoso esfuerzo, la dijo recalcando terriblemente sus palabras:

—Esta noche, señora, os he declarado un amor respetuoso; esta noche pensando en vos, he arrostrado la muerte para lograr abrirme la senda del porvenir haciendo un brillante servicio al rey; y esta noche tambien he salvado á vuestro hermano comprometiendo acaso mi cabeza.

—¿Y venís sin duda á que os dé las gracias?

—Nó; vengo á que me digais dónde está mi hermana, señora.

—¿Vuestra hermana? yo... ¿qué tengo que ver con vuestra hermana?

—Nada, en verdad, dijo Pablo sentándose friamente, pero los agravios se cobran en agravios.

—No os comprendo.

—Desgracia es para mí, señora, que jamás me comprendais; desesperado es el tener que haceros esplicaciones desagradables. Escuchad, pues: mi hermana es una jóven honrada tanto como vos, y si no tan noble y tan rica al menos tan pura y tan hermosa como vos; casi, casi en la suerte correis parejas; ella jóven, sin nombre, es objeto de un amor descabellado; vos opulenta y respetada teneis la desgracia de que yo os ame con una fuerza de voluntad que puede comprometer vuestro reposo.

Irene se habia sentado temblando ante la fuerza del indomable carácter de aquel jóven entusiasta; y si no cortó aquella escena de una manera enérgica, fue porque temia una esplosion á que debia suceder inevitablemente un escándalo; Pablo siguió:

—Y digo vuestro reposo, porque he recibido un agravio de aquellos que solo ofrecen por venganza otro agravio. Mi hermana ha sido arrebatada de mi casa de una manera infame, cobarde; mi hermana pasará mañana en el mundo como la manceba del marqués de Encinares, y ¡vive Dios! vengo á cobrar honra por honra, vengo señora á robaros tambien, porque es necesario que como ella de vuestro hermano, paseis vos por mi manceba.

A aquel injusto baldon, Irene sintió enardecer su sangre; no vió en Pablo mas que el hombre que la insultaba, y se dirigió á él en un ademan lleno de imperiosa dignidad y le dijo:

—¡Salid!

—¡Oh! sí, si saldré, pero no será sin vos ¿lo entendeis, señora? y os suplico por vos misma que no griteis, que no llameis gente, porque si un desdichado pasa esa puerta, y amartillaba una pistola, le mato.

—¡Oh! ¡me amenazais tambien á mí! ¡á una mujer! ¡os introducís en mi estancia como un ladron!

—¡Señora!

—Como un ladron y un asesino: sí; yo os lo digo.

—¿Y cómo se ha introducido vuestro hermano en mi casa? ha sido como bueno y leal, ¿no es verdad? ¡Oh! un gran señor honra á una villana con su amor, la hace célebre robándola á su familia que debe besar sus plantas arrobada de placer, desvanecida por tanta honra. ¿No es verdad, señora? pero yo desprecio tal distincion, la rechazo y busco un desagravio. ¡Seguidme!

—¡Y vos sois el que me amais! esclamó Irene, probando un medio de salvacion.

—¡Sí os amo, señora! Os amo mas que lo que existe; si me hubiérais pedido mi nombre hubiera muerto; si me hubiéseis mandado matar á un hombre, y aquel hombre hubiera sido el rey, su muerte era segura; mas no me pidais el sacrificio de mi honor, herido de una manera cruel. ¡Oh! ese infame, le he salvado; le he dado las llaves de mi casa para que se oculte á la justicia, y abusa de mi confianza, me deshonra, si solo bastase para lavar mi mancha su sangre, si no me hubiérais visto, señora; cuando os hablo asi me desgarro el corazon porque os adoro.

—Y si yo os dijese: Pablo; os amo... por ese amor cuya pureza debe seros tan cara, respetadme. Yo en cambio desafiaré por vos las murmuraciones del mundo, me uniré á vos, seré vuestra esposa... Os hablo con el corazon, me olvidaré de mi actual posicion, aceptaré la vuestra, y seré feliz. ¿Qué mas puedo concederos, Pablo?

El jóven miró asombrado á Irene; habia tanto amor, tanta verdad en su mirada, que olvidó por un momento el objeto que le habia llevado junto á ella.

—¿Me amais, señora? la preguntó temblando.

—Sí, Pablo, sí, os amo, os amo quizá mas de lo que podeis concebir; os amo para mi eterno compañero en la vida. No me pregunteis mas; no me exijais mas, porque nada alcanzareis.

El semblante del jóven se nubló creyendo eran solo una farsa para seducirlo las palabras de Irene, y por una violenta transicion pasó del amor á la cólera.

—Todos vuestros ardides son en vano, señora; os habeis negado á seguirme y me seguireis por fuerza.

—¡Pablo!

—¿Me seguís?

—No.

—¿Y si yo os arrebatase violentamente?

—No me toqueis, haceos atrás.

—¡Oh! lo mismo diria ella y fue en vano.

Y sin decir mas fué á asir á Irene, pero la jóven le burló; corrió á la puerta, abrióla, y escapó por el corredor seguida de Pablo, pidiendo á gritos socorro.

XIII.

El marqués de Mondejar.

Algunos capítulos atrás dejé á Pietro Pazzi pasando la puerta del Juicio de la Alhambra.

Una estraña animacion reinaba en el castillo, cruzábanse sombras informes en medio de la oscuridad, pero silenciosas como espectros; solo se oia el desagrable rechinar de las armas, ó el crugir de alguna lombarda que entraba en batería.

El senador atravesó por medio de los grupos y llegó á la puerta del alcázar, en la cual le detuvo la partesana de un centinela que la cruzó á su paso.

Demandó audiencia del capitan general y le respondieron que era imposible, porque estaba presidiendo el consejo de guerra; mas cuando dijo su nombre con todos sus dictados, el capitan de la guardia le introdujo en una solitaria antecámara donde quedó solo.

Poco despues se abrió una puerta, y un paje le indicó que podia entrar.

En el fondo de un gabinete, en que al par de un gran lujo se dejaba notar la rigidez de las costumbres militares, estaba sentado un anciano junto á una mesa cubierta de libros y legajos; en su ancha frente, despo-

blada de cabellos, se notaba toda la grandeza, toda la hidalguía del carácter castellano; su traje negro era riquísimo, y no mostraba mas armas que una fuerte coraza recargada de arabescos de oro y una rica espada.

Levantóse cortesmente á la aparicion de Pietro Pazzi que se acercaba á él tendiéndole la mano.

—Dispensadme, marqués, le dijo, si vengo en ocasion tan inoportuna á reanudar los lazos de amistad que nos unieron hace algunos años.

El marqués de Mondejar le miró con atencion; sorprendióse un tanto, y al fin le abrazó afectuosamente.

—¡Oh! bien venido sereis siempre á mi lado, senador; ¿y cómo os vá? Muchas veces he recordado con placer los amenos ratos que debia á vuestro saber y al de nuestro amigo don Diego, durante su embajada en Venecia.

—Nunca, entonces, respondió el senador, hubiera supuesto llegase el caso de venir á vos con una súplica que tal vez os embarace como autoridad, marqués.

—¡Súplica! decid un precepto: porque supongo...

—Nada supongais; vengo á solicitar de vos encubrais, y os suplico perdoneis mi demanda, un crímen cometido, es verdad, pero cometido por una multitud de fatales incidentes que le hacen disculpable.

La frente del marqués se frunció imperceptiblemente.

—Hablad, senador, hablad, dijo al fin sentándose y componiendo su semblante.

Sentóse Pietro Pazzi y relató al marqués cuanto tenia relacion con la vida de Eleonora; pintóle sin exajeracion el carácter de Manuel Asencio y acabó por espresar la complicidad de don Luis en la rebelion que estaba á punto de estallar.

—Me pedís un imposible, respondió despues de una profunda meditacion el general, porque el nombre de Encinares está mezclado á una multitud de firmas que autorizan un escrito altamente rebelde; mirad y juzgad.

Y esto diciendo, tomó un papel que estaba á la vista sobre la mesa; era el mismo que Manuel Asencio habia mostrado poco tiempo antes á Eleonora en la torre de los Siete Suelos.

Pietro Pazzi lanzó una esclamacion al conocer la mano que habia escrito la fórmula de la proclamacion de Aben-Humeya y preguntó al marqués.

—¿Y no existen mas pruebas que estas?

—Y son suficientes por desgracia, senador; el imprudente no contento con estampar su nombre al pié de ese fatal documento ha puesto tambien el sello de sus armas, se ha perdido.

—¿Y me permitireis preguntaros, quién es el hombre que le ha puesto en vuestras manos?

—Sí, un hombre que dice llamarse Pedro Lopez, un cristiano viejo que ha encontrado por acaso ese papel perdido sin duda por un descuido.

—Y permitidme... ¿recordais las señas de ese hombre?

Mondejar hizo al senador la fiel descripcion del griego.

—Marqués, le dijo Pietro Pazzi, habeis tenido en vuestro poder al hombre que ha enlazado los hilos de esta trama tenebrosa, al asesino, al raptor, al incendiario, al pirata: ese hombre es Manuel Asencio.

—¡Oh! ¡bien! ¡bien! esclamó el marqués, no se escapará á la justicia. ¡Hola alférez!

Un oficial se presentó á la puerta; el marqués prosiguió:

—Que estén prontos treinta arcabuceros y volved á recibir órdenes; por lo demas, añadió dirigiéndose al senador, todo lo que puedo hacer por vuestro protegido es salvar su persona proporcionándole un pasaporte con fecha anterior, mas no puedo salvar su nombre.

—Teneis razon, contestó Pietro Pazzi, habeis hecho demasiado, é insistir seria ofenderos.

Mondejar meditó un monumento, y luego dijo:

—Al fin, si no le han preso aun, si no han declarado en su contra los presos... ¡hola!

Un paje se presentó á la puerta.

—Que llamen al capitan Sandoval.

El paje salió y el marqués empezó á pasearse profundamente agitado por la estancia.

—En fin, dijo deteniéndose junto al senador, ¿estais seguro de que don Luis no abriga ningun ódio al rey?

—Os lo aseguro.

El capitan llamado entró entonces.

—Sandoval, le preguntó Mondejar, ¿han declarado los presos?

—Sí señor.

—¿Han revelado algun cómplice?

—Esta es la lista, mi general.

Pasó el marqués rápidamente la vista por aquellos nombres y solo los halló oscuros, pertenecientes á moriscos.

—Está bien, os podeis retirar.

El capitan salió.

—Y ahora, amigo mio, tomad, prosiguió mientras escribia en un papel; tomad esta órden y si quereis cumplimentarla vos mismo lo podeis hacer.

El senador miró la órden que contenia estas palabras:

«El alférez Maldonado prenderá muerto ó vivo á Pedro Lopez, comisionado de hacer una prision, y que debe encontrarse en el Albaicin. El capitan general marqués de Mondejar.»

—¿Y bien?

—La órden dice muerto ó vivo; le indicó con intencion Mondejar.

—¡Oh! descuidad, va en ello la venganza de muchos agravios.

—Despues enviadme al jóven don Luis, fuí muy amigo de su padre; y ya que no para castigarlo quiero tener el derecho de reprenderle. ¡Alférez!

Volvióse á presentar el oficial.

—Id con los treinta arcabuceros á las órdenes de este caballero.

—Marqués, le dijo Pietro Pazzi, si alguna vez un hijo vuestro comete una locura en Venecia, tendrá, mientras yo viva, un poderoso apoyo en el Consejo de los Diez.

—Ved que es tarde, senador, y tal vez perdeis el tiempo.

—Adios.

—Adios.

Acompañóle Mondejar hasta el patio del Estanque, y no se retiró hasta que le vió perderse en la sombra seguido del alférez y los soldados.

Daban entonces las doce de la noche: las campanas de todas las iglesias repicaban en celebridad del nacimiento de Jesus. Entre el vago clamoreo que se perdia en los confines del Albaicin resonaron algunos disparos de arcabuz, gritos perdidos al lejos entre el silbido del viento; se vieron siniestros reflejos entre las estrechas calles, y la zambra morisca se elevó sobre aquellos confusos rumores mezclada á los lelíes de la gente de Aben-Farax.

La Alhambra permaneció silenciosa; los artilleros encendieron su mechas, y el marqués de Mondejar al frente de la caballería salió de ella en direccion al Albaicin.

XIV.

El rebato.

Yo soy muy curioso, y como supongo que vosotros tambien lo sereis, he dispuesto nos traslademos al Albaicin á mezclarnos con las turbas que despues de haber escalado la puerta de Fajalauza, corren y gritan á la sazon por las estrechas callejas del arrabal, agitando las teas, cuyo resplandor hemos visto desde los miradores de la Alhambra.

Me placen en estremo esos momentos de confusion en que las tinieblas prestan un área luminosa al resplandor del incendio, en que las campanas tocan terrorosamente á rebato, en que se escuchan al lejos gritos informes que se confunden con otros, formando un solo clamor imponente, un clamor de amenaza á que se une el seco estruendo del disparo de un arcabuz á que contesta otro que es repetido á la par; ver tras el fondo transparente de la hoguera, hombres que parecen fantasmas corriendo, ahullando, matando, es un espectáculo por lo raro precioso, por lo sombrío digno de contemplarlo y de poner á prueba la fuerza del corazon en la piedra de toque de la matanza y el combate.

Pero en la noche á que nos referimos, en el momento en que nos aunamos á aquella fiesta guerrera, aun no habia corrido sangre; ni los rojos reflejos emanaban del incendio de los edificios, sino de grandes hogueras encendidas en la plaza del Salvador.

Al mismo tiempo que esto sucedia, cabalmente al vibrar en el silencio la primera campanada de las doce, un hombre seguido de un alférez y ocho arcabuceros, atravesaba en silencio la plaza Nueva; deslizóse junto al muro del palacio de la Chancillería, siguió unido al de la cárcel, y adelantó por la calle de San Juan de los Reyes, hasta llegar al convento de la Vitoria, ante cuyo átrio se detuvo, hizo quedar junto á él á la gente que sin duda mandaba, y se adelantó hácia el Salvador por la pendiente calle de la Gumía.

Cuando llegó frente á la antigua mezquita, convertida despues de la conquisa en colegiata, entraba en la plaza Farax-Aben-Farax, al frente de su cohorte, que se desparramó como una avenida en las estrechas calles circunvecinas; pronto, muy pronto la leña de los hornos cercanos se hacinó delante del pórtico, y fue incendiada produciendo un torrente de humo y de fuego.

Magnífico espectáculo salió entonces del fondo de las tinieblas: el Generalife con sus torrecillas y su gigante ciprés de la sultana; la Alhambra, con sus muros torreados, con su mezquita mayor, su palacio de Carlos I y sus torres de Comares y de la Vela; la catedral, gigante de piedra, con su altísimo y magestuoso campanario; la ciudad tendida á sus piés, reflejaron la flameante luz de la inmensa hoguera, mientras la turba fijaba los atrevidos ojos en aquellos agrupados objetos, ansiando verlos envueltos en el torbellino, la sangre y el estrago.

Fácil era conocer en el Albaicin las casas de moriscos y de cristianos viejos; las primeras inquietas con luces que iban y venian, con puertas y ventanas que se abrian y se cerraban, las segundas silenciosas y cerradas; aunque á haber podido ensanchar alguna luminosa rendija, se hubiera visto tras ella algun rostro fruncido, alguna mano que sostenia recelosa el peso de un arcabuz.

En tanto Farax hacia escuchar á la canalla un solemne pregon, por el que en nombre de Aben-Humeya se llamaba al combate á todos los buenos creyentes. Apenas se habia concluido, cuando un viejo moro abrió la ventana de su casa y preguntó al Justicia, que pasaba á la sazon junto á ella.

—*¿Cuántos sois?*

—*Seis mil*, contestó Farax.

—*Venís pocos*, *y venís tarde*, repuso el viejo, y cerró la ventana.

—Tiene razon, dijo una voz junto al morisco; pocos, tardíos é imprudentes.

Farax volvió la cabeza y miró al que asi le hablaba.

—¡Ah! ¡eres tú Sidí-Alhamar! ¿has estado en la Alhambra?

—Sí, y he visto los tercios apoyados en sus armas; la artillería pronta al combate, la ciudad guardada, no esperan mas que la señal, y todo está perdido.

—¡Perdido! nos batiremos, como nuestros leones africanos, con la fuerza de la desesperacion; y triunfaremos, porque luchamos por nuestra independencia, por la gloria del Profeta, y Dios que es invencible peleará con nosotros.

El griego, y debe tenerse presente que este personaje que nos ha seguido continuamente, le reconocemos como ermitaño, como cristiano viejo, y como morisco bajo el nombre de Sidí-Alhamar, movió la cabeza como hombre que oye hablar de una causa que cree perdida.

—Triunfaremos, repuso Farax, á quien engañaba la fuerza de su pensamiento.

—Para triunfar necesitabas apelar á un medio estremo.

—Apelaré á él.

—No apelarás; porque para ello era preciso incendiar el Albaicin y la Alhambra.

—¡La Alhambra! ¡el palacio encantado, obra de nuestros padres! ¡el Albaicin! ¡la morada de nuestros hermanos! ¡Nunca! ¡la ciudad Nueva sí! la ciudad Nueva donde no viven mas que cristianos, enemigos de nuestra ley; ¡la ciudad Nueva, sí!

—Pues bien: bajad á la ciudad, le contestó con una horrible sonrisa Manuel; bajad, incendiadla, pereced y matad! ¡matad hasta que la sangre, no cabiendo en las calles salga en anchos ríos á inundar la vega! Matad ó morid, repitió alejándose del pensativo Farax, y perdiéndose en una alta calleja; ¿qué importa que triunfeis ó seais vencidos si de todos modos habrá matanza?

Entonces fue cuando la campana del Salvador empezó apresuradamente á tañer á rebato, contestóla la de la catedral, y Farax esperó ansioso el estampido de la artillería de la Alhambra; pero en vano, la Alcazaba permaneció muda y silenciosa como un cementerio, y el morisco se desanimó.

—Nos han vendido, Monfarrix, dijo á uno que estaba á su lado;

los perros saben la señal y no la harán, y no vendrán los de la Vega.

—Morir ó triunfar, contestó Monfarrix desnudando una reluciente espada. ¡Hola! los atabales, gritó volviéndose á la chusma; ¡la zambra, tocad la zambra!

Los atabales, las gaitas y los tamboriles, resonaron estrepitosamente cual si llamasen á una fiesta; todos los ojos se animaron; en todas las manos lucieron los aceros, y cuando Farax subido sobre una adarga en hombros de sus parciales, desplegó un pendon rojo; cuando lo ondeó tres veces y gritó otras tantas:

—¡Por el Profeta y nuestro rey el magnífico Aben-Humeya! el entusiasmo no conoció límites; no gritaron ya, sino ahullaron é impacientes de matar dispararon al aire sus arcabuces.

—¡A la ciudad!

—¡A la plaza Nueva!

—¡A la Alhambra! gritaban en coro, aquella turba frenética, que se deslizaba en anchas oleadas por el descenso de las calles que bajaban á la ciudad; y seguian tocando la zambra, disparando, gritando de una manera espantosa; mas al llegar á la cuesta del Chapiz, un alarido de dolor se alzó entre los delanteros; las primeras masas habian recibido una bala rasa, y el estampido de una bombarda dominó por un momento aquella furiosa algazara que dejó oir una voz robusta de la otra parte del bosque de las Cornetas (1):

—¡Lanzas en ristre! ¡por el rey don Felipe el II! ¡Santiago y cierra España!

Escuchóse tras aquella voz el clamoroso eco de las trompas castellanas tocando á degüello, y la tierra tembló estremeciéndose bajo el ruido y potente escape de los caballos, al duro y espantable rechinar de las armas, y al grito amenazador de los soldados que gritaban aguijando á sus corceles.

—¡A ellos! ¡A ellos!

Entonces el entusiasmo de los moriscos se trocó en pavor; en vano Farax, y los principales partidarios, quisieron rehacerlos: huian con las alas del miedo, y bien pronto no quedaron en la pendiente cuesta mas que los muertos y los heridos por el disparo de artillería.

(1) Llámase asi el paseo que existe despues de pasar el último puente del Darro, á la entrada del camino de la fuente del Avellano.

El terreno era desventajoso para los caballos, y la rebelde turba espedicionaria pudo al fin llegar á la puerta de Fajalauza, saltar la muralla y escapar.

Mondejar al frente de la caballería mandó recoger los despojos del combate; reconoció el Albaicin, reforzó las guardias de la muralla, y se retiró á la Alhambra.

Un momento despues, la ciudad estaba silenciosa y tranquila cual si nada hubiese sucedido.

Mientras tanto, y antes de que tuviese lugar el pasajero combate que acabo de describir, Manuel Asencio, seguido de los soldados que le esperaban en el átrio de la Vitoria, entraba en la casa del jóven marqués de Encinares.

XV.

Vida por vida.

En ella dejamos entrando en escena en el aposento de Benjamin á Irene, á Pablo y al marqués de Encinares.

Irene, pálida y asustada corrió á ampararse del judío; Pablo irritado adelantó un paso y la asió una mano con una audacia sin igual; don Luis se detuvo en el centro de la estancia y arrojó una mirada colérica al espadero.

—¡Vive Dios, don villano! le dijo, dejad á esa dama, soltad su mano ó malgrado la soltareis con la vida.

—¡Oh! y qué bien pagan los beneficios los nobles señores, contestó Pablo mirándole sin inmutarse; se les salva la vida; se les da la llave de nuestra casa para que se oculten en ella; se les ampara generosamente, y en cambio os roban vuestras hermanas, os deshonran, os insultan; se introducen como ladrones en la casa que les ha abierto sus puertas, y despues cuando venimos á cobrar en honra la honra que hemos perdido, ¡nos llaman villanos!... ¡Oh! ¡si el ser noble es ser como vos, marqués, quiero ser siempre un villano!

Pablo durante este razonamiento se habia acercado al hidalgo lentamente, y con la misma lentitud se habia retirado hácia atrás don Luis;

la mirada del uno de los jóvenes estaba fija en la del otro, amenazadora y sombría, y á aquella chispeante mirada salia al encuentro otra no menos terrible, mas cuando el espadero pronunció sus últimas palabras con la entonacion del mas profundo desprecio, un grito inarticulado de furor fue la contestacion del marqués y su espada describió un rápido y brillante reflejo reluciendo fuera de la vaina.

—¡A mí, don Luis, á mí! gritó el espadero desnudando tambien la suya.

Eran los preliminares de un combate á muerte, y las dos mujeres causa del lance, corrieron por un movimiento simultáneo á sujetar á los combatientes.

—Sujetad á mi Luis, don Gonzalo, dijo al judío Irene, que luchaba con el marqués.

—¡Oh! ¡Pablo mio! ¡Pablo mio! gritaba tambien María sujetando con un abrazo al que llamaba su hermano.

Benjamin corrió á su hija que Pablo habia lanzado fuera de sí con un violento empuje, y á quien se habia tornado su cólera.

—Y tú tambien mujer, esclamó, tú tambien has ayudado á la carcoma de mi honra; tan pura, tan inocente, tan hermosa ¡oh! maldita seas tú, que has llenado de luto el techo en que habias encontrado una madre y un hermano.

—¡Oh Pablo! dijo la jóven cayendo desvanecida en fuerza de tanta emocion en los brazos de su padre.

La posicion de Benjamin era difícil; colocado entre dos hombres llenos de ira, sedientos de sangre, porque se debian un recíproco insulto; herido por el dolor de su hija, sufriendo por Irene y don Luis á quien amaba despues de ella los primeros, sufria acaso mas que ninguno de los que le rodeaban; Irene no pudiendo contener á su hermano le habia abandonado, y las espadas de los jóvenes se chocaron al fin produciendo un seco y fatídico chasquido.

—No, ¡vive Dios! gritó Benjamin, olvidándolo todo y poniéndose en medio de los jóvenes; no dareis este escándalo, no mancharais vuestras espadas en sangre inocente; ¿qué? Pablo, cuando yo perdono ¿no podeis perdonar vos? ¿don Luis, cuando yo me humillo no cedereis tambien?

—¿Y quién sois vos, para imponeros á esta demanda? le dijo altaneramente Pablo.

—¿Quién? ¿quereis saberlo? respondió el judío; pues bien, soy el

padre de Teresa á quien vos llamais María, ¿lo entendeis? soy su padre, yo que la tomo bajo mi amparo: yo que respondo de su pureza.

—¡Su padre! esclamaron á un tiempo los dos jóvenes.

—Sí, su padre, su padre, que os ama á los dos tambien, á tí Pablo, porque te has llamado su hermano, á vos don Luis, porque me he acostumbrado á llamaros hijo.

Las espadas de lòs jóvenes bajaron sus agudas puntas, y sus ojos fijaron la mirada en el suelo; la vista de aquel hombre lleno de autoridad y de honradez, su acento profundo, conmovido y ademas la rectitud del pensamiento de los dos recientes enemigos, influyeron en sus ánimos de una manera prodigiosa; á pesar de su ira se amaban, aquel terrible incidente solo habia sido motivado por circunstancias que en los dos afectaban mas sus pasiones que la tácita amistad que los unia; tenian ambos lastimado su orgullo, luchaban alentados por él; pero es seguro que llevado adelante el lance, la memoria del que hubiese muerto habria afectado eternamente con el dolor y el remordimiento la existencia del otro.

Benjamin conoció la lucha interior de los jóvenes y no dejó pasar el momento favorable; dirigióse sucesivamente á ellos y les quitó las espadas que se dejaron arrancar sin resistencia; luego asió sus manos, y quiso enlazarlas, pero era exijir muy pronto y demasiado: los dos se retiraron y los dijeron á un mismo tiempo:

—¡Jamás!

—¡Jamás! repuso el judío, volved la vista á vuestras hermanas, á vuestras hermanas que os aman á la vez como amantes y que sufren doblemente; vosotros las amais tambien, Teresa, Irene, ayudadme, reconciliadlos.

No sabemos qué efecto hubiera producido este recurso, porque en aquel momento sonaron fuera precipitados pasos, se abrió la puerta y tres personas se precipitaron dentro.

Era Juana, Eleonora y don Antonio.

La primera corrió á Pablo y á Teresa (que ya es tiempo que demos su verdadero nombre á María,) don Antonio al escuchar á Pablo llamar madre á Juana, se unió á aquel grupo de seres abrazados cual si hubiesen pasado largo tiempo separados y entre grandes peligros, y Eleonora guiada por el amor de madre, que nunca se engaña, se precipitó sollozando hácia don Luis y doña Irene.

Y en medio de aquel cuadro solemne, lleno de ternura y amor, Benjamin levantaba las manos y los ojos al cielo como dándole gracias por haber permitido llegase el plazo de los sufrimientos de aquella familia.

Llegó, en fin, el momento de separarse y darse á conocer.

—Señores, dijo serenándose Eleonora, este momento es demasiado grato para que lo olvidemos; no os conozco, añadió dirigiéndose á todos escepto á sus hijos, pero á lo que veo, hemos participado de los mismos dolores; señora, vos, á cuyo hijo debo mi vida y la del marqués, prosiguió hablando con Juana, permitid que os abrace y os ofrezca su amistad Eleonora Gieromi...

—¡Vos! ¡sois vos la mujer de quien mi padre me ha hablado tantas veces!... ¡la hermana de Inés Gieromi...!

—Sí, ¿y vos sois acaso...?

—Vuestra sobrina, señora, la hija de vuestra hermana.

Hay situaciones que están fuera del alcance del escritor, ó al menos de mis recursos dramáticos, y prefiero á hacer una mala descripcion, dejar libre al lector para que colocándose en un caso idéntico conciba tales peripecias á su modo: el caso es, que vino á quedar patente una parentela que enlazaba á mis personajes de este modo: el marqués era primo de Pablo y Pablo primo de Irene y de Teresa, aunque esta última se hallaba respecto á los demás en segundo grado. Aconteció lo que no podia menos de acontecer, olvidáronse los rencores y los amantes se miraron, sonriendo á la perspectiva de un próximo enlace; el conde de Montevalle reconoció por hijo al jóven espadero, y Benjamin resolvióse al fin interiormente á ser bautizado no sin sentir una terrible repugnancia á ser infiel á su ley; en cambio legitimaba á su hija, la daba esposo, y no se atrevió á oponer á su amor de padre sus deberes en religion.

Es necesario no ser rígidos con él; supóngase cualquiera en su lugar; el mas concienzudo, y confiese despues francamente sino hubiera hecho en iguales circunstancias lo mismo.

Creeráse que ya he concluido, que no falta mas que casar á nuestros jóvenes, acompañarlos hasta la cámara nupcial y desearles una larga y robusta progénie; es necesario para ello acordarse de que nos hemos adelantado á Manuel Asencio para presenciar los anteriores sucesos, y que cabalmente en el punto á que hemos llegado, pisaba el umbral de la casa el griego seguido del alférez y los arcabuceros.

Sin que yo hubiese hecho esta observacion, el ruido de los precita-

dos pasos que sonaron en la antecámara me hubiera dispensado de ella; abrióse la puerta de golpe y el griego y su gente entraron.

Eleonora dió un grito al reconocer á Manuel Asencio, mientras este lanzándola una mirada de triunfo llena de crueldad, adelantó hácia don Luis mostrándole una órden, y dijo en acento feroz:

—Daos á prision en nombre del rey, marqués de Encinares.

El jóven retrocedió tornándose pálido como un cadáver; Pablo siempre valiente, siempre generoso, sacó de entre la capa una pistola, la amartilló y dijo adelantándose y mostrando tambien la órden general de prision que habia llevado á la torre y que fue inútil por la resistencia de los moriscos.

—El marqués está ya preso, le he encontrado en los Siete Suelos y respondo de él; como sargento de cuadrilleros de la Santa Hermandad, defenderé mi prisionero y no le entregaré á menos no se muestre una órden terminante.

El griego hizo un ademan de rabia é impaciencia, y volvió á repetir su intimacion de prision al marqués cual si nada hubiese escuchado.

Pablo se interpuso de nuevo y Manuel Asencio irritado se volvió á los arcabuceros y les dijo:

—Venís bajo mis órdenes; muerto ó vivo prended á ese hombre.

Una voz robusta, imperiosa, se dejó oir entonces en la puerta.

—¡Deteneos! gritó.

Era Pietro Pazzi que llegaba á tiempo; el alférez y los soldados que le seguian entraron.

—¿No reconoceis á ese hombre bajo el nombre de Pedro Sanchez? preguntó al alférez que escoltaba al griego.

—Sí señor, respondió el alférez.

—¿Reconoceis el sello y la firma del capitan general del reino y costa de Granada? añadió el senador mostrándole un papel.

—Sí señor, contestó despues de leerlo el preguntado.

—Pues bien, enteraos de la órden que contiene y cumplidla.

El alférez miró la órden y dijo despues á don Luis:

—Señor marqués de Encinares, el capitan general os manda que os presenteis inmediatamente y yo os lo hago saber.

El marqués recogió su espada y salió no sin inquietud.

—En cuanto á vos, Pedro Sanchez, continuó el alférez, entregaos á prision en nombre del rey.

La rabia del griego no conoció límites, sus ojos se inyectaron de sangre como los de un lobo cogido en el lazo.

—¡Oh! ¡miserable bandido! gritó Pietro Pazzi: tú fuistes el que me arrebataste á Eleonora á la vista de mi Anunciatta; tú el que asesinaste á mi cuñado: infame, la justicia de Dios se cumple y te hallas en poder de la justicia.

—La justicia de los hombres no te librará, comandante, pues la justicia de los hombres no puede detener esta bala.

Y con una ligereza increible armó una pistola, apuntó y la disparó sobre el senador, arrancándole de la cabeza el sombrero.

—¡Oh! ¡muerto, muerto irás miserable! dijo Pietro Pazzi amartillando otra pistola; ¡muerto por mí, vengador de mi familia!

El griego se arrojó á Pietro Pazzi; pero al llegar á él, sintió en su frente la boca de la pistola del senador, y retrocedió aterrado; el senador adelantó sin dejar de apoyar la pistola en su frente hasta que las espaldas del griego chocaron en la pared.

—Muere inconfeso, miserable, muere como has asesinado tantas víctimas, oyó zumbar en su oido como una maldicion; un estampido se dejó oir y un grito de agonía; el cráneo del griego saltó hecho pedazos y al desplomarse su cuerpo dejó ver en la pared una roja mancha de sangre.

Aquella mancha es la misma que existia en la casa abandonada del Albaicin; aquella mancha ha motivado esta historia.

FIN DE LA QUINTA Y ULTIMA PARTE.

252



EL CRÁNEO DEL GRIEGO SALTÓ HECHO PEDAZOS.

EPILOGO.

Han pasado seis meses; el sol de un dia de verano se acerca al poniente trasmontado el horizonte del Adriático.

Dos personas de categoría, á juzgar por sus trajes, se pasean en el muelle cercano á la plaza de San Marcos.

El uno es viejo y el otro jóven; los dos se detienen de vez en cuando y fijan una mirada en el mar; sin duda esperan.

Al fin, lejos, muy lejos, apareció un punto negro adelantando en direccion á Venecia; pronto creció y mostró las formas de una galera de dos bandas.

—¡Mi Anunciatta! esclamó el mas viejo, en quien conocerán en esta esclamacion los lectores, á Pietro Pazzi.

—¡Plegue á Dios traiga buenas nuevas! contestó el jóven que no era otro que el marqués de Encinares.

El marqués de Encinares á quien el de Mondejar habia proporcionado la fuga dándole un pasaporte para país estrangero.

Antes de que la sombra confundiese los objetos, la Anunciatta fondeó y echó un bote al agua, bote que se dirigió á la embocadura de uno de los canales de la ciudad; Pietro Pazzi y don Luis adelantaron hácia aquel punto y cuando llegó junto á ellos el batel, un hombre se levantó de su popa: era don Antonio de Leyva, conde de Montevalle.

—Entrad, señores, entrad, traigo tan buenas noticias que no quiero saltar en tierra sino delante de vuestra casa.

Y mostraba un pliego lacrado y sellado.

El senador saltó al bote y tras él don Luis.

—Tomad y leed, le dijo el conde de Montevalle.

Encinares rompió el sobreescrito y leyó ávidamente lo que el pliego contenia; su rostro se tornó ceñudo y lo entregó á Pietro Pazzi asustado con aquel sombrío ademan.

—¿Quereis mas y os perdona el rey, y os devuelve vuestros bienes? dijo el senador despues de leerlo.

—Queria una declaracion de lealtad sin tacha, no un perdon denigrante, contestó el jóven.

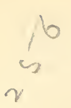
Los tres personajes que habian hablado á media voz estas palabras callaron, los forzados siguieron vogando, y el bote se perdió en las revueltas del canal.

Algun tiempo después se bautizó Benjamin, y se unió á Angiolina el mismo dia en que se enlazaron don Antonio, don Luis y Pablo con Juana, Teresa á Irene.

Pablo andando el tiempo, fue conde de Montevalle, y en cuanto al marqués de Encinares, no solo no quiso volver á España, sino que vendió sus bienes, esceptuando el casaron del Albaicin que quedó abandonado, tan abandonado como yo dejo la pluma con que he borroneado tan largas aventuras.

FIN DE LA MANCHA DE SANGRE.

INDICE.



PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

b

